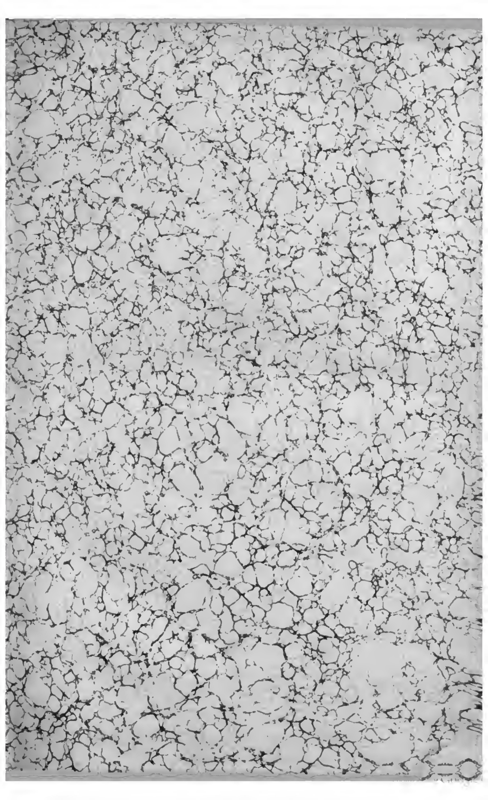



·HELENÆ·AVGV:
STÆ·DVCISSÆ
EX·LIBRIS





DUQUE DE RIVAS.





OBRAS COMPLETAS

DE

D. ÁNGEL DE SAAVEDRA,

DUQUE DE RIVAS,

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA,

CORREGIDAS POR EL MISMO.

TOMO III.

ROMANCES HISTÓRICOS Y LEYENDAS.

MADRID,
IMPRENTA DE LA BIBLIOTECA NUEVA,
calle de las Infantas, núm. 17.

1854.




BIBLIOTECA NAZIONALE NAPOLI

ROMANCES HISTORICOS.

SEGUNDA EDICION.

Obra publicada la primera vez en Madrid por Lalama, año de 1840.

PRÓLOGO DEL AUTOR (1).

Sea cual fuere la opinion que se adopte acerca del origen del romance octosílabo castellano, no puede dudarse que se confunde con el de la lengua misma, tambien llamada *romance*, y que fué el metro propio de nuestra poesía popular mas antigua, de la que cantaba el vulgo, y de la que conservaba en su memoria las hazañas, los milagros, los amoríos y todo género de tradiciones. Tenemos muchos compuestos en la mas remota antigüedad, ignorándose el nombre de sus autores; y aunque rudos é inarmoniosos, ofrecen sumo interés, y son tan vigorosos en la expresion y en los pensamientos, que nos encanta su lectura; encontrando en ellos nuestra verdadera poesía castiza, original y robusta, luchando con una lengua naciente, estrecha, insonora y semibárbara. Su efecto es tan grande, como se advierte cuando los oimos intercalados con toda su rudeza y con su antiguo lenguaje, en el diálogo de comedias históricas muy posteriores. Célebres ingénios del siglo XVII dieron con ellos, aunque pertenecientes á época tan inculta y á una literatura tan atrasada, mucho realce á sus composiciones. Luis Velez de Guevara en su drama titulado *Reinar despues de morir*; Cubillo de Aragon en *El rayo de Andalucía*, y los autores de *La mas hi-*

(1) Puesto al frente de la primera edicion de los *Romances históricos* hecha en Madrid el año 1840.

dalga hermosura lo hicieron así con mucho acierto, ingiriendo en estas comedias los romances, que muchos años atrás andaban ya en los labios del vulgo, solemnizando el infortunio de doña Inés de Castro, la muerte y venganza de los Infantes de Lara, y la noble determinacion tomada por los castellanos de libertar á su conde Fernan-Gonzalez, preso á traicion por el rey de Navarra. Innumerables ejemplos pudiéramos citar de esto mismo. Y el apoderarse así á la letra de los antiguos romances para realzar con ellos los dramas históricos, ha merecido elogio hasta del severo y clásico Moratin en su obra titulada: *Origen del teatro español.*

El romance octosílabo mas acomodado á los oidos y á la memoria del vulgo, que los informes y pesados versos del poema del Cid, y que los alejandrinos mas ataviados y cultos de Gonzalo de Bercéo, prevaleció sobre ellos, campeando siempre como verdadero metro nacional. No solo se cantaban en él hazañas pasadas, sino que se escribian nuevos romances siempre que ocurrian acontecimientos notables, y sucesos ó hechos de armas cuya memoria debia conservarse. Y habia poetas de profesion en los campamentos de nuestros caudillos, y en las córtes de nuestros reyes, que cantaban en este metro sus proezas y sus conquistas. El glorioso rey San Fernando llevaba en las huestes con que ganó á Sevilla á *Nicolás de los romances*, sobrenombre que le dan las crónicas y que demuestra cuál era su ejercicio, y ejercicio á que debió repartimiento despues de la conquista, entrando á la parte con los guerreros, como poeta de la espedicion, en el despojo de la victoria. ¿No recuerda esto la importancia que tuvieron los bardos de los antiguos pueblos del Norte, porque eran los que conservaban la historia de sus hazañas?

La consideracion que merecian los romances históricos de aquellos siglos, y el crédito y fé que se les daba, se conoce al recordar que de las tradiciones conservadas en ellos, se formaron muchas de las narraciones de las crónicas, que se escribieron despues. Narraciones que aun cuando sean de hechos falsos ó exagerados, y que por lo tanto hayan sido últimamente arrojados de la historia por la crítica moderna, tienen siempre para nosotros una ventaja inapreciable, la de darnos á conocer las ideas de los siglos en que se escribieron y creyeron.

Los romances mas antiguos que poseemos, refieren hazañas y milagros ó caballerías de la córte de Carlo-Magno, por donde se ve que

nnestra poesía tuvo el mismo orígen, que la de todos los países del mundo: la admiracion de los grandes hechos y el entnsiasmo religioso. Estos romances antiquísimos tienen la misma estructura con que hoy los hacemos; pnes son versos de ocho sílabas, en que los impares van libres ó sueltos, y los pares rimados con nna misma desinencia. Y en esta estructura particnlar, y colocacion alternada de la rima, apoya el ilustrado Conde su opinion, que es la mas admitida, de que el romance castellano proviene de los versos árabes de diez y seis sílabas, pareados, esto es, rimados de dos en dos; que se escribieron por ignorancia ó de intento, divididos en emistiquios, y cada uno de estos en un renglon aparte, resultando la rima alternada y como hoy la colocamos en el romance.

Estos fueron constantemente escritos en consonante rigoroso y uniforme, lo que les daba un monotono y continuado martilleo mny desapacible. Y en los mas antiguos, como escritos en la infancia de la lengua y cuando ann no estaba fijada, los poetas añadian letras y sílabas á las palabras finales de los versos, ya para completar el número, ya para formar el sonsonete. Siendo ciertamente muy desagradable y fastidiosa la repeticion del mismo sonido cada dos versos veinte ó treinta veces, ó acaso mas, pues algunos de aquellos romances son de bastante extension; los adelantos de la lengua y del buen gusto prodnjeron la invencion y adopcion del asonante. Bien sea este, como muchos creen, y no sin fundamento, tomado del árabe; bien que se descubriese por mera casualidad; bien que el deseo de evitar la pesadez de la repeticion de un mismo consonante hiciese observar, que en nuestra lengua basta la conformidad de las dos últimas vocales de una palabra con las de otra, para formar una rima muy distinta y armoniosa. El romance se apoderó exclnsivamente de este primor de nnestro idioma, de esta semi-desinencia, que luego se introdnjo en otros metros, como artificio exclnsivo de la versificacion castellana; y que mas adelante admitió el vulgo con particular y decidida preferencia en sns seguidillas, tiranas, etc. Pero no hay ejemplo de esta ventajosa innovacion anterior al siglo XVI.

Mucho ganó con ella el romance en soltura, facilidad y armonía; como ganó, bien que á costa tal vez de energía y severidad, en órden, gala y correccion, cnltivado por los ingénios de aquella época aventajada. Y saliendo del estrecho campo á que estaba reducido, empezó en

manos del fecundo Lope de Vega, del lozano Góngora, del portentoso Calderon, y de otros buenos ingénios, á prestarse á todo género de asuntos, ya eróticos, ya filosóficos, ya místicos, ya satíricos, engalanándose con todos los atavíos de la buena poesía. Entonces nacieron los romances *moriscos*, engañándose mucho los que, escasos de erudicion, juzgan estas composiciones originariamente árabes. Error que se nota con solo considerar que ni las costumbres, ni los afectos, ni las creencias, que en ellos se atribuyen á personajes moros, son los de aquella nacion; advirtiéndose desde luego que son cristianos enmascarados con nombres y trajes moriscos; moda que produjo muy felices composiciones, y que estuvo una temporada tan en boga entre nuestros poetas, que el mismo Góngora, que la ridiculizó festivamente en un romance jocoso, tuvo que obedecer á ella, y escribió muchos y muy bellos romances moriscos. Inventados fueron, pues, estos por los ingénios castellanos, y los que Perez de Hita introdujo en su *Historia de las guerras civiles de Granada*, compuestos por él, como todo el libro, exornado con narraciones fabulosas. No es esto negar absolutamente que pueda acaso alguno de los romances moriscos de aquel tiempo ser traduccion ó imitacion de alguna antigua composicion árabe.

En pos de los romances moriscos vinieron los *pastoriles*, en que fué extremado el príncipe de Esquilache, y en que perdió aquel metro mucho vigor y lozanía, ganando algo en ternura y en sencillez. El ingénio colosal de Quevedo se apoderó tambien del romance para la sátira, y le dió en este género un ensanche sin límite, y una facilidad sin igual, haciéndolo asiento, no solo de todas las festivas sales de nuestra lengua, sino de los pensamientos mas nuevos y originales, y de todas las frases mas agudas y festivas de que es capaz idioma alguno.

El romance octosilábico castellano se adoptó muy desde luego por los poetas dramáticos, y en comedias anteriores á Lope de Vega lo vemos ya introducido, y continúa hasta nosotros, siendo el metro favorito del teatro. Nuestros antiguos poetas cómicos lo mezclaron con quintillas, redondillas, cuartetas, décimas, octavas, sonetos, liras y aun versos sueltos, mirando como una belleza del drama la variedad de la versificacion; pero en Lope, Alarcon, Tirso, Calderon, Moreto, Rojas y demás insignes dramáticos, se observa que emplearon casi exclusivamente el romance para las narraciones. Este fué luego enseñoreándose completamente de la escena cómica, hasta que se hizo dueño

absoluto de ella, á fines del siglo pasado, arrojando de su término los demás metros. Castrillon fué el primero de los modernos que restableció el antiguo gusto de variar la versificacion en la comedia; y hoy dia se ha (en nuestra opinion con muy buen acuerdo) completamente restablecido.

La misma popularidad de que gozó el romance desde su orígen, por los asuntos que le fueron peculiares; la facilidad que adquirió su composicion con la introduccion del asonante; la vulgaridad que le dió el diálogo cómico; y la soltura y ensanches que debió, como dejamos dicho, al gigantesco ingénio de Quevedo, lo fueron entregando al brazo seglar de los meros versificadores y de los copleros vergonzantes. Y convertido al fin en su patrimonio exclusivo, murió á sus manos, ya hinchado y ridículamente culto; ya lánguido, tribial y chavacano. Desacreditándose hasta tal punto, que fué últimamente mirado como el verso escrito solo para el vulgo, y como el que podia permitírsele al vulgo en sus groseras composiciones; y los hombres literatos comenzaron á asquearlo y á desdeñarlo.

En vano Luzan hizo su elogio, y demostró su importancia en el renacimiento de la poesía española, á mediados del siglo pasado. En vano Melendez justificó con su ejemplo la doctrina de aquel erudito, y escribió, no solo romances eróticos y descriptivos, sino tambien composiciones líricas de un género mas filosófico y atrevido en el mismo metro. Y en vano se reimprimieron muchos romances antiguos, con razonados prólogos, tributando al género los elogios mas encarecidos: el romance no resucitó. Los ingénios que han honrado nuestro parnaso despues de Melendez, apenas han escrito alguno que otro, ya erótico, ya jocoso, dedicándose exclusivamente al cultivo de los metros italianos. Y los poetas mas recientes tampoco han hecho esfuerzo alguno á favor del romance, ya que tantos hacen por resucitar las coplas de arte mayor, y por aclimatar en nuestro suelo los cuartetos endecasílabos cón consonantes agudos, que dan á nuestra lengua un giro mezquino y una canturia, mas propios del idioma francés que del castellano.

Es ciertamente extraño que en esta época de ensanche, y acaso de regeneracion (en que la poesía, rompiendo los estrechos límites de reglas arbitrarias, aunque respetadas por un siglo entero, pugna por volver á su orígen, dejando á un lado la servil imitacion de griegos y latinos, y buscando inspiraciones propias en épocas mas en armonía con

las sociedades modernas), no haya renacido con muchas ventajas el romance octosílabo castellano. Pues buscándose en los tiempos feudales y en los siglos caballerescos los asuntos y el colorido de la poesía actual, ningun otro metro podia encontrarse mas á propósito, como castizo y original; como nacido en la época misma de los héroes que ahora se celebran; como depósito de esos matices mismos que hoy se buscan con tanto empeño; y como el mas adecuado, en fin, por su sencillez, facilidad y soltura, á todos los tonos de la poesía, y por lo tanto á los atrevidos, variados y desiguales vuelos del *romanticismo*.

Pero aun mas extraño es que en esta época misma, literatos que gozan de justa nombradía, hayan emprendido proscribir *por principios* el romance, como indigno del Parnaso español, y como metro despreciable y chavacano. El primero que ha escrito contra el romance ha sido un extranjero, el aleman Schelegel, el que, sin negarle gracia y gallardía, decide que no es capaz de la poesía digna de elogios y de imitacion. Que un extranjero se haya equivocado, y sentenciado sin conocimiento de causa, no es de extrañar; pero sí lo es, y mucho, que lo hayan seguido y reforzado escritores nacionales, y no ignorantes por cierto de nuestra literatura.

En una obra elemental, que anda de real órden en manos de la juventud, se deprime hasta con encono, y se ridiculiza hasta con pueril acritud el romance octosilábico castellano, como indigno de la poesía alta, noble y sublime. Se asegura en ella que *aunque venga á escribirle el mismo Apolo, no le puede quitar ni la medida, ni el corte, ni el ritmo, ni el aire, ni el sonsonete de jácara*. Y se sienta como positivo, que las mas tribiales y chavacanas se ocurren inmediatamente á todo español, que lee ú oye una ó dos coplas de romance, aunque este sea muy bueno, y de asunto muy grave y elevado. Decidir tan absolutamente contra un metro en que tan excelentes cosas se han escrito; que es sin disputa la forma en que apareció nuestra verdadera poesía nacional; que se ha amoldado siempre con ventaja á todos los géneros, á todos los tonos, á todos los matices, á todos los asuntos imaginables, en manos de nuestros mejores poetas; y, que ya rudo, vigoroso y desaliñado, ya galano y florido, ya tierno y melancólico, ya templado y armonioso, ya jovial y satírico, se ostenta siempre como la mayor riqueza de nuestro parnaso; es un incomprensible atrevimiento, fundado en un aislado capricho, que se opone á la opinion general.

Dígase enhorabuena que el romance octosílabo no es á propósito para escribir en él toda una *Epopeya* (si es que á alguien le da en este siglo la mala tentacion de escribir alguna); pero excluirlo de la poesía sublime, de la poesía histórica, de muchas partes de la *Epopeya* misma, como las narraciones, las descripciones, las sentencias filosóficas, los cuadros poéticos, cuando tenemos tan excelentes trozos de estas clases escritos por nuestros mejores autores en romance, es demasiado pretender, es arrojarse con suma lijereza á dar una sentencia definitiva, que carece de fundamento.

Dice el autor que impugnamos, que todo romance recuerda una *jácara* vulgar. ¿Quién que tenga oido y alma recuerda las chavacanadas del vulgo cuando lee ú oye el sencillo y sublime romance histórico, en que se pinta *al señor de Hita y Buitrago*, en la batalla de Aljubarrota, que viendo á su rey con el caballo muerto, le da el suyo para que se salve de aquel desastre, le recomienda á su hijo, y se entra á pié á morir como bueno en lo recio de la pelea?... ¿Quién recuerda las coplas de los ciegos, cuando lee el riquísimo romance de Góngora á *Angélica* y *Medoro*, tan lleno de poesía, de amor, de encanto; ó los romances del Cid, muchos de los pastoriles de Esquilache, y los tiernos y de estructura lírica de Melendez? ¿A quién, en fin, se le ocurren esas vulgarachadas, que tan presentes tiene el preceptista, cuando le encantan en el teatro los hermosísimos romances en que el gran Calderon hace sus exposiciones, y en los que todos los géneros, todos los estilos se ven tan maestramente manejados?—Y en vano es alegar en contra nuestra el grau número de perversos romances que se han escrito; porque tambien se han escrito gran número de malísimas octavas, de enrevesados tercetos, de sonetos abominables. Y al que me arguya con los romances de Montoro y Marujan, yo le opondré las ridículas y extravagantes silvas de Gracian, y los desmayados y prosáicos endecasílabos de Iriarte, y no nos quedaremos nada á deber.

Ciertamente aun no le ha ocurrido á ningun italiano el proscribir los sonoros y fluidos versos cortos cantables, tesoro inagotable de su idioma, y tan cultivado y engrandecido por Metastasio y otros grandes poetas; fundado en que son los mismos que cantan, vulgarizan y achavacanan los copleros improvisadores de las hosterías y de las plazas públicas. Y precisamente en ellos ha escrito el insigne Manzzoni una de las odas mas altas, sublimes y filosóficas de nuestros dias, la que inti-

tula *el 5 de Mayo*, y cuyo argumento es la muerte de Napoleon. ¿Y el francés Berangér no ha colocado su nombre entre los primeros líricos de este siglo, sin escribir mas que en los metros mas vulgares de su país?

No somos nosotros de los que creen que la poesía consiste únicamente en la forma con que se expresa el pensamiento, atribuyendo todo el encanto de este arte divina, solo á la expresion. Por lo tanto, no damos tanta importancia al metro que busca el poeta para trasmitirnos las imágenes de su fantasía, y los afectos de su alma. Creemos, sin embargo, que ciertas formas pueden contribuir á aumentar el efecto en algunos casos, y que ciertas armonías pueden excitar mas ó menos nuestras emociones. Pero fijar reglas en el particular, y que el frio preceptista decida magistralmente en la materia, y marque (aunque sea citando á Horacio) en qué número y con qué armonía se han de expresar tales y tales pensamientos, tales y tales pasiones, nos parece absurdo.—Y esas reglas, ¿en qué pueden fundarse?... ¿No vemos la rotunda y pomposa octava, el verso heróico por excelencia, aplicada con tanta facilidad y magisterio, por el flexible ingénio de Ariosto, á todos los tonos, desde el mas sublime y apasionado, hasta el mas tribial y burlesco; ya á la narracion épica mas alta; ya á la descripcion mas florida y lozana; ya á la relacion mas baja y vulgar? ¿Y no parece, al leer el *Orlando*, que la octava está inventada exprofeso para cada uno de estos géneros, para cada uno de estos estilos tan diversos y tan encontrados?... Lo mismo diremos de los demás metros. En los severos tercetos en que el terrible Dante nos pinta sus espantosas visiones, escribió el templado y melancólico Rioja sus pensamientos morales y apacibles; y en tercetos están escritas las sátiras de los Argensolas, y aun las mas libres y sarcásticas de Quevedo y de Arriaza. ¿Y el soneto?... No hay combinacion métrica y rítmica mas artificiosa, de mas pompa y magestad: parece hecha á drede para encerrar los pensamientos mas sublimes y encumbrados. Pues tan felizmente se presta á los místicos y á los históricos, como á los profundos y filosóficos de los Argensolas, á los risueños y floridos de Arguijo, á los melancólicos y pastoriles del bachiller Francisco de la Torre, y á los chistosos, libres y hasta chavacanos del Gran Quevedo. ¿En qué ejemplos, pues, fundan los preceptistas esas reglas con que quieren tiranizar al ingénio y encadenar la imaginacion?... Por fortuna el ingénio creador y la imaginacion fecunda

producen sus grandes bellezas, sin acordarse de los preceptistas, y echando mano del instrumento que su propio instinto les sugiere, como el mas á propósito, en el momento de la inspiracion.

Si todos los metros se prestan mas ó menos á todos los géneros de poesía, y en todos ellos pueden expresar felizmente sus ideas y sus afectos los verdaderos poetas, porqne saben darles el tono, el giro y la armonía mas conveniente á la expresion de sus pensamientos y de sus pasiones; el romance octosilábico castellano es acaso la combinacion métrica, que obteniendo la primacía para la poesía histórica, como la mas apta para la narracion y la descripcion, se presta mas naturalmente á todo género de asuntos, á toda especie de composiciones. Su facilidad aparente, esa facilidad misma que le echan en cara los que creen que la poesía consiste en vencer dificultades de rima y de versificacion, le da una elasticidad suma y es sin disputa uno de sus mayores méritos; y si se examina esa facilidad, se hallará acaso en ella un peligrosísimo escollo para el poeta. La variacion de sus giros y de sus cortes (pues los que le niegan este dote no han leido los hermosos romances que Calderon introduce en sus comedias, y en que con efectos sorprendentes los ha diversificado hasta lo infinito), hacen al romance el metro mas á propósito para el cambio de tono y para la variacion de colorido. Y hasta la armonía del asonante, que en una composicion larga puede de cuando en cuando variarse sin la menor dificultad, y que es tan exclusivamente española, tan grata á los oidos españoles, tan vária, y de suyo tan dulce y tan poco fatigosa, hace del romance castellano el instrumento mas á propósito para todo género de asuntos. Y su rapidez misma, ¿no está indicando que es el verso octosílabo el mas adecuado para expresar los grandes pensamientos filosóficos, las sentencias profundas, y la sencillez y viveza de los afectos?

Engolfados en esta materia, fuerza es que citemos algunos ejemplos en apoyo de cuanto llevamos dicho, y para demostrar mas palpablemente cuán sin razon se ha pronnnciado la sentencia contra el romance. Mas no iremos á buscar lo mas exquisito y primoroso que en ellos se encuentra, sino que echaremos mano de lo primero que ocurra á nnestra memoria. Copiaremos, pues, algo de aquel romance anónimo de las exequias del maestre D. Alvaro de Luna. Dice así:

«Iba declinando el dia,
Su curso y lijeras horas,

Y el padre que al mundo alumbra
Para occidente se torna.
A los reflejos divinos
De aquella luz milagrosa,
Pálidos, descoloridos,
Cubiertos de negras sombras,
Amenazaba la noche,
Mustia, temerosa y sorda;
No de luceros vestida
De que se pule y se adorna.
La luna en el primer cielo
Con las nubes se arreboza,
Y en los escondidos valles
Aljófar y perlas llora.
De las aldeas vecinas
Dejan desiertas y solas,
Unos las casas baldías,
Otros las pajizas chozas.
Sonaba en Valladolid
El eco de voces roncas,
Y responden los quejidos
De las apartadas rocas.
Hace señal San Benito,
Y su rico templo adornan
Con los funestos tapices
De bayeta lastimosa.
Murmuraban por las calles
De unas orejas en otras,
La no pensada caida
De aquella Luna hermosa.
Juntáronse los ilustres,
Y las iglesias entonan
El entierro de aquel cuerpo,
Que del cuello sangre brota.
En los hombros le reciben
Cuatro con sus cruces rojas,
Que le sirvieron en vida
Y en la muerte le dan honra.
Pusieron el cuerpo helado
Debajo una dura losa,
Y con el peso insufrible
Dió temblor la tierra toda.
Al rededor de la tumba
Arden lumbres, todos lloran
De la miseria infelice
La tragedia lastimosa.
Sollozan sus tiernos hijos,

Lamenta su triste esposa,
Y de su vertida sangre
Pide al cielo la deshonra, etc. etc.»

Acaso para los que opinan que la poesía consiste en huecos sonidos, y en pomposas cláusulas, no tendrán mérito estos versos. Pero á nosotros nos hacen mucho efecto, y nos parece que están llenos de sublime sencillez, que son altamente poéticos; y que este bellísimo trozo de poesía histórica no tendria ni mas vida, ni mas nobleza, ni mas dignidad escrito en octavas ó en tercetos.

Por no alargarnos demasiado no copiaremos algunos trozos de los romances de Bernardo del Carpio, llenos de robustez y de sensibilidad; ó de los de Arias Gonzalo, en que tan bien pintadas están la lealtad y entereza de aquel insigne castellano, de aquel desventurado padre; ó de los que refieren las bodas de doña Lambra con el señor de Villaren y de Barbadillo, tan llenos de interés y de vida: pues todos ellos, á pesar de la rudeza de estilo y de la estrechez del lenguaje, están rebosando poesía castiza y original.

El alcaide de Molina excita así á sus soldados á la pelea en un romance anónimo:

«Dejad la seda y brocado,
Vestid la malla y el ante,
Embrazad la adarga al pecho,
Tomad lanza y corvo alfanje.
Haced rostro á la fortuna,
Tal ocasion no se escape,
Mostrad el pecho robusto
Al furor del duro Marte.»

¿Son menos varoniles estos belicosos acentos por sonar en versos asonantados de ocho sílabas?

Léanse las maldiciones de las troyanas á Helena; la pintura del rey D. Rodrigo huyendo del desastre de Guadalete, y la lucha de D. Pedro *el Cruel* y don Enrique, en la que

«Riñeron los dos hermanos,
Y de tal suerte riñeron,
Que fuera Cain el vivo
A no haberlo sido el muerto.»

Recuérdense los lamentos del alcaide de Alhama cuando pierde esta fortaleza; y examínese, en fin el razonamiento de Ruy Diaz del Vivar

al Conde Lozano, desafiándolo para vengar á su ultrajado padre, y se verá hasta dónde se remonta el romance octosílabo castellano, en la narracion y en la expresion de los elevados y heróicos sentimientos.

¿Será necesario á un español que escribe para españoles, citar los trozos de las *Mocedades del Cid*, de Guillen de Castro; del *Heraclio*, de Calderon, y aun de la *Verdad sospechosa*, de Alarcon, escritos en verso octosílabo asonantado, y tan hermosa y maestramente traducidos en versos franceses por el gran Corneille, el padre del teatro francés? Pues compárense los versos castellanos con la traduccion, y se verá que no son en nada inferiores, aunque de romance, á los pomposos alejandrinos en que se tradujeron; y que en estos no ha ganado nada la expresion de los pensamientos de nuestros autores.

Si tanta energía y sencillez ofrece el romance para los asuntos históricos, ¡cuánto se presta á la descripcion poética, y á los afectos blandos! No copiamos, porque es muy conocido, el bellísimo romance, ya mencionado, de Góngora á *Angélica y Medoro*, tan rico de poesía, tan armonioso, tan bien escrito. Léase esta preciosa composicion, y las descripciones de las fiestas de toros y cañas en otros romances moriscos, y el tierno y apasionado de Melendez á *Rosana en los fuegos*; y se hallará en ellos la verdadera elocucion poética, y se verá que en nada ceden á las mejores composiciones, que á los mismos asuntos han hecho grandes poetas en versos endecasílabos.

La poesía descriptiva que cabe en el metro que defendemos, puede verse en los versos siguientes:

«Entraron los Sarracinos
En caballos alazanes,
De naranjado y de verde
Marlotas y capellares.
En las adargas tenian
Por empresas sus alfanjes,
Hechos arcos de Cupido,
Y por letra: *Fuego* y *sangre*, etc.»

O en aquellos:

«Cuando las sagradas aguas
Del ancho y sagrado Betis,
Con la multitud de barcos
Con dificultad parecen;
Cuando entoldadas las popas

De juncia y de ramas verdes,
En el agua escaramuzan
A pesar de sns corrientes;
Cnando mil alegres cantos
Que los sentidos suspenden,
Interrnmpen á los vientos
Y enamoran á los peces;
Cuando en las torres mas altas
Mil luminarias parecen,
Y cnal veloces cometas
Atraviesan los cohetes;
Entonces etc.»

O en estos:

«Nunca las puertas de oriente
Abrió tan hermosa el alba,
Cuando saca de alhelíes
Las bellas sienes orladas.»

O en estos otros de Góngara:

«Mirábalo en los ramblares
Ora á caballo, ora á pié,
Rendir al fiero animal
De las otras fieras rey.
Y con la real cabeza,
Y con la espantosa piel,
Ornar de sn ingrata mora
La respetada pared.»

Y en la expresion de los afectos ya fuertes é impetuosos, ya tiernos y melancólicos, ¿qué metro aventaja al romance? No es posible expresar mejor la indignacion, que lo está en el final de aquel romance, del desafio del moro Tarfe:

«Esto el moro Tarfe escribe
Con tanta cólera y rabia,
Que donde pone la pluma
El delgado papel rasga.»

Nótese el desórden de la armonía en este último verso.

¡Qué interesante y tierna melancolía reina en todo el romance de Góngora del *Forzado de Dragut*, que empieza:

«Amarrado al duro banco
De una galera turquesca,
Ambas manos en el remo,
Ambos ojos en la tierra, etc.»

La tierna emocion del cautivo, que descubre desde el mar los montes y las torres de su patria, me recuerdan los siguientes cuatro versos de Matos al misme asunto en la comedia titulada: *El Genízaro de Hungría.*

«Alargando iba los ojos
Hácia mi querida patria,
A donde en prision mas dulce
Dejaba cautiva el alma.

¿Podia escribirse mejor en endecasílabos el terrible diálogo de Focas y Astolfo en el *Heraclio* de Calderon, solicitando el tirano conocer la verdad para acabar con la sangre de su enemigo, y obligándole el leal anciano á que la respete, por temor de derramar la de su propio hijo? En romance está escrito este diálogo, y seguramente al saborearlo en la escena, nadie recuerda las jácaras, que acaso acaba de oir al ciego en la esquina del teatro, por mas que tengan el mismo *sonsonete.*

Ningun otro metro se presta tanto por su sencillez, como el romance, á expresar las sentencias morales y los grandes pensamientos filosóficos. Recordemos aquellos dos versos de Guevara:

«Que con decir que son hombres
No se disculpan los reyes.»

O estos de Calderon:

«¡Honor!... fiero basilisco,
Que si á ti mismo te miras
Te das la muerte á ti mismo.»

Y aquellos otros:

«Hipócrita Mongibelo,
Nieve ostentas, fuego escondes;
¿Qué harán los pechos humanos
Si saben mentir los montes?»

Y los que dicen:

. . . . . Que nunca tuvo
Lo no bien hecho otra enmienda
Del arrojo que lo obró,
Que el valor que lo sustenta.

Y los que pone en boca de D. Juan Malec, en la comedia titulada: *Amar despues de la muerte*, ó el *Tuzani de las Alpujarras*, en que re-

firiendo el noble anciano á sus compatriotas los moriscos la ofensa que acaban de hacerle en el ayuntamiento; cuando va á contar que le han dado con su propio báculo un golpe afrentoso, se detiene y dice:

. . . . Esto basta,
Que hay cosas que cuesta mas
El decirlas, que el pasarlas.

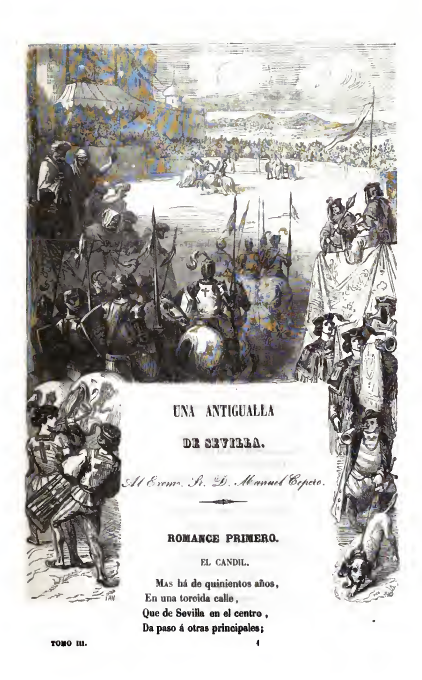
Seria necesario un tomo entero para copiar todos los ejemplos de esta clase que se nos ocurren. Y otro para los que podiamos recordar de expresiones nuevas y pintorescas con que este fecundo metro ha enriquecido la poesía castellana. Y si lo consideramos aplicado á la sátira y á los asuntos jocosos en manos de Góngora y de Quevedo, ¡cuánto podriamos citar en su abono! ¡Qué tesoro inmenso de frases felicísimas, de giros extraordinarios, de pensamientos inesperados, que en cualquier otro metro hubieran acaso perdido algo de su frescura, de su malicia y de su originalidad!

Pero basta ya, porque no hay literato alguno, versado en la lectura de nuestros poetas líricos y dramáticos, á quien no sean familiares los hermosos trozos de poesía, de todos los géneros y tonos, escritos en verso octosílabo asonantado, y tan apreciables por lo menos como cuantos se puedan citar en cualquiera otra especie de versificacion.

El romance, que es el metro castizo de nuestra lengua, en el que se cantaron las hazañas de nuestros mayores, el que cultivaron y engalanaron nuestros mejores poetas, el que tan bien suena en el diálogo escénico, el que tan dócil se amolda á todos los asuntos, á todos los estilos, tan fácil, tan sonoro, asiento del asonante, primor exclusivo de nuestra hermosa lengua (debido á su variedad infinita de terminaciones, y al sonido puro, fijo, invariable de sus cinco vocales), no debe ser despreciado, ni olvidado por metros y combinaciones rítmicas, que hemos tomado, ciertamente con muchas ventajas, de otro idioma. Y aunque con ellos y con ellas se ha enriquecido el nuestro, y se han escrito muchas obras admirables en todo género, no renunciemos al abundante y rico tesoro de elocucion poética castellana, que en los romances octosilábicos poseemos; ni desechemos uno de nuestros mejores títulos á la gloria poética.

El romance, pues, tan á propósito como dejamos repetido, para la narracion y descripcion, para expresar los pensamientos filosóficos y

para el diálogo, debe, sobre todo, campear en la poesía histórica, en la relacion de los sucesos memorables: así empezó en los siglos rudos de su nacimiento. Volverlo á su primer objeto y á su primitivo vigor y enérgica sencillez, sin olvidar los adelantos del lenguaje, del gusto y de la filosofía, y aprovechándose de todos los atavios con que nuestros buenos ingénios lo han engalanado, sería ocupacion digna de los aventajados poetas, que nunca escasean en nuestro privilegiado suelo. Con débiles fuerzas he intentado yo tan difícil é importante empresa, escribiendo esta coleccion de *Romances históricos*, que presento al público. Mis lectores ilustrados decidirán si he logrado mi intento. Si no he sido tan dichoso, al menos habré conseguido llamar la atencion sobre el romance castellano y sobre la poesía histórica, á la estudiosa juventud, que con tanto aprovechamiento cultiva hoy entre nosotros la amena literatura, dando diariamente, en composiciones de mucho mérito, claras pruebas de fecundo ingénio y de brillante imaginacion.



UNA ANTIGUALLA

DE SEVILLA.

Al Excmo. Sr. D. Manuel Cepero.

ROMANCE PRIMERO.

EL CANDIL.

Mas há de quinientos años,
En una torcida calle,
Que de Sevilla en el centro,
Da paso á otras principales;

Cerca de la media noche,
Cuando la ciudad mas grande
Es de un grande cementerio
En silencio y paz imágen;
De dos desnudas espadas
Que trababan un combate,
Turbó el repentino encuentro
Las tinieblas impalpables.
El crujir de los aceros
Sonó por breves instantes,
Lanzando azules centellas,
Meteóro de desastres.
Y al gemido: ¡*Dios me valga*!
¡*Muerto soy*! Y al golpe grave
De un cuerpo que á tierra vino,
El silencio y paz renacen.

Al punto una ventanilla
De un pobre casuco abren;
Y de tendones y huesos,
Sin jugo, como sin carne,
Una mano y brazo asoman,
Que sostienen por el aire
Un candil, cuyos destellos
Dan luz súbita á la calle.
En pós un rostro aparece
De gomia ó bruja espantable,
A que otra marchita mano
O cubre ó da sombra en parte.
Ser dijérase la muerte
Que salia á apoderarse
De aquella víctima humana
Que acababan de inmolarle;
O de la eterna justicia,
De cuyas miradas nadie
Consigue ocultar un crimen,
El testigo formidable.

Pues á la llama mezquina,
Con el ambiente ondeante,
Que dando luz roja al muro
Dibujaba desiguales
Los tejados y azoteas
Sobre el oscuro celaje,
Dando fantásticas formas
A esquinas y boca-calles,
So vió en medio del arroyo,
Cubierto de lodo y sangre,
El negro bulto tendido
De un traspasado cadáver.
Y de pié á su frente un hombre,
Vestido negro ropaje,
Con una espada en la mano,
Roja hasta los gavilanes.
El cual en el mismo punto,
Sorprendido de encontrarse
Bañado de luz, esconde
La faz en su embozo, y parte:
Aunque no como el culpado
Que se fuga por salvarse,
Sino como el que inocente
Mueve tranquilo el pié y grave.

Al andar, sus choquezuelas
Forman ruido notable,
Como el que forman los dados
Al confundirse y mezclarse.
Rumor de poca importancia
En la escena lamentable,
Mas de tan mágico efecto,
Y de un influjo tan grande
En la vieja, que asomaba
El rostro y luz á la calle,
Que, cual si oyera el silbidó
De venenosa ceráste,

O crujir las negras alas
Del precipitado Arcángel,
Grita en espantoso ahullido,
¡*Virgen de los reyes, válme*!
Suelta el candil, que en las piedras
Se apaga y aceite esparce,
Y cerrando la ventana
De un golpe, que la deshace,
Bajo su mísero lecho
Corre á tientas á ocultarse,
Tan acongojada y yerta,
Que apenas sus pulsos laten.
Por sorda y ciega haber sido
Aquellos breves instantes,
La mitad diera gustosa
De sus dias miserables:
Y hubiera dado los dias
De amor y dulces afanes
De su juventud, y dado
Las caricias de sus padres,
Los encantos de la cuna,
Y..... en fin, hasta lo que nadie
Enagena, la esperanza,
Bien solo de los mortales:
Pues lo que ha visto la abruma,
Y la aterra lo que sabe,
Que hay vistas, que son peligros,
Y aciertos que muerte valen.

ROMANCE SEGUNDO.

EL JUEZ.

Las cuatro esferas doradas,
Que ensartadas en un perno,
Obra colosal de moros
Con resaltos y letreros,

De la torre de Sevilla
Eran remate soberbio
Do el gallardo Giraldillo
hoy marca el mudable viento
(Esferas, que pocos años
Despues derrumbó en el suelo
Un terremoto), brillaban
Del sol matutino al fuego,
Cuando en una sala estrecha
Del antiguo alcázar regio,
Que entonces reedificaban
Tal cual hoy mismo lo vemos.
En un sillon de respaldo
Sentado está el rey Don Pedro,
Jóven de gallardo talle,
Mas de semblante severo.
A reverente distancia,
Una rodilla en el suelo,
Vestido de negra toga,
Blanca barba, albo cabello,
Y con la vara de alcalde
Rendida al poder supremo,
Martin Fernandez Cerón
Era emblema del respeto.
Y estas palabras de entrambos
Recogió el dorado techo,
Y la tradicion guardólas
Para que hoy suenen de nuevo.
R. — ¡Conque en medio de Sevilla
Amaneció un hombre muerto,
Y no venís á decirme
Que está ya el matador preso?
A. — Señor, desde antes del alba,
En que el cadáver sangriento
Rocogí, várias pesquisas
Inútilmente se han hecho.
R. — Mas pronta justicia, alcalde,
Ha de haber donde yo reino,
Y á sus vigilantes ojos
Nada ha de estar encubierto.

A. — Tal vez, señor, los judíos,
Tal vez los moros sospecho.....
R. — ¿Y os vais tras de las sospechas
Cuando hay un testigo, y bueno?
¿No me habeis, alcalde, dicho,
Que un candil se halló en el suelo
Cerca del cadáver?... Basta,
Que el candil os diga el reo.
A. — Un candil no tiene lengua.
R. — ¡Pero tiénela su dueño,
Y á moverla se le obliga
Con las cuerdas del tormento.
Y vive Dios que esta noche
Ha de estar en aquel puesto,
O vuestra cabeza, alcalde,
O la cabeza del reo.

El rey, temblando de ira,
Del sillon se alzó de presto,
Y el juez alzóse de tierra
Temblando tambien de miedo.
Y haciendo una reverencia,
Y otra despues, y otra luego,
Salióse á ahorcar á Sevilla,
Para salvarse, resuelto.
Síguele el rey con los ojos,
Que estuvieran en su puesto
De un basilisco en la frente,
Segun eran de siniestros,
Y de satánica risa
Dando la expresion al gesto,
Salió detrás del alcalde
A pasos largos y lentos.
Por el corredor estuvo
En las alcándaras viendo
Azores y gerifaltes,
Y dándoles agua y cebo.

Y con uno sobre el puño
Salió á dirigir él mesmo
Las obras de aquel palacio
En que muestra gran empeño.
Y vió poner las portadas
De cincelados maderos,
Y él mismo dictó las letras
Que aun hoy notamos en ellos.
Despues habló largo rato,
A solas y con secreto,
A un su privado, Juan Diente,
Diestrísimo ballestero.
Señalándole un retrato,
Busto de piedra mal hecho,
Que con corta semejanza
Labró un peregrino griego.

Fué á Triana, vió las naves
Y marítimos aprestos;
De Santa Ana entró en la iglesia
Y oró brevísimo tiempo;
Comió en la torre del Oro,
A las tablas jugó luego
Con Martin Gil de Alburquerque;
A caballo dió un paseo.
Y cuando el sol descendia,
Dejando esmaltado el cielo
De rosa, morado y oro,
Con nubes de grana y fuego;
Tornó al alcázar, vistióse
Sayo pardo, manto negro,
Tomó un birrete sin plumas
Y un estoque de Toledo;
Y bajando á los jardines
Por un postigo secreto,
Do Juan Diente le esperaba
Entre murtas encubierto,

Salió solo, y esto dijo
Con recato al ballestero:
«Antes de la media noche
Todo esté cual dicho tengo.»
Cerró el postigo por fuera,
Y en el laberinto ciego
De las calles de Sevilla
Desapareció entre el pueblo.

ROMANCE TERCERO.

LA CABEZA.

Al tiempo que en el ocaso
Su eterna llama sepulta
El sol, y tierras y cielos
Con negras sombras se enlutan,
De la cárcel de Sevilla,
En una bóveda oscura,
Que una lámpara de cobre
Mas bien asombra que alumbra,
Pasaba una extraña escena,
De aquellas que nos angustian,
Si en horrenda pesadilla
El sueño nos las dibuja.
Pues no semejaba cosa
De este mundo, aunque sé usan
En él cosas harto horrendas,
De que he presenciado muchas;
Sino cosa del infierno,
Funesta y maligna junta
De espectros y de vampiros,
Festin horrible de furias.
En un sillon, sobre gradas,
Se ve en negras vestiduras
Al buen alcalde Cerón,
Ceño grave, faz adusta.

A su lado en un bufete,
Que mas parece una tumba,
Prepara un viejo notario
Sus pergaminos y plumas.
Y de aquella estancia en medio,
De tablas con sangre sucias
Se ve un lecho, y sus cortinas
Son cuerdas, gárfios, garruchas.
En torno de él dos verdugos
De imbécil facha y robusta,
De un saco de cuero aprestan
Hierros de infaustas figuras.
Sepulcral silencio reina,
Pues solamente se escucha
El chispéo de la llama
En la lámpara que ahuma
La bóveda, y de los hierros
Que los verdugos rebuscan,
El metálico sonido
Con que se apartan y juntan.

Pronto del severo alcalde
La voz sepulcral retumba
Diciendo: «Venga el testigo
Que ha de sufrir la tortura.»
Se abrió al instante una puerta
Por la que sale confusa
Algazara, ayes profundos
Y gemidos que espeluznan.
Y luego entre los sayones,
Esbirros y vil gentuza,
De ademanes descompuestos
Y de feroz catadura,
Una vieja miserable,
De ropa y carne desnuda,
Como un cuerpo que las hienas
Sacan de la sepultura;

Pues solo se ve que vive
Porque flacamente lucha
Con desmayados esfuerzos,
Porque gime y porque suda.
Arrástranla los sayones;
La confortan y la ayudan
Dos religiosos franciscos
Caladas sendas capuchas;
Y la algazara y estruendo,
Con que satánica turba
Lleva un precito á las llamas,
Por la bóveda retumba.

Un negro bulto en silencio
Tambien entra en la confusa
Escena, y sin ser notado
Tras de un pilaron se oculta.
«Ven (grita un tosco verdugo
Con una risada aguda)
Ven á casarte conmigo;
Hecha está la cama, bruja.»
Otro, asiéndole los brazos
Con una mano mas dura
Que unos tenazas, le dice:
«No volarás hoy á oscuras.»
Y otro, atándola las piernas:
«Y el bote con que te untas?...
Sobre la escoba á caballo
No has de hacer mas de las tuyas.»
Estos chiste semejaban
Los ahullidos con que aguzan
La hambre los lobos, al grito
De los cuervos que barruntan
Los ya corrompidos restos
De una víctima insepulta;
La mofa con que los cafres
A su prisionero insultan.

Tienden en el triste lecho,
Ya casi casi difunta,
A la infelice; la enlazan
Con ásperas ligaduras,
Y de hierro un aparato
A su diestra mano ajustan,
Que al impulso mas pequeño
Martirio espantoso anuncia.
Dice un sayon al alcalde:
« Ya está en jaula la lechuza,
Y si aun á cantar se niega,
Yo haré que cante ó que cruja. »
Silencio el alcalde impone,
Quédase todo en profunda
Quietud, y solo gemidos
Casi apagados se escuchan.
«Mujer, prorumpe Cerón,
Mujer, si vivir procuras,
Declárame cuanto viste
Y te dará Dios ayuda.»
—«Nada vi, nada, responde
La infeliz: por Santa Justa
Juro que estaba durmiendo:
Ni vi, ni oí cosa ninguna.»
—Replicó el juez, «Desdichada,
Piensa, piensa lo que juras.»
Y tomando de las manos
Del notario que le ayuda
Un candil: «Mira, prosigue,
Esta prenda que te acusa.
Dí quién la tiró á la calle
Pues confesaste ser tuya.»
La mísera se extremece
Trémula toda y convulsa,
Y respondió desmayada:
«El demonio fué sin duda.»
Y tras de una breve pausa:
Soy ciega, soy sorda y muda.
Matadme, pues, lo repito:
Ni vi, ni oí cosa ninguna.»

El juez entonces, de mármol,
Con la vara al lecho apunta,
Ase una cuerda un verdugo,
Rechina allá una garrucha,
La mano de la infelice
Se disloca y descoyunta,
Y al chasquido de los huesos
Un alarido se junta.
—«Piedad, que voy á decirlo,»
Grita con voz moribunda
La víctima, y al momento
Suspéndese la tortura.
«Declara,» el juez dice; y ella
Cobrando un vigor que asusta,
Prorumpe... «El rey fué...» y su lengua
En la garganta se anuda.
Juez, escribano, verdugos;
Todos con la faz difunta
Oyen tal nombre temblando,
Y queda la estancia muda.

En esto el desconocido,
Que tras del pilar se oculta,
Hácia el potro del tormento
El firme paso apresura;
Haciendo sus choquezuelas,
Canillas y coyunturas,
El ruido que los dados
Cuando se chocan y juntan.
Rumor que al punto conoce
La infeliz, y se espeluza,
Y repite: «El Rey; sus huesos
Así sonaron, no hay duda.»
Al punto se desemboza
Y la faz descubre adusta,
Y los ojos como brasas
Aquel personaje, á cuya

Presencia hincan la rodilla
Cuantos la bóveda ocupan,
Pues al Rey D. Pedro todos
Conocen, y se atribulan.
Este saca de su seno
Una bolsa do relumbran
Cien monedas de oro, y dice:
«Tóma y socórrete, bruja.
Has dicho verdad, y sabe
Que el que á la justicia oculta
La verdad, es reo de muerte,
Y cómplice de la culpa.
Pero pues tú la digiste,
Vé en paz, el cielo te escuda.
Yo soy, sí, quien mató á aquel hombre,
Mas Dios solo á mí me juzga.
Pero porque satisfecha
Quede la justicia sugusta,
Ya la cabeza del reo
Allí escarmientos pronuncia.»
Y era así: ya colocada
Estaba la imágen suya
En la esquina do la muerte
Dió á un hombre su espada aguda.
Del Candilejo la calle
Desde entonces se intitula,
Y el busto del Rey D. Pedro
Aun allí está, y nos asusta.

EL ALCÁZAR DE SEVILLA.

ROMANCE PRIMERO.

Magnífico es el Alcázar
Con que se ilustra Sevilla,
Deliciosos sus jardines,
Su excelsa portada rica.
De maderos entallados
En mil labores prolijas,
Se levanta el frontispicio
De resaltadas cornisas;
Y hay en ellas un letrero
Donde, con letras antiguas,
D. Pedro hizo estos palacios
Esculpido se divisa.
Mal dicen en sus salones
Las modernas fruslerías,
Mal en sus soberbios patios
Gente sin barba y ropilla.
¡Cuántas apacibles tardes,
En la grata compañía
De chistosos sevillanos
Y de sevillanas lindas,
Recorrí aquellos verjeles,
En cuya entrada se miran
Jigantes de arrayan hechos,
Con actitudes distintas!
Las adelfas y naranjos
Forman calles extendidas,
Y un oscuro laberinto
Que á los hurtos de amor brinda.

Hay en tierra surtidores
Escondidos; se improvisan,
Saltando entre los mosáicos
De pintadas piedrecillas,
Y á los forasteros mojan
Con algazara y con risa
De los que ya escarmentados
El chasco pesado evitan.

En las tardes del estío,
Cuando al ocaso declina
El sol entre leves nubes,
Que de oro y grana matiza;
Aquel trasparente cielo
Con ráfagas purpurinas,
Cortado por un celaje
Que el céfiro manso riza;
Aquella atmósfera ardiente
En que fuego se respira,
¡Qué languidez dan al cuerpo!
¡Qué temple al alma divina!
De los baños, tan famosos
Por quien los gozó, la vista,
La del soberbio edificio,
Obra gótica y morisca,
Tétrico en partes, en partes
Alegre, y en el que indican
Los dominios diferentes,
Ya reparos, ya ruinas;
Con recuerdos y memorias
De las edades antiguas
Y de los modernos años,
Embargan la fantasía.
El azahar y los jazmines,
Que si los ojos hechizan,
Embalsaman el ambiente
Con los aromas que espiran;

De las fuentes el murmurio,
La lejana gritería
Que de la ciudad, del rio,
De la alameda contigua
De Triana y de la puente
Confusa llega y perdida,
Con el son de las campanas
Que en la alta Giralda vibran;
Forman un todo encantado,
Que nunca jamás se olvida,
Y que al recordarlo, siempre
Mi alma y corazon palpitan.

Muchas deliciosas noches,
Cuando aun ardiente latia
Mi ya helado pecho, alegres,
De concurrencia escojida
Vi aquellos salones llenos;
Y á la juventud, cuadrillas
O contradanzas bailando
Al son de orquestas festivas.
En las doradas techumbres
Los pasos, la charla y risas
De las parejas gallardas,
Por amor tal vez unidas,
Con el son de los violines
Confundidos se extendian,
Acordes ecos hallando
Por las esmaltadas cimbrias.

Mas ¡ay! aquellos pensiles
No he pisado un solo dia,
Sin ver (¡sueños de mi mente!)
La sombra de la Padilla

Lanzando un hondo gemido,
Cruzar leve ante mi vista,
Como un vapor, como un bumo,
Que entre los árboles gira:
Ni entré en aquellos salones,
Sin figurárseme erguida,
Del fundador la fantasma
En helada sangre tinta:
Ni en el vestíbulo oscuro,
El que tiene en la cornisa
De los reyes los retratos,
El que en columnas estriba,
Al que adornan azulejos
Abajo, y esmalte arriba,
El que muestra en cada muro
Un rico balcon, y encima
El bondo arteson dorado,
Que lo corona y atrista;
Sin ver en tierra un cadáver.
Aun en las losas se mira
Una tenaz mancha oscura...
¡Ni las edades la limpian!...
¡Sangre!!! ¡Sangre!!!... ¡Oh cielos, cuántos
Sin saber que lo es, la pisan!

ROMANCE SEGUNDO.

Quinientos años mas jóven
Era el magnífico alcázar,
Aun lustrosas sus paredes,
Su alto almenaje sin faltas,
Y lucientes los esmaltes
De las techumbres doradas,
Mansion del rey de Castilla
Orgulloso se ostentaba;

Cusndo del Mayo florido
Una apacible mañana,
En aquel salon que tiene
Los balcones á la plaza,
Dos ilustres personajes
En grande silencio estaban:
Un caballero era el uno,
El otro una hermosa dama.

Rica berberisca alfombra,
Del rey moro de Granada
Don ó tributo, cubria
Las losas de aquella cuadra.
Un cortinaje de seda
Con listas y flores váriss
Matizado en el oriente,
Que galeras venecianas
(Tal vez de su Dux regalo)
Trajeron á nuestra Españs,
Del abierto bslconaje
El radiente sol templaba.
En el testero de enfrente
De maderas cinceladas
Un rico oratorio habia
Con embutidos de nácar,
Y en él la imágen devota
De la Vírgen soberana,
Escultura harto mezquina,
Mas no de atractivos falta,
De la cual era el adorno
Una corona de plata
Reverberando en su cerco
Amatistas y esmeraldas.
Un manuscrito precioso
Con las oraciones santas,
Ornatos de miniatura,
Y de oro y marfil las tapas,

Colocado se veia
Sobre un atril, que formaban
De un ángel mal esculpido,
Aunque con primor, las alas;
Y de brocado de oro
En el suelo una almohada,
Mostrando, por medio hundida,
De dos rodillas la marca.
En los muros blanqueados
Con cal de Moron, de caza
Pendian varios trofeos,
Banderas y limpias armas;
Y en una mesa ó bufete,
Puesta en medio de la estancia,
Con un tapete cubierta,
Cuyos picos arrastraban,
Un templado laud habia,
Un rico juego de tablas,
Búcaros llenos de flores,
Y un cofre de filigrana.

De un balcon sentóse cerca,
Muy pensativa la dama,
En un gran sillon dorado,
Cuyo respaldo formaba
Un dosel ó guardapolvo
En una curva gallarda,
De castillos, de leones
Y de corona adornada,
Un vistoso brial de seda
Verde, y con labores várias
De sirgo y perlas, y en torno
De oro recamos y franjas,
Era su traje; una toca
Muy mas que la nieve blanca,
Y un claro cendal cubrian
Sus trenzas negras y largas.

Celestial era su rostro
Y divina su garganta;
Pero del color de cera,
Que miedo y penas retrata:
Dos soles eran sus ojos
Bajo las luengas pestañas,
Donde dos perlas preciosas,
Prontas á correr, brillaban.
Era una fresca azucena,
A quien cruda muerte amaga,
Porque un corroedor gusano
Ya su hondo cáliz desgarra.
Ora un blanco pañizuelo,
Con puntas bordado y randas,
Revolvia con las manos
Convulsas y deslustradas,
Ora absorta y distraida,
Agitaba en torno el aura
Con un precioso abanico
De ricas plumas de Arabia.

Delgado era el caballero,
De estatura no muy alta,
Vivaces ojos, la boca
Inquieta, roja la barba,
Pálido y enjuto el rostro,
Nariz corva y afilada,
Noble su porte, y siniestras
Y terribles sus miradas.
Envuelto en un rojo manto,
De oro bordado y con chapas,
Y una gorra en la cabeza
Puesta de lado con gracia,
De largo á largo media
Con pasos lentos la estancia,
Y pasiones diferentes
Su mudo rostro mostraba.

A veces se enrogecia,
Arrojando fieras llamas
Por los encendidos ojos,
Hechos del infierno brasas;
Luego estendian los labios
Sonrisa feroz y amarga;
O en las doradas techumbres
Fijaba atroces miradas;
Bien apresurando el curso
De pié á cabeza temblaba;
Bien repuesto proseguia
Su paso noble con calma.
Así he visto al tigre fiero,
Ya tranquilo, ya con rabia,
Revolverse á todos lados
Dentro de la estrecha jaula.
Marchando sobre la alfombra,
No se oian sus pisadas;
Pero sordas le crujian,
Siempre que se meneaba,
Canillas y choquezuelas.
Diz que el cielo (¡cosa rara!)
De igual rumor ha dotado,
Allá en tierras muy lejanas,
Para que la evite el hombre,
A una serpiente que llaman
De cascabel, y que al punto
Que se acerca pica y mata.
Doña María Padilla
Era la llorosa dama,
Y el callado caballero
El rey don Pedro de España.

ROMANCE TERCERO.

Cual de solitaria torre
En torno están revolando
Fieras aves de rapiña,
Cuando el sol baja al ocaso,
Así en torno de don Pedro
Vuelan pensamientos várious,
Cuyas sombras ofuscaban
De su semblante los rasgos.
Ya ocupa su airada mente
El poder de sus hermanos,
A los que mató la madre,
Y á quienes llama bastardos:
Ya de los grandes inquietos
La insolencia y desacato,
O la mengua del tesoro
Sin medios de repararlo:
Ya la linda doña Aldonza,
A quien tiene á buen recaudo;
O las sangrientas fantasmas
De inocentes que ha matado:
Ya una proyectada empresa
Rompiendo la fe de un pacto
Contra el moro granadino;
O una traicion ó un engaño.
Mas, como las mismas aves
Se van escondiendo al cabo
Entre las almenas rotas
Del castillo solitario,
Y solo constante queda,
En torno de él volteando,
La mas voraz, la mas fuerte,
La que no admite descanso;

Así aquel tropel confuso
De pensamientos extraños,
En que se encontró don Pedro
Envuelto pequeño rato,
En su pecho y su cabeza
Fueron nidos encontrando,
Y quedó despierta y viva,
Dándole gran sobresalto,
La imágen de don Fadrique,
El mejor de sus hermanos,
Norma de los caballeros
Y maestre de Santiago.

Del rey de Aragon acaba
Don Fadrique el esforzado
De conquistar á Jumilla,
Con noble denuedo y brazo:
Deja en lugar de las barras
Los castillos tremolando,
Y viene á entregar las llaves
A su Rey, señor y hermano.
Sabe el rey que no es rebelde,
Que es su amigo y partidario,
Y mas que á Tello y á Enrique
Lo está embravecido odiando.
Don Fadrique fué el que tuvo
De venir á Francia encargo
Por la reina doña Blanca;
Mas tardó en llevarla un año.
Con ella en Narbona estuvo...
Y un rumor corrió entre tanto
De aquellos que son ponzoña,
Ora ciertos, ora falsos.
Doña Blanca está en Medina,
Y en una torre pagando
Las tardanzas del viaje,
Las hablillas de palacio;

Y el cuello de don Fadrique
Está en los hombros intacto,
Porque tiene gran valía,
Poder mucho y nombre claro.
Mas ¡ay de él!... es de las damas
El ídolo por su trato,
Por su gallarda presencia
Y por su esfuerzo bizarro;
Y si no da sombra al trono,
Porque es fiel, da, ¡mal pecado!
Al corazon duros zelos;
Y esto es peor, si aquello es malo.
Doña María Padilla,
Cuyo entendimiento claro
Del regio amante penetra
Los mas ocultos arcanos,
Y en quien la bondad del alma
Sobrepuja á los encantos
De su peregrino rostro
Y de su cuerpo gallardo:
Vive víctima infelice
De contínuo sobresalto,
Porque al Rey ama, y le mira
A mal fin tender el paso.
Conoce que sobre sangre,
Persecuciones y llantos
No está nunca firme un trono,
Nunca seguro un palacio;
Y tiene dos tiernas niñas,
Que con otro padre acaso,
Aunque ilegítimo fruto,
Pudieran todo esperarlo.
Ve en el insigne Fadrique
Un apoyo, un partidario:
Sabe que llega á Sevilla,
Y á voces le está indicando
De su fiero amante el rostro,
Que viene en momento aciago:
Y por aquietar sospechas,
O darles punto mas alto,

Al fin rompiendo el silencio,
Aunque con trémulos labios
Osó hablar, y estas palabras
Entre los dos se mezclaron:
« ¿Conque hoy llegará triunfante
Don Fadrique vuestro hermano?—
Y por cierto que ya tarda
En llegar aquí el bastardo.—
» ¡Bien os sirve!... Sí, en Jumilla
Como un héroe se ha portado:
De su lealtad os da pruebas;
Es muy valiente.—Lo es harto.—
» Ya estareis, señor, seguro
De su pecho noble y franco.—
Aun mas lo estaré mañana. »—
Enmudecieron entrambos.

ROMANCE CUARTO.

Grande rumor se alza y cunde
De armas, caballos y pueblo
De Sevilla por las calles,
Al Maestre recibiendo.
Suenan los vivas unidos
Con los retumbantes ecos,
Que en la altísima Giralda
Esparce el bronce hasta el cielo.
Vase acercando la turba,
Pero se la escucha menos:
Ya á la plaza de palacio
Llega, y párase en silencio;
Que la vista del alcázar
Gozaba del privilegio
De apagar todo entusiasmo,
De convertir todo en miedo.

Quedó, pues, mudo el gentío,
Falto de accion y de aliento,
Para pisar la gran plaza
Con un mágico respeto;
Y el maestre de Santiago,
Con algunos caballeros
De su órden, entra, seguido
De corto acompañamiento.
Dirígese hácia la puerta,
Como aquel que va derecho
A encontrar de un buen hermano
El alma y brazos abiertos;
O como noble caudillo,
Que por sus gloriosos hechos
De un Rey á recibir llega
Los elogios y los premios.
Sobre un morcillo lozano
Que espuma respira y fuego,
Y á quien contiene la brida
Si ensoberbece el arreo,
Muéstrase el noble Fadrique
Con el blanco manto suelto,
En que el collar y cruz roja
Van su dignidad diciendo;
Y una toca de velludo
Carmesí lleva, do el viento
Agita un blanco penacho
Con borlas de oro sujeto.

Pálido como la muerte
El iracundo don Pedro,
En cuanto entrar en la plaza
Vió al hermano desde lejos,
Como si de mármol fuera
Quedó del salon en medio,
Y en sus furibundos ojos
Ardió un relámpago horrendo;

Pero pronto en sí tornando,
Salióse del aposento,
Cual si del huésped quisiera
Buscar afable el encuentro.
Así que volver la espalda
Le vió la Padilla, lleno
El corazon de amargura
Y de llanto el rostro bello,
Alzase y sale turbada
Del balcon al antepecho,
Al gallardo maestre indica
Con actitudes y gesto,
Que llega en mal hora, y mueve
Por el aire el pañizuelo,
Diciéndole en mudas señas
Que se ponga en salvo luego.
Nada comprende Fadrique,
Y por saludos teniendo
Los avisos, corresponde
Cual galan y cual discreto.
Y á la ancha portada llega
Do guardias y ballesteros
Le dejan el paso libre,
Mas no entrada á su cortejo.
Si no conoció las señas
De la Padilla, don Pedro
Las conoció, pues paróse
Aun indeciso y suspenso
De la cámara en la puerta
Un breve instante, y volviendo
Los ojos, vió que la dama
Agitaba el blanco lienzo,
¡Oh Dios! ¿Fué esta accion tan noble
De tan puro y santo intento,
La que llamó á los verdugos,
Y la que firmó el decreto?

Apenas puso el Maestre,
De dos solos escuderos
Seguido, el pié confiado
En el vestíbulo regio,
Donde vários hombres de armas
Vestidos de doble hierro,
Paseándose guardaban
De la escalera el ingreso;
Cuando á uno de los balcones,
Como aparicion de infierno,
El rey se asoma gritando:
Matad al maestre, maceros.
Siguió como en la tormenta
El súbito rayo al trueno,
Y seis refornidas mazas
Sobre Fadrique cayeron.
Llevó la mano al estoque,
Pero en el tabardo envuelto
Halló el puño, y fué imposible
Desenredarlo tan presto.
Cayó en tierra, un mar de sangre
Del roto cráneo vertiendo,
Y lanzando un alarido
Que llegó sin duda al cielo.
Voló al instante la nueva
De tan horrible suceso;
Apelaron á la fuga
Los freiles y caballeros;
Huyó á esconderse en sus casas,
Temblando de horror, el pueblo,
Y del alcázar quedaron
Los alreedores desiertos.

Diz que el ver sangre embravece
Al tigre con tanto extremo,
Que prosigue los destrozos,
Aunque ya esté satisfecho

Su vientre, porque se goza
En teñir de rojo el suelo.
Sin duda al rey de Castilla
Le sucedia lo mesmo.
En cuanto vió á D. Fadrique
Desplomarse en tierra yerto,
Corrió por palacio todo
Buscando á sus escuderos,
Que trémulos y amarillos
De aposento en aposento
Huyen, sin hallar amparo,
Corren, sin hallar un puerto.
Por dicha logró fugarse
O esconderse el uno de ellos;
Sancho Villegas el otro
No fué tan feliz ó diestro.
Viendo que el Rey le persigue,
Entróse, de espanto muerto,
Donde estaba la Padilla
Desmayada y en su lecho,
Asistida por sus damas
Que están temblando de miedo,
Y con sus niñas al lado,
Angeles en alma y cuerpo.
Mirando allí el infelice
Aun perseguirle el espectro,
Que en asilos no repara,
Coge en sus brazos de presto
A doña Beatriz, que apenas
Cuenta seis años completos,
Hija por quien el Rey tiene
El mas cariñoso extremo.
Pero, ¡ay! de nada le sirve...
En vano allá en el desierto
Con la cruz santa se abraza
El peregrino, si recio
Brama el sur, si arde el espacio,
Si olas de arena, creciendo
Mar espantoso, confunden
La baja tierra y el cielo.

Con la niña entre los brazos
Y de rodillas, el pecho
Traspasóle furibunda
La daga del rey don Pedro.

Cual si no hubiese en palacio
Nada ocurrido de nuevo,
Se asentó el Rey á la mesa,
Como acostumbra, comiendo,
Jugó en seguida á las tablas,
Salió despues á paseo,
Fué á ver armar las galeras
Que han de ir á Vizcaya luego;
Y en cuanto cubrió la noche
Con su manto el hemisferio
Entró en la torre del Oro,
Donde tiene en un encierro
A la linda doña Aldonza,
A la cual del monasterio
De Santa Clara ha sacado,
Y á la que idolatra ciego.
Fué un rato á hablar en seguida
Con Leví, su tesorero,
Fu quien tiene su privanza,
Aunque es un infame hebreo;
Y muy tarde retiróse
Sin mas acompañamiento
Que un moro su favorito,
Hombre bajo por supuesto.
Entró en el tranquilo alcázar,
Llegó al vestíbulo excelso,
Y en él paróse un instante
La vista en torno moviendo.
Una lámpara pendiente
Del artesonado techo
En derredor derramaba
Ya sombras, y ya reflejos:

Entre las tersas columnas
Dos hombres de armas, dos negros
Bultos paseaban solos,
Vigilantes y en silencio;
Y en tierra aun tendido estaba,
De un lago de sangre en medio,
El maestre don Fadrique
En su roto manto envuelto.
Se acercó el Rey, contemplóle
Con atencion un momento,
Y notando que no estaba
Del todo su hermano muerto,
Pues aun respiraba acaso
Palpitante el hondo pecho,
Le dió con el pié un empuje
Que hizo extremecer el cuerpo;
Desnudó la aguda daga,
Al moro la dió, diciendo:
Acábalo, y sosegado
Subió y entregóse al sueño.

EL FRATRICIDIO.

ROMANCE PRIMERO.

EL ESPAÑOL Y EL FRANCÉS.

«Mosen Beltran, si sois noble
Doleos de mi Señor,
Y deba corona y vida
A un caballero cual vos.
»Ponedlo en cobro esta noche,
Asi el cielo os dé favor;
Salvad á un rey desdichado
Que una batalla perdió.
»Yo con la mano en mi espada,
Y la mente puesta en Dios,
En su real nombre os ofrezco,
Y ved que os lo ofrezco yo,
»En perpétuo señorío
La cumplida donacion
De Soria y de Monteagudo,
De Almansa, Atienza y Seron.
»Y á mas doscientas mil doblas
De oro, de ley superior,
Con el cuño de Castilla,
Con el sello de Leon,
»Para que pagueis la hueste
De allende que está con vos,
Y con que fundeis estado
Donde mas os venga en pro.

»Socorred al rey don Pedro,
Que es legítimo, otro no;
Coronad vuestras proezas
Con tan generosa accion.»

Así cuando en occidente
Tras siniestro nubarron,
Un anochecer de Marzo
Su lumbre ocultaba el sol,
Al pié del triste castillo
De Montiel, donde el pendon
Vencido del rey don Pedro,
Aun daba á España pavor;
Men Rodriguez de Sanabria
Con Beltran Claquin habló,
Y este le dió por respuesta
Con francesa lengua y voz.

«Castellano caballero,
Pues hidalgo os hizo Dios,
Considerad que vasallo
Del rey de Francia soy yo;
»Y que de él es enemigo
Don Pedro vuestro señor,
Pues en liga con ingleses
Le mueve guerra feroz.
»Considerad que sirviendo
Al infante Enrique estó,
Que le juré pleitesía,
Que gajes me da y racion.
»Mas ya que por caballero
Venís á buscarme vos,
Consultaré con los mios
Si os puedo servir ó no.

»Y como ellos me aconsejen
Que dé á don Pedro favor,
Y que sin menguar mi honra
Puedo guarecerle yo;
»En siendo lo media noche
Pondré nn lnciente farol
Delante de la mi tienda,
Y encima de mi pendon.
»Si lo veis, luego veníos
Vuestro rey don Pedro y vos,
En sendos caballos, solos,
Sin armas y sin temor.»
Dijo el francés, y á su campo
Sin despedirse tornó,
Y en silencio, hácia el castillo,
Retiróse el español.

ROMANCE SEGUNDO.

EL CASTILLO.

Inútil monton de piedras,
De años y hazañas sepnlcro,
Que viandantes y pastores
Miran de noche con susto,
Cuando en tns almenas rotas
Grita el cárabo nocturno,
Y recuerda las concejas
Que de tí repite el vulgo:
Escombros que ban perdonado,
Para escarmiento del mundo,
La guadaña de los siglos,
El rayo del cielo justo:
Esqueleto de un gigante,
Peso de un collado inculto,
Cadáver de un delincuente
De quien fué el tiempo verdugo:

Nido de aves de rapiña,
Y de reptiles inmundos
Vivar, y en que eres lo mismo
De lo que eras há cien lustros:
Pregonero que publicas
Elocuente, aunque tan mudo,
Que siempre han sido los hombres
Miseria, opresion, orgullo:
De Montiel viejo castillo,
Monton de piedras y musgo,
Donde en vez de centinelas
Gritan los siniestros buhos;
¡ Cuán distinto te contemplo
De lo que estabas robusto
La noche aquella que fuiste
Del rey don Pedro refugio!

Era una noche de Marzo,
De un Marzo invernal y crudo,
En que con negras tinieblas
Se viste el orbe de luto.
El castillo, cuya torre
Del homenaje el oscuro
Cielo taladraba altiva,
Formaba de un monte el bulto.
Sobre su almenada frente,
Por el espacio confuso,
Pesadas nubes rodaban
Del huracan al impulso.
Del huracan, que silbando
Azotaba el recio muro
Con espesa lluvia á veces,
Y con granizo menudo;
Y á veces rasgando el toldo
De nubarrones adustos,
Dos ó tres rojas estrellas,
Ojos del cielo sañudos,

Descubria amenazantes
Sobre el edificio rudo,
Y sobre el vecino campo
Del cielo entrambos insulto.
Circundaban el castillo,
Como cercan á un difunto
Las amarillas candelas,
Fogatas de triste anuncio;
Pues eran del enemigo
Vencedor, y que sañudo
El asalto preparaba
Codicioso y furibundo.

De la triste fortaleza
No aspecto de menos susto
El interior presentaba,
Ultimo amparo y recurso
De nn ejército vencido,
Desalentado, confuso;
De hambre y sed atormentado,
Y de despecho convulso.
En medio del patio ardia
Una gran lumbrada, á cuyo
Resplandor de infierno, en torno
Vários satánicos grupos
Apiñados se veian,
En lo interno de los muros
Altas sombras proyectando
De fantásticos dibujos.
Gente era del rey don Pedro,
Y se mostraban los unos
De hierro y sayos vestidos,
Los otros medio desnudos.
Allí de horrendas heridas,
Dando tristes ayes, muchos
La sangre se restañaban
Con lienzos rotos y sucios.

Otros cantaban á un lado
Mil cánticos disolutos,
Y fanfarronas blasfemias
Lanzaba su labio inmundo.
Allá de una res asada
Los restos frios y crudos
Se disputaban feroces,
Esgrimiendo el hierro agudo.
Aquí contaban agüeros
Y desastrosos anuncios,
Qne escuchaban los cobardes
Pasmados y taciturnos.
Ni los nobles caballeros
Hallan respeto ninguno,
Ni el órden y disciplina
Restablecen sus conjuros.
Nadie los portillos guarda,
Nadie vigila en los muros,
Todo es peligro y desórden,
Todo confusion y susto.
Los relinchos de caballos,
Los ayes de moribundos,
Las carcajadas, las voces,
Las blasfemias, los insultos,
El crujido de las armas,
Los varios trages, los duros
Rostros formaban un todo
Tan horrendo y tan confuso,
Alumbrado por las llamas,
O escondido por el humo,
Que asemejaba una escena
Del infierno y no del mundo.

El rey don Pedro entre tanto
Separado de los suyos,
En una segura cuadra
Se entregó al sueño profundo.

Mientras en una alta torre,
Despreciando los impulsos
Del huracan y la lluvia,
De lealtad noble trasunto,
Men Rodriguez de Sanabria
No separaba ni un punto
Del lado donde sus tiendas
La francesa gente puso,
Los ojos y el pensamiento,
Ansiando anhelante y mudo
Ver la señal concertada,
Astro de benigno influjo,
Norte que de sus esfuerzos
Pueda dirigir el rumbo,
Por donde su Rey consiga
De salud puerto seguro.

ROMANCE TERCERO.

EL DORMIDO.

Anuncia ya media noche
La campana de la vela,
Cuando un farol aparece
De Claquin ante la tienda.
Y no mísero piloto,
Que sobre escollos navega,
Perdido el rumbo y el norte
En noche espantosa y negra,
Ve al doblar un alta roca
Del faro amigo la estrella,
Indicándole el abrigo
De seguro puerto cerca,
Con mas placer, que Sanabria
La luz que el alma le llena
De consuelo, y que anhelante
Esperó entre las almenas.

Latiéndole el noble pecho
Desciende súbito de ellas,
Y ciego bulto entre sombras
El corredor atraviesa.

Sin detenerse un instante
Hasta la cámara llega,
Do el rey don Pedro descanso
Buscó por la vez postrera.
Solo Sanabria la llave
Tiene de la estancia régia,
Que á noble de tanta estima
Solamente el rey la entrega.
Cuidando de no hacer ruido
Abre la ferrada puerta,
Y al penetrar sus umbrales
Súbito espanto le hiela.
No de aquel respeto propio
De vasallo, que se acerca
A postrarse reverente
De su rey en la presencia;
No aquel que agoviaba á todos
Los hombres de aquella era,
Al hallarse de improviso
Con el rey D. Pedro cerca;
Sino de mas alto origen,
Cual si en la cámara hubiera
Una cosa inexplicable,
Sobrenatural, tremenda.

Del hogar la estancia toda
Falsa luz recibe apenas
Por las azuladas llamas
De una lumbre casi muerta.

Y los altos pilarones,
Y las sombras que proyectan
En pavimento y paredes,
Y el humo leve que vuela
Por la bóveda y los lazos
Y los mascarones de ella,
Y las armas y estandartes
Que pendientes la rodean,
Todo parece movible,
Todo de formas siniestras,
A los trémulos respiros
De la ahogada chimenea.
Men Rodriguez de Sanabria
Al entrar en tal escena
Se siente desfallecido,
Y sus duros miembros tiemblan,
Advirtiendo que D. Pedro
No en su lecho, sino en tierra,
Yace tendido y convulso,
Pues se mueve y se revuelca,
Con el estoque empuñado,
Medio de la vaina fuera,
Con las ropas desgarradas,
Y que solloza y se queja.
Quiere ir á darle socorro...
Mas ¡ay!... ¡en vano lo intenta!
En un mármol convertido
Quédase clavado en tierra,
Oyendo al rey balbuciente,
So la infernal influencia
De ahogadora pesadilla,
Prorumpir de esta manera.

«Doña Leonor... ¡vil madrastra!!!
Quita, quita... que me aprietas
El corazon, con tus manos
De hierro encendido... espera,

»Don Fadrique no me ahogues...
No me mires, que me quemas.
¡Tello!... Coronel!... Osorio!...
¿Qué quereis?... traidores, ea!
»Mil vidas os arrancára,
¿No temblais?..... dejadme..... afuera.
¿Tambien tú, Blanca?..... y aun tienes
Mi corona en tu cabeza!.....
»¿Osas maldecirme? inicua!!!
Hasta Bermejo se acerca.....
¡Moro infame!..... temblad todos.
Mas, qué turba me rodea?.....
»Zorzo, á ellos: sús, Juan Diente.
¿Aun todos viven?..... pues mueran.
Ved que soy el rey don Pedro,
Dueño de vuestras cabezas.—
»¡Ay, que estoy nadando en sangre!
¿Qué espadas, decid, son esas?.....
¿Qué dogales?..... ¿qué venenos?.....
¿Qué huesos?..... ¿qué calaveras?.....
»Roncas trompetas escucho.....
Un ejército me cerca,
Y yo á pié?..... denme un caballo
Y una lanza..... vengan, vengan.
»Un caballo y una lanza.»
¿Qué es el mundo en mi presencia?
Por vengarme doy mi vida,
Por un corcel mi diadema (1).
«¿No hay quien á su rey socorra?»—
A tal conjuro se esfuerza
Sanabria, su pasmo vence
Y esclama: «Conmigo cuenta.»

(1) Mi Kingdom for à horse.
SHAKESPEARE.

A sacar al Rey acude
De la pesadilla horrenda:
«Mi rey! mi señor!» le grita,
Y lo mueve, y lo despierta.
Abre los ojos don Pedro
Y se confunde y se aterra,
Hallándose en tal estado,
Y con un hombre tan cerca.
Mas luego que reconoce
Al noble Sanabria, alienta,
Y, *soñé que andaba á caza*,
Dice con turbada lengua.
Sudoroso, vacilante,
Se alza del suelo, se sienta
En un sillon, y pregunta:
«¿Hay, Sanabria, alguna nueva?»
«Señor, responde Sanabria,
El francés hizo la seña.»
«Pues vamos, dice don Pedro,
Haga el cielo lo que quiera.»

ROMANCE CUARTO.

LOS DOS HERMANOS.

De Mosen Beltran Claquin
Ante la tienda de pronto
Páranse dos caballeros
Ocultos en los embozos.
El rey don Pedro era el uno,
Rodriguez Sanabria el otro,
Que en la fe de un enemigo
Piensan encontrar socorro.
Con gran priesa descabalgan,
Y ya se encuentran en torno
Rodeados de franceses
Armados y silenciosos,

En cuyos cascos gascones,
Y en cuyos azules ojos
Refleja el farol, que alumbra
Cual siniestro meteoro.
Entran dentro de la tienda
Ya vacilantes, pues todo
Empiezan á verlo entonces
De aspecto siniestro y torvo.
Una lámpara de azófar
La alumbra trémula y poco;
Mas deja ver un bufete,
Un sillon de roble tosco,
Un lecho y una armadura,
Y lo que fué mas asombro,
Cuatro hombres de armas inmobles,
De acero vivos escollos.

Don Pedro se desemboza
Y, *vamos ya*, dice ronco;
Y al instante uno de aquellos,
Con una mano de plomo,
Que una manopla vestía
De dura malla, brioso
Ase el regio brazo y dice:
«Esperad, que será poco.»
Al mismo tiempo á Sanabria
Por detrás sujetan otros,
Arráncanle de improviso
La espada, y cúbrenle el rostro.
Traicion!..... traicion!..... gritan ambos
Luchando con noble arrojo;
Cuando entre antorchas y lanzas
En la escena entran de pronto
Beltran Claquin desarmado,
Y don Enrique furioso,
Cubierto de pié á cabeza
De un arnés de plata y oro,

Y ardiendo limpia en su mano
La desnuda daga, como
Arde el rayo de los cielos,
Que va á trastornar el polo,
De don Pedro el brazo suelta
El forzudo armado; y todo
Queda en profundo silencio,
Silencio de horror y asombro.

Ni Enrique á Pedro conoce,
Ni Pedro á Enrique: apartólos
El cielo hace muchos años,
Años de agravios y enconos,
Un mar de rugiente sangre,
De huesos un promontorio,
De crímenes un abismo,
Poniendo entre el uno y otro.
Don Enrique fué el primero
Que con satánico tono,
«¿Quién de estos dos es, prorumpe,
El objeto de mis ódios?»
«Vil bastardo (le responde
Don Pedro iracundo y torvo)
Yo soy tu rey; tiembla, aleve;
Hunde tu frente en el polvo.»
Se embisten los dos hermanos;
Y don Enrique, furioso
Como tigre embravecido,
Hiere á don Pedro en el rostro.
Don Pedro, cual leon rugiente,
Traidor! grita; por los ojos
Lanza infernal fuego, abraza
A su armado hermano, como
A la colmena lijera
Feroz y forzudo el oso,
Y traban lucha espantosa
Que el mundo contempla absorto.

Caen al suelo, se revuelcan,
Se hieren de un lado y otro,
La tierra inundan en sangre,
Lidian cual canes rabiosos.
Se destrozan, se maldicen,
Dagas, dientes, uñas, todo
Es de aquellos dos hermanos
A saciar la furia poco.

Pedro á Enrique al cabo pone
Debajo, y se apresta ansioso,
De su crueldad ó justicia
A dar nuevo testimonio;
Cuando Claquin (¡oh desgracia!
En nuestros debates propios
Siempre ha de haber extranjeros
Que decidan á su antojo.)
Cuando Claquin trastornando
La suerte llega de pronto,
Sujeta á don Pedro, y pone
Sobre él á Enrique alevoso,
Diciendo el aventurero
De tal maldad en abono:
«Sirvo en esto á mi señor;
Ni rey quito, ni rey pongo.»
No duró mas el combate;
De su rey en lo mas hondo
Del corazon, la corona
Busca Enrique, hunde hasta el pomo
El acero fratricida,
Y con él el puño todo
Para asegurarse de ella,
Para agarrarla furioso.
Y la sacó..... Goteando
Sangre!!!..... De funesto gozo
Retumbó en el campo un *viva*,
Y el infierno repitiólo.

DON ALVARO DE LUNA.

ROMANCE PRIMERO.

LA VENTA.

En la ruta de Portillo
Y en las márgenes del Duero,
Hubo (aun escombros lo dicen)
Una venta en otro tiempo.
A su puerta una mañana
Estaba sentado un lego
De San Francisco, tres mulas
De los ronzales teniendo.
De la venta en la cocina
Se hallaban dos reverendos,
De una sarten apurando
Magras con tomate y huevos.
De maestre-sala servia
Sin caperuza el ventero,
Que solícito llenaba
Las tazas del vino añejo.
Era el uno el padre Espina,
Predicador del convento
Del Abrojo; el otro un fraile
Anciano, de ciencia y peso.

Aunque con buen apetito,
Mustios ambos y en silencio
Se mostraban, cuando el huésped
Les habló así con respeto:

«¿Es verdad, benditos padres,
Que el Condestable está preso?...
Anoche dió esta noticia,
Que nos pasmó, un caballero.»—
Contestóle el religioso:
«Pues no os engañó, que es cierto.»
Y continuó el padre Espina;
«Sí, desengaños son estos
»Que avisan á los mortales
De que son perecederos
Los bienes que nos da el mundo,
Y su grandeza embeleco.»
El villano, sin turbarse,
Le cortó el sermon diciendo:
«Y tambien de que castiga
Sin palo ni piedra el cielo.
»Aun está fresca la sangre
De Alonso Lopez Vivero.
Yo estaba al pié de la torre
Cuando el Condestable mesmo
»Lo arrojó de ella; y he visto
De oro las cargas á cientos
Entrar allá en su palacio.
Dicen tambien, y lo creo,
»Que hechizado al rey tenia,
Y aun añaden...—No debemos,
Dijo grave el religioso,
Dar, á hablilla tal, acceso.»

La ventera que hasta entonces
Se estuvo callada al fuego,
Con la mano en la mejilla
Mostrando gran sentimiento,
Y que era, aunque no muy verde,
Fresca y limpia con extremo,
Abultada de pechera
Y con grandes ojos negros,

Saltó súbita: «Envidiosos,
Que no sirven, ni por pienso,
Para descalzarle, han sido
Los que en trance tal le han puesto.» —
Díjole el marido: «Calla,»
Y ella respondió: «No quiero...
¡Qué señor tan llano!... parte
El corazon!... Mes y medio
»Hace que le vimos todos
Tan galan, en el festejo
Que se celebró en la plaza
De Valladolid... ¡Qué diestro!
»Qué valiente! Qué gallardo!
Fué el único del torneo.» —
«Calla,» con cólera grande
Volvió á decir el ventero;
Y ella, en vez de obedecerle,
A continuar: «¡Qué discreto!
El oirle daba gusto...
Alfonso Lopez Vivero
»Era un vil, que lo vendia.....» —
«Calla,» repitió de nuevo
Mas airado el hombre; y ella:
«No me da la gana: cierto
»Es cuanto digo..... El tesoro
Lo ganó en la guerra, ó premio
Es que el rey le ha dado en paga
De servicios que le ha hecho.
»La Reina y los Ricos-hombres
Revoltosos y soberbios.....» —
«Maldita tu lengua sea,
Clamó furioso el ventero.
»Tú, porque allá te criaste
En su palacio, y....., yo necio!»
Y ella prosiguió llorando:
«La tonta fuí yo, mostrenco.»
Iban en el matrimonio
A poner paz y concierto
Los padres, cuando, *ya llegan*,
Gritó desde fuera el lego;

Y dejando á los esposos,
Que sin duda prosiguiendo
La disputa, la acabaron
A puñadas, segun temo,
Fuéronse á la puerta al punto,
Sobre sus mulas subieron,
Y aquella venta dejaron
Hecha un abreviado infierno.

ROMANCE SEGUNDO.

EL CAMINO.

Se alza una nube de polvo
De lejos por el camino,
Y al tropel que la levanta
Borra y tiene confundido.
En ella relampaguean
Reflejos de acero limpio,
Y forman un trueno sordo
Herraduras y relinchos.
Dando lugar á que llegue,
Los religiosos franciscos
A lento paso se ponen,
Y atrás miran de contínuo.

Se acerca gran cabalgada,
Y vése claro y distinto
Que Diego Estúñiga, el jóven,
Es de ella jefe y caudillo.
En un alazan fogoso
Viene, de hierro vestido,
La gruesa lanza en la cuja,
La luenga espada en el cinto,

Un penacho jalde y negro,
Cual matorral sobre un risco,
Ondea sobre su almete,
Y da al sol variados visos.
El ancho plateado escudo,
De una cadena ceñido,
Ostenta la banda negra,
Timbre de su casa antiguo.
Vienen tras él diez jinetes,
De la cimera al estribo,
Armados de punta en blanco,
Y en las lanzas pendoncillos.
Marchan todos en silencio,
Y en todos el sobrescrito
De gran duelo y gran tristeza
Se ve de ballesta á tiro.
Se dijera ser la escolta,
No de un caballero vivo,
Sí de un caballero muerto
Que iba al postrimer asilo.
En medio de ellos venía,
Cabizbajo y abatido,
Caballero en una mula
Con jaeces harto ricos,
Un insigne personaje,
De aspecto notable y digno,
De estatura no muy alta,
Pero gallarda y de brio.
Un sayo de paño verde
Con franjas de oro guarnido
Es su traje, y lleva al hombro,
Mas blanco que los armiños,
Un gran manto, en cuyos pliegues
La cruz roja, distintivo
De maestre de Santiago,
Luce en recamo prolijo;
Y una toca de velludo
Negro con bordados picos,
Mas sin airon ni garzota,
Es de su cabeza abrigo.

Era su mirar resuelto,
Bien que apagado y sombrío,
Y su aire tan de persona
De poder y de dominio,
Que por mas quo se notaba
Ser un preso, descubrirlo
Sin sentir, era imposible
Cierto respeto sumiso.
Don Alvaro era de Luna,
Del rey don Juan favorito,
Que á Castilla largos años
Rigió sin freno á su arbitrio.

Cuando emparejó la tropa
Con los dos padres franciscos,
Paráronse estos, y humildes
Saludo cortés y fino
Hicieron al Condestable,
De quien eran muy amigos.
Don Alvaro contestóles
Tan galan como expresivo.
Ellos en la armada escolta
Se injirieron de improviso,
Tomando del gran maestre
A uno y otro lado sitio.
Largo rato caminaron
Todos en silencio hundidos;
Pero al cabo el padre Espina
Se resolvió, y así dijo:
«En verdad, señor, que valen
Poco del mundo mezquino
Las honras y los haberes
Para el varon de juicio.
»El hombre cristiano y cuerdo
Debe hácia norte mas fijo
Encaminar su esperanza,
Servir solo á Dios benigno.

»Lo que nos da, lo mantiene,
Y al que busca en él asilo,
Para siempre se lo acuerda
En eterno paraiso.»
Con grande atencion escucha
Tan saludables avisos
Don Alvaro, que engañado
Juzgó, al salir de Portillo,
Que iba á recobrar honores;
Favor, riqueza y dominio;
Y entreviendo en el instante
Su verdadero destino,
Se estremeció á pesar suyo,
Cubrióse de sudor frio,
Y, «¿voy á morir acaso?»
Preguntó como indeciso.
Contestóle el religioso:
«Todos, mientras sómos vivos,
Vamos á morir. El hombre
Que va preso..... en mas peligro.....»
—«Basta» exclamó el Condestable;
Y dando á su aspecto altivo
Gran dignidad y gran calma,
Y al semblante noble brillo,
«Basta, siguió, no es la muerte,
Cuando se sabe de fijo
Que llega, tan espantosa
Como el vulgo vil ha dicho.
»Venga, pues: si el Rey lo quiere
Yo con gusto la recibo.
Padres, hasta el duro trance
No me dejeis, os suplico.»—
Oyendo tales razones
Lloró Estúñiga escondido
En su celada, y lloraron
Hasta los armados mismos.
Ambos buenos religiosos
Cumplieron bien con su oficio,
Consolando al Condestable
Con discrecion y con tino,

Y él, oyéndolos atento,
Siguió la marcha tranquilo,
Sin dar de dolor ni susto
En su noble rostro viso.

ROMANCE TERCERO.

LAS CALLES.—LA CAPILLA.—EL PALACIO.

Para quien al dia siguiente
Mira la muerte segura,
El declinar de la tarde
Solemnidad tiene mucha.
En el sol, que va á ponerse,
Y espeso vapor ofusca
(Semejante á un rey que el trono
A su pesar desocupa,
Y dignidad conservando
Del mundo huye, y se sepulta
Donde los hombres no adviertan
Su dolor y desventuras),
Con honda atencion los ojos
Clavó don Alvar de Luna.
Así que lo vió traspuesto
Lanzó un suspiro de angustia,
Como el que lanza el amante,
Cuando el horizonte oculta
El bajel, en que su amada
Los desiertos mares surca
Para no volver. Ansioso
Lleva sus miradas mudas
A los montes apartados,
Cuyas cumbres aun relumbran,
A los ya enlutados bosques,
A las calladas llanuras,
A los altos campanarios
Que entre nieblas se dibujan:

Retardar el despedirse
De la perspectiva augusta
Que presenta el universo;
Parece que solo busca.
Y al notar que poco á poco
La luz menguante y confusa
Del crepúsculo confunde
La escena que le circunda,
Piensa ya ver de la muerte
La terrible sombra, en cuya
Oscuridad para siempre
Corre á hundirse, y se atribula.
Sus pensamientos penetran
Los doctos frailes, y endulzan
Con eternas esperanzas
Su meditacion profunda.

Entre dos luces llegaron
A Valladolid, y turba
Desordenada en las calles
Con sordo rumor circula.
De Alonso Lopez Vivero
Por la calle y casa cruzan,
Donde viven sus criados,
Donde llora su viuda.
Aquellos, como canalla
Que si al poderoso adula,
En cuanto le ve caido
Feroz le escarnece y burla;
De la cabalgada el paso
Atajan con negra furia,
Y con denuestos y voces
Al ilustre preso insultan.
Este furioso (presente
El tiempo pasado juzga,
Que aun conserva el poderío,
Que aun domina á la fortuna),

Lleva soberbio la mano
A buscar en su cintura
La guarnicion de la espada...
Mas, ¡ay! en vano la busca.
Va preso... espada no lleva...
¡Ah!... lo advierte, y furibunda
Mirada va á dar al cielo;
Mas se anonada y conturba.
Queda con los ojos fijos,
Parece su faz difunta:
Tiembla, y en sudor helado
Sus miembros todos se inundan.
Delante se halla un espectro...
¡Un espectro!... Sí: la mula
Algo ve tambien; esquiva
Se recela, empina y bufa.
¿De Alonso Lopez Vivero
Ha salido de la tumba
La sombra?—De que el maestre
Ante sí la vió, no hay duda.
En confesion se lo dijo
Aquella noche con muchas
Lágrimas al padre Espina...
De Dios la venganza es justa.
Con el cuento de la lanza
A palos abre la turba
Estúñiga denodado,
Y la atropella y asusta;
Y en salvo al ilustre preso
Condujo á la casa suya,
En que estaba preparada
Una capilla segura,
Donde pasó el Condestable
Con la espiritual ayuda
Noche serena, pidiendo
A Dios perdon de sus culpas.
Cenó, durmió cortos ratos,
Repitió tambien algunas
Trovas del famoso Mena,
Que pintan como locuras

Las mundanas ambiciones:
Oró con fervor, en suma
Fué un cristiano, un caballero,
Un hombre de fé y de alcurnia.

Entre tanto, el que parece
Ser el reo, á quien la dura
Sentencia estaba leida,
Y á quien la cuchilla aguda
Del verdugo amenazaba,
Era el Rey..... ¡Mísero! lucha,
Náufrago desventurado,
En airado mar de angustias.
Ama á don Alvaro, mira
Su sentencia como injusta;
De la Reina y de los Grandes
Se la ha arrancado la furia.
Que su trono se desploma,
Y hasta su existencia juzga,
Y que al morir el Maestre
Abrazadas irán juntas
El alma de aquel amigo
Y el alma afligida suya.
¡Grande mal es la flaqueza
En hombre que cetro empuña!
Revolcándose en su lecho
Rasgando sus vestiduras,
Paseándose sin tino
Por la cámara, que alumbra
Una lámpara medrosa,
Que en el cortinaje abulta
Vagas sombras..... infelice!
Qué noche pasó!..... Que ocupa
Ve un rincon de aquella sala,
De pié con la boca muda,
Su físico Fernan Gomez.
A él se va las manos juntas,

Y suplicante le dice:
«Si es que mi salud procuras,
Anda á ver al Condestable.
Así Dios te dé su ayuda.»
El bachiller respondióle:
«Le debo mercedes muchas,
Perdone vueseñoría,
No oso verle en tal angustia.» —
Conmovido el Rey, en llanto
Rompió y en voces confusas,
Que el alma á Gomez partieron,
Segun dicen cartas suyas.

Entró al estruendo la Reina
En la cámara, cual una
Aparicion, como maga
Que viene á doblar astuta
Los encantos y conjuros
Con que alto preso asegura,
Y con que la empresa afirma,
De que pende su fortuna.
Calló el Rey, quedó de mármol
Al verla: ella le pregunta:
«¿Qué es esto?» y oyendo, «Nada,»
Retiróse muy adusta.
Largo rato el Rey estuvo
Cual ligado por la oculta
Fuerza del prestigio. Luego
Torna á mas reñida pugna
De afectos: la amistad vence,
Llama con voz resoluta
A Solís su maestresala,
Dícele: «Al momento busca
»A Diego Estúñiga, y dile...»
En su garganta se anuda
La voz, porque entra la Reina
Otra vez... calla y trasuda.

La Reina á Solís llevóse,
Y el Rey abrió con presura
El balcon, cual si quisiese
Gozar del aura nocturna:
Y el trono, cetro y corona
Maldiciendo en voces mudas,
Ojos de lágrimas llenos
Clavó en la menguante luna.

ROMANCE CUARTO.

LA PLAZA.

Mediada está la mañana;
Ya el fatal momento llega,
Y don Alvaro de Luna
Sin turbarse oye la seña.
Recibe la Eucaristía,
Y en Dios la esperanza puesta,
Sereno baja á la calle,
Donde la escolta le espera.
Cabalga sobre su mula,
Que adorna gualdrapa negra,
Y tan airoso cabalga,
Cual para batalla ó fiesta,
Un sayo de paño negro
Sin insignia ni venera
Es su traje, y con el garbo
Que un manto triunfal, lo lleva;
Y sin toca ni birrete,
Ni otro adorno, descubierta,
Bien aliñado el cabello,
La levantada cabeza.
Los dos padres franciscanos
Se asen de las estriberas,
Y hombres de armas en buen órden
Le custodian y le cercan.

Así camina el Maestre
Con tan gallarda presencia
Y con tan sereno rostro,
Que impone á cuantos le encuentran.
Sus enemigos no osan
Clavar la vista soberbia
En él, como consternados
Ya de su venganza horrenda:
Sus partidarios parecen
Decirle con mudas lenguas,
Que aun morirán por salvarle
Y encenderán civil guerra.
Y aquel silencio terrible
Por todas las calles reina,
Que ó gran terror, ó despecho
Grande siempre manifiesta.
Silencio que solamente
De cuando en cuando se quiebra
Con la voz del pregonero
Que á los mas valientes hiela,
Diciendo: *Esta es la justicia*
Que facer el Rey ordena
A este usurpador tirano
De su corona y su hacienda.
Siempre que oye el condestable
Este vil pregon, aprieta
La mano del padre Espina
Que en voz sumisa le esfuerza.

Arriba á la triste plaza,
Que ha pocos dias le viera
Tan galan en el torneo,
Con tal poder y opulencia.
El apretado concurso
El cuadrado espacio llena:
Vése una masa compacta
De rostros y de cabezas:

Parece que el pavimento
Se ha elevado de la tierra,
O que casas y palacios
Su basa han hundido en ella.
Un callejon, que tapiales
De hombres apiñados cierran,
Sirviéndole de linderos
Lanzas en vez de arboleda,
Ofrece paso hasta donde,
Lecho de muerte descuella,
En mitad del gran gentío,
Que como la mar olea,
El reducido tablado
Enlutado con bayetas:
Una gran tumba parece
Que el pueblo en hombros sustenta.
Sobre él está colocado
Un altar á la derecha,
De terciopelo vestido;
Y entre amarillas candelas,
Cuya luz el sol deslustra
Y arder el viento no deja,
Un crucifijo de plata
En cruz de ébano campea.
Yace un atahud humilde
Colocado á la izquierda:
Cerca de él se ve una escarpia
En un pilar de madera;
Y en medio, de firme, un tajo,
Delante una almohada negra,
Y una hacha, en cuya cuchilla
Los rayos del sol reflejan.

Al pié del cadalso el reo
De la alta mula se apea:
Fervoroso el padre Espina
Con él sube y no le deja.

De pié ya sobre el tablado
Tres personas se presentan
A las medrosas miradas
De la muchedumbre inmensa:
El ministro de la muerte,
El que lo es de vida eterna,
Y el que dando al uno el cuerpo
Al otro el alma encomienda.
Turbado el tosco verdugo
De atreverse á tal alteza,
Necio terror da á su frente
Que cubre jalde montera.
El religioso metido
En su capucha, se queda
De mármol, cruza los brazos,
Y con fervor mudo, reza.

El Condestable, sereno,
El pié al crucifijo besa,
Y luego tiende los ojos
Por la turba que le observa;
Y viendo junto al tablado
En actitud lastimera
A Morales su escudero,
Hecho de lealtad emblema,
Le llama, de oro un anillo,
Que el sello de sellar era
De su puridad las cartas,
Del pulgar quita, y le entrega
Diciéndole: «Amigo, toma,
Ya no conservo otra prenda.»—
Despues atisbó á Barrasa,
Paje del Príncipe, cerca,
Y así le habló en voz sonora:
«Dile á tu dueño, que vea
De dar á los que le sirvan,
Otra mejor recompensa.»—

Viendo el pilar y la escarpia,
«¿Para qué?» pregunta. Tiembla
El sayon, y le responde,
Hablar no osando, por señas.
Y prosiguió el Condestable
Con una sonrisa acerba:
«Despues de yo degollado,
Nada son cuerpo y cabeza.»
Entonces el padre Espina
Que piense solo, le ruega,
En Dios; y él, «Padre es mi norte
Y mi esperanza,» contesta.
Se ajusta el traje, descubre
La garganta, ve que llega
El verdugo para atarle
Las manos con una cuerda:
Saca del seno una cinta
Labrada con oro y seda,
Y, «Atalas, le dice, amigo,
Si es necesario, con esta.»—
De hinojos on la almohada
Se pone, el cuello presenta,
El religioso le grita:
«Dios te abre los brazos, vuela.»
El hacha cae como un rayo,
Salta la insigne cabeza,
Se alza universal gemido,
Y tres campanadas suenan.

París 1833.

RECUERDOS

DE

UN GRANDE HOMBRE.

A MI SOBRINO

El Excmo. Sr. D. Cristóbal Colon y La-Cerda,

MARQUES DE LA JAMAICA.

ROMANCE PRIMERO.

EL NIÑO HAMBRIENTO.

A media legua de Palos,
Sobre una mansa colina,
Que dominando los mares
Está de pinos vestida,
De la Rábida el convento,
Fundacion de órden francisca,
Descuella desierto, solo,
Desmantelado, en ruinas.
No por la mano del tiempo,
Aunque es obra muy antigua,
Sino por la infame mano
De revueltas y codicias,
Que á la nacion envilecen
Y al pueblo desmoralizan,
Destruyendo sus blasones,
Robándole sus doctrinas.

De este olvidado convento,
Ante la portada misma,
En la llana plataforma,
Sitio de admirable vista,
Una mañana de Marzo,
Mientras que solemne misa
En la iglesia se cantaba,
Y escaso concurso oia,
Tres y medio siglos hace,
Para gloria de Castilla,
Apareció un extranjero
De presencia extraña y digna.
En aquel punto acababa
De llegar allí; vestía
Justillo de roja tela,
Aunque usada y vieja, fina.
Un manto de lana pardo
Con mangotes y capilla,
Un birrete de velludo,
Y de orejeras caidas,
Unas portuguesas botas,
Mas enlodadas que limpias.
Y bajo el brazo pendiente
Un zurron, saco ó mocbila,
Donde un pequeño astrolabio,
Una brújula marina,
Un libro de devociones
Y unos pergaminos iban.
Despejada era su frente,
Penetrante era su vista,
Sn nariz algo aguileña,
Sn boca muy expresiva;
Proporcionados sus miembros,
Y su edad, si no florida,
Tampoco tan avanzada
Que llegase á estar marchita.

Con el cariño de padre,
De la mano conducia
Un cansado y tierno niño,
De belleza peregrina.
Pues en su cándido rostro
De rosa y jazmin lucian
Dos nobles ojos azules
Llenos de inocencia y vida;
Y desde su ebúrnea frente
Por su cuello descendian
Los cabellos anillados
Que el sol miró con envidia.
Ser dijérase el modelo
Que de Urbino el gran artista,
En los ángeles copiaba,
Que tanto encanto respiran.
Y de su gallardo padre
A la sombra parecia
Un lirio fresco y lozano
Que nace al pié de una encina.

Este extraño personaje,
Con esta criatura linda,
Taciturno paseaba
Con facha contemplativa.
Ora por el mar de Atlante
Que rizaban frescas brisas,
Como buscando una senda
Giraba ansiosa la vista.
Ora allá en el horizonte
De occidente la ponia,
Cual si algun objeto viera,
Inmóvil, clavada, fija.
Y ya al cielo una mirada
De entusiasmo y de fe viva
Daba, animando su rostro
Una inspirada sonrisa;

Y ya de pronto inclinando
La frente á tierra, teñian
Melancólicos colores
Sus deslustradas megillas.
De sus hondos pensamientos
Y de su inquietud continua,
Sacóle la voz del niño
Que pan y agua le pedia;
Pues en cuanto oyó su acento
Y vió su afliccion, se inclina,
Tierno le toma en los brazos,
Lo consuela, lo acaricia,
Y diligente se acerca
A la abierta portería,
A demandar el socorro
Que aquel ángel necesita.
Recíbele afable un lego,
Que entre en el claustro le indica,
Y que en un escaño espere
Mientras él va á la cocina.

Fray Juan Perez de Marchena,
Guardian entonces por dicha,
Junto á los viajeros pasa
Volviendo de decir misa,
Y curioso contemplando
Su apariencia peregrina,
Informóse del socorro
Que cortesmente pedian.
Y por un secreto impulso
Que en favor de ellos le anima,
Inspiracion de los cielos
Que su nombre inmortaliza,
O porque era religioso
De caridad y de eximia
Virtud, y muy compasivo
Con cuantos allí venian,

A aquellos huéspedes ruega
Que en su pobre celda admitan,
Parte de su escaso almuerzo
Y descanso á sus fatigas.
Aceptado fué el convite,
Y por la escalera arriba,
El religioso delante
Y el hijo y padre en pos iban,
Formando un sencillo cuadro,
Cuyo asunto ser dirian,
El talento y la inocencia
Con la religion por guia.

ROMANCE SEGUNDO.

EL ALMUERZO.

En el estrecho recinto
De una franciscana celda,
Cómoda, aunque humilde y pobre,
Y de estremada limpieza,
De la Rábida el prelado
Con sus dos huéspedes entra,
Y despues que sendas sillas
Les ofrece y les presenta,
Abre franco y obsequioso
Una mezquina alacena,
De donde bizcochos saca,
Una redoma ó botella
Del vino mas excelente
Que da el condado de Niebla,
Aceitunas, pan y queso,
Y tres limpias servilletas,
Acomodándolo todo
En una redonda mesa,
No lejos de la ventana
Que daba vista á la huerta.

En seguida llama al lego,
Y que al punto traiga, ordena,
Huevos con magras adunia,
Y chanfaina si está hecha.
Encargándole que todo
Caliente y sabroso venga,
Que no charle en la cocina,
Ni se eternice y se duerma.



Dadas sus disposiciones,
Al extranjero se acerca
(Que por tal le ha conocido
En el porte, traje y lengua),
Con una taza le brinda,
Y al niño que tome ruega
Un bizcocho, que le alarga,
Y lo acaricia y lo besa.
Bebe el huésped, luego bebe
Fray Juan Perez de Marchena;
Y el niño come el bizcocho,
Toma un sorbo de agua fresca,
Y con el zurron que el padre
Se ha quitado, y puesto en tierra,
Sacando cuanto contiene
Vivaracho travesea.
El Guardian várias preguntas
Hace al extranjero, acerca
De su patria, de su estado,
Y del arte que profesa:
Aunque aquellos instrumentos
Con que la criatura juega,
Que le son muy familiares,
Ya casi se lo revelan.
Que es genovés y viudo
Atento el huésped contesta;
Que es navegar su ejercicio,
Y de piloto su ciencia.

Y así como una vasija
Que está rebosante y llena
De un líquido, algo derrama
A muy poco que la muevan;
Dió indicios claros, patentes,
En sus fáciles respuestas,
De aquel grande pensamiento,
Portentoso, que le alienta,
Que exclusivo su alma absorve,
Que es la sangre de sus venas,
Que es el aire que respira,
Que es ya toda su existencia,
Y que causó los extremos
Que delante de la iglesia,
El mar contemplando, hizo,
Como referidos quedan.
Que el occidente escondia,
Dijo, riquísimas tierras,
Que era el ancho mar de Atlante
De la gran Tartaria senda,
Y que dar la vuelta al mundo
Para él cosa fácil era;
Con otras raras especies,
Tan inauditas, tan nuevas,
Que al escucharle, pasmado
Fray Juan Perez de Marchena
(Aunque á osados mareantes
Hablaba con gran frecuencia,
Por haber muchos en Palos,
Y aunque sabe las proezas
Y raros descubrimientos
De las naves portuguesas);
No acierta si está escuchando
A un orate ó á un profeta,
Si es un ángel ó un demonio
El hombre que está en su celda.
Mudo se alza, llama al lego
Y que busque á toda priesa
Le manda á Garci-Fernandez,
Que estaba ha poco en la iglesia.

No tardó Garci-Fernandez
En presentarse en la escena
Con el lego, que el almuerzo
Colocó sobre la mesa.
Era médico de Palos,
Hombre docto y de experiencia,
De sagacidad y astucia,
De malicia y de reserva.
Viejo y magro, pero fuerte,
Mellado, la cara seca,
Calvo, la barba entrecana
Y la tez tosca y morena.
De estezado una ropilla,
Calzas de burda estameña,
La capa de pardo monte
Y el sombrero de alas luengas,
Era su trajo. La mano
Y el hábito al fraile besa,
Y al incógnito saluda
Con curiosidad inquieta.

El médico, el extranjero
Y el padre Guardian se sientan,
Dando al almuerzo principio,
Y mutuamente se observan.
Pero el silencio interrumpe,
Despues de haber hecho seña
Al sagaz Garci-Fernandez,
Fray Juan Perez, y comienza
A hablar de navegaciones
Y desconocidas tierras,
Preguntándole á su huésped
Su parecer sobre ellas.
Fué bastante haber tocado
Con sagacidad la tecla,
La facilidad verbosa
Del genovés se despliega.



Jose Vallejo dibº y litº

Lit. de J. Donon



Y con aquellas razones
De convencimiento llenas,
Con que se sienta y sostiene
Lo que se sabe de veras,
Sus inspiraciones pinta,
Sus observaciones cuenta,
Su sistema desenvuelve,
Sus proyectos manifiesta.
Recurre á sus pergaminos,
Los desarrolla, y enseña
Cartas que él mismo ha trazado
De navegar, mas tan nuevas,
Y segun él las explica,
En cosmográfica ciencia
Demostrándose eminente,
Tan seguras y tan ciertas;
Que el pasmo del religioso
Y su indecision aumentan,
Mientras al médico encantan,
Le convencen y embelesan.
De aquel ente extraordinario
Crece la sábia elocuencia,
Notando que es comprendido,
Y de entusiasmo se llena.
Se agranda, brillan sus ojos
Cual rutilantes estrellas,
Brotan sus labios un rio
De científicas ideas:
No es ya un mortal, es un Angel,
De Dios un nuncio en la tierra,
Un refulgente destello
De la sábia Omnipotencia.
Comunica su entusiasmo,
Que el entusiasmo se pega,
A los que atentos lo escuchan,
A los que mudos lo observan.
El médico, el religioso,
Y hasta el lego que á la mesa
Sirve, y ha escuchado inmoble,
Y con tanta boca abierta,

Mas sin entender palabra,
En entusiasmo se queman:
Y de haber visto aquel dia
Dan gracias á Dios sus lenguas.
Y piden que luego, luego,
Se lleve á cabo la empresa,
Y quieren ir, y una parte
Tener en las glorias de ella.
Y ya se ven en los mares,
Y ya en ignoradas tierras,
Y ya el asombro del mundo
Con nombre, y con fama eterna.
Formando la celda un cuadro
Digno de que en él hubieran
O Zurbaran ó Velazquez
Apurado sus paletas.

Mas ¡ay! pronto de aquel cielo
De ilusiones halagüeñas,
Bajan á lo positivo
De la miserable tierra;
Cuando en sí mismos volviendo
Reconocen su impotencia,
Y los elementos grandes
Que ha menester tal empresa.
Se hallan como el desdichado
Que en pobre lecho despierta,
Cuando soñaba que un trono
Era poco á su grandeza.
Pues de un oscuro piloto
Volviendo á entrar en la esfera
El genovés, abatido
Les refiere su pobreza:
Que no han querido ayudarle
Ni su patria, ni Venecia,
Que la córte de Lisboa
Se burla de sus propuestas;

Que los sabios no le entienden,
Que los ricos le desprecian,
Que los nobles no le escuchan,
Que el vulgo le vilipendia.
Mas como despues, añade,
Que aun la esperanza le alienta
De encontrar grata acogida
En el rey de la Inglaterra;
Donde ya tiene un hermano
Con proposiciones hechas,
Y que él mismo, á acalorarlas,
Ir allá muy pronto piensa;
El amor patrio, mas puro
En las españolas venas
Del médico y del prelado,
Se inflama y súbito truena;
Pues unánimes prorumpen:
«De España la gloria sea;
No busqueis lejanos reinos
Cuando el mejor se os presenta;
»Y el que sediento de gloria
Mas imposibles anhela.
Corred, buscad el apoyo
De la castellana reina,
»De doña Isabel invicta,
Que es la mas grande princesa
Que han admirado los siglos,
Y que ha ceñido diadema.»
De los dos el entusiasmo
Tambien á su vez se pega
Al genovés, y aquel nombre
Pronunciado con tal fuerza
Por el físico y el fraile,
El alma y pecho le llenan
De esperanza tan vehemente,
Que sus planes desconcierta.
En sus rutilantes ojos,
Como en su boca entreabierta,
Y en su palpitante pecho,
Y en su animada apariencia,

El sagaz Garci-Fernandez
Lo conoce, y «No se pierda
Momento, prosigue; al punto
Id á Córdoba, que es cerca.
»Allí encontrareis la córte:
Pues el cielo os la presenta
Tan inmediata, propicia
La hallareis, nada os detenga.»
Y fray Juan Perez añade:
«Marchad, sí, Dios os lo ordena.
Carta os daré para el padre
Hernando de Talavera,
»Religioso de valía
Que es confesor de la Reina.
Y porque ningun cuidado
Vuestra jornada entorpezca,
»Este vuestro tierno niño
Aquí en el convento queda,
De mi seráfico padre
So la proteccion inmensa.»
No dijeron mas. Escribe,
Dando la cosa por hecha,
La carta Garci-Fernandez,
Fray Juan Perez de Marchena
La firma; su propia mula
Ensillar al punto ordena,
Y las próvidas alforjas
Preparar en la despensa.
Todo está listo. Y entonces
Cual si alguna oculta fuerza
Le compeliese, el piloto,
Que aun no habia dado respuesta,
De pié se puso, y resuelto
Exclama de esta manera:
«A Córdoba, Dios lo quiere,
Su gracia me favorezca.»
Al tierno y precioso niño
Acaricia, abraza y besa,
No sin lágrimas sus ojos,
No su corazon sin pena.

A rezar un corto rato
Vase devoto á la iglesia,
Do el escapulario viste
De la seráfica regla.
De sus dos nuevos amigos
Se despide ya en la puerta,
Cabalga, aguija, y á trote
De la Rábida se aleja.

ROMANCE TERCERO.

LA DAMA.

De Abderramen la mezquita
Y de Almanzor las murallas,
Y el puente de Julio César,
Y las vividoras palmas,
Que mas de dos luengos siglos
Muerto ornato se miraban
Del sepulcro de un imperio,
O de una tumba de hazañas;
Como evocadas reviven,
Las musgosas frentes alzan,
Y para Córdoba juzgan
Que una nueva aurora raya.
Y que renacen los dias
De gloria, poder y fama,
En que Atenas de Occidente,
En que Roma musulmana,
O ilustró al mundo con ciencias,
O rindió al mundo con armas,
Como de sabios emporio,
Como de guerreros patria.

Los dos católicos reyes
Que son Atlantes de España,
Los que un imperio fundaron
Que ningun imperio iguala,
A Córdoba han elegido
Para córte, centro y plaza
De los bélicos aprestos
Que han de triunfar en Granada.
Los grandes y Ricos-homes
Acuden con sus meznadas,
Y con todo el aparato
De sus espléndidas casas.
Allá envian sus pendones
Las ciudades mas lejanas,
Con sus bravos caballeros
Y con sus huestes gallardas;
Allí los Grandes-Maestres
Sus estandartes levantan,
Y allí Prelados concurren,
Y allí Legados del Papa.
Los personajes de córte,
Los magistrados de fama,
Los mas ilustres señores
Y las mas apuestas damas.
Y llegan aventureros
Y soldados de ventaja,
Y ginetes, y peones,
Ballesteros y hombres de armas.
Y cual nube de pardales
Que viene á la seca parva,
O cual reguero de hormigas
Que al costal volcado ataca,
Traficantes, labradores
Y ganaderos se afanan
En apurar la moneda
Con sus ventas y contratas.

Por ciudad de encantamento
A Córdoba reputára,
Quien notase su bullicio,
Quien oyese su algazara.
Y al ver llenos sus palacios
De rica nobleza tanta,
Y sus calles y sus muros
Y sus huertos y sus plazas
Hervir en enjambre inmenso
De tan diversas comparsas,
De tan distintos vivientes,
De ocupaciones tan várias.

A las funciones de iglesia
Suceden las cabalgadas,
A los consejos de córte
Los alardes y las danzas;
Los saraos á los banquetes,
A los torneos las farsas,
A las consultas y audiencias
Festejos, toros y cañas.
Todo es movimiento y vida,
Todo actividad extraña,
Todo bélico aparato,
Todo fiestas cortesanas.
Todo es riqueza y aliento,
Todo brocados y holandas,
Todo confusion alegre,
Todo caprichos y galas.
Córdoba es concilio, córte,
Almacen, campo de armas,
Tribunal, mercado, lonja,
Escuela, taller y sala.
Ya una procesion solemne
Lenta por las calles marcha;
Ya los reyes atraviesan
Con su comitiva y guardias.

Aquí llegan municiones,
Allí grano y vituallas,
Acá se doman corceles,
Allá se adiestran escuadras.
Allí armaduras se bruñen,
Aquí se bordan gualdrapas,
Acá se recaman vestes,
Allá se templan espadas.
Las banderas y penachos,
Los pendoncillos y lanzas,
Las enseñas y divisas
Forman espesa enramada.
El sol chispea en el oro,
Arde en bruñidas corazas,
Y en plumas, telas, recamos,
Vivos colores esmalta.
Ora resuenan clarines,
Ora rimbomban campanas,
Ya redoblan los tambores,
Ya retumban las lombardas.
No hay una persona ociosa,
No hay sin movimiento un alma,
Ni imaginacion tranquila
Ni pecho sin esperanza.
Unos sueñan en despojos,
Otros nombre y lauros ánsian,
Quién va á ganar indulgencias,
Quién gloria pide y aguarda.
Y todas estas ideas
Se humillan, aunque tan várias,
A un gigante pensamiento,
La conquista de Granada.

Entre el inmenso gentío
Y entre barahunda tanta,
Como en medio de un desierto
Solo y silencioso vaga,

Soñador, pobre, abatido,
Sin que sus proyectos hayan
Un solo apoyo encontrado,
Merecido una mirada,
El genovés navegante,
Que á la córte castellana
Desde la Rábida vino
Tras falaces esperanzas.
Y el cual bien puede decirse
Que ha llegado en hora mala
A aquel abreviado mundo,
A aquella Babél de España.

Fray Hernando Talavera
Es persona de importancia,
Ve una mitra en perspectiva,
Todo lo demás es nada.
Con desden ha recibido
De un fraile oscuro la carta,
Y juzga al recomendado
Un arbitrista sin blanca.
De estado los grandes hombres,
Que con los reyes trabajan,
No tienen tiempo, no escuchan,
Solo de la guerra tratan.
Los cortesanos se burlan
De una catadura extraña,
Y del humilde atavío
De la persona mas sábia.
Los guerreros nada tienen
De comun con el que habla
De círculos y de estrellas,
Y de cosas que no alcanzan.
El vulgacho vil se mofa,
Cual de un loco, del que anda
Tan desarrapado, y grave
Ofrece montes de plata.

Y conseguir una audiencia,
Y de los reyes la gracia
Con tan contrarios auspicios,
En caso imposible raya.
Hace un mes que el extranjero
Rueda por las antesalas,
Siendo burla de los pajes,
Juguete de la canalla,
Y aburrido y despechado
De volver por su hijo trata,
Y de volar á otros reinos
Sin pensar mas en España.
Pero acá en el mundo somos
De la Omnipotencia sábia
Solo instrumento, sus miras
Nadie puede penetrarlas;
Y por medios tan ocultos,
Por ocurrencias tan raras
Se cumplen, que en vano el hombre
Esto, dice, haré mañana.

En la catedral sombría
Que Guadalquivir retrata,
Aun no del perverso gusto
Cual despues, contaminada,
Devoto entra el mareante,
Cuando el son de la campana
A las vísperas solemnes
A los fieles convocaba.
Por las mas oscuras naves,
Y por las mas solitarias,
Siempre huyendo del gentío,
Cruza con incierta planta.
Y en aquel bosque de mármol,
Y á su luz tibia y opaca,
Una evocacion parece,
Un espectro, una fantasma.

Frente de aquella capilla
De esmaltes y filigranas,
Que del *Zancarron* el vulgo,
Y todo Córdoba llama,
A una columna de jaspe
Al cabo apoya la espalda,
Y en hondas meditaciones
Sueña, delira, se estásia.
Cuando acaso una señora,
Sin advertir en él, pasa
Tan cerca, que con el manto
Casi le toca la cara.
Este pequeño incidente
Para volverle en sí basta,
Y sintiéndose arrastrado
Por una violencia extraña,
Por un superior impulso
De aquellos que no se aguardan,
Sigue, cual can á su dueño,
Maquinalmente á la dama.
Esta, ante un altar dorado
Donde la imágen brillaba
De la Vírgen, se arrodilla,
Abre el manto y se destapa.
Y á la luz de seis candelas
Que el retablo iluminaban,
Deja ver un lindo rostro
Lleno de candor y gracia;
Y de expresion tan devota,
Y de belleza tan rara,
Y de modestia tan grande,
Y de nobleza tan alta,
Como se admira en los rostros
Que dió Murillo á sus santas,
Y que de un ángel del cielo
Pudo tan solo copiarlas.
El extranjero, encantado,
Sus afanes y sus ánsias
Olvida un punto, y los ojos
En aquel tesoro clava.

Levántase la señora
Al acabar sus plegarias,
Retírase, y el piloto
Sigue absorto sus pisadas
Sin saber qué le sucede,
Sin acertar qué le pasa;
Como sujeto y ligado
Por bechizo, encanto ó mágia.
Al patio de los naranjos
Salen ambos, y él se aparta
Al ver que dos escuderos
A la señora acompañan.
Mas aun de lejos la sigue,
Cuando quiso su desgracia,
Mejor diré su fortuna,
Que en la calle se encontrára
Con un tropel de muchachos,
Que de pronto en él reparan.
Y como de que era loco
Várias especies volaban,
Al loco, gritan, y empiezan
Con silbidos y pedradas,
Con insultos y con voces,
Que suelen pasar por gracia.
Al estruendo la señora
Con curiosidad se para,
Y al ver en tal paso á un hombre
Pobre, mas de noble traza,
Que le den auxilio al punto
A sus escuderos manda,
Y ella se acerca, y le ofrece
El amparo de su casa.

Con doña Beatriz Enriquez,
Que es la cordobesa dama,
Tan discreta como hermosa,
Tan buena como gallarda,

Entra el genovés piloto
En una soberbia cuadra,
De guadamecí vestida
Con las molduras doradas,
Y un estrado de almohadones
De terciopelo con franjas,
Y con grandes borlas de oro
Sobre alfombras de Granada;
Mas tan turbado y confuso
Que no acierta á hablar palabra,
Y tan solo en que respira
Se ve que no es una estatua.
Tampoco está la señora
Muy en sí; tampoco halla
Aquellas frases precisas
De quien recibe en su casa.
No ha reparado en la iglesia
En aquel hombre, y le pasma
Su noble fisonomía,
Que con su traje contrasta.
Y acertando prontamente
Que es el marino, á quien llaman
Unos loco y otros sabio,
Atenta le observa y calla.
Al cabo el hielo rompióse,
Y la primera la dama
Le ruega que tome asiento,
Y ordena le sirvan agua.
Entra obediente al mandato
Una berberisca esclava,
Con búcaros primorosos
En su salvilla de plata.

Sosegado el extranjero,
Con tal dignidad y tanta
Cortesanía le rinde
Por aquel servicio gracias,

Que el parabien la señora
De ocurrencia tan extraña
Se da á sí misma, y se esmera
En obsequios y en palabras.
Esta primera visita
Otras produjo mas largas,
Y de muy pocas al cabo
Se entendieron sus dos almas.

Ya no piensa el navegante
En dejar tan pronto á España,
Renueva sus pretensiones,
Torna á rodar antesalas.
De Hernando de Talavera
La altivez ya no le espanta.
Insiste en ver á los reyes
Y renueva sus demandas.
Doña Beatriz, afanosa,
Siendo ya depositaria
De sus planes y proyectos,
Que la envanecen y exaltan,
Lo aconseja y lo reanima,
Lo consuela y lo entusiasma,
Y conexiones le busca
Con femenil eficacia.
El mismo en Córdoba logra
Con su permanencia larga,
Que algunos doctos lo escuchen,
Tratar á personas altas.
Y ya sus propuestas toman
Cierto color de importancia,
Y ya con calor y aprecio
Del extranjero se habla.
Alonso de Quintanilla,
Del rey tesorero, enlaza
Con él amistad estrecha
Y en protejerlo se afana.

Y don Pedro de Mendoza,
El gran cardenal de España,
Uno de los mas ilustres
Varones de nuestra patria,
Afablo se le demuestra,
Y con su poder alcanza
Que el mismo rey le conceda
La audiencia tan deseada.
Frio, suspicaz, severo
Le oye el rey. Pero le llaman
La atencion de aquel piloto,
La dignidad y la calma,
El convencimiento firme,
Las explicaciones claras.
Y aunque de la inmensa idea
Toda la extension no alcanza,
La envidia á los portuguéses,
De dominacion el ánsia,
Y el carácter de aquel siglo
Caballeresco y de hazañas,
Le obligan á que al instante
Dé acogida afable y grata
Al hombre y á su proyecto,
Porque otro rey no lo haga.
Mas los gastos de la guerra
Hacer nuevos le embarazan,
Ni otra empresa empezar puede
Hasta rendir á Granada.
Y cual político astuto,
Por ganar tiempo y dar largas,
Su proteccion y su auxilio
Al piloto ofrece, y manda
Que los sabios eminentes
De la docta Salamanca
Con detencion examinen
La propuesta extraordinaria.
No contenta al navegante
Tal decision del monarca,
Mas que con ella se avenga
Doña Beatriz quiere, y basta.

ROMANCE CUARTO.

TIEMPO PERDIDO.

Dejando atrás á Granada,
En cuyas torres el viento
Ya la cruz triunfante adora
Entre cristianos trofeos,
Y dejando atrás la córte
De los hispánicos reinos,
Donde tristes desengaños
Cojió y amargos desprecios.
Va el genovés navegante,
Va el portentoso extranjero
En una mula de paso
Hácia Córdoba derecho;
Sin volver atrás los ojos,
Pobre, abatido y enfermo.
Sale de la hermosa vega
Que le parece el infierno.
Lleva en su faz las señales
Del infortunio y del tiempo,
Que los años y desgracias
Dan con un bronce en el suelo.
Seis años cuenta perdidos
Desde que llegó al convento
De la Rábida, y el nombre
Quiso hacer de España eterno.
Y sus esperanzas todas,
Y todos sus pensamientos,
Disipadas mira en humo,
En polvo mira deshechos.

De la insigne Salamanca
Los doctores y maestros,
Mas bien que examinadores
Jueces inflexibles fueron,
Y le trataron altivos,
Aunque era mas sabio que ellos,
No cual docto que consulta,
Sino cual convicto reo.
Sus geométricas verdades
Por respnesta hallaron textos,
Sus cálculos silojismos,
Sus demostraciones ergos.
Y aunque vários religiosos
De San Estéban (colejio
Donde fué la conferencia)
Que eran sabios verdaderos,
Si comprender no lograron
Al inspirado extranjero,
Lo escucharon con asombro
Y su importancia advirtieron;
Los mas, cual siempre acontece,
Arrollaron á los menos,
Y sobre un hombre tan grande,
Y sobre nn tan gran proyecto
Informaron á la córte
Con el mas alto desprecio,
De visionario y de loco
Prodigándole dicterios.
El no entendido mas firme
En sus altos pensamientos,
De su plan él contradicho
Mas convenido y mas cierto;
De sí mismo mas seguro
Mientras halla mas tropiezos,
Y nuevas fuerzas cobrando
De su propio abatimiento:
Del genovés navegante
Parece el alma de acero,
Escollo inmoble que arrostra
Siglos, rayos, olas, vientos.

Pero no quiere que España
Acoja ya sus esfuerzos,
Ni que las ventajas logre
De tales descubrimientos.
Y á Córdoba despechado
Veloz regresó, resuelto
De irse á buscar á otra córte
Para realizarlos medio.
Mas doña Beatriz Enriquez
Y el fruto inocente y tierno
De sus plácidos amores,
Detenerle aun consiguieron.
Eslabones mas tenaces
Que los de forjado hierro,
Y con que á aquel hombre insigne
Ató á mi patria el Eterno.

El genovés, obligado
Por las prendas de su afecto
A no abandonar á España,
Buscó en ella rumbo nuevo;
Y partió con gran reserva
De Santa María al puerto,
Que era del ínclito duque
De Medinaceli feudo,
A buscar su patrocinio
Y á ofrecerle ignotos reinos.
El duque con grandes honras
Le acogió y con sumo aprecio,
Y ya preparaba naves
Propiss suyas, y dinero
Con que el hombre extraordinario
Llevase á cabo su intento:
Cuando de la córte tuvo
Aviso de que con ceño
Y con envidia y sospechas
Miraba el rey sus aprestos.

Suspendiólos advertido,
Y exhortó con noble celo
Al piloto, á que á la córte
Y al rey regresase luego.

A la inexorable suerte
Que sus mas vivos anhelos
Contrariaba, y le tenía
Atado al hispano suelo,
Tuvo el genovés constante
Que humillarse con despecho;
Y tornó á la hispana córte
Y en ella á luchar de nuevo.
El mismo rey don Fernando,
Que no quedó satisfecho
Del salamanquino informe,
Lo maneja astuto y diestro;
Le halaga con esperanzas
(Que detenerle es su objeto),
Hasta que la infiel Granada
Rinda á sus plantas el cuello.
Siguió aburrido á la córte
El soñador extranjero,
De aquella famosa guerra
Presenciando los progresos.
En el asalto de Baza,
De Málaga en el asedio,
En otras altas acciones,
Y en muchos duros reencuentros,
Discurrió como perito,
Se mostró cual caballero,
Combatió como cristiano
Y se portó como bueno.

De la opulenta Granada
Rendirse el poder soberbio
Presenció en fin, de Castilla
Y de Aragon al esfuerzo.

Y de las régias ofertas
Llegado el plazo creyendo,
Con mas teson y energía
Llamó la atencion de nuevo.

Mas en vano, otras consultas
Y otros plazos le han propnesto,
Que los gastos de la gnerra
Tienen el tesoro yermo.

Con que de toda esperanza
Perdidos los fundamentos,
Dejar á España de veras,
De veras tiene resuelto.

Ni aun de Alonso Quintanilla
Se ha despedido, temiendo
Que elocuente y amistoso
Aun pretenda detenerlo.

Y hácia Córdoba camina:
Seguro de que los ruegos
De doña Beatriz Enriquez
No han de hacer mella en su pecho.

Nada ya, nada en el mundo
Le detiene, no hay remedio.
¡Oh, cuánto poder y gloria
Pierde España con perderlo!

En su acalorada mente
Tanto agravio recorriendo,
Y ansioso ya de encontrarse
En la córte de otro reino,

Aguija la tarda mula,
No le permite resuello,
Ya de Pinos de la Puente
Llega al miserable pueblo,

Y sin detenerse pasa
El despeñado riachuelo,
Qne entre riscos y entre juncias
Va de Genil al encuentro.

Sigue adelante el camino,
Cuando detrás, el estruendo
De un caballo que galopa
Oye resonar violento,
Y alcánzale á pocos pasos,
En un cordobés overo,
De sudor cubierta el anca,
Blanco de espumas el pecho,
Arrogante y decidido
Un atildado mancebo,
Vestido un rico tabardo
De carmesí terciopelo,
Con castillos y leones
De plata y oro cubierto,
Y un penacho rojo y jalde
Volando sobre el sombrero.
Era un paje de la reina,
Que al punto reconociendo
A la persona á quien busca
En el piloto extranjero,
Le dice en voz alta: «Amigo,
Atrás volved luego, luego,
Pues de que sin vos no torne
órden terminante tengo.»
El genovés irritado
Pára la mula de presto;
Pone la mano en la espada
Y dice con gran denuedo:
«Antes que la rienda vuelva
Me dejaréis aquí muerto;
Basta, vive Dios, de burlas,
A España nada le debo.»
Desconcertóse al mirarlo
Tan decidido y dispuesto
El paje, que le responde:
«Ni me burlo ni os ofendo;
»Pues la reina mi señora
Me ha mandado deteneros,
Y que á su presencia os lleve,
Ved si obedecerla debo.»

Bastó el nombre de la reina
Para un trastorno completo
Del navegante ofendido
Hacer en cabeza y pecho,
Que era nombre á quien tan alto
Prestigio dió el mismo cielo,
Que allanára un alto monte,
Que domára el mar soberbio.
A tal nombre sus agravios,
Todos sus resentimientos,
Todos los años perdidos,
Y todos sus planes nuevos
El genovés olvidando,
Abre palpitante el pecho
A tan vehemente esperanza,
A porvenir tan risueño,
Que le parece aquel page
Angel bajado del cielo,
Y en éxtasis delicioso
Queda inmóvil y suspenso.
Jamás conseguido habia
Explicar su alto proyecto,
De la gran Reina delante,
Y ahora ve ocasion de hacerlo.
Por lo que rompiendo al punto
Aquel rato de silencio,
Lleno de vida el semblante,
Responde al mudo mancebo:
«Pues doña Isabel lo manda
Voy con vos y la obedezco.»
Y revolviendo la mula
Sigue detrás del overo.

ROMANCE QUINTO.

LA REINA.

Del apartado occidente
A las ignotas regiones,
Que solo nuestro viajero
Por revelacion conoce,
Ya el sol descendido habia,
Dejando estos horizontes
Envueltos en vagas sombras
De una sosegada noche;
Cuando á Santa Fé llegaron,
Sin haber dejado el trote,
Caminando en gran silencio
El extranjero y el jóven.
A las puertas de palacio
Descabalgan, y veloces
La régia escalera suben,
Sin que las guardias lo estorben.
Pues el page de la Reina,
A quien todos reconocen,
Le sirve á su compañero
De seguro pasaporte.
Llegados á la antesala,
Donde damas y señores
Acaso esperan audiencia
Con distintas pretensiones,
Al piloto dice el page
Que allí lo espere, y entróse
A dar parte á su Señora
De estar cumplida la órden.
Vuelve al instante, y llamando
Al genovés, indicóle
La respetada mampára,
Que en cuanto este entró cerróse.

En un camarin pequeño
Vestido con pabellones
De berberiscos damascos,
Y una alfombra de colores;
Junto á un cuadrado bufete,
Que rico tapete esconde
De carmesí terciopelo
Con franjas de oro y borlones;
En frente de un oratorio
De concha, nacar y bronces,
Donde la imágen brillaba
Del Redentor de los hombres;
Y á la luz de dos bugías,
De aquel breve cielo soles,
Que en candeleros de oro
Daban vivos resplandores;
Sentanda en la régia silla,
Con la presencia mas noble
Que jamás tuvo matrona,
Que jamás respetó el orbe,
Doña Isabel, la gran Reina
De Castilla y Leon, mostróse
A los admirados ojos
Del genovés sabio y pobre.
Un brial de raso morado,
Con castillos y leones,
De perlas, esmaltes y oro
En recamadas labores
Era su traje. En su pecho
Brillaban, como en la noche
Los luceros rutilantes,
Las cruces que en los pendones
De las órdenes guerreras
Son de la victoria norte.
Y de flamencos encages,
Que régia diadema coge,
Una delicada toca
Ornaba su rostro, donde
Formando un todo divino
De altos celestiales dotes;

El mas claro entendimiento,
La virtud mas pura y noble,
El esfuerzo mas gallardo
Resplandecian conformes.
Doña Beatriz de Galindo,
Que aun hoy conserva el renombre
De la *Latina*, por serlo
Muy aventajada entonces,
Camarera de la Reina,
Señora de altos blasones,
Y esposa del gran Ramirez,
Del moro en Málaga azote;
Y Alonso de Quintanilla,
Letrado de claro nombre,
Tras la régia silla estaban
De pié, y con humilde porte.
Todo lo notó el piloto,
Tanto esplendor deslumbróle,
Y en el suelo, de rodillas,
A tal magestad postróse.
Con una sola mirada
La Reina vió en aquel hombre
De la inspiracion celeste
Los divinos resplandores.
Y él de una mirada sola
La grandeza reconoce
Y la inteligencia suma
De la Reina que le acoge.

Tras de un sublime silencio,
Aunque brevísimo, donde
La admiracion y el encanto
De entrambos á dos mostróse,
Con grande bondad la Reina
Que alce del suelo mandóle,
Que á la mesa se aproxime,
Y que de su plan la informe.

Obedécela el piloto,
Y con respeto tan noble
Se acerca, y á hablar principia,
Que la atencion régia absorve.
Y con tal convencimiento,
Con tal claridad, tal órden,
Con tan sencilla elocuencia,
Con tan potentes razones
Sus asombrosos proyectos
En breve discurso expone,
Que la gran Reina pasmada
Se le figura que oye
A un inspirado, á un profeta,
A un Angel: Y que son voces
Del cielo aquellas que escucha,
Y que en tal pasmo la ponen.
Abarca su entendimiento
El vasto plan, que doctores,
Reyes, repúblicos, pueblos
Juzgan quimeras informes.
Ve la espedicion segura,
Y ya en ignotas regiones
Triunfante la fe de Cristo
Con el castellano nombre.
Ve un torrente de riquezas
Que hácia sus vasallos corre,
Y una gloria y poderío
Que envidiarán las naciones.
Y superior á sí misma,
Del cielo ayudada entonces,
Ve aun mas que el mismo piloto,
Aun mas alta que él alzóse.

En entusiasmo y fe viva,
Gérmen de grandes acciones,
Abrasada su alma heróica,
Enchido su pecho noble,

Quítase la alta diadema,
Y de su pecho recoge
Las riquísimas insignias
De incalculables valores;
Las joyas y pedrería,
Los brazaletes y broches
Que sus brazos y su cuello
Engalanaban, y pone
Aquella breve riqueza
(Breve sí, pero de enorme
Precio) encima del bufete,
Y «*Toma*, dice á aquel hombre,
»Toma, emplea este tesoro
Sin que nadie te lo estorbe,
En cumplir el pensamiento
Que Dios te ha inspirado.—Corre,
»Vuela:— en naves castellanas
Mares nunca vistos rompe,
Arrostra las tempestades,
Tu estrella á los vientos dome.
»Lleva á ese ignorado mundo
Los castellanos pendones,
Con la santa fe de Cristo,
Con la gloria de mi nombre.
»El cielo tu rumbo guie;
Y cuando glorioso tornes,
O almirante de las Indias,
Duque y grande de mi córte,
»Tu hazaña bendiga el cielo,
Tu arrojo al infierno asombre,
Tu gloria deslumbre al mundo,
Abarque tu fama el orbe.»
En tanto que así decia
Reina tan ilustre, sobre
Su cabeza colocaba,
Con altas aclamaciones,
Un Angel, corona eterna
De luceros y de soles,
Que mientras mas siglos pasan
Adquiere mas resplandores.

Con ella la admira el mundo
Y adoran los españoles,
Cuando absortos la recuerdan
En tan importante noche.

ROMANCE SEXTO.

CONCLUSION.

Bajo un cielo borrascoso
Que jamás mortal alguno
Visto habia, en un inmenso
Mar encrespado y sañudo,
Do jamás altiva nave
Osó abrir incierto sulco;
En una region extraña,
Parte ignorada del mundo,
Una frágil carabela,
Casi imperceptible punto,
Con grandes peligros lucha,
Y sin amparo ninguno.
Las olas como montañas
Atajar quieren su curso,
Ya la arrojan contra el cielo,
Ya la hunden en el profundo;
Ya en sus costados se estrellan,
Volando en espuma y humo;
Ya la anegan en torrentes
De amargo espeso diluvio.
El huracan de otra parte,
Y no menos iracundo
Brama entre sus rotas velas,
Cruge en sus mástiles rudos,
Silba en su jarcia deshecha,
La arrastra con recio impulso;
Y la vuelca y la levanta,
Y combátela sañudo.

No se ve la faz del cielo,
Por el espacio confuso
Los relámpagos deslumbran,
Cruzan los rayos trisulcos,
Retumban y estallan truenos
Cual si rebentára el mundo;
Y envuelto en cárdenas nubes
El sol parece difunto.
Mas la frágil carabela
Sigue pertinaz su curso,
Y en tan espantoso caos
Lleva hácia occidente el rumbo.
Sin duda que se confia
En el talisman seguro
Del pabellon castellano
Que en su osada popa puso,
Pabellon que en aquel siglo
Al Omnipotente plugo;
Hacer de rara fortuna
Y de excelsas glorias nuncio.

Un mortal extraordinario,
Tenaz, inflexible, duro
Mas que el bronce, el gran piloto
Genovés tranquilo y mudo,
En la brújula ambos ojos,
En el timon ambos puños,
Gobierna la dócil nave
Sin mostrar su frente susto.
Mas ay! no tiene su temple
De la ciega chusma el vulgo;
Y aunque esforzados, se postran
Los marineros robustos
Rendidos y amedrentados
De tantos horrores juntos;
De navegacion tan larga,
De porvenir tan confuso;

Recuerdan la dulce España,
De su familia el arrullo,
Y recuerdos y temores
Abortan ciego tumulto.
«Si vive desesperado
Este advenedizo iluso,
Y busca la muerte, muera,
Pero él solo.» Dicen unos.
«Muera pues, repiten otros,
Es un hechicero, un brujo,
Que aquí á perecer nos trajo,
Por sus designios ocultos.»
«*Muera*, gritan todos, *muera*,
Y atrás volvamos el rumbo;
A España! á España!..... Y osados
Trocando en furor el susto,
A la popa se abalanzan,
Esgrimiendo el hierro agudo
Contra el heróico piloto,
Que desprecia sus insultos.
Y que con serena frente,
Aunque con semblante adusto,
«¿Qué quereis? les grita osado,
Sin temor os lo pregunto.
»¿Qué quereis?»—*España, España*,
Suena en gritos furibundos,
Y el piloto les responde:
«Con indignacion lo escucho.
»Gente sin fe ni esperanza,
¿Cuándo á coger vais el fruto
De tanto valor y arrojo,
De tanto peligro y susto,
Quereis tornarle la espalda?
Que en vos volvais os conjuro,
Y el nuevo sol, os lo afirmo,
Será de ventura nuncio.»
La turba, como agitada
Por un satánico influjo,
«*Muera*,» repite, y desoye
Su acento noble y augusto.

El gran hombre ya resuelto
Deja el timon, y ceñudo
Avanzándose les grita:
«Llegad pues, matadme al punto;
»Pero sabed, insensatos,
Que de vosotros, ninguno
Puede, desde estas regiones,
Hallar de la patria el rumbo:
Y que á mí tan solo es dado,
Porque así á los cielos plugo,
El dominar estos mares
Y el hallar puerto seguro.
»Matadme pues, ¿qué os detiene?»—
La chusma en espanto mudo,
No responde, y se deshace
En terrorizados grupos.
Torna al timon el piloto,
Torna la nave á su curso,
Y todos á la obediencia
Aunque á despecho y disgusto.

Con la noche la borrasca
Cedió de su fuerza mucho,
Amansáronse las olas,
Mas blando el viento se puso.
Y al rayar en el oriente,
Tras de los mares cerúleos,
La nueva luz, ve el piloto
A su frente un leve punto
Que alzándose lentamente
De las olas, forma el bulto
De azul monte, en cuyas crestas
Brilla el sol cual oro puro.
Se cerciora de que es tierra,
Y hácia el trono del Ser sumo
Ojos, corazon y brazos
Alza y le rinde el tributo

De gratitud. Y en seguida,
«Mirad,» le dice á los cuyos,
Enseñándoles el monte
Con noble y triunfante orgullo.
La chusma que ve la tierra,
Que ve el fin de tantos sustos,
Y en aquel piloto un Angel,
Convierte la rabia en culto.
Y arrojándose á sus plantas,
Del entusiasmo al impulso
Grita, y acordes repiten
Cielo, tierra y mar profundo:
Viva Colon, descubridor de un mundo.

Gibraltar 1837.

UN EMBAJADOR ESPAÑOL.

ROMANCE PRIMERO.

En Merino y Terracina,
Que dominios son del Papa,
Entra aquel Cárlos octavo
Rey orgulloso de Francia.
Los fuertes castillos toma,
Los campos fértiles tala,
Incendia los caseríos,
Los templos santos profana.
Y en el furor se complace
Con que sus hombres de armas
Como furibundas fieras
Roban, destruyen y matan.
Así cumple los tratados
Que celebró con España,
De defender á la Iglesia
Y de acatar la tiara.
Así el juramento cumple,
Que de San Pedro en las aras
Prestó sobre el Evangelio
En terminantes palabras.
Así al acto corresponde
Que con humildad tan falsa
Hizo en público, besando
Del Pontífice las plantas.
Así el nombre verifica,
Que tomó, para burlarla,
De fiel hijo de la Iglesia
Y defensor de sn causa.

Los vasallos infelices
Del Padre Santo, que hallan
Exterminio ó servidumbre
En quien amparo esperaban;
Y que en la paz adormidos,
Y en la ciega confianza
Que los tratados infunden
Y da una régia palabra;
Ni pueden hacer defensa
Ni en ella salud halláran,
Que numerosas y fuertes
Son las fuerzas de la Francia;
Y á merced de sus guerreros
Dejan haciendas y fama,
Sin quedarles mas recurso
Que lágrimas y plegarias.
Lágrimas que el duro pecho
De Cárlos feroz no ablandan,
Plegarias á que responden
Insultantes carcajadas.

Del Pontifice un legado
(Porque un legado acompaña
Para mas escarnio y burla
Al rey que á la Iglesia ataca)
Inerme, abatido, humilde,
A Carlos ruega y demanda
Que á su ambicion ponga freno,
Que coto ponga á su audacia.
Si no por respecto al pacto
Celebrado con España,
Si no por guardar solemnes
Juramentos y palabras,
Por cumplir como cristiano
Y para salvar su alma,
Y por temor á lo menos
De la divina venganza.

Pues Dios es juez de los reyes,
Y su mano sacrosanta
Rompe coronas y cetros,
Sólios é imperios allana.

Con risa infernal escucha
Y burladora arrogancia,
Las justas reconvenciones
El obcecado monarca,
Cuando de Borbon el Duque,
Gran condestable de Francia,
Del venerable legado
Reproduce las demandas;
Y con muy cristiano celo
Y la autoridad y pausa,
Propia de su cuna ilustre,
Propia de sus nobles canas,
Mas con todo el miramiento
A la debida distancia,
Que entre rey y entre vasallo
Dios mismo establece y marca,
Le repite las razones
Que de pronunciar acaba,
El digno representante
De la ofendida tiara,
Insistiendo en que recuerde,
Que los tratados quebranta
Que firmó solemnemente
En Perpiñan con España.

De tan noble personaje
Tampoco consiguen nada,
Con el orgulloso Cárlos
Razones, ruegos, plegarias;

Pues con desabrido gesto
Y con burladora rabia,
Que no recuerda, responde,
De cuanto le dicen, nada.

ROMANCE SEGUNDO.

Don Antonio de Fonseca,
Caballero de alta ley,
De los católicos reyes
El noble embajador es,
Que al rey de Francia acompaña
Y le sigue por doquier;
Y avisado por el Duque
Viene en el momento aquel.
Preséntase con modestia,
Pero con el rostro, que
Cara de pocos amigos
Llama el vulgo, y llama bien.
Al verle con fatuo orgullo
El cristianísimo Rey,
Que da al vicario de Cristo
A gustar vinagre y hiel,
Con miradas de desprecio
Y con gesto de altivez,
«Oh caballero, le dice,
Llegais en buen hora, pues
»El venerable Legado
Me habla, y el Duque tambien,
De un tratado con España,
Que lo que encierra no sé.»
—«Señor, responde Fonseca,
¿Cómo ignorarlo podeis,
Cuando en Perpiñan, vos mismo
Pusisteis la firma en él,

»Y debajo el régio sello
Puso vuestro canciller?...
Mas puesto que lo olvidasteis,
Escuchadme, os lo leeré.»
Y sacando de su seno
Un abultado papel,
Con respeto y con firmeza
Fonseca empezó á leer.

Cuando un artículo habia
Favorable al interés
De la corona de Francia,
Exclamaba al punto el Rey:
«Es muy válido, recuerdo
Que en Perpiñan lo firmé.
Ese artículo, Fonseca,
Os ofrezco mantener.»
Pero cuando otro escuchaba
Interesante tambien
O al decoro de la Iglesia,
O de Castilla al poder:
«Dadme el tratado, decia,
Dádmelo Fonseca, pues
Si eso firmé lo desfirmo,
Que enmendar un yerro es bien.»
Y las cláusulas borrando,
Con menosprecio y desden
El pliego le devolvia
Diciendo: «Segnid, leed.»

Al fin llena la medida
Del sufrimiento cortés,
Don Alonso de Fonseca,
No se pudo contener,

Y «Rey de Francia, prorumpe,
Si mofaros pretendeis
De mi que soy caballero,
De mi patria y de mi Rey,
»Vive Dios que á tolerarlo
No estoy yo dispuesto; y pues
Borrais lo que no os conviene,
Borro y anulo tambien
»Lo que es á vos favorable,
Rompiendo el tratado, ved.»
Y desgarrando valiente
El respetable papel,
Tiró los rotos pedazos
Del Rey de Francia á los piés,
Y calándose el sombrero
Sin hacer vénia se fué.
Y con la mano en la espada
Atravesando un tropel
De alabardas y ballestas
Salió del campo francés.

LA BUENA-VENTURA.

ROMANCE PRIMERO.

LA CITA.

Era en punto media noche,
Y reinaba hondo silencio
De Medellin en la villa,
Sumerjida en dulce sueño.
Desde un tronco de celajes
Nacarados y ligeros,
Cándida, apacible luna
Brillaba en el firmamento:
Sobre el pardo caserío
Derramando sus reflejos,
Como sobre los sepulcros
De un tranquilo cementerio.
Y en una desierta calle,
Donde sus claros destellos
Una mitad alumbraban,
La otra en sombras confundiendo,
Estaba en la parte oscura,
Receloso y encubierto,
Un noble jóven gallardo,
No muy alto, aunque bien hecho.
Ropon y loba vestía,
El uno y el otro negros,
Traje propio de que usaban
Escolares de aquel tiempo.

De su cintura pendia
Una espada de Toledo,
Y un laud con ambas manos
Apretaba contra el pecho.
Los ojos no separaba,
Vivos, rasgados, de fuego,
Lumbreras de un lindo rostro,
Vivaz, gracioso y moreno,
De las cercanas paredes
De un edificio frontero,
En cuyos sillares blancos
Daba la luna de lleno,
Descubriendo tres balcones
Con barandales de hierro,
Debajo dos rejas grandes
No muy lejanas del suelo;
Y cerrada una ancha puerta,
Sobre la que tiene asiento
Un noble escudo de mármol
Guarnecido de arabescos.

La anchura de aquella calle,
En realidad corto trecho,
Era espacioso teatro,
Mejor diré campo inmenso
De fantásticas escenas,
De mil extraños sucesos,
Indecisos y confusos
Como figuras de un sueño,
Que claramente veia
La imaginacion de fuego,
Y la mente arrebatada
De aquel gallardo mancebo.
De Salamanca las ciencias,
Los doctores y los ergos
Que atrás deja, ve delante,
Y su pobre hogar á un tiempo.

Y ve los campos do Italia,
Aunque nunca estuvo en ellos;
Mas á do quiere ausentarse,
De ambicion de gloria lleno;
Y ya se juzga soldado,
Y ya se halla en los encuentros,
Y mira reyes cautivos,
Y ve ejércitos deshechos;
Y naciones conquistadas,
Y á sus piés tronos y cetros,
Montes de oro y de laureles,
Anchos mares, mundos nuevos:
Y todo lo ve, que todo
Cuanto abraza el pensamiento
Lo ven, y lo ven palpable
Las almas de privilegio.

Mas de todo cuanto mira
Como en borrosos bosquejos,
Como las mudables formas
De nubes que rompe el viento;
Es el primer personage,
Es el mas distinto objeto,
Es reina y reguladora,
Y sol de sus pensamientos,
La modesta doña Elvira,
De Medellin embeleso,
Y á quien guardan las paredes
Do los ojos tiene puestos.
Para ella sueña sus glorias,
Para ella anhela trofeos,
Para ella quiere tesoros,
Que está enemorado ciego.
Y sin los lauros y bienes
Que no quiso darle el cielo,
No puede con ella unirse,
Que es pobre, aunque caballero.

Tambien teme á un poderoso
Rival, ignorante y necio,
Pero quo ganó en la guerra
Tesoros é ilustres premios.
El quo al padre de su amada,
Codicioso como viejo,
Con sus riquezas y honores
Tiene cautivado el seso.
Mas en vano teme el jóven,
Es do Doña Elvira dueño,
Pues esperándole, inquieta,
Aun está fuera del lecho.
Y en cuanto la seña escuche,
Saldrá, su cita cumpliendo,
A ofrecerle ser su esposa.
Y á jurarle amor eterno.

ROMANCE SEGUNDO.

LAS CUCHILLADAS.

Diz que en cuanto el gallo canta
Desparecen de improviso
Los aquelarres de brujas,
Los fantasmas y vestiglos;
Así desaparecieron
Las escenas ó delirios
A que la mente del jóven
Daba vida en aquel sitio,
De un gallo al sonoro canto,
Que al momento repetido
Por otros que parecian
Los ecos de aquel recinto,
Al soñador recordaron
Que allí tan solo ha venido,
De un *adios* tierno de amante
A padecer el martirio.

A exigir una palabra,
Y á ofrecer un plazo fijo,
Que con segura esperanza
Le dé aliento en los peligros.

Vuelto en sí, pulsa las cuerdas,
Y á sus acentos sentidos
Canta una letra amorosa
Con tono dulce y sumiso.
Al punto, cual si el acento
Que dió vida y regocijo
A las auras de la noche,
Fuera conjuro ú hechizo,
De una reja las maderas
Abrense en el edificio,
Que el mancebo contemplaba;
Y queda un cuadro sombrío,
Do aparece un bulto blanco,
Cuyos contornos divinos
Resaltaban en lo oscuro
Por la luna esclarecidos.
El amante la guitarra
Suelta, y fuera de sí mismo
Corre á la dorada reja,
Abraza los hierros frios:
Y en una mano de nieve,
Que uno de ellos tiene asido,
Estampa labios de fuego
Por la pasion encendidos.

Balbuciente, temeroso
Como enamorado fino,
Que ser amor elocuente
De ser falso es claro indicio,

Iba á pedir que los años
Le conserven fe y cariño,
Que en ellos ganar espera
Pingüe estado y nombre digno.
Cuando (siempre los amantes
Han de tener enemigos,
Que en los mejores momentos
Truequen la dicha en martirio)
Cuando á lo lejos resuena
Un alarmante ruido,
Que á los dos enamorados
Sobresalta de improviso.
«Retírate, dice el jóven,
Quede tu decoro limpio,
Que yo tornaré á tus plantas
Sin importunos testigos.»—
«Nada temas, seré tuya,»
Entre sollozos le dijo
Su amada, y cerró la reja
Dejando abierto un resquicio.
Quiere el mancebo alejarse,
Mas no puede sin ser visto,
Y no es hombre que la espalda
Sabe volver al peligro.
Tres bultos mira en la calle
Que á él dirigen su camino,
A dos quedarse ve luego
En no muy distante sitio,
Y al tercero aproximarse
A paso largo y altivo,
Resplandeciendo la luna
En su pomposo atavío.
Al Comendador conoce
Que volvió de Italia rico,
Y que á su Elvira pretende
Con impertinente ahinco.
Mucho celebra el encuentro,
Y solo le pesa el sitio;
Pero ya arrestado á todo
Le espera firme y tranquilo.

El Comendador le dice,
A diez pasos dando un grito:
«Retiraos de aquí, estudiante,
O mi espada os hará añicos.»—
«Otra tengo yo en la mano
Que á ese insulto dé castigo,»
Dice el mancebo., y se arroja
Como rayo desprendido
De las nubes. Los aceros
Relampaguean, y vivo
Arde el combate, lidiando
Sin hablar, cual bien nacidos.
De un leve rasguño tiene
El jóven su rostro herido;
Del contrario el pecho roto
Lanza ya de sangre un rio;
Y perdiendo va terreno,
Vacilante, cuando un silbo
Da, y vienen espada en mano
Los otros dos á su auxilio.
El jóven, como valiente,
Desprecia á los asesinos,
Y dejando ya en la tierra
Al Comendador tendido,
Carga á los dos y los hiere,
Y los pone en tal conflicto,
Que rápidos como el viento
Buscan en la fuga asilo.
El vencedor reconoce
De su victoria el peligro,
Y á su casa se retira
Pobre solar, aunque antiguo.
Y que tambien noble escudo
Ostenta en el frontispicio
De la puerta, de que lleva
La llave falsa consigo.

A don Martin, su buen padre,
Anciano de hidalgo brio,
Encuentra sobresaltado,
Receloso y discursivo:
Que del mancebo en la mano
Viendo el hierro en sangre tinto,
«¿Qué has hecho, Hernando? le dice,
Y contéstale su hijo:
»Al Comendador he muerto,
Dando á un insulto castigo,
Que el honor que tú me diste
Ha de estar como el sol, limpio.—
»Válgame el cielo (prorumpe
El noble anciano), preciso,
Aunque Hernando, yo no dudo
Que con razon has reñido,
»Es el ponernos en salvo,
Que es inminente el peligro,
Siendo poderoso el muerto
Y nosotros desvalidos.—
»Partiré al momento á Italia,
Cual estaba decidido,»
Dice Hernando; mas el padre
Prudente responde: «hijo,
»De las glorias de la Italia
Ya te has cerrado el camino:
El Comendador en ella
Del Rey ha estado al servicio;
»Del ínclito don Gonzalo
Era deudo y favorito,
Y allá ha dejado parientes
Con honra y con poderío.
»Pues á las Indias, el jóven
Dice, á marchar me decido;»
Y algo extraordinario y grande
Brilló en su rostro al decirlo.

ROMANCE TERCERO.

EL EMBARCO.

En la iglesia de San Pedro,
Una de las mas antiguas
Entre las muchas insignes
De la opulenta Sevilla,
A las seis de la mañana
Se está diciendo una misa,
Porque Dios dé buen viaje
A un jóven que va á las Indias.
Es el gallardo extremeño
A quien hace quince dias
Que de Medellin, su patria,
Arrojó su valentía;
Y que en una gruesa nave
Debe aquella tarde misma
Despedirse de la Europa
A buscar remotos climas.
Y con Don Martin, su padre,
Junto al altar, de rodillas,
A san Pedro se encomienda
Y al cielo le pide dicha;
En el trage de soldado
Mostrando tal gallardía,
Que del devoto concurso
Tiene la atencion cautiva.
Terminado el sacrificio
Recibe la Eucaristía,
Resplandeciendo en su rostro
El entusiasmo y fe viva.

Vuelve á la humilde posada
Que era en la Borcinería,
Hostalaje de un morisco,
Estancia pobre y mezquina.
Y asl le dijo su padre,
Cuyas áridas mejillas,
Lágrimas de desconsuelo
Quemaban y humedecian.
«Hernando, Hernando, hijo mio,
A tierras lejanas vas,
Donde nunca olvidarás
De mi noble sangre el brio.
»Cual cristiano y caballero
Teme á Dios, guarda su ley,
Sirve con lealtad al rey,
Sé devoto y sé guerrero.
»Nunca des á la codicia
En tu hidalgo pecho entrada,
Flaqueza vil, que degrada
El cuerpo, y el alma vicia.
»Sé á tus cabos obediente,
Afable á tus compañeros,
Y sin bravatas ni fieros
En el peligro valiente.
»En los trabajos sufrido,
Moderado en la ventura,
Con generosa cordura
No estés vano, ni abatido.
»Del malo te apartarás,
Unete siempre á los buenos,
Que si no ganas, al menos
Con ellos no perderás.
»Si llegas á obtener mando,
Manda con moderacion,
Pero solo, y con teson
Haste obedecer, Hernando.
»Que al que manda descortés
O por agena influencia,
O no exige la obediencia,
Para el mando inútil es.

»Tolera disimnlado,
Aunque te haga padecer,
Agravio que no ha de ser
Plenamente castigado.
»Reparte con discrecion
La recompensa y castigo,
Y al derrotado enemigo
Trata con moderacion.
»Resuelve con madurez;
Mas resuelto, nada ataje
La ejecucion; aventaje
Al rayo en su rapidez.
»La santa fe que profesas
Estender, y de tu rey
Los dominios, sea la ley,
Hernando, de tus empresas.
»Y no tengas duda alguna
De que si lo haces asi,
Siempre irán en pos de tí
La victoria y la fortuna.
»De tu noble inclinacion
Mucho espero, mucho fio,
Basta: abrázame, hijo mio,
Recibe mi bendicion.»
La escena tierna, y sublime
Dolorosa despedida
Que pasó entre el hijo y padre
No es posible describirla.
De momentos tan solemnes
Los afectos de familia,
Los pensamientos y penas
Se sienten, mas no se pintan.

Al fin, como breve sueño,
Pasó rápido aquel dia,
Los tristes y los alegres
Al mismo paso caminan.

El sol entre nubes de oro,
De un cadáver comitiva,
A la tumba del ocaso
Con magestad descendia.
Cuando la pieza de leva
Dió el trueno de la partida,
Del Guadalquivir soberbio
Retumbando en las orillas.
Ya del arenal la puerta
El padre y el hijo pisan,
Y hácia la torre del Oro
Mudos de dolor caminan.

Magnífica era la escena,
Soberbia la perspectiva,
Espectáculo grandioso
El que deslumbró su vista:
Cubierto el rio de naves
De mil naciones amigas
Con flámulas, gallardetes,
Banderolas y divisas
Donde espléndidos colores
Con el sol poniente brillan,
Donde se mecen las auras,
Donde retozan las brisas.
Ambas márgenes cubiertas
De cuanto la Europa cria,
De cuanto el arte produce,
De cuanto ánsia la codicia.
De armas, víveres, aprestos,
Fardos, cajones y pipas,
De extraordinarias riquezas,
De várias mercaderías.
Y en las naves y en las barcas,
En los muelles y marismas
Y en arenal, alameda,
Muro, almacenes, garitas,

Un enjambre de vivientes
De todos reinos y climas,
De todos sexos y clases,
De todas fisonomías.
Del grande español imperio
Hombre de todas provincias,
Y de todas las naciones
Que la Europa sábia habitan.
Moros, moriscos y griegos,
Egipcios, israelitas,
Negros, blancos, viejos, mozos,
Hablando lenguas distintas.
Mercaderes, marineros,
Soldados, guardas, espías,
Alguaciles, galeotes,
Canónigos y sopistas,
Caballeros, capitanes,
Frailes legos y de misa,
Charlatanes, valentones,
Rateros, mozas perdidas,
Mendigos, músicos, bravos,
Quincalleros y cambistas,
Galanes, ilustres damas,
Gitanas, rufianes, tias:
Todo bullicio tan grande,
Tan extraña algaravía,
Tal confusion de colores,
Tal movimiento y tal vida,
Ofreciendo bajo un cielo
Como el cielo de Sevilla,
Que era un pasmo de la mente,
Un cuadro de hechicería.

Tras de la torre del Oro,
Mientras D. Martin activa
El embarco, maldiciendo
Gabelas y socaliñas,

Hernando sueña despierto,
Y pensando en doña Elvira,
Embebido en lo pasado,
Presente y futuro olvida.
Llamó su atencion de pronto
Una voz ágria y ronquilla
Que le dice:—«Caballero,
Por Dios una limosnita.»
Vuelve en sí sobresaltado,
Y delante de sí mira
Una miserable vieja
De extraña fisonomía.
Un rostro innoble y siniestro,
Seco, como de ceniza,
Con dos penetrantes ojos
De fuego que muere chispas,
Descubre entre sucias tocas
Que rojo manto cobija,
Sobre un traje de anascote,
Hecho á desgarrones tiras.
Y en el todo de aquel ente
Algo raro se veia,
Reunion de astucia, ignorancia,
Imbecilidad, malicia.
Para darle algun socorro
En la escarcela registra,
Y mientras le da un cornado
Dice la bruja ladina:
«¡Qué lindo y gallardo jóven!
Si se embarca para Indias,
La buena ventura puedo
Decirle, que sé decirla.»
Hay en la vida momentos
Que la mitad de la vida
Por columbrar lo futuro
Se diera con alegría.
Y Hernando, aunque con desprecio,
Contempla aquella estantigua,
La mano diestra le ofrece
Puesta la palma hácia arriba.

La vejezuela la toma,
Un momento la examina,
Y ora las cejas arquea,
Ora amaga una sonrisa;
Y al fin se estremece, tiembla,
Echa fuego por la vista,
Y, «¡Qué estoy mirando, cielos!»
Cual energúmeno grita.
Expresion rara y terrible
Su muerto semblante anima;
Crece, y convulsa le crujen
Los huesos y las canillas.
Y, «¡Oh mancebo generoso!
Exclamó, ¡qué de inauditas
Glorias y hazañas te esperan!
¡Qué de triunfos en las Indias!
»Tiembla el infierno; ¡tu espada
Cuántos tributos le quita!.....
Ve ufano... De contemplarte
El cielo se regocija...
»Emperadores y reyes
Te doblarán la rodilla.
Cual prodigios, cual portentos
Verá el mundo tus conquistas.
»Tu huella hundirá naciones
Las mas guerreras y ricas,
Como del pastor la huella
Hunde vivares de hormigas.
»Con montes de oro y laureles
Los astros allá te brindan.
Eterno será tu nombre,
Inmortales tus fatigas.
»Vuela; el sol de un Nuevo-Mundo
Serás...» No pudo sufrirla
El jóven tiempo mas largo,
Juzgando la retabila
Cosa á todo aventurero
Por aquella bruja dicha,
Para sacar recompensa
Mas abundante y opíma.

Y la interrumpe, y le dice:
«Solo quiero que me digas
Si seré tan venturoso
Que regrese á estas orillas.»
Quedó suspensa la vieja,
Muda en él los ojos fija,
Pero apagados; su rostro
Se seca, se desanima;
Y con la expresion siniestra
De una sardónica risa,
«Volverás, sí, le responde,
Que volver es tu desdicha:
»Volverás... sí... de seguro...
El sol se va y vuelve... mira...»
Y con una enjuta mano
Y un dedo que parecia
El de la terrible muerte,
En rara actitud le indica
A Castilleja, por donde
El rojo sol se escondia.

El jóven á Castilleja
Torna de pronto la vista,
Como obediente al mandato
De la mano imperativa;
Y ve que una parda nube
Que imitaba las cortinas
De un rico dosel, tomaba,
Por el ambiente movida,
De un gran féretro la forma
Circundado de amarillas
Candelas, y en cuyo seno
Del sol el cadáver iba.
Vago terror siente Hernando,
Los cabellos se le erizan,
Y por algunos momentos,
Hecho mármol, ni aun respira.

La mano del tierno padre,
Su voz grata y sus caricias,
Diciendo: «Llegó la hora,
Vamos, y Dios te bendiga,»
Le tornan en sí; anheloso
A la bruja ó Pitonisa
Busca, mas la busca en vano;
Desaparecido habia.
Acaso entre aquella turba,
Do era imposible seguirla,
Otras limosnas demanda,
Otros casos pronostica.—
Se abrazan al pié del muelle
El padre y el hijo; pisa
Este la lijera lancha,
Que al punto huye de la orilla.
Llega á la nave; la nave
Trinquetes y gabias iza,
Y corta pomposa el rio
Entre universales vivas.

ROMANCE CUARTO.

CONCLUSION.

Este Hernando, este mancebo
Era Hernan-Cortés: su nombre,
Gloria la mayor de España,
Asombro y pasmo del orbe,
Lo dice todo. Un imperio
De cien guerreras naciones
Descubrió, y rindió su lanza
Con seiscientos españoles.
Vuelto á la patria, por premio
Ingratas persecuciones
Su corazon destrozaron,
Rompieron su pecho noble.

Y aquí en Castilleja, lleno
De desengaños atroces,
Rindió á su Criador el alma
Que tan grande concedióle;
Sin que despues haya visto
El absorto mundo un hombre,
Que de Hernan-Cortés al lado
La historia imparcial coloque.

Sevilla 1838.

LA MUERTE DE UN CABALLERO.

ROMANCE.

El noble francés Bayardo,
El insigne caballero
Que nunca mancilló *tacha*,
Que jamás conoció *miedo*,
Por la falda de los Alpes
En fuga las huestes viendo,
Que al Almirante de Francia
Dió el rey Francisco primero;
Del deshonor de las lises
Furioso su heróico pecho,
Gallardo la lanza empuña,
Riscado revuelve el freno,
Y en los pocos españoles,
Causa de aquel desconcierto,
Se arroja como valiente,
Para morir como bueno:
A pintar su gallardía,
A contar sus altos hechos,
A encarecer sus hazañas
No basta el humano acento.

En un normando morcillo,
Que respira espuma y fuego,
Cuya lijereza es rayo,
Cuyos relinchos son trueno;
Con un arnés que deslumbra
Del mismo sol los destellos,
Y en parte una veste oculta
De carmesí terciopelo;
Y sobre el bruñido casco,
Dando vislumbres al viento,
Un penacho blanco y rojo
Con rica joya sujeto,
Cual águila se revuelve,
Lidia cual leon soberbio,
Cual raudo torrente rompe,
Resiste cual risco eterno.
Solo españoles soldados
Sin ceder pudieran verlo,
Y con él y con los suyos
Trabar combate sangriento.
Mas qué mucho, si los rije
Aquel hijo predilecto
De la victoria en Italia,
Marqués de Pescára excelso.

Del noble francés Bayardo,
A pesar de los esfuerzos,
La francesa artillería
Fué de la España trofeo.
Pues de aquella escaramuza
En lo mas trabado y récio,
Cuando las contrarias huestes
Eran de valor portentos,
Una silbadora bala
De oscuro arcabuz partiendo,
Traspasó de parte á parte
Al gallardo caballero.

Al caer de los arzones
Con pesado golpe al suelo,
Cuajó la sangre á sus tropas
De sus armas el estruendo.
Y alzaron tal alarido
De dolor y de despecho,
Que por los lejanos valles
Resonó en fúnebres ecos.

Al oir los españoles
Tan lamentable suceso,
La sangrienta lid suspenden
De asombro y lástima llenos:
Pues la muerte de un contrario
De valor insigne ejemplo,
Pena y confusion infunde
En sus generosos pechos.
Soldados de ambas naciones
Cercan al noble guerrero,
Cuya sangre empaña el brillo
Del arnés bruñido y terso.
Y el mismo Pescára llega
De llanto el rostro cubierto,
Y le recoje en sus brazos
Con doloroso respeto.
Sus criados le desarman,
Inténtanse mil remedios,
Mas ¡oh dolor! todo en vano,
Llegó su instante postrero.

Muere Bayardo el famoso:
Y en el último momento
Despues que á Dios pidió gracia
Cual cristiano caballero,

A españoles y á franceses
Tornando el rostro sereno,
«Por mi rey y por mi patria,
Exclamó, gozoso muero;
»Y ufano de que haya sido
A las manos y al esfuerzo
De soldados españoles
De honra y de valor modelo,
»Y de la nacion mas grande
Que en mas alta estima tengo,
De cuantas pueblan la tierra
De cuantas cubren los cielos.»
No dijo mas, que la muerte
Convirtió su voz en hielo,
Volando á tomar el alma
Entre los héroes asiento.

Dejaron los españoles
Por honra á tal caballero,
De seguir al Almirante,
Que en Francia salvóse presto.
Y el cadáver de Bayardo,
De lauro inmortal cubierto,
Entregado fué á los suyos
Con justo desprendimiento;
Para que hallára reposo
Tan valiente y noble cuerpo,
En su agradecida patria
Al lado de sus abuelos.

AMOR, HONOR Y VALOR.

ROMANCE PRIMERO.

EL EJERCITO.

De trompas y de atambores
Retumba marcial estruendo,
Que en las torres de Pavia
Repite gozoso el eco:
Porque á libertarlas viene
De largo y penoso cerco
El ejército del César,
Contra el del francés soberbio:
Aquel reducido y corto,
Este numeroso y fiero,
El uno descalzo y pobre,
El otro de galas lleno.
Pero el marqués de Pescára,
Hijo ilustre y predilecto
Del valor y la victoria,
Tiene de aquel el gobierno.
Porque los jefes ancianos
Y los príncipes excelsos
Que lo mandan, se someten
A su fortuna y su esfuerzo;
Y en él gloriosos campean
Los invictísimos tercios
Españoles, cuya gloria
Es pasmo del Universo.
Manda las francesas huestes
El rey Francisco primero,
Que vé las del quinto Cárlos
Con orgulloso desprecio.

Y juzgando un imposible
Que osen venir á su encuentro,
Con tan cortos escuadrones,
Con tan escasos pertrechos;
No á la batalla, al alcance
Prepárase repitiendo:
Para la cobarde fuga
Levantan el campamento.

En tanto de él en buen órden
Y en sosegado concierto
(Despues de dar á las llamas,
Y de hacer pasto del fuego
Las tiendas y los reparos,
Las barracas y repuestos),
Salen á cojer laureles
Los imperiales guerreros.
De Nápoles el ilustre
Visorey al frente de ellos,
En un caballo ruano
Que es del Vesubio remedo,
Ricas armas refuljentes
En que dan vivos destellos
Las labores de oro y plata
Del sol naciente al reflejo,
Lleva; y sobre el rico almete
En la cimera sujeto,
Penacho amarillo y rojo
Que mece apacible viento.
Cien alabardas de escolta
Cércanlo, delante enhiesto
Va su pendon, y le siguen
Personajes de respeto.

En el escuadron segundo,
De un arnés blanco cubierto,
Y de un sayo de brocado,
En un frison corpulento
Pasa de Borbon el duque;
¡Lástima que tan egrejio
Príncipe, contra su patria
Y su rey combata ciego!
Entre los várіos Señores
Y famosos Caballeros
Que le acompañan, descuella
Por lo galan y lo apuesto
El jóven Marqués del Vasto,
Armado de azules veros,
Con blancas y azules plumas,
Gallardas alas del yelmo.
En un pisador castaño
Que con la espuma del freno,
Escarcha en copos de plata
Los azules paramentos,
Su destreza de ginete
Con corbetas y escarceos,
Y su agilidad de mozo
Va presumido luciendo.

Tras este escuadron segundo
Marcha el escuadron tercero,
Y Alarcon á su cabeza,
Cana barba, rostro serio,
Armas fuertes, mas sin brillo,
Corcel alto, duro, recio,
Una refornida lanza
Que empuña un puño de hierro;
Sin visera ni penacho,
Capacete de gran peso,
Y sobreveste y gualdrapa,
Ambas de velludo negro,

Sin recamadas insignias;
Sin divisas ni embelecos,
Eran, como lo era siempre,
Su simple y marcial arreo.
Siguen tras los hombres de armas
Los escuadrones ligeros,
Y de Cívita-Santángel
El Marqués al frente de ellos.
Jóven valiente y gallardo,
Ignorando va risueño,
Que á manos de un Rey, la muerte
Le aguarda á pocos momentos.
Rico y galan sayo viste
De purpúreo terciopelo,
¡Harto pronto con su sangre
Mas purpúreo ha de ponerlo!
De un cuartágo de Calabria,
Causa de su fin funesto,
Rije las flexibles bridas,
Que cortadas serán luego.

Las triunfadoras banderas
Donde desarrolla el viento
Los castillos y leones,
Ya de dos mundos respeto,
Y que adorna la fortuna
De palma y laurel eternos,
Donde quiera que tremolan
En entrambos hemisferios;
La invencible infantería
De los españoles tercios,
En bien formadas escuadras
Sigue por lado diverso.
Descalza, pero contenta;
Pobre, mas de noble esfuerzo
Tan rica, que á sus hazañas
Es el orbe campo estrecho.

El valor y gracia reinan,
Y de la muerte el desprecio,
En sus ordenadas filas
De frugalidad modelo:
Y que de vencer seguras
Llenan de coplas el viento,
Con apodos y con vayas
De andaluces á gallegos.
A sus bravos capitanes
Humildes obedeciendo,
Forman un bosque de picas
Cuyas puntas son luceros;
Y donde los arcabuces,
Preñados de rayo y trueno,
Van pronto á llenar el aire
De humo, plomo, muerte y miedo.
Allí el capitan Quesada,
Allí el capitan Cisneros,
Y Santillana el alférez,
Y Bermudez el sargento,
Y Roldan el sevillano,
Extremado arcabucero,
Y mil y mil allí estaban
Gloria del hispano suelo,
Cuyos inmortales nombres
La fama guarda del tiempo,
Y al pronunciarlos palpita
De todo español el pecho.
Con un limpio coselete
Del sol envidia y espejo,
Con celada borgoñona
Sin cimera ni plumero,
Y con sus calzas de grana,
Y con su jubon eterno
De raso carmesí, llega
Despues de dejar dispuesto
Como caudillo el ataque,
Y como caudillo experto,
El gran Marqués de Pescára
En su tordillo ligero.

En su diestra centellea
Un estoque de Toledo,
Y un broquel redondo embraza
Con una muerte en el medio.
Viene, y se coloca al frente
De los españoles tercios,
De sus planes y esperanzas
Con gran razon fundamento.
Y con el semblante afable,
Y con el rostro risueño,
Responde á sonoros vivas
En sazonado gracejo.

Detrás de los españoles
Tardos marchan los tudescos,
Que apiñados parecian
Muro movible de cuerpos.
Sus amarillos pendones
Las águilas del imperio
Ostentan, y lentamento
Las siguen con gran silencio.
Micer Jorge de Austria, anciano
De gran valor y respeto,
Va á su frente en un morcillo
Que hunde donde pisa el suelo.
Lleva arnés empavonado,
Y devoto hasta el extremo,
Con franciscana capucha
El casco y gorjal cubiertos.
Las últimas que desfilan
Y salen del campamanto,
Son las banderas de Italia
En pelotones pequeños.
Dos culebrinas de bronce
Y una lombarda de hierro,
Son toda la artilleria
Para tan terrible empeño,

Don César Napolitano,
Caudillo bizarro y diestro,
Y el capitan Papacodo
Vienen á su frente puestos.

Ya los franceses cañones,
Cuyo número era inmenso,
Contra estas huestes lanzaba
Muerte envuelta en humo y fuego;
Y ya viva escaramuza
Se iba rápida encendiendo,
Entre avanzados ginetes
Y alentados ballesteros,
Y aun del incendiado campo
Llegan á ocupar sus puestos
A todo correr soldados,
Y á escape los caballeros.
Solo entre tantos no acude
Cuando siempre es el primero,
El gallardo don Alonso
De Córdoba, y lo echan menos,
Porque de un noble el retardo,
En tan críticos momentos,
Es mucho mas reparable,
Porque debe dar ejemplo.
Y por esperarlo todos
Miran hácia el campamento,
Donde con grande sorpresa
Ven, y quédanse suspensos,
Que su tienda solamente
No es ya de las llamas cebo,
Y que aun intacta descuella
Entre el general incendio.

ROMANCE SEGUNDO.

LA TIENDA.

Entre humo, llamas, cenizas
Que volando en remolinos,
Del abandonado campo,
Al sol ofuscan el brillo,
De don Alonso la tienda
Tiene desde lejos fijos
De la multitud los ojos,
La atencion de sus amigos.
Aderezado un overo
Cerca de ella, altos relinchos
Da, y huella y escarba el polvo
No cabiendo ya en sí mismo.
Porque la mano en el diestro
Tiene sujeto su brio
Un page, quo tambien tiene
Un lanzon con pendoncillo.

Están dentro de la tienda,
A un lado, sentada en rico
Almohadon de terciopelo
Sobre tapete morisco,
Una gallarda señora
Con semblante dolorido;
Teniendo en sus bellos brazos
Dos hermosísimos niños.

Y de pié, á su frente, un jóven
De brillante arnés vestido,
La cabeza sin almete
Y el rostro contemplativo.
Dos luceros son los ojos
De aquella dama ó prodigio,
Que á las megillas de nácar
Le dan perlas por rocío.
Las negras y luengas trenzas
Con negligente prendido
Dan mas blancura á su frente
Dan á sus ojos mas brillo,
Dan mas carmin á sus labios
De amor poderoso hechizo,
Dibujando un albo cuello
Y un seno de ángeles nido:
Pues viendo en él agrupados
A los dos infantes lindos,
El llamarle de esta suerte
No es exagerado estilo.
El mancebo armado muestra
En aspecto y atavío
De su linage lo ilustre
Y de su cuna lo rico.
Es el noble don Alonso
De Córdoba, que cautivo
De un amor firme, combate
Por salir de un laberinto.
Del gran Marqués de Alcaudete
Hermano, y aun presuntivo
Heredero, aquella hermosa
Ha tiempo tiene consigo,
Con disgusto y con despecho,
No solo del Marqués mismo,
Sino de otros dos hermanos
Capitanes de gran brío,
Que en las huestes españolas
Con el de Pescára invicto
Para avalorar su nombre
Ocupan honroso sitio.

La dama en ilustre sangre
Al jóven esclarecido
No iguala, es cierto, mas junta
A los altos atractivos
De la gracia y la belleza,
Del donaire y señorío
Y de los ojos de fuego,
Y del hablar argentino,
Tal bondad y tal ternura,
Tan cultivado y pulido
Entendimiento, y modales
Tan dulces, gratos y finos,
Que de don Alonso tienen
Disculpa los estravíos,
Por prenda en quien tantos dotes
Colocar el cielo quiso;
Pues amor y entendimiento
Y valor, siempre se ha dicho,
Que igualarlo pueden todo:
Y no es error el decirlo.
Ella es honrada, aunque humilde,
Y para hombre bien nacido
El honor de las mujeres
No es juguete de capricho.
Y si es que tiene de padre
Ya la obligacion consigo,
Con Dios y con los sensatos
Se ve en grande compromiso.

Don Alonso, caballero
De tan altos requisitos,
Cuando va á exponer la vida
A un inminente peligro
(Siempre solemne momento
En que entra el hombre en sí mismo,
Porquo voces que no mienten
Le dan interiores gritos),

Revuelve allá en su cabeza
Mil encontrados arbitrios,
Para entre el mundo y el cielo
Encontrar algun camino.
Su pecho es campo en que luchan
Irritados enemigos,
Preocupaciones, afectos,
Miramientos y cariños.
Y con los brazos cruzados,
El rostro helado y marchito,
Desencajados los ojos,
Convulsos los labios frios,
Hecha pedazos el alma,
El corazon derretido,
Quisiera que un rayo ardiente
Le clavára en aquel sitio.

La dama, que no sospecha
El confuso laberinto
En que se pierde su amante,
Demudado y discursivo,
Creyendo que el amor solo
Detiene su heróico brio,
En momento en que el retardo
Pone el honor en peligro,
Sollozando: «¿Qué os detiene,
Dice, amado dueño mio,
Cuando las trompas os llaman
Y os espera el enemigo?
»Volad, que yo no os detenga;
Volad, señor, os suplico,
Vuestro nombre y vuestra fama
Son antes que yo y mis hijos.»
De tal labio, don Alonso,
Al escuchar tal aviso,
Que fué del honor espuela
Y del amor incentivo,

En sí torna, se resuelve,
Y dando un largo suspiro,
Como lo da el que cansado
Sale de un profundo abismo:
«Decís bien, señora, exclama;
Mas venid á ser testigo
De que pago cuanto debo
A Dios, á vos y á mí mismo.»
Cálase el yelmo; del brazo
En frenético delirio
Ase á la dama, que aprieta
Contra su seno á los niños.
Sale con ella y con ellos,
Monta en el overo altivo,
Acomoda en la gurupa
A su dama y á sus hijos,
Y hácia el campo de batalla
A escape toma el camino,
En velocidad y en fuego
Rayo ó disparado tiro.
Todos cuantos lo esperaban
Reconócenlo al proviso,
De que traiga, avergonzados,
Tal embarazo consigo.
La lenguaraz soldadesca
Prorumpe en picantes dichos,
Pues no hay respeto que imponga
Freno al vulgacho maligno.
Y los dos nobles hermanos
De don Alonso, ofendidos,
De enojo y cólera ciegos,
En tierra los ojos fijos,
Temiéndose nueva afrenta
En tal hora y en tal sitio,
Con las viseras esconden
Los rostros escandecidos.

ROMANCE TERCERO.

EL CABALLERO.

Sin templar las flojas bridas,
Ni dar descanso á la espuela,
El ilustre don Alonso
A do están los tercios llega;
Dando al desprecio las burlas,
Sordo haciéndose á la befa
De licenciosos soldados
Y de desatadas lenguas,
Ante el Marqués de Pescára
Que siente tal ocurrencia,
Y que está suspenso y grave,
Pone fin á la carrera.
Desocupa los arzones,
A niños y madre apea,
Y con firme acento dice,
Alzándose la visera:
«Marqués de Pescára egregio,
Pues circula en vuestras venas
Sangre tan noble y cristiana
Como el mundo reverencia,
»No extrañaréis el que un noble,
Que de cristiano se precia,
Sus obligaciones cumpla
Y satisfaga sus deudas;
»Ni que un valiente soldado
Quc á combatir marcha, quiera
Para entrar con mas empeño
Dejar mayores riquezas.

»Ni que tranquila su alma
Al lance llevar pretenda,
Porque si es del valor centro
Mayor valor hay en ella.
»Yo estoy obligado y debo,
Mil bienes se me presentan
Que asegurar, y mi alma
La tranquilidad anhela.
»Bajo vuestro patrocinio
Cumpla pues, pague, enriquezca,
Mi alma tranquilice, y obre
Segun Dios y mi conciencia.
»Al capellan que os asiste
Mandadle, señor, que venga,
Y que me case ahora mismo
Aquí con doña Teresa.
»Y bendecido mi enlace,
Estos dos Angeles sean
Hijos legítimos mios,
Purgados de toda afrenta.
»Y si el cielo dispusiese
Que yo caiga en la pelea,
Habrá quien me sustituya
En lealtad y en fortaleza.»
Calló; y el Pescára insigne
Y los jefes que le cercan,
Conmovidos y admirados
Tan cristiano empeño aprueban.

Viene el capellan al punto
En una mula; se apea,
De don Alonso elogiando
Accion tan gallarda y buena.
Entusiasmo por las filas
Cunde con la extraña nueva,
Porque una accion generosa
Tiene mágica influencia.

Y un ejército testigo
Siendo de la boda, hecha
Fué con los sagrados ritos
Que á sacramento la elevan.

Desmáyase la señora,
Y en los brazos la sustenta
Su esposo, que á entrambos niños
Contra la coraza apriota.
Se enternece el sacerdote,
Pescára los brazos echa
Al regocijado novio,
Y da mil enhorabuenas.
El ejército de vivas
Admirado el aire llena.
Vienen los amigos todos,
Todos los curiosos llegan.
Y de Don Alonso entonces
Ya no tienen resistencia,
Los enojados hermanos,
Y entre sus brazos lo estrechan;
Y despojándose afables
De anillos y de cadenas,
Unos dan á su cuñada,
Otros en los niños cuelgan.
De cordialidad, de gozo,
Y de dicha tal escena
Formando en aquel momento,
Que á un mármol enterneciera.

Pero los instantes urgen:
Don Alonso activo, ordena
A su esposa y á sus hijos
Retirar de allí á gran priesa;

Porque ya silban las balas,
Y ya cruzan las saetas,
Y las trompas y atambores
Dan de combatir la seña;
Y cabalgando lijero,
La lanza en la cuja puesta,
Vuelto al Marqués de Pescára
Dice así con voz resuelta:
«Por uno antes combatia,
Porque uno tan solo era,
Mas hoy combatir por cuatro
Quiero que el mundo me vea:
»Por mí, por mis tiernos hijos
Y por mi esposa discreta,
Vos vereis, caudillo excelso,
Si sé hacerlo, aunque perezca.»
Revuelve el potro, la lanza
En el ristre á punto puesta.
Y en lo mas trabado y recio
Entróse de la pelea.
Síguenle sus dos hermanos.
Y de los tres las proezas
En aquel tremendo dia,
Que á España de gloria llena,
Fueron tales, que lograron
Aplausos y recompensas,
Y en el clarin de la fama
Nombre inmortal, gloria eterna.

LA VICTORIA DE PAVIA.

Al Sr. D. Mariano Roca de Togores.

ROMANCE PRIMERO.

PESCARA Y LOS ESPAÑOLES.

De la sitiada Pavía,
Desde las jigantes torres
Que el bravo Antonio de Leiva
Guarda con sus españoles;
Entre nubes de humo y polvo
Do arcabnces y cañones,
De rayos llenan el aire,
De truenos el horizonte;
Se ve la borrenda batalla
En qne dispntan feroces
Francisco y Cárlos el cetro
De Italia y de todo el orbe.
Dos veces mas numerosos
Los franceses escuadrones
Son, que los qne allí combaten
De Cárlos quinto en el nombre.
Y aquellos á su cabeza,
Con lo que valen al doble,
Tienen á su rey Francisco,
Monarca de excelsos dotes.
Pues en valor y destreza,
Y en caballeroso porte,
Quien le exceda y sobrepnje
El mnndo no reconoce.

Al ejército del César,
Si la ventaja nególe
El cielo de ver al frente
A su soberano entonces,
Le dió la de que lo rija
El aventajado y noble
Marqués de Pescára invicto,
Guerrero de alto renombre.
Y si es en número escaso
Y viene de galas pobre,
Tambien con la fama cuenta
De los tercios españoles.

La francesa artillería,
Cuyo número era enorme,
Deshace apretadas filas,
Espesas hileras rompe,
Y cual tempestad horrenda
Llena de pavor el orbe,
Borrando el son de las trompas
Y de los cabos las voces.
Mas las imperiales huestes
Desprecian el fuego, y corren
A que decida el combate
De la dura lanza el bote.
Y de Nápoles embiste
El Visorey á galope,
De hombres de armas y lijeros
Con los bravos escuadrones.
El rey de Francia los suyos
Numerosísimos pone,
Mas cual visoño caudillo,
Para la batalla en órden.
¡Cuán gallardo y rozagante,
Augusto, lozano y jóven
Oprime un tordo rodado
Que á tal dueño corresponde!

De morado terciopelo
Y brocado de oro, sobre
El arnés fúlgido, lleva
Veste de ricas labores.
Efes de oro son y lises
Que deslumbran como soles,
Y de oro y morada seda
Lazos, borlas y cordones.
En el alto capacete,
Del viento halago y azote,
Amarillos y morados
Vuelan flexibles airones.
Y en medio de ellos descuella
Una flecha de oro, donde
Primoroso pendoncillo
Un claro emblema propone.
Bordadà una salamandra
Que en vivo fuego se esconde,
Es el cuerpo de la empresa
Y *modo et non plus* el mote.
El almirante de Francia,
Personaje de alto nombre;
El gran príncipe de Escocia,
Gallardo y hermoso jóven;
El príncipe de Navarra;
De San Pol el bravo conde;
El mariscal Montmorency,
Y otros insignes Señores,
Lo acumpañan y lo sirven,
Con él las filas recorren,
Y con él al campo abierto
Salen á esperar el choque.

Terrible fué; parecia
Que se encontraban los montes,
Que se desplomaba el cielo
Y que caducaba el orbe.

Mas ¡ay! las fuerzas de Francia
Eran en número dobles,
Y el valor no hace imposibles
Aunque el valor los arrostre.
Si bien del Virey la lanza
Dió al Almirante fin noble;
Si bien insignes franceses
Cayeron de los arzones;
Si bien resisten constantes,
Como murallas de bronce,
Los imperiales ginetes,
Al cabo, al cabo eran hombres.
Muere del rey en la lanza
El desventurado jóven
A quien Cívita-Santángel
Por su Marqués reconoce.
El mismo Alarcon á tierra
Vino de una maza al golpe,
Como cae jigante pino,
Cual se desploma una torre.
Y á pié combate y resiste
Dando tajos y mandobles,
Y á su vigor y destreza
Debió no morir entonces.
El del Vasto en gran peligro
Se ve entre diez borgoñones,
Y tiene que abrirse paso
Con la punta del estoque.
Todo es muerte y exterminio;
Cuatro ginetes se oponen
A cada ginete nuestro,
Sin que la lid abandone.
Y ya no queda esperanza
De que á la victoria logren
Seducir tan alto esfuerzo,
Y tantas hazañas nobles;
Cuando el capitan Quesada
En el combate lanzóse,
Seguido de cien certeros
Arcabuces españoles.

Y con tanto tino asesta
Sus rayos atronadores,
Que á los contrarios asombra
Y en retirada los pone.

En tanto por otra parte
Otros frescos escuadrones
De bien montados franceses,
Francia apellidando á voces,
Arrollando cuanto encuentran,
Con la lanza en ristre corren,
Y á los tercios de la Italia
Vencen, deshacen y rompen.
Los Esguízaros que siguen
De la Francia los pendones,
A reforzar el combate
Presurosos se disponen.
Y hasta el mismo rey Francisco
Con nuevo escuadron á trote,
Va á asegurar la victoria
Que ya suya reconoce.
El gran marqués de Pescára
Que lo advierte, decidióse,
Confiado en su fortuna,
A aventurar todo entonces:
Y con risneño semblante
A los tercios españoles
Torna, y animoso dice:
—«Ah de mis fuertes leones,
»Vuestro debe ser el dia;
Allí donde mas feroces
Los enemigos se agolpan,
Allí hay laureles mayores.
»Venid conmigo á cogerlos,
Vuestras frentes solas logren
Coronarse con sus ramas
Entre tan várias naciones.»

Vivas que asordan el aire,
Y seis mil bravos acordes
Lanzan (sonoroso grito
De ánsia, de gloria y renombre),
Fué la respuesta. Y al punto
Con celeridad movióse
De picas y de arcabuces
Un espesísimo bosque.
Al momento la fortuna,
Tan indecisa hasta entonces,
En las imperiales huestes
Los mudables ojos pone.
Y del pendon de Castilla
Los gloriosos resplandores
Encantaron sus miradas
Y en su favor declaróse.

Los arcabuces de España
No hay fila que no destrocen,
No hay caballo que no ahuyenten,
No hay guerrero que no postren.
Y las picas españolas
No hay escuadra que no arrollen,
Embate que no resistan
Ni denuedo que no asombren.
Huyen de su ardiente brio,
De sus balas y sus botes,
Los franceses hombres de armas,
Y los lijeros peones.
Y los Esguízaros huyen
En confusion y desórden,
Y huyen los nobles ginetes
Y huye el Rey mismo á galope,
Y de un ejército inmenso
Que ya vencedor juzgóse,
Triunfa el marqués de Pescára
Con sus seis mil españoles.

Este valiente caudillo,
Cuyo esfuerzo no conoce
Rival en el ancho mundo,
Mas alta empresa dispone:
Y ordenando que el alcance
Prosigan los vencedores,
Y que los tudescos vengan
A sostenerlos veloces;
Junta á varios caballeros
Y de armas á algunos hombres,
Que escaramuzando andaban
Sin jefes y sin pendones;
Y poniéndose á su frente,
Y requiriendo el estoque,
En un escuadron lejano
Que el rey Francisco recoje,
Para tornar donde pueda
Dejar bien puesto su nombre,
Al grito de *cierra España*
Con nueva furia lanzóse.

En tanto Antonio de Leiva
Que la ventaja conoce
De las fuerzas imperiales,
Cual raudo torrente rompe
Por las puertas de Pavía;
Y cayendo osado sobre
La retaguardia francesa,
En grande aprieto la pone.
Ya es de Cárlos la victoria.
Ya los tercios españoles,
Como el huracan que arrasa
Los enmarañados bosques,
Abriéndose en un momento
Ancha calle á sus furores,
No ven ya en su paso estorvo,
No encuentran quien los afronte.

Pero en medio de su triunfo
Con pasmo y con dolor oyen,
De que su Pescára es muerto
Correr las siniestras voces.
Es cierto que no parece
Desde que con pocos hombres
De armas le vieron lanzarse
Con tanto denuedo, donde
Aun trabada la pelea,
Reina confuso desórden.
Vengarlo, pues, juran todos,
Y allá revuelven feroces.
Cuando entre el polvo y el humo
Ven aparecer á trote,
Al victorioso caudillo
De sus esperanzas norte.

Mas ¡oh, Dios, en cuál estado!
Herido su rostro noble,
Pasado el brazo siniestro
De una lanza al duro bote;
El coselete partido
Y atravesado del golpe
De una bala, que parece
Que fin á sus glorias pone.
Y el tordillo moribundo,
Herido en cuello y quijotes,
Un raudal de negra sangre
Derramando á borbotones.
Las españolas escuadras
Quedan al mirarlo inmobles,
Y el placer de la victoria
En llanto y dolor tornóse.
Al cabo llega Pescára
Sin que la muerte le asombre,
Y dice con voz tranquila
Partiendo los corazones:

«¿Por qué os deteneis, amigos?
Valerosos españoles,
Pues ya es vuestra la victoria
Nada mi falta os Importe.»
Desplómase el tordo en tierra;
Dos capitanes recogen
Al General en los brazos,
Y Vega su gentil-hombre
Del sangriento coselete
Le desencaja los broches,
Y vé..... ¡oh placer! que la bala
Causa de tantos temores,
Aplastada contra el pecho,
Leve contusion esconde:
Del coselete, sin duda,
En los adornos de bronce
Perdió su temible fuerza;
O por dicha disparóse
Desde tan lejos, que trajo
Escasa violencia el golpe.
Reanimanse los soldados,
Por milagro reconocen
Dicha tan grande, y en *vivas*
Prorumpen y alegres voces.
Y repuesto el mismo herido,
Que traspasado juzgóse,
De la contusion del pecho
Por los agudos dolores.
«Bendito sea Dios,» exclama:
Armase de nuevo, y sobre
Otro corcel restablece
En las escuadras el órden.
Y en las márgenes floridas
Del manso Tesin, por donde
Se retiran derrotados
De Francia los escuadrones,
Sembrando exterminio y muerte,
Aparecieron veloces
El gran marqués de Pescára
Y los tercios españoles.

ROMANCE SEGUNDO.

EL ESTANDARTE ANTE TODO.

Del Tesin en las orillas
Quiere hacer su último esfuerzo,
Vencido y avergonzado
El rey Francisco primero.
Sus numerosas escuadras
Dispersas ve y sin aliento,
Y fuerzas aun poderosas
En confuso desconcierto.
Con el estoque en la mano
De cálida sangre lleno,
Pues soldado fué valiente
Si no fué caudillo experto;
Deslucidas ya sus galas,
Deslustrados sus arreos,
Y abollados de los golpes
El capacete y el peto;
En su corcel, que de espuma,
De sangre y sudor cubierto,
Cruza fatigado el campo
Obediente á espuela y freno;
Solo y sin séquito corre
Llamando á sus caballeros,
Denosta sus fugitivos,
Recoje algunos dispersos,
Y revuelve valeroso
A escaramuzar lijero,
Pensando que aun algo puede
Con su valor y su ejemplo.
Todo en vano; la fortuna
La espalda y rostro le ha vuelto,
Y hasta las heces el cáliz
Beberá del vencimiento.

De Alarcon los hombres de armas
Vestidos de tosco hierro,
Los del Virey denodados
Y los de Borbon soberbio,
Y entre el tropel de ginetes
Mezclados arcabuceros
Españoles, cuyas balas
Tienen prodigioso acierto,
Del rey de Francia infelice
Invalidan los esfuerzos,
Y hacen sordos á sus voces
A los franceses guerreros.

El despechado Monarca
Del desapiadado cielo
Tenaz resistencia opone
Al inmutable decreto.
Y retirarse ordenados
A sus Esguízaros viendo,
Del Tesin á un ancho vado,
Donde su fin va á ser cierto;
Vuela á ponerse á su frente
Para advertirles el riesgo
Que van á hallar en las aguas,
Por no arrostrar el del fuego,
Y los conjura y exhorta
A que con él revolviendo,
Noble resistencia opongan
Al vencedor altanero;
Y que cual valientes busquen
Con él de salud un puerto,
No del Tesin en las ondas,
Mas de la lid en el hierro;
Que allí segura es la muerte,
Y aquí bien puede no serlo,
Que aquí aun les espera gloria,
Y allí solo vilipendio.

Mucho alcanza, pues consigue
Formarlos y contenerlos,
Y ya de esperanza nueva
Vé casi el rostro risueño;
Cuando aterrador fantasma
Se vé venir á lo lejos:
Los pendones invencibles
De los españoles tercios.
Y olvidando que á su frente
Tienen hombre tan excelso,
Y del engañoso rio
Olvidando el grave riesgo,
Los Esguizaros soldados,
De pánico asombro llenos,
Huyen, al Rey abandonan,
Y al vado parten derechos.
El francés Monarca entonces
Las lágrimas del despecho
Quemando su rostro augusto,
Quiere morir como bueno,
Y vuela hácia el puente, donde
Aun resisten con empeño
Algunos fieles magnates,
Algunos nobles guerreros.

¡Mas ay! la suerte tremenda
Llegar le impide á aquel puesto,
Donde libertad y gloria
Iba á conseguir al menos;
Pues que silbadora bala
De ignoto arcabuz partiendo,
De su corcel fatigado
Rompe y atraviesa el pecho.
Vacila el bruto, retiembla,
De sangre espumosa el suelo
En raudo torrente inunda,
Quédase clavado y yerto.

De nieve son sus orejas,
De sus ojos muere el fuego,
Y en grave estruendoso golpe
Desplómase con su dueño.
¡Oh dolor, yace en el fango
El trono de Francia excelso,
El poderoso monarca
Que juzgaba el orbe estrecho!
De inconstancias de fortuna,
Grande y doloroso ejemplo,
Y de la humana soberbia
Aterrador escarmiento.
Nada hay firme en este mundo:
Valor, gloria, nombre, imperio,
Cuando una espada se empuña,
Todo queda en duda puesto.

El hidalgo vizcaino
Juan de Urbieta, que cubierto
De tosco arnés, en un potro
Escaramuzaba suelto,
Pasa y ve bajo el caballo
Tan lucido caballero,
Que por levantarse pugna
Con inútiles esfuerzos.
No sospechando quién era
Le pone el lanzon al pecho,
Y «ríndete al punto, grita,
O quedarás aquí muerto.»
Respóndele el derribado:
«Soy el rey de Francia, quedo
A tu emperador rendido,
Y heme ya tu prisionero.»
Retira Urbieta la lanza
Con el debido respeto,
Y con tan rara fortuna
Pasmado queda y suspenso.

Animado el Rey prosigue:
«Que al punto bajes te ruego,
Que este maldito caballo
Me revienta con su peso.»
Iba el noble vizcaino
A darle socorro presto,
Y ya para echarse á tierra
Soltó el estrivo derecho,
Cuando del puente á la boca
Vo de franceses en medio
Su estandarte, y que el alférez
Solo lo está defendiendo.
Y el honor de su estandarte,
Y la fe del juramento,
Mas que ánsia de vanagloria
En su alma ilustre pudieron,
«Ya señor (al Rey le dice),
Socorro daros no puedo,
Que es mi estandarte ante todo,
Y está mi estandarte en riesgo.
»Confesad que os he rendido,
Y pues que prenda no llevo,
Porque podais conocerme,
Si á vuestra presencia vuelvo,
»Miradme, que soy mellado;»
Y alzando del tosco yelmo
La visera, en un instante
Le mostró dos dientes menos.
Y revolviendo el caballo
Al puente voló lijero,
Con el lanzon en el ristre
De honra y de lealtad modelo.

ROMANCE TERCERO.

UN REY PRISIONERO.

Mientras el bizarro Urbieta
Va á libertar su estandarte,
Dejando la alta fortuna
Que le plugo al cielo darle;
Al rey Francisco, impedido
De moverse y levantarse,
Porque le sujeta en tierra
De su caballo el cadáver,
Diego Avila, el granadino,
Tambien hombre de armas, vase,
Y que se rinda le grita
Decidido y arrogante.
Respóndele el Rey: «Rendido
A otro español estoy antes,
Y que soy el rey de Francia
Para tu gobierno sabe.»
Sorprendido el granadino
De aventura tan notable,
«¿A ese español (le pregunta)
Habeis dado prenda ó gaje?» —
«Le di solo mi palabra,
Que mi palabra es bastante
(Contesta el Rey), mas si quieres
Toma mi espada y mi guante;
»Y sácame del caballo
Y ayúdame á levantarme,
Que la visera me ahoga
Y esta pierna se me parte.»

Avila toma las prendas
Destilando fresca sangre,
Echa pié á tierra, y ayuda
Al Rey con trabajo grande,
Y levántalo, y el yelmo
Le desencaja al instante,
Para que le dé en el rostro,
Que lo ha menester, el aire.

Hita, soldado gallego,
Tosco, y de toscos modales,
Con su sangrienta alabarda
Y desarrapado traje,
Llega, y con poco respeto,
Ya resuelto á despojarle,
De la insignia se apodera
Del mas elevado Arcángel.
De San Miguel el collar
Echase al cuello el salvaje,
Con su tosquedad y harapos
Haciendo extraño contraste.
El rey le dijo: «Valiente,
Por él te doy de rescate
Seis mil ducados de oro,
Y mas, si en mas lo estimares.» —
Y contestóle el gallego
«Guardaréle, que colgarle
De mi Emperador al cuello
Podré yo temprano ó tarde.»

En esto llegaban otros
Soldados sin capitanes,
Con la victoria embriagados,
Cebados con el pillaje,

Y en su sagrada persona
Ponen sus manos rapaces;
La veste del rey desgarran,
Sus preseas se reparten,
Y le arrebatan del yelmo
La bandereta y plumages,
Que la codicia villana
No guarda respeto á nadie.
Avila, Hita y Urbieta
(Que ya en salvo su estandarte
Dejó), con vanos esfuerzos
Por defenderle combaten.
Cuando llegaron á punto
Várias nobles personajes,
Que á tan feroz soldadesca
Obligan á reportarse,
Enseñándoles valientes
A que respeten y acaten
A la magestad augusta,
Que aunque vencida es muy grande.

De estar el Rey prisionero
Cunde la nueva al instante
Por el uno y otro campo
Con efectos desiguales.
Los franceses caballeros
De mas valor y linage,
Tornan á correr la suerte
Que á su rey Dios quiso darle.
Y los jefes y caudillos
De las tropas imperiales,
Vuelan á que cese al punto
La mortandad y la sangre.
El de Pescára glorioso
Corre lijero á la parte
En que al rey Francisco juzga
Expuesto á villano ultraje.

Llega, del caballo salta,
Y con respeto admirable,
Hincadas ambas rodillas
La mano quiere besarle.
No lo consiente el Monarca,
Que tiene un consuelo grande
En verse ya protejido
Por hombre que tanto vale.
Y obligándole risueño
De la tierra á levantarse,
«Noble marqués de Pescára,
Pues que la fortuna os cabe,
»(Le dice) de tal victoria,
Os pido no se derrame
De mis vencidos vasallos
La desventurada sangre.
»Y espero que en vos encuentren
Protector, amparo y padre,
Los franceses que se miren,
Como yo, en tan duro trance.»
De lágrimas arrasados
Los ojos al escucharle
Pescára: «Señor, le dice,
Vuestra súplica es en balde;
»Pues la nacion española,
Que logra triunfo tan grande,
En la victoria es tan noble
Como brava en el combate.»

Tambien el del Vasto llega
Y el Rey lo recibe afable,
Y con dignidad lo elogia
Por su apostura y su talle.
Y el consuelo se divisa
En su abatido semblante,
De verse entre caballeros
Que tratar con Reyes saben.

Mas, imprevisto incidente
Vino de nuevo á alterarle,
Y á hacer mas terrible y duro
Su destino deplorable.
De Borbon el Duque altivo;
¡ Desacato repugnante!
A su Rey vencido quiere
Sin reparo presentarse.
¿Y cómo? Manchado todo
Con propia francesa sangre,
De un valor mal empleado
Haciendo insolente alarde.
No le couoce Francisco;
Pero de pronto, al mirarle,
Dió, por un secreto impulso,
De gran enojo señales.
Y quién era preguntando,
Como el Marqués contestase:
«Señor, de Borbon el Duque,»
Pnso un ceño formidable.
Y volviendo las espaldas
Con dignidad, ocultarse
Quiso entre aquellos guerreros
Porque el Dnque no llegase.
Notólo Pescára al punto,
Y como discreto parte
A evitar inconvenientes
Y á allanar dificultades.
Ruega de Borbon al Duqne
Que el sangriento estoque envaine,
Que qnite la sobreveste
Y que se limpie la sangre.
Y con él á pié se acerca,
Donde el Rey inexorable
No digna volver el rostro
Que en ira y en furor arde.
La mano el Duque le toma
De rodillas; arrogante
La retira el Rey. El Duque
Tiene la audacia de hablarle,

Y el Monarca levantando
Los ojos como volcanes
Al cielo, en voz alta dice:
«¡Santo Dios, paciencia dadme!»
Oyendo lo cual Pescára,
Hace que de allí se aparte
El de Borbon, y de él libre
Tornó el Rey á sosegarse.

ROMANCE CUARTO.

UN ANDALUZ.

Reunidos los generales
De las naciones distintas
Que el ejército del César
Ya vencedor componian,
Acatan al Rey cautivo,
Y le consuelan y animan,
Conducirlo disponiendo
A los muros de Pavia.
Danle un corcel generoso,
Con honrosa comitiva
De franceses personages
Que rendidos le seguian.
Y antes confesando todos
Con admirable justicia,
Que victoria tan insigne,
Triunfo tan grande y tal dicha,
Se debe tan solamente
A la española milicia;
Disponen que España sola
Tenga la prerogativa
De guardar un prisionero
De tan importante estima;
Y que Alarcon el famoso
De Alcaide y guarda le sirva.

En medio, pues, de los tercios
Españoles, y á su vista,
Desplegadas las banderas
De gloria y laureles ricas;
De Alarcon á la derecha
El rey de Francia camina,
Esforzándose orgulloso
En dar á su faz sonrisa.
Los escuadrones tudescos,
Que una ladera contigua
De aquel camino ocupaban,
Al pasar la infantería
Española, entusiasmados
Le bacen salva, y alta grita
Levantan basta las nubes
Repitiendo: *España viva.*
Al rey suspende tal muestra
Dada por las tropas mismas
Del ejército triunfante,
Y es novedad que le admira.
Reconociendo cuan alta
La española gloria brilla,
Pues competencias no admite
Y da admiracion, no envidia.
Afable el Rey conversando
Con las personas distintas
Que le cercan, caminaba
Gallardo sobre la silla.
Y al encontrar de franceses
Prisioneros las cuadrillas,
Los consuela con su ejemplo
Y con su voz los anima.
Y á los cabos españoles,
Qne en respeto y cortesía
Ni un solo punto desdicen
De lo que á nobles obliga,
Los recomienda con tanto
Extremo, afan y caricias,
Que se arrasaban los ojos
De cuantos allí venian.

En los altos de la marcha
Embarazosa y prolija,
Várias soldados de cuenta
A ver al Rey acudian.
Y el Rey demostraba atento
Con delicadeza fina,
Gusto en que le presentasen
Los de garbo y nombradía.
Llegó entre tantos acaso
Roldan, hijo de Sevilla,
Llamado el *Arcabucero*,
Mote puesto con justicia;
Pues lo era tan extremado,
Que nunca erró puntería,
Clavando siempre las balas
Donde clavaba la vista.
Este tal, galan y apuesto,
De cara muy expresiva,
De talle en extremo airoso,
De aguda fisonomía;
Con aire maton y jaque,
Calzas de majo y ropilla,
Con un inmenso chapeo
De álas luengas y tendidas;
Con su cuera y sus mangotes,
Y sus frascos en la cinta,
De recamos adornada
Y de escarcela provista,
Se acerca al Rey, y apoyado
Del arcabuz en la horquilla,
Y zarandeando el cuerpo
Cual hombre que nada admira,
«Señor (con ceceo dice,
Y lengua aunque gorda viva)
Cuando mi sargento anoche
Me dijo que combatia
»Vuestra Alteza en este empeño,
Preparé várias cosillas;
Los trastos que en tales lances
Cualquier hombre necesita.

»Fundí, señor, doce balas,
Que al cabo son la comida
De esta serpiente (mostróle
El arcabuz con sonrisa,
»Prosiguiendo): fundí, digo,
Doce balas, las precisas.
Seis de plomo, destinadas
A canalla gavachina;
»Y las seis, muy á mi gusto
Cumplieron; ¡Dios las bendiga!
Fundí otras cinco de plata
Para gente de alta guisa;
»Y en cinco ilustres monsiures
Se hallarán, no están perdidas,
Que vive Dios tal acierto
No lo he tenido en mi vida.
»Y una fundí, finalmente,
De oro muy puro y sin liga,
Aquí está, señor, miradla.»
Expuso á la régia vista
Una gruesa bala de oro
Que en la escarcela traia,
Continuando, sin turbarse,
Con gracejo y con malicia:
«Gran señor, fundí esta bala
Para daros muerte digna,
Si en el combate de veros
Se me lograba la dicha.»
«Y ya que vuestra fortuna
No os puso en mi puntería,
Vuestra debe ser la prenda
Que siempre vuestra á ser iba.
»Tomadla, señor, tomadla,
Pesa dos onzas cumplidas,
Y puede que para ayuda
De vuestro rescate sirva.»
Al rey Francisco tal gracia
Hizo aquella retahila
Del andaluz, y el despejo
Con que acertára á decirla,

Que afable tomó la bala
Diciendo: «Amigo, la estima
Mi aprecio en mucho, y confio
Que os lo mostraré algun dia.»
Roldan le hizo reverencia
Y vuelve á entrar en su fila,
Tan contento de sí mismo
Que ni á Cárlos quioto envidia.

ROMANCE QUINTO.

CONCLUSION.

Dueño absoluto de Italia
Fué el insigne Emperador,
Con esta excelsa victoria
Del alto esfuerzo español.
Y cautivo el rey de Francia
Vino á Madrid y habitó
La torre de los Lujanes,
Con Hernando de Alarcón.
En la plaza de la Villa
Aun dora esta torre el sol,
Coronada de recuerdos
Que el tiempo no borra, no.
De ella al cabo el rey Francisco
Rescatándose, tornó
A ocupar el rico trono
De la francesa nacion.
Pero su rendida espada,
Prenda de insigne valor,
Testigo eterno de un triunfo
Que el orbe todo admiró;

En nuestra régia armería
Trescientos años brilló,
De los franceses desdoro,
De nuestras glorias blason.
Hasta que amistad aleve
Que ocultaba engaño atroz,
Con halagos y promesas
Que ensalzó la adulacion,
Tal prenda de un triunfo nuestro
Para Francia recobró;
Como si así de la historia
Se borrase su baldon.
Harto indignado, aunque jóven,
Esta espada escolté yo,
Cuando á Murat la entregaron
En infame procesion.
Pero si llevó la espada,
La gloria eterna quedó,
Mas durable que en acero
De la alta fama en la voz.
Y en vez de tal prenda, España
Supo añadir, vive Dios,
Al gran nombre de Pavía
El de Bailén, que es mayor.

UN CASTELLANO LEAL.

ROMANCE PRIMERO.

»Hola, hidalgos y escuderos
De mi alcurnia y mi blason,
Mirad como bien nacidos
De mi sangre y casa en pro.
»Esas puertas se defiendan,
Que no ha de entrar, vive Dios,
Por ellas, quien no estuviere
Mas limpio que lo está el sol.
»No profane mi palacio
Un fementido traidor,
Que contra su Rey combate
Y que á su patria vendió.
»Pues si él es de Reyes primo,
Primo de Reyes soy yo;
Y conde de Benavente,
Si él es duque de Borbon.
»Llevándole de ventaja,
Que nunca jamás manchó
La traicion mi noble sangre,
Y haber nacido español.»

Así atronaba la calle
Una ya cascada voz,
Que de un palacio salia
Cuya puerta se cerró;
Y á la que estaba á caballo
Sobre un negro pisador,
Siendo en su escudo las lises
Mas bien que timbre baldon,
Y de pages y escuderos
Llevando un tropel en pos,
Cubiertos de ricas galas,
El gran duque de Borbon.
El que lidiando en Pavía
Mas que valiente, feroz,
Gozóse en ver prisionero
A su natural Señor.
Y que á Toledo ha venido
Ufano de su traicion,
Para recibir mercedes,
Y ver al Emperador.

ROMANCE SEGUNDO.

En una anchurosa cuadra
Del alcázar de Toledo,
Cuyas paredes adornan
Ricos tapices flamencos,
Al lado de una gran mesa
Que cubre de terciopelo
Napolitano tapete
Con borlones de oro y flecos;
Ante un sillon de respaldo
Que entre bordado arabesco
Los timbres de España ostenta
Y el águila del imperio,

De pié estaba Cárlos quinto,
Que en España era primero,
Con gallardo y noble talle,
Con noble y tranquilo aspecto.

De brocado de oro y blanco
Viste tabardo tudesco;
De rubias martas orlado,
Y desabrochado y suelto,
Dejando ver un justillo
De raso jalde, cubierto
Con primorosos bordados
Y costosos sobrepuestos;
Y la excelsa y noble insignia
Del Toison de oro, pendiendo
De una preciosa cadena
En la mitad de su pecho.
Un birrete de velludo
Con un blanco airon, sujeto
Por un joyel de diamantes
Y un antiguo camafeo,
Descubre por ambos lados,
Tanta magestad cubriendo,
Rubio, cual barba y vigote,
Bien atusado el cabello.
Apoyada en la cadera
La potente diestra ha puesto,
Que aprieta dos guantes de ámbar
Y un primoroso mosquero.
Y con la siniestra halaga,
De un mastin muy corpulento,
Blanco, y las orejas rubias;
El ancho y carnoso cuello.

Con el Condestable insigne,
Apaciguador del reino,
De los pasados disturbios
Acaso está discurriendo;
O del trato que dispone
Con el rey de Francia preso,
O de asuntos de Alemania,
Agitada por Lutéro.
Cuando un tropel de caballos
Oye venir á lo lejos,
Y ante el alcázar pararse,
Quedando todo en silencio.
En la antecámara suena
Rumor impensado luego,
Abrese al fin la mampara
Y entra el de Borbon soberbio.
Con el semblante de azufre,
Y con los ojos de fuego,
Bramando de ira y de rabia
Que enfrena mal el respeto.
Y con balbuciente lengua
Y con mal borrado ceño,
Acusa al de Benavente
Un desagravio pidiendo.

Del español Condestable
Latió con orgullo el pecho,
Ufano de la entereza
De su exclarecido deudo.
Y aunque advertido procura
Disimular cual discreto,
A su noble rostro asoman
La aprobacion y el contento.
El Emperador un punto
Quedó indeciso y suspenso,
Sin saber qué responderle
Al francés, de enojo ciego.

Y aunque en su interior se goza
Con el proceder violento
Del conde de Benavente;
De altas esperanzas lleno
Por tener tales vasallos,
De noble lealtad modelos
Y con los que el ancho mundo
Será á sus glorias estrecho;
Mucho al de Borbon le debe
Y es fuerza satisfacerlo,
Le ofrece para calmarlo
Un desagravio completo.
Y llamando á un gentil-hombre,
Con el semblante severo
Manda que el de Benavente
Venga á su presencia presto.

ROMANCE TERCERO.

Sostenido por sus pajes
Desciende de su litera
El conde de Benavente
Del alcázar á la puerta.
Era un viejo respetable,
Cuerpo enjuto, cara seca,
Con dos ojos como chispas,
Cargados de largas cejas,
Y con semblante muy noble,
Mas de gravedad tan séria,
Que veneracion de lejos
Y miedo causa de cerca.
Eran su traje unas calzas
De púrpura de Valencia,
Y de recamado ante
Un coleto á la leonesa.

De fino lienzo gallego
Los puños y la gorguera,
Unos y otra guarnecidos
Con randas barcelonesas.
Un birreton de velludo
Con su cintillo de perlas,
Y el gaban de paño verde
Con alamares de seda.
Tan solo de Calatrava
La insignia española lleva,
Que el Toison ha despreciado
Por ser órden extranjera.

Con paso tardo, aunque firme,
Sube por las escaleras,
Y al verle, las alabardas
Un golpe dan en la tierra.
Golpe de honor, y de aviso
De que en el alcázar entra
Un Grande, á quien se le debe
Todo honor y reverencia.
Al llegar á la antesala,
Los pajes que están en ella
Con respeto le saludan
Abriendo las anchas puertas.
Con grave paso entra el Conde
Sin que otro aviso preceda,
Salones atravesando
Hasta la cámara régia.

Pensativo está el Monarca,
Discurriendo como pueda
Componer aquel disturbio
Sin hacer á nadie ofensa.

Mucho al de Borbon le debe,
Aun mucho mas de él espera,
Y al de Benavente mucho
Considerar le interesa.
Dilacion no admite el caso,
No hay quien dar consejo pueda,
Y Villalar y Pavía
A un tiempo se le recuerdan.
En el sillon asentado,
Y el codo sobre la mesa,
Al personaje recibe,
Que comedido se acerca.

Grave el Conde lo saluda
Con una rodilla en tierra,
Mas como Grande del reino
Sin descubrir la cabeza.
El Emperador benigno
Que alce del suelo le ordena,
Y la plática difícil
Con sagacidad empieza.
Y entre severo y afable
Al cabo le manifiesta,
Que es el que á Borbon aloje
Voluntad suya resuelta.—
Con respeto muy profundo,
Pero con la voz entera,
Respóndele Benavente
Destocando la cabeza:
«Soy, señor, vuestro vasallo,
Vos sois mi rey en la tierra,
A vos ordenar os cumple
De mi vida y de mi hacienda.
»Vuestro soy, vuestra mi casa,
De mí disponed y de ella,
Pero no toqueis mi honra
Y respetad mi conciencia.

»Mi casa Borbon ocupe
Puesto que es voluntad vuestra,
Contamine sus paredes,
Sus blasones envilezca;
»Que á mí me sobra en Toledo
Donde vivir, sin que tenga
Que rozarme con traidores
Cuyo solo aliento infesta,
»Y en cuanto él deje mi casa,
Antes de tornar yo á ella,
Purificaré con fuego
Sus paredes y sus puertas.»

Dijo el Conde, la real mano
Besó, cubrió su cabeza,
Y retiróse bajando
A do estaba su litera.
Y á casa de un su pariente
Mandó que lo condujeran,
Abandonando la suya
Con cuanto dentro se encierra.
Quedó absorto Carlos quinto
De ver tan noble firmeza,
Estimando la de España
Mas que la imperial diadema.

ROMANCE CUARTO.

Muy pocos dias el Duque
Hizo mansion en Toledo,
Del noble Conde ocupando
Los honrados aposentos.

Y la noche en que el palacio
Dejó vacío, partiendo
Con su séquito y sus pajes
Orgulloso y satisfecho,
Turbó la apacible luna
Un vapor blanco y espeso,
Que de las altas technmbres
Se iba elevando y creciendo:
A poco rato tornóse
En humo confuso y denso,
Que en nubarrones oscuros
Ofuscaba el claro cielo;
Despues en ardientes chispas,
Y en un resplandor horrendo
Que iluminaba los valles,
Dando en el Tajo reflejos,
Y al fin su furor mostrando
En embravecido incendio,
Que devoraba altas torres
Y derrumbaba altos techos.

Resonaron las campanas,
Conmovióse todo el pueblo,
De Benavente el palacio
Presa de las llamas viendo.
El Emperador confuso
Corre á procurar remedio,
En atajar tanto daño
Mostrando tenaz empeño.
En vano todo; tragóse
Tantas riquezas el fuego,
A la lealtad castellana
Levantando un monnmento.
Aun hoy unos viejos muros
Del humo y las llamas negros,
Recuerdan accion tan grande
En la famosa Toledo.

EL SOLEMNE DESENGAÑO.

Al Excmo. Sr. Duque de Osuna,

ETC. ETC. ETC.

ROMANCE PRIMERO.

EL GALAN. — LA ENFERMEDAD.

De fortuna en la alta cumbre,
Grande, jóven, rico, bueno,
De virtud, saber, belleza,
Dechado, pasmo y modelo;
El mas galan en la córte,
En las justas el mas diestro,
El mas afable en su casa,
El mas docto en el consejo;
Brilla el Marqués de Lombay
Cual rutilante lucero,
Al lado de Cárlos quinto
Domador del Universo.
Mas entre tantos aplausos
Y en tan elevado asiento,
Donde el orbe le sonrie,
Y donde le halaga el cielo,
Algo falta á su ventura,
O alguna mano de hierro
Del corazon se la arranca,
Y se la saca del pecho.

Melancólico el semblante,
Y los labios entreabiertos,
Y las siniestras miradas
Y el mudo desasosiego,
Ya en los saraos de la córte,
Ya en los festines risueños,
Ya en la caza bulliciosa,
Ya en solitarios paseos,
Ya en el salon, ya en la plaza,
Ya en la justa, ya en el templo,
En la mesa, en el despacho,
En la vigilia, en el sueño,
Un alma rota descubren
Por un fijo pensamiento,
Y un corazon que devora
El cáncer de un gran secreto.

En vano sondar procuran
Los malignos palaciegos,
Con astucia cortesana
Aquel abismo encubierto.
Tan solamente columbran
Que los ocultos tormentos
Del Marqués, se dulcifican
Para ser mayores luego,
O cuando en palacio asiste
Al servicio honroso, atento,
De la Emperatriz augusta,
De las hermosas modelo;
O cuando busca devoto
Con el fervor mas ingénuo,
Arrodillado en la iglesia,
En Dios amparo y consuelo;
O cuando por los jardines
Que al pié de la gran Toledo
Riega el Tajo, se pasea
Solo, y del bullicio lejos,

Con Garcilaso su amigo;
Ora escucbando sus versos;
Ora en largas conferencias
De gran sigilo y misterio.
Allá en palacio embebido
Quedaba en mudo embeleso,
Pálido ó rojo el semblante,
Convulso, agitado el pecho,
Y bebiendo con los ojos
Llenos de vida y de fuego,
De la Emperatriz hermosa
Los mas leves movimientos.
En acatarla, en servirla,
Y en acertar sus deseos,
Aunque tímido y turbado,
Diestro y hábil por extremo.
Abatido y consternado
Se le miraba en el templo,
Como quien está en batalla
Con jigantes del infierno,
Y pide al Omnipotente
Para tal combate esfuerzo;
Y despues de orar nn rato,
Y aun de verter llanto acerbo,
Dijérase que encontraba,
De misericordia lleno,
Al Señor á qnien auxilio
Demandaba en tanto aprieto.
Y con su amigo en las selvas
Era tan locuaz y tierno,
Tan expresivo unas veces,
Otras tan callado y serio,
Como el que ó cuenta delirios
Y habla de locos proyectos,
O escucha reconvenciones
Y oye inflexibles consejos.
En estado miserable
Su espíritu estaba puesto,
Y era infeliz, en las dichas,
Luchando consigo mesmo,

Entre pasiones, virtudes,
Obligaciones, deseos,
Infernales sugestiones
Y celestiales preceptos:
Siendo campo de batalla
Su mente y su roto pecho,
Do luchaban frente á frente
Angeles malos y buenos.

La mas lozana azucena,
Gala del jardin, el cuello
Dobla marchita, si esconde
Roedor gusano en su seno.
Y la mas gallarda encina
Que alza su pompa á los cielos,
Si el corazon se le seca
Rómpese al soplo del viento,
Así con un alma enferma
No puede haber sano cuerpo,
Ni salud que no se postre
Con nn corazon deshecho.
Al cabo maligna fiebre
Convierte la sangre en fuego,
Por las robustas artérias,
Por el juvenil cerebro
Del de Lombay, que postrado
Yace doliente en su lecho
De oro y seda, que es ya, ¡oh mundo!
Duro potro de tormentos.

Como jefe de palacio
Tiene su vivienda dentro,
Con ostentacion servido
De pages y de escuderos.

Mas la pena mas amarga
Y el mas hondo desconsuelo,
Y la ansiedad mas horrenda
Y el cuidado mas acerbo
Reinan en las ricas salas,
Entre amigos y entre deudos,
Cunden en palacio todo,
Y consternan á Toledo.
Pues Reyes, Príncipes, Grandes,
Hidalgos y Caballeros,
Y hasta el vulgo humilde, miran
Con asombro y desconsuelo
En el peligro de muerte
A tan gallardo mancebo,
A tan alto personaje,
De virtud á tal portento.
Y no hay semblante sin llanto,
Ni sin angustias hay pecho,
Ni labio que no pregunte
Con inquietud y con miedo.

Garcilaso de la Vega
(Sin que ni el hambre ni el sueño
En su ansiosa vigilancia
Tengan el menor imperio),
Ni un hora, ni un solo instante
Deja el lado del enfermo,
Y de él los ojos no aparta
Sentado junto á su lecho.
Ojos de llanto arrasados,
Pero de contínuo atentos
A que nadie, nadie escuche
Sus fantásticos conceptos,
Las voces rotas, que acaso
Del delirio en el acceso
Suelen dar funesta lumbre
Revelando hondos misterios.

Y cuando allá á media noche
Rendidos ya por el sueño
Yacian los servidores
Reinando ferál silencio,
Y en letargo sumergido
Tambien miraba al enfermo,
En el estado terrible
En que es casi muerte el sueño;
A la luz trémula, opaca,
De lejano candelero,
Que abultaba oscuras sombras
En las cortinas del lecho,
Dando vislnmbres escasas
Y fantásticos reflejos,
En rapacejos de oro,
Molduras y terciopelos;
Garcilaso, vigilante,
Un tenue rumor oyendo,
Se alzaba con mudos pasos,
Y á nn lado del aposento
Levantaba, no sin susto,
Un rico tapiz flamenco,
Y en la pared descubria
Angosto postigo abierto.—
Vago bulto silencioso
Por él asomaba luego,
Con manto y capuz sin formas,
Aparicion, sombra, ensueño,
Sobrenatural producto
De algun conjnro. Con lentos
Pasos, sin rumor, al lado
Llegaba del rico lecbo.
Y en el doliente clavaba
Ojos cnal brasas de fuego:
Y nna mano, que en la sombra
Daba vislumbres de bielo,
Por la calurosa frente
Del aletargado enfermo
Pasaba, gemidos hondos
Ahogando con duro esfuerzo.

Y al instante, y por el mismo
Postigo oculto y estrecho
Desaparecia, dejando
Como embalsamado el viento.
Ser dijérase un encanto,
Y que habia cobrado cuerpo
Alguno de los delirios
De la mente del enfermo.—
La senda el tapiz borraba
El muro otra vez cubriendo,
Y tornaba Garcilaso
A ocupar mudo su puesto.

El doctor Juan Villalobos,
De aquella córte Galeno,
Al personaje consagra
Toda su ciencia y su esmero.
Y en el pronóstico duda,
Y cauto no quiere hacerlo,
Hasta que síntomas note
Mas favorables que adversos.—
De la juventud al cabo
Triunfó la fuerza, y el cielo
Miró con benignos ojos
La angustia de todo un pueblo.
Y apuró el doctor su ciencia,
Y tornó á lucir risueño
El rayo de la esperanza
En los aterrados pechos.
Docto ó sagaz Villalobos
Prescribe como remedio,
Que busque fuera de España
Nuevos aires, climas nuevos.

ROMANCE SEGUNDO.

LA AUSENCIA.

El gran Marqués de Lombay,
Del inminente peligro
Sálvo, en que se vió de muerte
Por enfermedad ó hechizo,
Salió de España, siguiendo
Los saludables avisos
Del docto Juan Villalobos,
O médico ú adivino.
Y aunque el dejar á Toledo,
Para su pecho lo mismo
Fué que dejarse allí el alma,
Resignóse al sacrificio.
Mas aquella oculta flecha,
Aquel veneno escondido,
Aquel encubierto cáncer,
Aquel pertinaz martirio
Que desgarraba su pecho,
Que turbaba sus sentidos,
Que devoraba su vida,
Que era su infierno contínuo,
A los campos de la Italia
Llevó, ¡mísero! consigo;
Pues penas como las suyas,
Que astros y contrarios signos
Combinan, fraguan y aplican
Para un fin desconocido,
En un alma de gran temple,
En un pecho de alto brio,

No mudan cuando se muda
De atmósfera y domicilio;
Porque no cambian del cielo
Los misteriosoa designios.

Halló el Marqués en Italia
(Porque al cabo el cielo quiso
Que algun consuelo encontrase,
Que tuviese algun alivio),
A su tierno confidente,
A Garcilaso su amigo,
Que guerrero tan insigne
Como trovador divino,
Siguió de Italia la empresa
Por el César Cárlos quinto,
Con el canto de las Musas
Uniendo de Marte el grito.

El Marqués, cual siempre mustio,
Y cual siempre discursivo,
De aqnella gnerra los lances
Siguió con denuedo y brio.
Y ante la imperial presencia,
Con Garcilaso su amigo,
Lidió como caballero
En los combates y sitios.
Le encantaron las campiñas
Y los Alpes y Apeninos,
Y visitó cual curioso,
Y admiró como entendido
Los insignes monumentos,
Ya modernos y ya antiguos,
Que hacen el snelo de Italia
En altos recuerdos rico.
Como devoto cristiano
Oró postrado y snmiso,
En las ermitas humildes
Que daban nombre á los riscos;

Y en los magníficos templos
Que ensalzan al cristianismo,
Y son de aquellas ciudades
Ornato, fama y prodigio.

¡Cuántas veces los jardines
Que riega el Tesin y el Mincio,
Los mismos nombres oyeron
Que el Tajo oyó sorprendido!
¡Cuántas veces las canciones
De Garcilaso, que hoy mismo
Nos admiran y enternecen,
Vencedoras de tres siglos,
Tiernas lágrimas sacaron
De los ojos encendidos
Y del corazon doliente
Del Marqués contemplativo
En las selvas do arrancaron
No menos hondos suspiros,
De otros destrozados pechos
Los acentos de Virgilio!
¡Cuántas veces, ay, seguian
Del Marqués los ojos fijos,
De la plateada luna
El lento y mudo camino;
Y al verla hácia el occidente
Rodar con pausado giro,
Algun encargo le daba
Para el Tajo cristalino;
Con sus miradas queriendo
Como estampar en el disco
Caractéres, que otros ojos
Por un prodigioso instinto
Leyeran, cuando argentada
Derramára el claro brillo,
Sobre el regio balconaje
De algun alcázar dormido!

De la expedicien de Francia
Tornaba, pues, el servicio
Del Emperador siguiendo,
Con Garcilaso el divino,
Cuando no lejos de Niza,
Antigua torre ó castillo,
A los pendones del César
Osó estorbar el camino.
Tal empresa de dementes,
Por temeraria, el prestigio
Perdió de valiente, siendo
Solo acreedora al castigo,
Y á dárselo Garcilaso,
Desnudo el acero limpio,
Y embrazada la rodela,
Voló en enojo encendido.
Desesperados resisten
Los tenaces enemigos,
Y darles súbito asalto
Determinase al promiso.
Se aplica la escala al muro,
Y sube por ella altivo
El valeroso poeta
Que el miedo jamás ha visto;
Cuando de los matacanes
Desplómase con ruido
Grave piedra, que arrollando
La escala, frágil camino
Por do á la gloria subian
Tanto ingénio y tanto brio,
Hirió la noble cabeza
Do el lauro á la yedra unido
Hubiera evitado el rayo,
Y no pudo, ¡infausto sino!
De un tosco peñasco entonces
Evitar el rudo tiro.
Cayó el noble Garcilaso
En el foso; horrendo grito
De desconsuelo y venganza
Atronó el fatal recinto;

Y el de Lombay presuroso
Al socorro de su amigo
Voló, y en sus tiernos brazos
Retirólo con peligro.

Una hora despues escombros
Era el funesto castillo,
Y de la alevosa sangre
Era su ancho foso un rio,
Pues completa la venganza
De Garcilaso hacer quiso,
En dolor y saña ardiendo
El emperador invicto.
Mas, ¡ay! fué venganza estéril
Cual siempre todas han sido,
Pues en Niza á pocos dias
Era el poeta divino
Cadáver yerto, dejando
La fama de sus escritos,
Y la gloria de su muerte
Por rica herencia á los siglos.
Golpe atroz, golpe tremendo
Fué para el Marqués su amigo,
Pérdida tan impensada,
Tormento tan imprevisto,
Y del dolor mas profundo
Mil pensamientos distintos,
Y mil funestos presagios
Le hundieron en tal abismo;
Que si el brazo del Eterno,
Que aun para mayor conflicto
Le reservaba, no hubiera
Dádole piadoso auxilio;
Acaso una misma losa,
Acaso un túmulo mismo
Encubrieran y tragáran
Los restos de ambos amigos.

A poco con luto amargo
En el alma y el vestido
Tornó, ¡infelice! á Toledo
Con el César Cárlos quinto,
El marqués; sin confidente
En quien encontrar alivio,
Ahogando en tormento mudo
De su alma rota los gritos.

ROMANCE TERCERO.

UN SOL APAGADO.

Era la estacion florida
De la hermosa primavera,
Tan hermosa en las regiones
Que el Tajo aurífero riega;
Y un sol jóven, rutilante,
Rodado por la alta esfera
De puro záfir, torrentes
De luz vivífica y nueva.
Derramaba por Castilla,
Y sobre las jigantescas
Torres de la gran Toledo,
De España córte y diadema.
De Toledo, que con justas,
Banquetes, danzas y fiestas,
De su Monarca triunfante
Solemnizaba la vuelta.
Córrense cañas y toros,
Donde luce su destreza,
Gran jinete en ambas sillas,
El sacro y augusto César.
En los soberbios palacios
Músicas acordes suenan,
A cuyo compás gallardas
Lucen las damas sus prendas.

Joyas, insignias, brocados
Los ricos salones llenan;
Y plazas, calles, paseos,
Corceles, galas, libreas.
Opulentos cortesanos
En los festejos se esmeran,
Y disponen un torneo
Donde ostentar sus grandezas.
En él armado aparece,
Deslumbrando la palestra,
El de Lombay, revolviendo
Una berberisca yegua:
Y con la pica en el ristre,
Haciendo tan altas pruebas,
Que de palmadas y vivas
El vulgo la plaza atruena.
Sobre las lucientes armas
Una banda lisa y negra,
Y negros los martinetes
Del erguido casco lleva.
Unos dicen son el luto
Con que á su amigo recuerda,
Otros de su pensamiento
Melancólico el emblema.
Y que funesto presagio
De una desgracia tremenda,
Que le amenaza inminente,
Solo juzgarse debiera.

El ancho campo preside
La Emperatriz, como reina
De la hispana monarquía.
Y de la humana belleza,
Y de cuantos corazones
Laten en la plaza extensa,
Y en toda la fiel España
Lealtad y honradez alientan.

Un gran festin en palacio,
Cuando el sol á las estrellas
Cedió de los altos cielos
Las despejadas esferas,
Celebróse; y luego danza,
En que al son de las orquestas,
Las magestades augustas
Tomar parte no desdeñan.
Y para la luz siguiente
Funciones se anuncian nuevas,
Sin que ni el sueño intervalo
Permita entre fiesta y fiesta.

¡Oh Dios, y cuán fácilmente
En la miserable tierra,
Tras de las mas dulces horas
Horas de amargura vuelan!
¡Cuán fácilmente las dichas
En infortunios se truecan,
Cámbiase la gala en luto,
Se torna el gozo en tristeza!
Sale el sol, inmenso pueblo
Las calles y plazas llena,
Ansiando nuevos placeres,
Y que aun no madruga piensa;
Alistan los cortesanos
Sus comparsas y libreas,
Joyas, armas, vestes, plumas,
Corceles, lanzas, empresas;
Cuando demudado el rostro,
De la alcoba de la Reina
Sale trémula, llorosa,
Una camarista ó dueña.
Y á los jefes de palacio,
Grandes y damas de cuenta,
Que á su magestad aguardan
Para ir á misa con ella,

Dice, infloxiones buscando,
Que desfiguren la nueva:
«*La Emperatriz hoy no sale*,
La Emperatriz está enferma.»
Pasma la noticia á todos,
Embarga á todos la lengua,
Y en un silencio profundo
La estancia aterrada queda.
El de Lombay, el primero,
De los piés á la cabeza
Temblando, y pálido el rostro,
Pregunta con gran sorpresa:
«*¿Y su magestad, qué siente?*»—
Y le responde la dueña:
«*Aguda fiebre la abrasa*,
Grave postracion la aqueja.
»*Que el doctor Juan Villalobos*
Sin perder instantes venga,
Pues hay peligro inminente
Si no me engañan las señas.»
Dió el Marqués atrás dos pasos,
Y en un sillon de baqueta
Se desplomó, como herido
Por envenenada flecha.

La noticia que en voz baja
Anunció la camarera,
Creció al punto, y como trueno
Que al orbe asombra y aterra,
Ya por Toledo retumba,
Helando á todas las venas,
Partiendo los corazones,
Trastornando las cabezas.
Desaparecen las galas
Recógense las libreas,
Murmullo de horror circula;
Clamor de angustia resuena.

En vez de las claras trompas
Que los festejos celebran,
Se oyen solo las campanas
Que al cielo piedad impetran.
A las puertas de palacio
En su parda mula llega,
El doctor Juan Villalobos,
El portento de la ciencia.
Presuroso, fatigado,
Sube sin hablar, penetra,
Del Emperador segnido,
En la alcoba de la reina.
Con los penetrantes ojos
Que clava en la augusta enferma,
Sn quebrada vista advierte,
Su pálida faz observa.
La pnlsa atento, examina
La respiracion molesta,
Dice un oscuro aforismo
Arrugando frente y cejas,
Y con la faz angustiada,
Y con azogada diestra,
Despues que un rato medita,
Docto escribe una receta.

La Emperatriz de Alemania,
De España la augusta Reina,
Hermosa entre las hermosas,
Discreta entre las discretas,
La gentil, fresca, radiante
Y embalsamada azucena
Que dió á Toledo Lisboa,
De paz y dominio prenda,
En vez del trono del mundo,
Do el mundo la reverencia,
Yace en el doliente lecho;
De nuestra humana flaqueza

Agotando las angustias,
Apurando las miserias,
Deslustrada la hermosura,
Trastornsda la cabeza,
Flor lozana que al impulso
Del cierzo se troncha y seca,
Astro á quien spaga y hunde
Del Criador la omnipotencia.

Un sol y otro sol de oriente
Los umbrales atraviesan,
Y sumergida á Toledo
En consternacion encuentran.
Ya ven por calles y plazas
Cruzar procesiones lentas,
Fervorosas rogstivas
Y públicas penitencias.
Y oyon llanto en el alcázar,
Y oyon llanto en las iglesias,
Y llanto hay en los palacios,
Y llanto en las chozas suena;
Que era universal la angustia
Por tan adorada Roina,
Y con lágrimas su nombre
So oye repetir doquiera.
El de Lombay, convertido
En muds y heleda piedra,
Ni un solo momento falta
De la antecámara régia.
Ni hambre ni sueño conoce
Quo spsrtarle un punto puedan
Del cerco de una ventana,
Fijos los ojos en tierra.
Cuando el docto Villalobos
Con otros físicos entra
En la silenciosa alcoba,
Lo acompaña hasta la puerta,

Y con inquietud extraña
Su salida ansioso espera,
Y algo preguntarle quiere
De que teme la respuesta.
Y al verle salir se turba,
Con las palabras no acierta,
Y en él clava ardientes ojos,
Cual si penetrar pudiera
Su pensamiento escondido,
Los arcanos de la ciencia.
Y calla, y lágrimas pocas
Su mustio semblante queman.
¡Desdichado! ¡Harto le dice
su corazon!... Solo queda
En él alguna esperanza
En las bondades eternas.

Cabildo, comunidades,
Parroquias, todos se esmeran
En solemnes rogativas,
Votos, plegarias y ofrendas.
Grandes, nobles y plebeyos
Los templos llorosos llenan,
Y á voces al cielo piden
La salud para su Reina.
Todo en vano; fué de bronce
A los clamores y quejas,
Pues sus ocultos designios
Jamás el mortal penetra.
El doctor en tanto apuro
Los sacramentos ordena,
Pues ya remedios no sabe
Para tan grave dolencia.
Y con pompa augusta y santa,
Pero que los pechos quiebra
Del aterrado gentío,
Que la gran Toledo puebla,

Consternado el Arzobispo,
Con devota pompa lleva
Al regio doliente alcázar
El pan de la vida eterna.

Tal consuelo sintió el alma,
Do piedad insigne llena,
Que aun pudo dar fuerza al cuerpo
De la agonizante enferma.
Dió márgen falaz alivio
A esperanzas pasageras;
Mas el doctor aterrado
Término fatal recela.
A los dos dias tal fiebre,
Tales síntomas se muestran,
Que de repente el palacio
De gran confusion se llena.
Acude Juan Villalobos,
En llanto prorumpe el César,
Y desatentadas corren
Las camaristas y dueñas.
Lombay en su puesto, inmoble,
Sin mover los labios reza,
Cuando de la régia estancia
Abren las doradas puertas.
Era el doctor Villalobos,
A quien con temor se acerca,
Preguntándole angustiado
Si alguna esperanza queda.
Y el doctor mudo no hallando
Cómo darle la respuesta,
Alza los ojos al cielo
Y entrambas palmas eleva.
Lo ve Lombay, se extremece,
Y cobrando extraña fuerza,
Movimiento convulsivo
Y una actividad horrenda,

De la cámara corriendo
Parte, la guardia atraviesa,
Sale á la plaza, el gentío
Clamoroso que la llena,
Del palacio en los balcones
La vista y las almas puestas,
Penetrando, sin que nadie
En tan gran señor advierta.
Y por calles solitarias
Sin objeto vaga y vuela,
El ferrernelo arrastrando,
Destocada la cabeza.
Alza los ojos al cielo,
Y el cielo de primavera
Azul, despejado, puro,
Que espléndidos hermosean
Celajes de oro y de grana,
Do el sol poniente refleja,
Una bóveda de plomo
Que sobre su frente pesa,
Que lo ahoga y lo confunde,
Sin aire y sin luz en tierra
Se le figura, y le faltan
Para echar el paso fuerzas.—
Sigue, párase, vacila,
Suda, se abrasa, se hiela,
Gíranle en torno las casas,
Que se le hunde el suelo piensa,
Y le zumban los oidos...
Una bomba es su cabeza
Pronta á estallar.... cuando mira
De la catedral la puerta.
Ansioso buscando asilo
Por sus umbrales penetra,
Al tiempo que en occidente
Daba el sol su luz postrera.

El de Lombay en el templo
Oscuro y frio, tropieza
Con vários informes bultos,
Fieles devotos que rezan,
Y cuyos vagos contornos
Ver la oscuridad no deja;
Y al presbiterio le guia
Fulgor de mustias candelas,
Así como por el bosque,
Perdido en la noche ciega,
Tropezando, el peregrino
Va hácia la lejana hoguera.
Del altar santo delante
Se arroja en las losas tersas
Del pavimento, formando
Tras sí larga sombra en ellas.
Los brazos en cruz, clavados
Los ojos (en que reflejan
Del retablo los esmaltes,
Las lámparas y las velas),
Del Redentor en la imágen,
No con los labios y lengua,
Que estaban entumecidos,
Sino con la voz interna
Del corazon y del alma,
Que es la que hasta el cielo llega,
Esta peticion expone,
Y en estos términos ruega:
«Misericordia, Dios mio,
Piedad para con mi Reina,
No dejeis huérfana á España,
Y al mundo hundido en tinieblas.
»Si una víctima es precisa
De vuestra alta Omnipotencia
A miras inescrutables,
Que yo la víctima sea.
»Caiga yo, caigan mis hijos,
Mi estirpe toda perezca,
Y sálvese...» ¡Tomb!!! Retumba
En el mismo instante, y llena,

Estremeciendo las cimbrias,
Los ámbitos de la iglesia
La gran campana, de muerte
Dando al mundo infausta nueva.
¡Son espantoso!... Lo escucha
Como el NO con que respuesta
Da á su plegaria el Eterno,
El Marqués, y cae á tierra.

ROMANCE CUARTO.

VIAJE FÚNEBRE.

Con blancas sobrepellices
Y con hachas encendidas,
Cantando fúnebres rezos
En voz confusa y sumisa,
Sobre mulas enlutadas,
Formando dos largas filas,
Cien devotos capellanes
A lento paso caminan.
Siguen treinta caballeros
Que negros caballos güian,
Del pié á la cabeza armados
Y las viseras caidas.
Negros son los pendoncillos
De las inclinadas picas,
Y negros los paramentos,
Vestes, bandas y divisas.
Luego entre veinte alabardas,
En cuyas anchas cuchillas
Las rojas luces reflejan
De noche, y el sol de dia;

Cercada de doce pajes
Viene una litera rica,
Que de negro terciopelo
Un regio manto cobija.
Los castillos y leones
Recamados lo salpican,
Entre águilas imperiales
Y entre portuguesas quinas,
Arrastrando por el suelo
Los flecos de sus orillas,
Y gruesos borlones de oro
En sus cuatro puntas brillan.
Dos magníficas coronas,
Imperial y régia unidas,
Un rico cetro y un mundo
Lleva la litera encima.
Detrás tan pegado á ella,
Que al notarlo se diria,
Que alguna mano de adentro
Del freno acerado tira,
Marcha un corcel generoso,
Sobre el que mudo camina
El que la fúnebre marcha
Dirige, gobierna y guia.
El gran Marqués de Lombay,
Con faz como de ceniza,
Con los ojos apagados,
Con boca que no respira:
En cuyo enlutado pecho
Solo se descubre y brilla,
Pendiente de una cadena,
Del Toison de oro la insignia.
Y tambien de oro una llave,
Que aunque primorosa y chica,
Pesa para él mas que un monte,
Y es áspid que le horroriza.
Gentiles hombres, hidalgos,
Caballeros de alta guisa,
Y gente de Iglesia lleva
Por séquito y comitiva.

Y en pos lacayos, repuestos,
Y acémilas bien provistas,
Cubiertas con reposteros
De blasones y de cifras.
Lleva dentro la litera
Una caja de ataujía,
De negro plomo aforrada
Y de brocado vestida.
Con gonces y cerraduras,
Con biseles y aldavillas
De oro á cincel trabajado,
En labores muy prolijas.
Y en esta caja el cadáver,
Lleno de bálsamos iba,
De la que ayer era Reina,
Y hoy solo polvo y ceniza.
De las riberas del Tajo
Del Genil va á las orillas,
A buscar reposo eterno
En la Iglesia granadina.

Con pavoroso silencio
Esta triste comitiva,
Haciendo descansos breves,
Marcha de noche y de dia,
Por lo angosto del camino,
Por los recuestos arriba,
Y en los tornos y revueltas
Del largo espacio que pisa,
Caminando con tal órden,
Tan silenciosa y unida,
Que un solo cuerpo formaba.
Y de lejos parecia
Inmensurable serpiente,
Que deslizándose iba
Entre campos y entre montes,
Dando sus escamas chispas.

De los cortijos y aldeas
Presurosos acudian
A los bordes del camino,
O á las cercanas colinas,
Ya curiosos, ya asustados,
Villanos con sus familias,
Y por un encantamento
Aquella vision tenian.

Al avistar este entierro
Las murallas granadinas,
De los Católicos Reyes
Fresca y gloriosa conquista;
Cuando en las antiguas torres
De la Alhambra relucian,
Al sol ardiente de Junio,
Alicatadas cornisas;
Ayuntamiento y cabildo,
Con enlutadas insignias,
La audiencia, comunidades,
La nobleza y clerecía
Salen la fúnebre pompa
A recibir, y caminan
Con ella entre inmenso pueblo
Que cubre las avenidas.
Apretada muchedumbre
Do las dos razas distintas
Se conocen en los trajes,
La cristiana y la morisca.
Ya las calles de Granada
El funeral regio pisa,
A la catedral marchando
Entre dos espesas filas
De lanzas y de arcabuces,
Que de lindero servian
Al hervoroso gentío
Que en la carrera se apiña.

Las campanas clamorosas,
Sus graves sones envian
Al firmamento, retumban
Las salvas de artillería,
Resuenan roncos tambores
Y destempladas bocinas,
Y de dolor y respeto
Fúnebre murmullo gira.
El de Lombay nada escucha,
Sigue la litera rica,
Y tan pegando con ella
Que son una cosa misma.
Y sin que nada le llame
La atencion, toda absorvida
En ella, de ella ni un punto
Los áridos ojos quita.

ROMANCE QUINTO.

LO QUE ES EL MUNDO.

Terminados los sufragios
Y los oficios solemnes,
Ultimo auxilio que presta
La santa Iglesia á los fieles;
En el templo de Granada,
Que los Católicos Reyes,
Consagraron victoriosos
Al Señor omnipotente;
En medio de la gran nave
Por do vuela el humo leve,
Que seis flameros de plata
Dan de olorosos pebetes;

A la luz de cien blandones,
Cuyas rojas llamas mueve
El vapor del gran gentío
Que en el templo oscuro hierve,
Y que reflejan y brillan
En los ojos y en los dientes
De nn enjambre de cabezas
De todos sexos y temples;
Entre doce caballeros
De pavonados arnéses
Tan inmóviles, que estatuas
De oscuro acero parecen;
En medio de cuatro pajes
Que amarillas hachas tienen,
Cubiertos de ricas galas
Y plumas en los birretes;
Sobre excelsa gradería
Que alfombra pérsica envuelve,
Y bajo nn dosel ó pálio
Que seis pértigas suspenden;
Se alza un túmnlo pequeño
Con recamado tapete,
Donde los regios blasones
Esmaltados resplandecen;
Y encima la caja rica
Cerrada está, qne contiene
A la Emperatriz y Reina,
Despojo ya de la muerte.
De pié descuella á su lado,
Inclinada la alta frente,
Que á la luz de los blandones
La de un cadáver parece,
Y cruzados sobre el pecho
Los brazos en nudo fuerte,
El gran marqués de Lombay
De aquellas exequias jefe.
Aunque tambien está inmóvil,
Harto que tiembla se advierte
En que el Toison y la llave,
Que en su noble cuello penden,

Dando súbitos reflejos,
Como dos hojas se mueven,
Que en un álamo en otoño
Aura imperceptible mece.

En la soberbia capilla
Donde las cenizas duermen
En magníficos sepulcros
De los Católicos Reyes;
Ya está la bóveda abierta,
Cuya ancha boca parece
De la eternidad la boca,
Que voraz su presa atiende.
Llega por fin el momento
En que el cadáver se entregue
Al granadino Prelado
Con testimonio solemne:
Siendo el marqués de Lombay,
¡Tan inflexible es la suerte!
Quien reconocer el cuerpo
Y hacer de él la entrega debe.
¡Acto espantoso, terrible,
Para el que Lombay no tiene
Fuerza en sí mismo bastante
Por mas alma que le aliente!—
Al ver que ya el Arzobispo
Los trémulos pasos tiende
Por las gradas, que se pone
Del regio féretro en frente,
Que el notario lo acompaña,
Que en derredor aparecen
Los testigos, y que el pueblo
Espera el acto impaciente;
Con expresion tan amarga,
Mas con una fe tan fuerte
Alza el rostro, y ambas manos
Hácia los cielos extiende,

Que sin duda de su ruego
Se apiadó el Omnipotente,
Y resignacion y brio
Le dió para el trance fuerte.
Pues de pronto en sí tornando,
Con resolucion desprende
La afiligranada llave
Sobre su pecho pendiente;
En la estrecha cerradura
Sin mostrar temblor, la mete,
Y veloz le da la vuelta
Que hace resonar los muelles.

Al punto un paje la tapa
Alza del féretro, y vése
Con sus régias vestiduras
Un cuerpo. Mas el ambiente
Con tal fetidez se infesta,
Que el brillo las luces pierden;
Atrás se retiran todos,
Y el concurso se conmueve.
Del cuerpo oculta el semblante
Un blanco holan, que guarnecen
Los encajes mas costosos
Que el prolijo belga teje.
Y observando la etiqueta,
El Marqués tan solo debe
Levantarlo, porque pueda
El rostro reconocerse.
Vacila, tiembla, la mano
Va á extender una y dos veces,
Y la retira veloce
Cual si el cendal fuego fuese.
Convulso, desatentado,
A tocarlo se resuelve,
Lo ase, lo levanta... ¡Cielos!
¿Qué es lo que dejó patente?

¡Horror! ¡Horror!!! Aquel rostro
De rosa y cándida nieve,
Aquella divina boca
De perlas y de claveles,
Aquellos ojos de fuego,
Aquella serena frente,
Que hace pocos dias eran
Como un prodigio celeste,
Tornados en masa informe,
Hedionda y confusa vénse,
Donde enjambre de gusanos
Voraz cevándose hierve.
Tal espectáculo horrendo,
Y la fetidez y peste
Que en torno se difundian,
Al gran concurso extremecen
Con terror pánico. Un grito,
Un alarido de muerte
Unánime se levanta;
Huye asustada la plebe,
Huyen pajes, Caballeros,
Arzobispo, Nobles, Prestes,
Y aterrados y oprimidos
Se apiñan en los canceles.

Solo el marqués de Lombay
Clavado está, sin moverse,
Fijo en su puesto. Su rostro
Ni palabras ni pinceles
Pueden retratarlo. Azufre
Ser sus facciones parecen,
En que expresion nunca vista
De afecto ignoto se advierte.
Con los ojos que le saltan
Del casco, mas que no tienen
Ni luz, ni lágrimas, fijos,
Todo aquel espanto bebe.

Extendidos los dos brazos
Contra el túmulo, sostienen
Su cuerpo, como puntales,
Y ya no tiembla, que pende
Inmóvil el toison de oro
Cual si de un poste pendiese.
¡No es hombre quien logra tanto,
Mármol es quien tanto puede!

La obligacion y el respeto
Que al regio cuerpo se debe,
Pronto al Prelado, cabildo
Y caballeros compelen
A volver, porque el cadáver
Sin sepultura no quede;
Y aunque no muy cerca, tornan
Y al Marqués llaman. Mas este
Ni ve mas que un desengaño,
Ni oye mas que una solemne
Voz del cielo: ó ya es un tronco
Que ni ve, ni oye, ni siente.
Un su gentil-hombre llega,
Notando que allí la muerte
Está bebiendo insaciable,
Y le tira de la veste.
Todo en vano. Decidido
Con él se abraza; parece
Que está abrazado de un roble
Que raiz profunda tiene.
En esto un paje la tapa
Del féretro de repente
Cierra, con cuerdo discurso,
Porque aquella infeccion cese.
Y al ocultarse á la vista
Todo el horror que contiene,
Y al estruendo de los gonces
Cerraduras y batientes,

Tiembla el marqués, da un gemido,
Su rígida fuerza pierde,
Y á brazos del gentil-hombre
Flojo y desplomado viene

Acuden sus servidores,
Y entre todos, cual si fuese
Cadáver, fuera del templo
Le conducen como pueden.
En cuanto le dió en el rostro
A cielo abierto el ambiente,
Los ojos abre, suspira,
De nuevo á la vida vuelve;
Se pone en pié, gira en torno
La vista, como si hubiese
De una pesadilla horrible
Despertado. En la celeste
Bóveda la clava, y dice
Con acento tan ferviente,
Y una expresion tan sublime
Que hasta las piedras conmueve:
No mas abrasar el alma
Con sol que apagarse puede,
No mas servir á señores
Que en gusanos se convierten.
Y desmayóse de nuevo
Hundido en maligna fiebre,
Que puso su noble vida
Muy á pique de perderse.

Este Marqués de Lombay
Estaba á los pocos meses,
En una mezquina celda
Confundido y penitente;

Y predicando á los hombres
Con ejemplo tan solemne,
El desprecio que á las pompas
Del ciego mundo se debe.
Hoy San Francisco de Borja
Lo llama la Iglesia, y tiene
Culto propio; con que buscan
Su patrocinio los fieles.

Madrid, 1838.

UNA NOCHE DE MADRID
EN 1578.

ROMANCE PRIMERO.

TRES GALANES.

En el pretil de palacio,
Cerca de una casa antigua,
Donde hoy estudia sus obras
Un exclarecido artista (1),
Van á cumplirse tres siglos
Que su palacio tenia
De Evoli el Príncipe ilustre
Rodrigo Gomez de Silva.
Sus magníficos salones
Eran de la córte envidia,
Tanta riqueza y tal gusto
En ellos resplandecian.
Las mas expléndidas telas,
Hasta aquel tiempo no vistas,
Que nuestras naves gloriosas
Trasportaban de la China,
Adornaban sus paredes
Del friso hasta las cornisas,
Y eran en sus balconajes
Pabellones y cortinas.

(1) D. Vicente Lopez, primer pintor de cámara. Ya no existe la casa, y todo aquel sitio ha cambiado de aspecto.

Los portentos del Ticiano,
Y los que el arte prolija
De la béljica paciencia
Emula de aquel tejía,
Escaleras, antesalas
Y corredores vestian,
Pareciendo sus figuras
Figuras de bulto y vivas.
Sobre ricos escritorios,
Cuyas puertas embutidas
De concha y nácar formaban
Un laberinto á la vista;
Y sobre mesas de mármol
De las sierras granadinas,
De mosáicos de alto precio,
De maderas exquisitas,
Juguetes de filigrana
Primorosos relucian,
Y búcaros olorosos
De las españolas Indias.
En aquel siglo en Europa
Iguales no conocian
Sus carrozas y caballos
Ya de tiro, ya de silla.
Y en joyas, galas y plumas,
Jarrones de oro y bagillas,
Los de un Príncipe de Oriente
Sus repuestos parecian.
Pero el tesoro mas grande
Que en aquel palacio habia,
Pasmo, prodigio y asombro
De la córte de Castilla,
Era el de la gran belleza,
El de la gracia expresiva,
El del claro entendimiento,
El de la alta gallardía
De la esposa de Rui-Gomez,
De la Princesa divina,
Diosa de aquel rico templo,
Sol de aquella esfera y vida.

Tres distintos personages
A diversas horas iban
A rendirle obsequio ó culto,
A conquistar sn sonrisa:
Ardiendo sus corazones,
Aunque de edades distintas,
En el delirante fuego
Que una beldad rara inspira.
Melancólico era el uno,
De edad cascada y marchita,
Macilento, enjuto, grave,
Rostro como de ictericia;
Ojos siniestros, que á veces
De una hiena parecian,
Otras vagos, indecisos,
Y de apagadas pupilas.
Hondas arrugas, señales
De meditacion contínua,
Huellas de ardientes pasiones
Mostraba en frente y megillas.
Y escaso y rojo cabello,
Y barba pobre y mezquina
Le daban á su semblante
Expresion rara y ambigua.
Era negro su vestido
De pulcritud basta nimia,
Y en su pecho campeaba
Del Toison de Oro la insignia.

Era el otro recio, bajo,
De edad mediana, teñian
Sus facciones de la audacia
Las desagradables tintas.
Moreno, vivaces ojos,
Negros vigote y perilla,
Aladares y copete,
Boca grande, falsa risa:

Formando todo un conjunto
De inteligencia y malicia,
Con una expresion de aquellas
Que inquietan y mortifican.
Lujoso era su atavío,
Mas negligente, y tenian
No sé qué sus ademanes
De una finura postiza.

El último era el mas jóven,
De noble fisonomía,
Pálido, azules los ojos
Con languidez expresiva;
Castaño claro el cabello,
Alto, delgado, muy finas
Modales, y petimetre
Sin dijes ni fruslerías.
Ser un caballero ilustre,
De educacion escogida,
Cortés, moderado, afable,
Mostraba á primera vista.

El primero iba de noche
Desde que desparecian
Los crepúsculos de ocaso
En las montañas vecinas,
Hasta que las altas torres
De la coronada villa
Recordaban los sufragios
De las ánimas benditas.
Por la mañana el segundo
Frecuentaba su visita,
Cuando no estaba en su casa
Rodrigo Gomez de Silva.

El tercero entraba en ella
Sin hora ni época fija,
Pero siempre que encontraba
Alguna ocasion propicia.

Y la gallarda Princesa,
La discreta, noble y linda,
¿Por quién de ellos?..... Por ninguno;
Cual la estrella matutina
Era su alma pura, como
El sol su conciencia limpia.
..... Mas lo que pasa en el pecho
Solo Dios lo sabe y mira.
Cuando la Princesa estaba
En la presencia aflictiva
Del primero, miedo helado
Por sus venas discurria.
En la del segundo, grave
Se mostraba y aun altiva,
Pero inquieta y recelosa
Midiendo sus frases mismas.
Y con el tercero estaba,
Aunque silenciosa, fina,
Y sin temor ni recelo,
Pero triste y discursiva.
El Rey Felipe segundo,
A quien España se humilla,
Es el galan misterioso
De las nocturnas visitas.
El segundo Antonio Perez,
Secretario que tenia
Del Rey estrecha privanza,
Cual brazo de sus intrigas.
Juan de Escobedo el tercero,
Amigo en quien deposita
El Insigne Don Juan de Austria
Sus secretos y su estima.

ROMANCE SEGUNDO.

LA MEDITACION.

De Madrid el regio alcázar
Triste y mezquino era entonces,
Donde hoy el palacio nuevo
Ostenta su inmensa mole.
De ladrillo y berroqueña,
Y en cada esquina una torre,
Era albergue poco digno
De los Reyes españoles.
Ni el arco ni la armería
Cerraban la plaza, donde
Hoy se forma la parada
Para los regios honores;
Pues hasta el márgen del rio,
De menos caudal que nombre,
Asperas cuestas mediaban
Entre viejos murallones.

Una tarde sosegada
De Abril, cuando al horizonte
Entre dorados celages
Y entre lijeros vapores
El claro sol descendia,
Dando lugar á la noche,
De quien los luceros daban
Ya en oriente resplandores;
Del tal ya olvidado alcázar,
En uno de los balcones,
Se descubria de lejos
Vestido de negro un hombre,

Que en la baranda apoyado,
Al occidente encaróse,
Gran rato permaneciendo
En una actitud inmoble.
Era Felipe segundo,
Que de altas meditaciones
Políticas fatigado,
A respirar asomóse.
Y con los ojos siguiendo
Al sol ya poniente entonces,
Vários pensamientos llenan
Su mente, en que cabe el orbe.

Lo primero que le ocurre
Es que el astro que se pone,
Aun ilumina radiante
A la lusitana córte.
A la cabeza del reino
Que la desventura enorme
De una espedicion guerrera,
Tan cristiana como noble,
Bajo su dominio ha puesto;
Y sagaz discurre sobre
Los medios de asegurarse
Diadema de tal renombre.—
Tomando mas largo vuelo
Su imaginacion veloce,
Salva los inmensos mares,
Y sigue al sol, que traspone
Para llevar luz y vida
A las ignotas regiones,
En que gloriosos ondean
Estandartes españoles:
Y al pensar que en cuantos climas
Visita el astro y recorre,
Vasallos suyos alumbra,
En su grandeza gozóse.

Pero tornando en si mismo
El vuelo altivo recoge,
Y su vanidad se estrella
En siniestras reflexiones.
Al ver los celages densos,
Que do la esfera borrones,
Del sol el descenso aguardan
Para ofuscarle, latióle
El pecho agitado, y dijo:
«Del mismo modo los hombres
A que un Rey decline esperan,
Para tragarlo feroces.»
—Se le figuró el gran astro
Cadáver, que de vapores
Con la mortaja, se hundia
En la tumba de los montes;
Y recordando que todo
La muerte lo traga y rompe,
Retembló, de sudor frio
Su rostro seco bañóse;
Y tornó la vista á Oriente,
Ya dominio de la noche,
El espectáculo huyendo
Que el ocaso presentóle.
—Notó allí vários luceros
Relucir, y sonrióse
Amargamente, exclamando
Con hondas é internas voces:
«Si la magestad declina
Y su resplandor se esconde,
¡Qué ufanos su pobre brillo
Muestran vulgares señores!»

Tambien aparta los ojos
Del Oriente, hallando donde
Quiera que los revolvia,
Desengaños ó temores.

Y de Evoli en el palacio,
Que estaba cerca, los pone,
Y sin intento los clava
En sus abiertos balcones.
Por ellos juzga que advierte
Dos bultos en los salones,
Uno blanco y de señora,
El otro oscuro y de hombre.
Y un agudo grito lanza,
Su rostro se descompone,
Y las tinieblas maldice
De la ya cerrada noche.
Los ojos baja, y á Perez
Viendo que se acerca, entróse
Cerrando el balcon maldito
Con recio y violento golpe.

ROMANCE TERCERO.

EL SECRETO.

En un oscuro aposento
Que solamente alumbraban
Las luces de dos bujías
En candeleros de plata,
Donde tiene su despacho
El augusto rey de España,
Y donde á pocas personas
Se les permite la entrada,
A su secretario Perez
Felipe segundo aguarda,
Pues que llegó á conocerlo
Al atravesar la plaza.
A los muy pocos momentos
Cruje y se abre la mampara,
Y Perez entra en silencio,
Y mudo á su Rey acata,

Este afable lo recibe,
Que se le aproxime manda,
Y en conversacion secreta
Dijéronse estas palabras:

Rey.—Mi hermano don Juan (al cabo
Es bastardo y esto basta)
Con su ambicioso manejo
Va á precipitar á Holanda.
Secretar.—Su poder allí es temible.
R.—Yo, Perez, no temo nada;
Todos sus pasos vigilo,
Y sé cuanto piensa y habla.
S.—Vuestra compreension inmensa...
R.—Y mi poder. Confianza
Tiene en don Juan de Escobedo.
S.—Es de sus planes el alma.
R.—Recibe sus instrucciones.
S.—Tambien recibe sus cartas.
R.—Y en una cartera verde,
Que jamás del seno aparta,
Las lleva... Las necesito.
S.—Pues no es cosa fácil... *R.*—Nada
A mi poder es difícil.—
¿Y juzgas, Perez, que trata
Con la princesa estas cosas?...
Las discretas, ó son falsas...
O se alucinan... *S.*—No creo
Que una señora tan alta...
R.—Y tan bella y entendida...
Pero Escobedo en su casa
Entra de oculto... Esta noche...»
Siguió el Rey en voz tan baja
Hablando á su secretario,
Y con expresion tan vaga,
Que adivinar no es posible
Cuáles fueron sus palabras.

Palabras que escuchó Perez
Con una zozobra extraña,
Con el pecho palpitante,
Y con la faz demudada.
Y al callar el Rey, le dijo:
«Vuestra Magestad lo manda,
Y es para mí ley suprema
Su voluntad soberana.
»Mas señor... Si por escrito,
Una órden vuestra firmada,
O la firma solamente...
Con solo la firma basta.»
—Dió un paso atrás, furibundo,
Al escucharlo, el Monarca,
Y lo fulmina y aterra
Con dos ojos como brasas.
Perez, que se abriera el suelo
Quisiera, bajo sus plantas,
Y que en aquel punto mismo
Lo confundiera y tragára.—
Cuando de pronto Felipe
Con una sonrisa amarga,
Y el desprecio con que mira
Un feroz tigre á una rata:
«Dices bien (prorumpe), amigo:
Toma, que la empresa es ardua...»
Y escribiendo cuatro líneas
En un papel, se lo alarga.
Temblando lo toma Perez
Y va á partir; mas le traba
El brazo con mano dura,
Mas dura que unas tenazas,
El rey; en su helado rostro
Ojos del infierno clava,
Diciendo: «Secreto, y priesa,
Y yo soy quien te lo encarga,»
Marchó Perez, y Felipe
Tomando el estoque y capa,
Salió solo, y dirigióse
De la princesa á la casa.

ROMANCE CUARTO.

LA CARTERA VERDE.

En su magnífico estrado
¡Cuán gallarda, cuán hermosa
Brilla la persona ilustre
De Doña Ana de Mendoza!
De seis candelas de esperma
Que un candelabro coronan,
Do recorta y abrillanta
La luz cinceladas hojas,
Al resplandor aparecen
Su tez de nieve y de rosa,
De oro puro sus cabellos,
Claros luceros sus joyas.
Sentada en un taburete
El brazo ebúrneo coloca
En un velador cuadrado,
Que cubre persiana estofa,
Y en que matizadas flores
Dan al ambiente su aroma,
En vasos de porcelana
De extraño barniz y forma.

Enfrente de la princesa,
En un sillon de caoba,
De los primeros acaso
Que se usaron en Europa,
Está Felipe segundo,
Procurando á toda costa
De amable y franca dulzura
Dar el aire á su persona.

Y despues de várias frases
De mera etiqueta todas,
Y de discretas razones,
De cortesana lisonja:
«Al anochecer (prorumpe),
¿Habeis tenido, señora,
Alguna visita? Y clava
Los ojos cual de raposa
En el pálido semblante
De Doña Ana de Mendoza,
Que responde balbuciente:
«No señor... he estado sola:
»Mi mayordomo un momento...»
No dijo mas, y á la boca
Del rey, que nada contesta,
Sonrisa infernal asoma.

Tras de un rato de silencio,
Que á Doña Ana se le antoja
Un siglo, se alza Felipe,
Un laud templado toma,
Y galan se lo presenta
Diciendo: «Tened, señora,
Dad vida al callado ambiente,
Encadenad mi alma toda.»
La princesa obedeciendo,
Las cuerdas pulsa sonoras,
Y melancólicos tonos
Sin concierto alguno brotan.

El Rey lento se pasea
Por la estancia, dando poca
Atencion á lo que escucha,
Que otras ideas le acosan.

Y aunque gran sosiego finje
Es su inquietud bien notoria,
Y que habla consigo mismo
En su semblante se nota.
La Princesa lo conoce
Y trasuda y se acongoja,
Pidiéndole á Dios de veras
Que la visita sea corta.
Al balcon el Rey se acerca
Y lo abre inquieto, se asoma,
Y se retira, y escucha,
Y sin cerrarlo lo entorna.
Entra la brisa en la sala,
Ajita las luces todas,
Y á su undulacion parece
Que todo se mueve y borra,
Y que el aposento tiembla,
Y que en fantásticas formas
Los muebles y colgaduras
Ya se alargan, ya se acortan.
«Señor (dice la Princesa)
¿El viento, no os incomoda?
Está harto fresca la noche,
Cuidad mas vuestra persona.»
Iba á responder Felipe,
Cuando á las ánimas tocan
Las campanas, y en la tierra
Con gran devocion se postra.
Lo mismo hace la Princesa,
En silencio entrambos oran,
Se santiguan y levantan,
Y el Rey mudo á escuchar torna.

Se oye un rumor á lo lejos,
Y como un grito: se azora
La dama, y dice, «¿Qué suena?»
Y el alma deshecha y rota

Va hácia el balcon. Mas Felipe
Lo cierra de pronto, y ronca
La voz: «Nada ha sido (dice)
El rumor de alguna ronda.»
De mármol queda Doña Ana,
El Rey clavado en la alfombra,
Y todo en hondo silencio,
Y en quietud la estancia toda.

Llega un paje, anuncia á Perez,
Y entra Perez. Su persona
Es mas siniestra que nunca,
Mas descompuesta su ropa.
Es su semblante de azufre,
Entreabierta trae la boca,
Y tiemblan sus miembros todos,
Grande agitacion le agobia.
Desconcertado, en secreto
Dice al Rey palabras pocas,
Y de terciopelo verde
Le da una cartera. Toma
La cartera el Rey, la mira
Y en contemplarla se goza,
Mostrando su faz el gusto
Que en su corazon rebosa.
Tambien la ilustre Princesa
La mira y la mira ansiosa,
La reconoce, y advierte
De sangre en ella una gota;
De sangre fresca, y de sangre
Ve en la mano temblorosa
De Perez alguna mancha,
Y en sus puños y valona.
Y da un profundo gemido,
Su cabeza se trastorna,
Y exánime y desmayada
En un sillon se desploma.

ROMANCE QUINTO.

EL CADAVER.—EL FUGITIVO.—EL MUERTO.

A la mañana siguiente,
Cuando fué devoto pueblo
A oir la misa del alba
De Santa María al templo,
En aquella corta calle,
Das bien callejon estrecho,
Que por detrás de la iglesia
Sale frente á los Consejos,
Se halló tendido un cadáver,
De un lago de sangre en medio,
Con dos heridas de daga
En el costado y el pecho.
Pronto fué reconocido
Por el de Juan de Escobedo,
Del insigne don Juan de Austria
Secretario y camarero.
Y como aun rico ostentaba
La cadena de oro al cuello,
Y magníficos diamantes
En los puños y en los dedos,
Que obra no fué de ladrones
Se aseguró desde luego;
El horrible asesinato
Que á Madrid cubrió de duelo.

Fugitivo á pocos meses
Antonio Perez, el reino
De Aragon turbó con bandos
Y desastrosos sucesos;
Y condenado y proscrito,
Pobre, aborrecido, enfermo,
Murió en la mayor miseria
En paises extranjeros.

Y despues de algunos años,
El rey Felipe ya viejo,
Arrebatóle la muerte
A dar cuenta al Ser supremo.
Donde se habrán encontrado
Los tres, tan solo saberlo
Puede Dios, mas yo imagino
Que habrá sido en el infierno.

EL CONDE DE VILLAMEDIANA.

ROMANCE PRIMERO.

LOS TOROS.

Está en la plaza Mayor
Todo Madrid celebrando
Con un festejo los dias
De su rey Felipo cuarto.
Este ocupa, con la reina
Y los jefes de palacio,
El regio balcon vestido
De tapices y brocados.
En los otros, que hermosean
Reposteros y damascos,
Los grandes con sus señoras,
Y los nobles cortesanos,
Ostentan soberbias galas,
Terciopelos y penachos.
Las damas y caballeros
Llenan los segundos altos,
Y de fiesta gran gentío
Los barandales y andamios,
Jardin do á impulso del viento
Ondean colores vários.
Ante la Panadería,
Del balcon del Rey debajo,
Y de espalda á la barrera,
En la arena del estadio,

La guardia Tudesca en ala,
Parece un muro de paño
Rojo y jalde, con cornisa
Hecha de rostros humanos,
Sobre la cual vuelan plumas
En lugar de jaramagos,
Y brillan las alabardas
Heridas del sol de Mayo,
Los alguaciles de córte
Con sus varas en la mano,
A la jineta en rocines,
Están en fila á los lados.
El Rey, la Reina, los Grandes,
Las Damas, los Cortesanos,
Los tudescos y alguaciles,
El inmenso pueblo, y cuantos
En la plaza están, los ojos
Tornan de Toledo al arco,
Por cuya barrera asoma
Un Caballero á caballo.

Vése enmedio de la arena,
Furia y humo respirando,
Los ojos como dos brasas,
Los cuernos ensangrentados,
Con la pezuña esparciendo
Ardiente polvo, el mas bravo
Retinto, á quien dió Jarama
Yerba encantada en sus campos.
Aun no estrenó la almohadilla
De su cuello erguido y alto
Hierro alguno, ni ha embestido
Una sola vez en vano.
Entre capas desgarradas
Y moribundos caballos,
Se ostenta como el guerrero
Que se corona de lauro,

Entre rendidos pendones,
Sobre muros derribados;
Del genio del exterminio
Parece emblema y retrato.

En un tordillo fogoso,
De africana yegua parto,
Que de alba espuma salpica
El pretal, el pecho y brazos;
Que desdeñoso la tierra
Hiere á compás con los cascos;
Que una purpúrea gualdrapa
Con primorosos recamos,
De felpa y ante la silla,
En el testero un penacho,
La cabezada y rendaje
De oro y seda roja, y lazos
En el codon y en las crines
Soberbio ostenta y ufano;
A combatir con el toro
Sale aquel Señor gallardo.
Viste una capa y ropilla
De terciopelo mas blanco
Que la nieve, de oro y perlas
Trencillas y pasamanos;
Las cuchilladas, aforros,
Vueltas y faja, de raso
Carmesí; calzas de punto,
Borceguíes datilados,
Valona y puños de encaje;
Esparcen reflejos claros
En su pecho los rubíes
De la cruz de Santiago.
Un sombrero con cintillo
De diamantes, sujetando
Seis blancas gentiles plumas,
Corona su noble garbo.

Con la izquierda rije el freno,
En la la diestra lleva en alto
Un pequeño rejoncillo
Con la cuchilla de á palmo.
Acompáñanle dos pajes
A pié, de uno y otro lado;
Y llevan las rojas capas
Prontas al lance en la mano:
Sígnenle sus escuderos
Y nn gran tropel de lacayos,
Los qne por respeto al toro
Se van haciendo reacios.

Puesto enmedio de la plaza
Personaje tan bizarro,
Saluda al Rey y á la Reina
Con gentil desembarazo.
Aquel, serio corresponde,
Esta muestra sobresalto,
Mientras el concurso inmenso
Prorumpe en vivas y aplausos.
Era el gran don Juan de Tarsis,
Caballero cortesano,
Conde de Villamediana,
De Madrid y España encanto
Por su exclarecido injénio,
Por su generoso trato,
Por su gallarda presencia,
Por su discrecion y fausto.
Gran favor se le supone,
Aunque secreto, en palacio,
Pues susurran malas lenguas.....
Pero mejor es dejarlo.
De todos y todas dicen,
Y es poner puertas al campo,
Querer de los maliciosos
Sellar los ojos y labios.

Valiente Villamediana,
Cortas las riendas, y bajo
Del rejoncillo el acero,
Vase al toro paso á paso.
Este cabecea, bufa,
La tierra escarba marrajo,
Y espera instante oportuno
En que partir como el rayo.
El paje de la derecha
Con grande soltura y garbo
A la fiera irrita y llama,
La capa ante ella ondeando.
Embiste pues, el ginete
Tuerce el bridon, de soslayo
Pasa el toro, el otro paje
Con la capa hace un engaño,
Y lo revuelve, y de nuevo
Lo para. Determinado
Le ostiga de frente el Conde;
Torna á embestir rebramando
El jarameño; parece
Que el caballo y caballero
Van á volar á las nubes,
Cuando de la fiera intactos
En primorosas corvetas
Se separan y con saltos.
Un punto el toro vacila
Bramido ronco lanzando,
Y desplómase en la tierra,
Haciendo de sangre un lago
Con el torrente que brota
Por la cerviz, do clavado
Medio rejon aparece,
Que el otro medio en la mano
Del noble y valiente Conde
Va al concurso saludando.
Por balcones y barandas,
Vallas, barreras y andamios,
Formando una riza nube,
Ondean pañuelos blancos;

Y, ¡*viva*! el pueblo, repite,
Y los caballeros, ¡*bravo*!
Y ¡*qué galan*! las mujeres,
Haciendo lenguas las manos.
La Reina, que sin aliento
Los ojos desencajados
En jinete y toro tuvo,
Vuelve, ansiosa respirando;
«¡Qué bien pica el conde!» dice,
Y, «Muy bien,» los cortesanos
Repiten. El rey responde:
«Bien pica, pero muy alto:»
Y en el rostro de la Reina
Clavó los ojos un rato.
Esta demudóse, y todos
Los señores de palacio,
En quienes opinion propia
Fuera un peregrino hallazgo,
repitieron, no sabiendo
Lo que decian acaso,
Y de entrambas magestades
Queriendo seguir el rastro:
«Pica muy bien; mas debiera
Haber picado mas bajo.»

Dos toros mas se corrieron,
En que caballeros vários
Con gala y con valentía
Gran destreza demostraron;
Mas es pretender lucirlo
Despues del Conde gallardo,
Exceso del amor propio,
Cuyos esfuerzos son vanos.
Ser en punto medio dia
Las campanas avisaron
De Santa Cruz en la torre.
En su carroza á palacio

Retiráronse los reyes,
Tras ellos los cortesanos,
Y aquel inmenso gentío,
La plaza desocupando,
Se apiñó en arcos y puertas,
Haciendo un todo compacto,
Que por las primeras calles
Rompió, que luego en pedazos
Por otras mas dividióse,
Despnes en grupos, que al cabo
Reducidos á familias,
Muy pronto se dispersaron.
Tal vez así se desagua
Un artificial pantano,
Cuando se abren las compuertas
Del malecon, y apretados
Torrentes por ellas salen,
Que luego en arroyos vários
Se dividen, y se pierden
Finalmente por los campos.

ROMANCE SEGUNDO.

LAS MASCARAS Y CAÑAS.

Siguió el festejo á la tarde,
Y llenóse la gran plaza
Con el pueblo y con la córte,
Cual lo estuvo la mañana.
Magníficas son las fiestas
Que la régia villa paga,
Para celebrar el nombre
Del poderoso Monarca.

De clarines y timbales
Al son que asorda las auras,
Y al de orquestas numerosas,
Que entonan guerrera marcha,
En órden y á lento paso
Numerosas mascaradas
Entran por partes distintas
Y al Rey y á la Reina acatan.
De los reinos diferentes
Que el reino forman de España,
Ostenta cada cuadrilla
Distintivos y antiguallas,
Arbolando un estandarte
Con el blason de sus armas;
Y de su música propia,
Al compás de las sonatas.
Mézclanse lijeras luego,
Formando mímica danza,
En concertado desórden
De figuras ensayadas.
Los cascos y coseletes
De la indómita Cantabria,
De los fieles castellanos
Las dobles cneras y calzas:
Las fulgentes armaduras,
De los infanzones gala,
Del lijero valenciano
Los zaragüelles y mantas:
De chistosos andaluces
Los sombrerones y capas,
Y las chupas con hombreras
Y con caireles de plata:
Los turbantes granadinos,
Jubas, albornoces, fajas:
Los terciopelos y sedas
De vestes napolitanas;
De la Bélgica los sayos
Con sus encajes y randas,
Los milaneses justillos
Con las chambergas casacas,

Y las explendentes plumas
Teñidas de tintas várias,
Con los arcos y las flechas
Que el Cacique indiano gasta;
Forman un todo indeciso
Que cubre la extensa plaza
De movibles resplandores,
De confusion bigarrada.
Parece que está cubierta
Con una alfombra persiana,
Cuyos matices se mueven
Al conjuro de una maga.
Aquí añafiles moriscos,
Allí tamboril y gaita,
Mas allá trompas guerreras,
Acá sonorosas flautas:
Las antárticas bocinas
En un lado, las guitarras
Y crótalos en el otro;
Los caracoles de caza
Forman estruendo confuso
En que ya el acorde falta,
Y que llenando el espacio
Aun mas aturde que halaga.
Por fin, terminado el baile
Sepáranse las comparsas,
Y hácia lados diferentes,
En órden puestas, descansan.
Y cada una se dirige,
Segun la suerte la llama,
A saludar á los Reyes
Con solemnidad y pausa,
Y doblando la rodilla,
Ofrecen á su Monarca
Un rico don de productos
De aquel reino que retratan.
Despejando luego todas,
El circo desembarazan
A los nobles caballeros
Que salen á correr cañas.

Por la izquierda y la derecha
A un tiempo entraron galanas
Dos diferentes cuadrillas
Que á unirse en el centro marchan.
Compónese cada una,
Compitiendo en garbo y gala,
De doce nobles ginetes
Que de dos en dos avanzan.
El Conde de Orgaz, mancebo
De gentileza y de gracia,
Es caudillo de la una;
De la otra es Villamediana.
Aquel, en caballo negro
Enjaezado de plata,
De terciopelo amarillo
Con celestes cuchilladas,
Vestido sale: figura
Con argentinas escamas
Peto y espaldar, y azules
Lleva plumas y gualdrapa.
Este, en un caballo blanco,
Cuya crin el oro enlaza,
Ostenta un rico vestido
De terciopelo escarlata:
El arnés de hojuelas de oro
Y de rica seda blanca,
Con brillantes bordaduras,
Los afollados y faja.
Unidas las dos cuadrillas
Hácia el régio balcon ambas,
Al paso, la pista siguen
De los jefes que las mandan;
Y el concurso en gran silencio
Curioso la vista clava
De los dos gallardos Condes
En las brillantes adargas;
Pues logrando de discretos
Y de enamorados fama,
Interesa á todo el mundo
Ver las empresas que sacan.

Es la de Orgaz una hoguera,
De la que el vuelo levanta
El fénix con este mote:
Me da vida quien me abrasa.
Un letrero solamente
Es la de Villamediana
Que dice: *Son mis amores...*
Y luego reales de plata
Puestos cual si fueran letras,
Con que aquel renglon acaba.
La empresa de Orgaz la entienden
Todos, y aciertan la llama
Que le da vida y le quema.
La del de Villamediana
Despierta mas confusiones,
Aunque es en verdad bien clara.
Propension funesta tiene
El jóven galan que alcanza
Favores de una señora,
A la par hermosa y alta,
De publicarlos al punto
Y de sacarlos á plaza:
Vanidad de enamorados
Que en peligros no repara.
Muchos el sentido entienden
Que las monedas declaran;
Mas por miedo disimulan
Y de explicarlo se guardan.
Otros, necios, se calientan
Los cascos por descifrarla.
Son mis amores dinero,
Repiten; pero no cuadra
Con el carácter del Conde
Esta explicacion villana.
Mis amores efectivos
Son, dicen otros: ¡bobada!
Velasquillo el contrahecho,
Enano y bufon que alcanza,
No sin despertar envidia,
Gran favor con el Monarca,

A disgusto de los Grandes
En el balcon regio estaba,
Malicias diciendo y chistes,
Con insolencia y con gracia.
Y ó por faltarle su astucia
Entonces, ó porque trata
De vengarse del desprecio
Con que la Reina le acaba;
O porque ve de mal ojo
Al noble Villamediana,
O por gusto de hacer daño,
Que es de tales bichos ánsia,
Dijo: «Ta, ta; ya comprendo
Lo que dice aquella adarga:
Son mis amores reales,»
Y soltó la carcajada.
Trémulo el Rey y amarillo,
Y conteniendo la saña,
«Pues yo se los haré cuartos;»
Respondió al punto en voz baja.
Lo oyó la Reina, y quedóse
Inmóvil como una estatua,
Pálida como la muerte,
Hecha pedazos el alma.

Las cuadrillas empuñando,
En vez de robustas lanzas,
De cintas y oro vestidas
Leves quebradizas cañas;
Se embistieron... Imposible
Es ya que encuentren palabras
Con que describir la fiesta:
Mi atencion la Reina embarga.
¡Pobre señora! Tampoco
Merece versos y fama
Tal diversion, ya reflejo
Débil, copia degradada

De las justas, que ha dos siglos
Los caballeros usaban
Con gloria; que nunca gloria
En donde hay peligro falta,
Y en que las picas de guerra
Dobles petos abollaban;
No los juncos inocentes
Sedas, brocados y holandas.

ROMANCE TERCERO.

EL SARAO.

Mientras que la monarquía
Se desmorona, y el borde
Toca de una sima horrenda,
Duermen en pueriles goces,
Entre placeres se aturden,
Deleites solo conocen,
Sin cuidarse del peligro,
El Rey de España y sus nobles.
Así una casa se quema,
Así desdichas atroces
Sobre una infeliz familia
El ciego Destino pone;
Y en tanto el imbécil rie,
Duerme el embriagado jóven,
Y el niño con sus juguetes
Es el mas feliz del orbe.
Si alegre fué todo el dia
Con públicas diversiones,
Con saraos y luminarias
No lo fué menos la noche,
El pueblo las anchas calles
En gozosas turbas corre,
Para ver iluminadas
Las casas de los Señores.

En las plazas principales
Suenan músicas acordes,
Y farsas se representan
Del Rey celebrando el nombre.

Del palacio del Retiro
Llenos están los salones,
De todo el fausto y la gala
Que son honra de la córte.
En los soberbios jardines
Brillan vasos de colores,
Que en el estanque reflejan
Formando guirnaldas dobles.
Un gran fuego de artificio
Las densas tinieblas rompe,
Y rastros de luz envia
A las celestes regiones:
De los rayos que le lanzan
Los nublados tronadores,
Dijérase que la tierra
Se estaba vengando entonces.
Várias encendidas ruedas,
Girando luego veloces
En atmósfera de chispas,
Parecen mágicos soles;
Mas pronto en huecos tronidos
De humo blanco alzando un monte,
Se disipa, y desparece
Aquel jiganton enorme
De luz, que ofuscó los astros,
Y que deslumbró á la córte,
Como trasunto ú emblema
Del orgullo de los hombres.

En el salon de los reinos,
Donde el trono de dos orbes
De oro y terciopelo estriba
En colosales leones,
El Rey está con las damas,
La Reina con los señores,
Y chocolate y conservas,
Y helados pasan en órden,
En marcelinas de oro
Y en bandejas, cuyos bordes
Lucientes piedras adornan
En caprichosas labores.
En seguida se bailaron,
Al compás de alegres sones,
Las folías y chaconas,
Y aun zarabandas innobles.
De cada señora al lado
Sitio un caballero escoge,
Y en un cojin para hablarle
La rodilla izquierda pone.
Allí en animados grupos
Lo mas rico y lo mas noble
De Madrid y España asiste,
Y extranjeros de alto porte.
Estaban pnes... ¿de qué sirve
Que el tiempo perdamos, nombres
Ya olvidados repitiendo,
Y que alcanzaron entonces
Boga por riqueza y sangre,
Mas que hoy ya nadie conoce?
De conocidos hablemos,
Do amigos nuestros, de hombres
Quo aun los vemos y tratamos,
Aunque ha dos siglos que esconde
Sus cenizas el sepulcro,
Sima que todo lo sorbe.

En un lado de la sala
Estaba el famoso Lope,
El fénix de los ingénios,
Con el cabello y vigote
Blancos como pura nieve;
Y al través se reconoce
De sus clericales ropas
Que fué guerrero de jóven.
La insignia adorna su pecho
De la hospitalaria órden,
Y el fuego brilla en sus ojos
Que hace á los mortales dioses.
Con él habla un caballero,
Cabeza gorda, deformes
Los piés, de negro azabache
Melena y barba, mas noble
Aspecto: diciendo chistes
Está, y resuenan conformes
Carcajadas y aun aplausos,
En cuantos hablar le oyen.
Es don Francisco Quevedo,
A quien un clérigo torpe
Ya por la edad, ceceando
Y con malicias responde.
Ser el tal pronto se advierte
Don Luis Góngora y Argote,
Del nuevo estilo de moda
Inventor, columna y norte.
El padre Paravicino,
Que de sabio alto renombre
Goza, y á Madrid encanta
Por sus peinados sermones,
Tambien es del corro; y luego
En él ufano ingirióse,
Aun tan niño, que en sus labios
Ni bozo se ve que asome,
Don Estéban de Villegas,
Español Anacreonte,
En versos cortos divino,
Insufrible en los mayores.

En una pausa del baile,
De Villamediana el Conde,
Qne ha danzado con la Reina,
Alargó la mano á Lope,
Y como ingénio de marca
Entre los otros mostróse.
Acaba de publicarse
Su poema de *Faetonte*,
En aquel tiempo un prodigio,
Que hoy tiene apenas lectores;
Obra de perverso gusto
Y de hinchados clausulones.
Góngora, que envanecido,
Un adepto de alto nombre
Ve en tan claro personaje,
Sus encomios prodigóle.
Y todos lo celebraban,
Aunque yo decir no ose
Si sns versos aplandian
O au favor en la córte.
Don Francisco Mannel Melo,
En quien se juntan los dotes
De historiador y poeta
Con loa bélicos blasones,
Allí está, aunque taciturno:
Sin dnda abriga temores
De que el duque de Braganza
Su osado intento no logre.
El gran don Diego Velazquez,
De pinceles eapañoles
Gloria, tambien conversaba
Con tan famosos autores;
Pero lo qne dicen ellos,
Parece que apenas oye,
Porque de Rubens los cuadros
Con gran encanto recorre;
Y en aquel retrato ecuestre
Del Emperador, en donde
Apuró Ticiano el arte,
Los ojos árabes pone.

Tambien el Rey un momento
Afable al corro acercóse,
Hablando de una comedia
Que salió al público entonces,
Y cuyo autor se nombraba
Un ingénio de esta córte.
A la cual, aunque por cierto
Era un disparate enorme,
Todos dieron mil elogios
Y de portento renombre,
Pues que es obra del Rey mismo
No hay en Madrid quien ignore.
Ya muy tarde entró en la sala,
Saludos y adulaciones
Recibiendo del concurso,
Con aire altanero y noble
El Conde-Duque: se llegan
Los Grandes y Embajadores
Para hablarle, el rey Felipe
Con gran cariño le acoge;
Y con él, y con el Nuncio
Y un milanés enredóse
En importante coloquio,
Que su atencion régia absorve

La Reina, que en gallardía
A todas se sobrepone,
Y cuyos hermosos ojos,
Brillantes como dos soles,
En Villamediana tuvo
Clavados toda la noche;
Viendo al Rey y al favorito
Con aquellos dos señores
Extranjeros en consulta,
Que ha de ser larga supone
La conversacion, notando
Que hay vivas contestaciones.

Mas atenta al Conde mira,
Le hace una seña, y veloce,
Aunque con gran disimulo,
De la sala retiróse,
De una danza numerosa
Que empezó la gente jóven
A enredar, aprovechando
La confusion y el desórden.
Conoció al punto la seña
El favorecido Conde,
Que amantes favorecidos
La mas pequeña conocen.
Pero no son ellos solos:
Tambien ¡ay! de ellas se imponen
Los celosos... el Monarca
La seña fatal recoge.
A salir Villamediana
Siguiendo su amado norte,
Iba por distinto lado
Del salon, cuando turbóle
El ver al Rey furibundo,
Que con miradas atroces,
Ojos cual los de un fantasma,
En él sin quitarlos pone.
Sobrecogido, de mármol,
Ni á dar un paso atrevióse,
Y trabó, disimulando,
Un altercado con Lope.

ROMANCE CUARTO.

FINAL.

En aquella galería,
Adornada de arabescos
Y follajes primorosos,
Con oro y esmaltes hechos,

Y cuya baranda rica
Daba hácia el jardin pequeño,
En que el caballo de bronce
Estuvo por largo tiempo;
Sin mas luz que la que esparce
La luna en mitad del cielo,
Esperando á alguien la Reina,
Está turbada y con miedo.
Del concurso de la danza
Y de la orquesta el estruendo,
Que los salones ocupa,
Oye resonar de lejos;
Y aunque sabe que notada
Ha de ser su ausencia presto,
Por dar al Conde un aviso
Atropella todo riesgo.
Siglos los instantes juzga
Con mortal desasosiego,
Y en el barandal dorado
Palpitante apoya el pecho.
Mira al ecuestre coloso,
Inmóvil, oscuro, enhiesto,
Entre laureles y murtas,
Y tiembla, ¡infelice! al verlo.
Alza á la pálida luna
Los ojos de llanto llenos,
Y se extravia su mente
Por precipicios horrendos.

Sin rumor y de puntillas,
Como fantasma ó espectro,
En el corredor entróse
La parte oscura siguiendo,
Un hombre embozado: llega
Por detrás en gran silencio
A la Reina, que, de espaldas
Estando, no pudo verlo,

Y le tapa el noble rostro
Con dos manos como yelo;
Pero delicadas manos
Que agita un temblor lijero.
¿Quién pudiera aproximarse
A dama de tal respeto,
Sino el amante dichoso
Con tan inocente juego?
Asi lo pensó ella misma,
Pues aunque al primer momento
De sorpresa lanzó un grito,
Pronto sobre sí volviendo:
«Déjame, Conde, prorumpe
Con dulces lánguidos ecos;
No es esta ocasion de burlas,
Pues es de infortunios tiempo.
»Déjame, y escucha, Conde.»—
Libre la dejan en esto
Las manos que la cegaban,
Y se encuentra sola, ¡cielos!
Con su marido que arroja
Por los ojos rabia y fuego.
Queda la infeliz difunta;
Mas tienen el privilegio
Las hembras del disimulo,
Y en los críticos encuentros
Mucha mayor agudeza
Que el hombre de mas ingénio.
Al oir que el Rey pregunta
Con voz como voz de infierno,
«¿Yo Conde?... yo?—En sí tornando
La Reina, responde presto:
«Sí, señor, de Barcelona...
Y se complace mi pecho
Con tal título, afirmado
Con vuestro poder y esfuerzo,
»Despues que habeis reprimido
La rebelion de aquel pueblo.»—
Quedó pasmado el Monarca:
«Discreta sois por extremo,

»Repuso, y tras pausa leve,
Mas ¿qué infortunios tenemos?»—
Ya alentada la señora,
Pues siempre el paso primero
Es el trabajoso, dijo:
«No faltan, Señor, por cierto:
Dígalo Flandes perdida,
Y de Nápoles los reinos,
»Donde un ambicioso intenta
Arrebatarnos el cetro;
O Milan, donde la peste
Está tanto estrago haciendo;
»Y Portugal vacilante,
Do traidores encubiertos...»
Aquí atajóla Filipo
Con voz de lejano trueno:
«Basta pues, basta, señora;
Sois francesa bien lo veo;
Teneis interés muy grande
En mi honor y en el del reino.
»Vereis que uno y otro al punto
Para aquietaros sostengo,
Y que lavaré con sangre
La mancha que advierta en ellos.»
Calló, y una atroz mirada
Con el rostro descompuesto,
Que pareció mas terrible
De la luna á los reflejos,
Clavó en la Reina; mirada
Que destrozó aguda el seno
De la infeliz, pues temblando
Cayó sin sentido al suelo.

Como sin rumor ninguno
Vuela ó se deshace un sueño,
Desapareció el Monarca:
Fué á su cámara en silencio,

Tocó un silbato de oro,
Que tuvo mágico efecto,
Pues salió de los tapices,
Al silbido obedeciendo,
Por una encubierta entrada
Un humilde ballestero,
Cual espíritu maligno
Que al conjuro está sujeto.
Era el favorito oculto
Del Rey: ambos un momento
Hablaron con tal sigilo,
Que el labio apenas movieron.
Solo al irse el confidente,
Se oyó decir al Rey esto:
«Asegura bien el golpe,
Y si has de vivir, secreto.»

Al sarao y á los salones
Tornó Filipo muy presto:
Aunque pálido el semblante,
Tranquilo y tal vez risueño,
Volvió á hablar al Conde-Duque,
El cual como astuto y diestro,
Que su Señor encubria
Conoció cuidados nuevos,
Al cabo de corto rato
Anuncióse que en su lecho
La Reina indispuesta estaba,
Y se dió fin al festejo.
Sucedió al bullicio alegre,
Al son de los instrumentos
Y á la confusion festiva,
El mas profundo silencio.
Los cortesanos al punto
Las actitudes y gestos
Dejaron de la alegría,
Y tomaron los del duelo,

Y á vaciarse los salones
Comenzaron del inmenso
Concurso, que los llenaba,
De galas, vapor y estruendo.
Villamediana confuso,
De inquietud funesta lleno,
Al retirarse saluda
Al Monarca con respeto,
Y este con una sonrisa
Lo deja aterrado y yerto;
Mientras afable despide
A los otros palaciegos.

De la desdichada Reina
La favorita corriendo
Sale por las antesalas,
Busca al Conde sin aliento,
Penetra la muchedumbre,
Le hace señas desde lejos:
Al fin le alcanza, va á hablarle,
Un papel lleva encubierto;
Cuando se pára y se hiela,
Al Rey de repente viendo:
Tal queda liebre cobarde
De la serpiente al aspecto.
El gran tropel que desciende
Las escaleras, violento
Arrastra á Villamediana,
Que va delirante y ciego.
Su carroza no parece.....
En la de Orgaz toma puesto,
Y ambos Condes por las calles
(Que aun no estaban, cual las vemos,
Alumbradas con faroles)
Veloces van y en silencio.
Grita en una encrucijada
Una voz ¡*Conde*! El cochero

Pára al punto los caballos;
Pregunta Orgaz desde dentro:
«¿A cuál de los dos?» De fuera
«Villamediana,» dijeron.
Villamediana al estribo,
Juzgando que es mensagero
De la Reina quien lo llama,
Sacó la cabeza y pecho;
Y al punto se lo traspasa
Una daga de gran precio
Con tal furor, que á la espalda
Asomó el agudo hierro.
Cayó el herido en el coche
Un mar de sangre vertiendo,
Y de su amigo en los brazos
Al instante quedó muerto.

Paris, 1833.

EL CUENTO DE UN VETERANO.

INTRODUCCION.

¡Oh cuán grato es el oir
Allá en el hogar paterno,
Las largas noches de invierno,
Entre el cenar y el dormir,
Al veterano charlar,
Y sus pasadas campañas,
Envueltas con mil patrañas,
En rudo estilo contar!
En nuestra niñez primera
Embebidos lo escuchamos,
Sin que una frase perdamos,
Ni una palabra siquiera.
Y la peregrina historia
Se qneda como grabada,
Y jamás la borra nada
De nuestra tierna memoria.

Un veterano alcancé
Que en Italia combatió,
Y que en Veletri se halló,
Donde mal herido fué.
Y muy niño, allá en mi tierra,
Recuerdo haberle escuchado,
De sus palabras colgado,
Sucesos de aquella guerra.

Fuera el tiempo bueno ó malo
Todas las nocbes venia,
Y desde lejos se oia
Sonar su pierna de palo.
Era como una estantigua
Con desarrapado traje,
Y restos del equipaje
De un militar á la antigua.
Del cortijo en el hogar
Muy orondo se sentaba,
Y la gente se agolpaba
En torno de él á escucbar.
Tras un sorbo de aguardiente
Encendia su cigarro,
Y de su voz de catarro
Se desataba el torrente.
Ya nn asalto referia,
Estropeando los nombres
De reinos, castillos, hombres,
Mas nada le detenia.
Ora un combate, ora un duelo,
Ya el valor de un camarada,
De una patrona burlada
El amargo desconsuelo,
De un coronel el rigor,
La astucia de un asistente,
El triste fin de un valiente,
Las diabluras de un tambor.
Y nna guitarra tocando
Cantaba tambien romances,
Con tal voz, y tales lances,
Que nos dejaba temblando.
De robos y apariciones
Vários casos repetia,
Y costumbres, qne decia
Ser de lejanas naciones.
Y siempre cosas extrañas,
Jurando á fé de soldado
Todo haberlo presenciado
En sus gloriosas campañas.

Una noche nos contó
Cierta peregrina historia,
Que está fija en mi memoria,
Y que á referir voy yo.

ROMANCE PRIMERO.

EL AYUDANTE.

El Marqués de Castelar
Entró triunfador en Parma,
Con las valerosas tropas
De Nápoles y de España.
Estas van á la cabeza,
Aquellas á retaguardia,
Y de lauro inmarcesible
Y gloria cubiertas ambas.
Desde Veletri venciendo,
Y enmendando aquella falta,
Las águilas imperiales
Van ahuyentando de Italia.

La ciudad, que á los Borbones
El mas puro amor consagra,
Y que el dominio detesta
De los Principes del Austria.
Cual libertadoras mira
A aquellas huestes bizarras,
Y con *vivas* de entusiasmo
Las recibe y las aclama.
El alto cielo ensordecen
Las sonorosas campanas,
Y á los valles y á los montes
Las músicas y las salvas.

Brillan en los balconajes
De las calles y las plazas
Ricos damascos y estofas,
Pabellones y guirnaldas.
Y aun mas el vistoso arreo
De las lindas parmesanas
Ornadas de ricas joyas,
Vestidas de nobles galas.
Y hierve inmenso concurso
De la plebe alborozada,
Estrechando la carrera
Por donde las tropas pasan.

El primero que desfila
Al son de bélica marcha,
Es el regimiento insigne
De las españolas guardias:
De firme lealtad ejemplo
A sus jurados Monarcas,
Modelo de disciplina
Y de arrojo en las batallas.
De Castilla los pendones,
De tanta victoria y tanta
Gloria ya nuncios, ya emblemas,
Siguen con noble arrogancia.
Y oficiales y soldados
La atencion pública llaman,
Por su belicoso porte,
Por su merecida fama.

En un cordobés morcillo
Que con espumas de plata
El pretal, brazos y pechos
Respirando fuego, esmalta,

Recorre las compañías,
Y de un lado al otro pasa
Gallardo, vivaz, activo,
Don Juan Enriquez de Lara.
Del regimiento ayudante,
Y de tan noble y gallarda
Presencia, que por los ojos
Entra á conquistar las almas.
Esclarecido linaje,
De los mejores de España
Era el de este caballero,
Y su riqueza extremada.
En la mies de bayonetas
Se descubre su cucarda,
Como suele en la de espigas
Una amapola lozana.
De las mujeres los ojos
Doquier síguenlo, y se clavan
En su rostro y en su talle,
En su garbo y en su gracia.
Su edad á los cinco lustros
De seguro, aun no llegaba,
Pues sus facciones guarnecen
Aun mas bien bozo que barba.

En rondas y en desafíos,
En pendencias y en batallas,
O con razon ó sin ella,
Siempre era un rayo su espada.
Y aunque bueno, calavera,
Y de lijereza tanta,
Que cuanto se le ocurria
Sin reparo ejecutaba.
En juego y en francachelas,
Y en aventuras galanas,
Liberalmente espendia
Sus pingües rentas de España.

Era un caballo sin freno,
Un demonio en carne humana
En tratándose de amores,
En petandole una dama.
Siendo ya tantos los lances
Que en su tierna edad contaba,
Que era su famoso nombre
Conocido en toda Italia.
Y en las calles y balcones
Lo reconocen por fama,
Y en todas partes se escucha :
Ese es don Juan,—Ese es Lara.

ROMANCE SEGUNDO.

EL ALOJAMIENTO.

En sus cuarteles dejando
Recogidas á las tropas,
Los oficiales y jefes
Sus alojamientos toman.
Y por las plazas y calles
Pasan, cruzsn y se informan
De los números y casas,
Y de si hay lindas patronas.
Coge D. Juan su boleta,
Donde está la casa anota,
Y en su fogoso morcillo
Para buscarla galopa.
Al paso dice requiebros
A las niñas que se asoman
A los balcones, donaires
A camaradas que topa;

Atropella á los paisanos,
Y las mesillas trastorna,
Al atravesar la plaza,
De las pobres vendedoras.

A su alojamiento llega,
Que es una casa de forma
Donde un caballero anciano
Muy noble y muy rico mora.
Mas en ella no hay mujeres,
Lo que á D. Juan incomoda,
Recetando al boletero,
Por esta falta, una soba.
—Cortés el patron recibe
Al huésped, que en su persona
Urbanidad y despejo
Fina educacion denota.
Y en una vivienda rica,
Do nada falta, le aloja,
Rogándole honre su mesa,
Y que cual dueño disponga.
Lara admite agradecido
La invitacion obsequiosa,
Y con frases cortesanas
Corresponde á tales honras.

Solo ya con su asistente
Se lava, atilda y adorna,
Y por registrar la calle
A los balcones se asoma.
No era la calle muy ancha,
Y estaba desierta y sola,
Por ser mas de mediodia,
Que era de comer la hora.

Son las fronteras paredes
Las de un convento de monjas,
Cuya principal fachada
De arquitectura grandiosa,
A la plaza daba donde
Hicieron alto las tropas
Con sus bandas y banderas,
Y marciales ceremonias;
De los altos miradores
Viéndolo las religiosas,
Que no están como en España
En reclusion tan angosta.—
Las espaldas del convento,
Frente á la casa en que mora
Don Juan, daban pues, y en ellas
Ventanas y claraboyas,
Con espesas celosías,
Que á las miradas curiosas
De imprudentes libertinos
El osado paso estorban.

Hácia una de estas ventanas
Maquinalmente se tornan
De Lara los negros ojos,
Que fuego mágico brotan,
Y al través de los estorbos
Juzga ver alguna cosa,
Como un bulto negro y blanco,
Que su atencion fija y roba.
—No se engañó. En el momento
Ve que unos dedos asoman
Por entre las celosías,
Y oye una tos sospechosa,
Y una voz sumisa luego
Que claro le llama y nombra;
Y él corresponde con señas,
Pues el gozo le rebosa,

Pensando que una aventura
Rara se le proporciona;
Y de cierta ilustre jóven,
A quien ha burlado en Roma,
Recuerda haber entendido
Tener una hermana monja,
Que en un convento de Parma
Amargas lágrimas llora:
Pues allí la sepultaron,
No vocacion fervorosa,
Sino viles procederes
De un galan que la abandona.
Luego oye que le preguntan:
«Decid, ¿la calle está sola?»
La registra con los ojos,
Y contesta: «Sí, señora.»
Y al punto una celosía
Se entreabre, y una persona
Que ver no pudo, tiróle
Un papel que el aire corta.
Cerrándose aquel resquicio
Con rapidez, sin que sombra
Ni nada á notarse vuelva
Detrás de la claraboya.

Coge el papel, que traia
Dentro una medalla tosca
Solo como lastre ó peso,
Que era avisada la monja,
Y con un lápiz escritos
En limpia y gallarda forma,
Lara estos renglones halla,
Que con los ojos devora.
«Estaria tan ufana
»Con vuestro lijero amor,
»Como sumida en dolor
»Con vuestro olvido, mi hermana.

»Pues no es abultada, no,
»De vuestro porte galan
»La fama, señor don Jnan,
»Que hasta mi celda llegó.
»Quiero que me conozcais,
»Y verme no os pesará;
»Solo en vuestra mano está,
»Si de servirme os dignais.
»Esta tarde al coronel
»Da, de vuestro regimiento,
»Un agasajo el convento,
»Venid, si os place, con él.
»Y en viendo una monja allí
»Con una rosa en la mano,
»Yo soy, yo, que... Pero en vano
»Es deciros mas aquí.
»Por fuerza encerrada estoy,
»No tengo ni un protector,
»Y solo en vuestro valor
»Humilde á buscarlo voy.
»Otro papel tendreis luego
»Dentro de un escapulario
»Que os pondrá el mismo Vicario,
»Tened disimulo, os ruego!
»Y sabed... Mas basta ya.
»Sois hidalgo, sois discreto,
»Sois español... el secreto
»Impenetrable será.»

ROMANCE TERCERO.

EL REFRESCO.

En un bajo locutorio
Que adornan hermosos cuadros,
Y muebles de terciopelo
En forma de regio estrado,

Está el Coronel de Guardias
Con su cruz de Santiago,
Y con su azul uniforme
De galones y entorchados.
El capellan le acompaña
De su regimiento, cuatro
Capitanes ya machuchos,
Y el ayudante bizarro.
Del convento la Prelada,
Parentesco, aunque lejano,
Con el Coronel tenía,
Y ha dispuesto agasajarlo.
Y su adhesion y obediencia
Al vencedor con tal acto
Manifestar, porque puede
Convenirle en todo caso.
Dos modestos sacerdotes,
Y del convento el Vicario,
Los honores de la casa
Haciendo están muy ufanos.
Y con melífluos semblantes
Al coronel adulando,
Y segun las graduaciones
A todos los convidados.

De bronce dorada reja
Cierra el anchuroso espacio:
Lindero entre Dios y el mundo,
Término entre el siglo y cláustro.
Y detrás está extendido
Un cortinon de damasco,
Mientras acuden las monjas,
De quienes suenan los pasos.
—Descórrese la cortina,
Despues de muy breve rato,
Y la comunidad toda
Descúbrese al otro lado.

Fórmanla unas veinte monjas,
Que con los velos echados,
Y con las túnicas blancas,
Y con los oscuros mantos,
Dan á la reja el aspecto
De algun espejo encantado,
Donde un coro de fantasmas
Se ve al conjuro de un mago.

La Prelada alzóse el velo
Con señoril porte y garbo,
Descubriendo un noble rostro,
Pero ya sexagenario.
Al Coronel un cumplido
Hace oportuno, aunque largo,
Y manda á las religiosas
Alzar los velos opacos.
De várias gestos y edades
Al descubierto quedaron
Los semblantes compungidos,
Todos modestos y gratos.—
Uno habia como un cielo,
De tanta beldad y tanto
Atractivo, grave y noble,
Que no es fácil ponderarlo.
Tez de nácar, y dos ojos
Como poderosos rayos,
Y los dientes como perlas,
Y como coral los labios.
Y una palidez, y un todo
Tan perfecto y sobrehumano,
Que sin humillarle el alma
Era imposible mirarlo.
Esta linda religiosa,
Este prodigio, este encanto,
Una rosa nacarada
Llevaba en la diestra mano.

Con lo que Lara los ojos
Clavó y cebó en ella incauto,
Conociendo ser aquella
La que pretende su amparo.
Quedó como queda el ave
Bajo el prestigio tirano
De los ojos de la sierpe,
De quien va luego á ser pasto.

La Prelada muy oronda
Y con gran despejo hablando,
Refirió á los circunstantes
Las misas y los rosarios
Que por los Reyes Borbones
El monasterio ha aplicado;
Y las predicciones cuenta
De várias santas y santos,
Que aseguran el dominio
De Italia en Felipe y Cárlos:
Por ser de la madre Iglesia
Hijos predilectos ambos.
Y luego las monjas todas,
Ora en tiple, ora en contralto
Mil sandeces refirieron,
Mil tontunas preguntaron,
Que con rubor escuchaban
Los clérigos y el Vicario,
Retozándoles la risa
A los otros en los labios.

La que no habló una palabra
Indiferencia afectando,
Fué la hermosa, que el extremo
Ocupaba de un escaño.

Si era pasmoso su rostro,
Su talle era tan gallardo,
Que ni las ropas mongiles
Lograban desfigurarlo,
Bien que aun en ellas habia
Ya negligencia, ya ornato,
Una y otro disonantes
Con la austeridad del cláustro.
Y tambien su alta belleza
Demostraba á veces algo
Como descompuesto, inquieto,
Incomprensible y extraño.
Ya retorciendo de pronto
Como convulsos los brazos,
Ya revolviendo sus ojos
Como vizcos y encontrados,
Ya frunciendo el entrecejo,
Ya mordiéndose los labios;
Pero todo pasagero,
Rapidísimo, instantáneo.
Haciendo el desagradable
Efecto, que en un buen cuadro,
La cabeza de una santa
De Murillo ó de Ticiano,
Que al resplandor de una vela
Se está de noche mirando;
Si á un soplo de viento oscila
La luz, y todos los rasgos,
Sombras, perfiles y toques,
Se pierden, haciendo acaso
Instantáneamente un monstruo
Del mas prodigioso encanto.

Un exquisito refresco
De almíbares delicados,
De sorbetes y bizcochos
Sirvióse con aparato,

En su bajilla de plata,
Y en sutilísimos vasos
De fábrica de Venecia
Con cifras de oro y con ramos.
Del locutorio ambas partes
Fáciles comunicaron
Dos tornos, que revolvian
Veloces á todos lados.
Dentro servian las legas,
Demandaderos y hermanos
Afuera, obedientes todos
A la Prelada y Vicario.

Mediada estaba la tarde,
Bajaba el sol al ocaso,
Y ser la hora de la lista
Los tambores avisaron.
El Coronel levantóse
Como militar exacto,
Obedeciendo al momento
De las cajas el mandato.
Y con palabras cortéses
Demostrándose obligado
Al convento y á las monjas
Por su afecto y agasajo,
Se despide; y les ofrece
La proteccion del muy alto
Infante, que de las tropas
Coligadas tiene el mando.
La Prelada entonces dice
Muy obsequiosa: «Anhelamos
Yo y mis hijas, que un recuerdo,
Militares tan cristianos
»Lleven, ó señor, consigo,
Y que pueda ser acaso,
Como impenetrable escudo,
Bueno en batallas y asaltos.»

Y volviéndose á la linda
Con noble desembarazo,
«Traed (prosigue) á estos señores
Del monasterio el regalo.»

Desapareció, y al momento
Tornó la hermosa, en las manos
Trayendo un rico azafate
Con cartas y escapularios.
Pasó el azafate el torno,
Y el reverendo Vicario,
Siguiendo como discreto
La graduacion y los años,
Fué de cada concurrente
En el cuello colocando
Aquella señal bendita,
Y poniéndole en la mano
De hermandad sellada carta,
Por la cual de los sufragios
E indulgencias del convento
Gozarian como hermanos.
Pero ¡oh Dios! hay una carta
Que no tiene escapulario,
Y sin él, como el mas jóven
Y el menos condecorado,
Queda D. Juan, lo que pone
En gran apuro al Vicario.
Y lo nota la Prelada,
Que dice en tono muy ágrio:
«Dios os valga, hermana mia,
Y qué mal habeis contado.....
Os pierde tanta viveza.....
Id por otro escapulario.»
Corre la hermosa, figura
Que donde están vá á buscarlo,
Y torna al punto con uno
Que tenia preparado.

Lo presenta á la Prelada,
Esta se lo da al Vicario,
Que en en el cuello del mancebo
No retarda el colocarlo.
Y el Coronel se retira
A la Prelada encargando
Que el regimiento encomiende
A Dios y á todos los santos.

ROMANCE CUARTO.

UN COMPROMISO.

«Si á una principal mujer
»Oprimida, desdichada,
»Contra su gusto encerrada,
»Quereis, señor, proteger,
»Esta noche, pues no hay luna,
»A la pared de la huerta,
»Que da á una calle desierta,
»Venid, solo, al dar la una.
»Y á la parte en que un ciprés
»Descnella, hallareis subida,
»Que por allí carcomida
»La tapia está, y baja es.
»Y por dentro una escalera
»Ya colocada estará,
»Que fácil paso os dará
»A do mi afan os espera.
»Mi humilde historia sabreis,
»Y entonces, cual caballero...
»Nada exijo, nada quiero,
»Sino que me oigais y obreis.
»Me parece inoportuno
»A un español militar,
»A un hidalgo, asegurar
»Que no corre riesgo alguno.

»Y encargarle por su honor
»Que eterno el secreto guarde.
»No puedo mas, que es muy tarde,
»Hasta la noche, señor.»
Esto la carta decia
Que don Juan con ánsia grande
Sacó del escapulario
Donde nunca debió hallarse.
Y que leyó várias veces
Como si acaso dudase
De que ser cierto pudiera
Un empeño tan notable.

Encerrado en su aposento
Está como delirante,
Midiéndolo á largos pasos
Y lo que ha de hacer no sabe;
Que es el violar la clausura
Sacrilegio formidable
Piensa, y se detiene un punto,
Mas luego pasa adelante.
Y la beldad de la monja,
Y su discrecion y talle,
Y la opresion en que gime,
Y su arrojo de citarle
Recuerda, y ya se resuelve;
Cuando le ocurre lo grave,
Lo criminal, lo espantoso
Del paso á que va á arrojarse,
Que no hay momento seguro
De existencia en los mortales,
Y que la Justicia eterna
Todo lo castiga y sabe.
Va á desistir. Mas le asusta
Que la nota de cobarde,
Si no acomete la empresa,
Con la dama ha de quedarle.

Y en su edad, salnd y brio
Juzga estar lejos el trance,
En que basta arrepentirse
Al hombre para salvarse.
A su siniestra un demonio
Tiene, y á sn diestra un Angel
Que él no ve, pero qne escucha
Aunque le hablan sin hablarle.
¡Ay de Laral El pecho cierra
Al bálsamo saludable,
Y al mortifero veneno
¡Triste humanidad! lo abre.
«Iré, vive Dios, lo juro,»
Alto exclama; que aunque nadie
Con él esté, bien conoce
Que le contradice alguien.

La ciudad un gran sarao
A los jefes y oficiales
Daba aquella noche misma
Con música, cena y baile.
Y Lara asiste nn momento,
De su lijero carácter
Dando, como siempre, pruebas,
Esmerado en porte y traje.
Pero hubieran advertido
Unos ojos penetrantes,
Que en su locuaz alegría
Y movimientos marciales,
De afectado y violento
Daba muestras su semblante,
Porque voces interiores
No cesaban de asustarle.

Era media noche en punto
Cuando dejó Lara el baile,
Y dos veces volver quiso
Al verse solo en la calle.

Mas resuelto, va á su casa
Do toma su capa, y sale
Seguido de su asistente,
A quien mandó acompañarle.
Por la ciudad, que dormia,
Sin que otro rumor sonase
Que el eco de los violines
O de algun buho los ayes,
Vaga el jóven como loco,
Porque el demonio y el ángel
Dentro de su mismo pecho
Aun empeñados combaten.
Del Eterno los juicios
Santos son é inexcrutables.
Sonó en el reloj la una
Y decidióse el combate.

Lara del convento llega
A los humildes tapiales,
Que allí aguarde á su asistente
Manda, y decidido parte.
El ciprés erguido mira,
Que taladrando los aires,
Aparece entre las sombras
Vago, aterrador gigante.
La pared registra, advierte
Derruidos los sillares
De la planta, los ladrillos
Descarnados, desiguales.
Tienta, y ve que ofrecen paso,
Y que aun ya lo han dado antes;
Audaz trepa, y en la barda
Llega pronto á cabalgarse.—
Le pasma el hondo silencio
Y la oscuridad fragante
De aquel huerto, què domina
Sin ver nada. Escucha el suave

Murmullo de agua corriente,
Y de las hojas que el aire
Mece con su dulce soplo...
¡Ay! aun puede retirarse.
Mas no se retira. Encuentra
Cerca con los dos varales
De una escalera de mano.
En ella logra afirmarse;
Desciende sin saber dónde,
Y al tocar la tierra, sale
De detrás de un tronco, un bulto
Que por el brazo le ase
Con una mano convulsa;
Y una voz, que apenas sabe
Si es voz, le dice: *Seguidme*,
Y anda el bulto sin soltarle.
Por la confusion medrosa
De tinieblas impalpables
A tal hora, con tal guia,
Y sin saber á qué parte
Va Lara, como caminan
Tras su destino inmutable
Sin verlo, del ciego mundo
Por las sombras, los mortales.

ROMANCE QUINTO.

LA MONJA.

De una reducida celda
En el estrecho recinto,
Que un claro belon alumbra
Encima de un pajecillo,
Se encuentra confuso Lara,
Cual por encanto metido
Con la misteriosa guia
Que le ha llevado á aquel sitio.

Mira en derredor, y encuentra
A un lado un lecho muy limpio,
Al otro un reclinatorio
Y sobre él un crucifijo;
Dos muy capaces armarios
De nogal negro, un antiguo
Escritorio, y taburetes
Por la pared repartidos.
Y enmedio un bufete halla
Cubierto de mantel fino,
Con tortas, bizcochos, dulces,
Conservas y pastelillos,
Dos copas y dos redomas,
Que una de agua otra de vino
Parecen, y dos cubiertos
Todo muy pulcro y prolijo.
La vista on segnida clava
En quien allí le ha traido,
Que ya al descubierto ostenta
De su porte el atractivo.
Y si pensó aquella tarde
Que era un sol el rostro lindo
De la monja, ahora lo juzga
Un encantador prodigio.

Depuestos el velo y manto
Descubre todo el echizo
De su esbelto y noble talle,
De su donaire y su brio.
Y como no la contienen
Los importunos testigos,
Que acaso en el locutorio
De sus gracias fueron grillo,
Ostenta todo el tesoro
Que el cielo donarle quiso
De belleza y gallardía,
Y el de sus modales finos.

Con sonrisa seductora
Y con ojos expresivos
Se acerca á don Juan, que mudo
Se ve cual jamás se ha visto.
Le ase amorosa una mano,
Y «Descansad, señor mio,
Tomad algun refrigerio,
Y estad seguro y tranquilo,»
Le dice. Blanda le acerca
A aquel bufete provisto,
Y le ruega que se siente
Con gran ternura y cariño.

Lara torna en sí, se esfuerza,
Recobra el geuio nativo,
Y lo pasado y futuro
Dando lijero al olvido,
De su temor se avergüenza,
Sonrójaso de sí mismo,
Y de solo lo presente
Entrégase á los delirios.
Y «No extrañeis, ó señora,
O sol, ó encanto divino,
(Dice) so muestre cobarde
Con su señora el cautivo.
»Ni que dude de tal dicha
Quien de ella se juzga indigno,
Y piensa que es el juguete
De un ensueño fugitivo.
»Un volcan arde en mi pecho,
Su fuego solo respiro,
Y jamás sentí en el alma
Mas delicioso martirio.
»Vos sola, vos...» Levantóse
Tan resuelto de improviso,
Que atrás la monja dos pasos
Dió con ademan esquivo;

Y lanzando una mirada
De indignacion y desvío,
En tono grave y resuelto
«Teneos, ¿qué haceis?» le dijo.
El militar arrogante,
Aterrado y confundido,
A ocupar volvió su silla
Mas humilde que un novicio.
Pasmado de que un semblante
Pueda tener tal prestigio,
Que baste á imponerle freno
A tal hora y en tal sitio.

La monja, ya asegurada
De que tiene poderío
Para anonadar los planes
De aquel audaz libertino,
Torna á desplegar astuta
Sus encantos y atractivos.
Siéntase enfrente de Lara,
Y en él ambos ojos fijos,
Le alarga un tierno bizcocho
Y le excita el apetito,
Diciéndole que ella misma,
Con cuidado muy prolijo
Lo ha elaborado anhelosa,
Del dulce mas exquisito,
Para regalo del huésped
Que en su socorro ha venido.
Lara otra vez recobrando
Su suelto y marcial estilo,
Lo come, y aun otro toma,
Lo que da gran regocijo
A la engañadora maga,
Que echa en una copa vino
Y le dice: «Este es regalo
Que la Navidad me hizo

Mi hermana, señor, mi hermana;
Apurad gozoso el vidrio,
Y gane el licor por suyo
Lo que pierda por ser mio.—
«Brindemos por ella entrambos»
(Contesta don Juan), y fino
Va á servirle en la otra copa.
Mas ella estórbalo, y dijo:
«Brindaré con agua pura,
Que aunque es muy suave este vino,
Por no estar acostumbrada
Pudiera serme nocivo.»
Don Juan el agua le sirve,
Y bebe ella al tiempo mismo
Que el otro el bálsamo apura,
Que era añejo y exquisito.
«De Chipre es, y es excelente
(Dice don Juan), vivo Cristo.—
El comendador de Malta,
Que vos conoceis, mi tio,
»En su galera lo trajo
Cuando volvió del Egipto,»
Contestó la religiosa
Con un gracioso remilgo.
«Es un néctar» (dice Lara),
Y otra copa llenar quiso,
Mas la monja le detiene
Con un afable sonriso,
Diciéndole: «La cabeza
Fuerza es conservar y el tino,
Que aun nos queda que hacer mucho
Y es el tiempo fugitivo.»
Lara aquella mano toma,
Que le ataja, y expresivo
En ella imprime los labios,
Y se da por convencido.

La monja se alza, y severa
«Señor don Juan, es preciso
(Dice) no perder momento
Y que se cumpla el designio
»Con que os he dado esta cita,
A que habeis correspondido.
Vais á hacer un gran viaje,
Para hacerme un gran servicio.
»Y por ahorrarme palabras,
Y que sepais por vos mismo
Mis mas ocultos secretos,
Y la proteccion que exijo,
»Abrid aquel grande armario,
No vacileis, os suplico,
Y ayudadme cual valiente:
Abridlo, don Juan, abridlo.»
Subyugado por el tono
Del mandato imperativo,
Y por demostrar que nada
Atemoriza su brio,
Va don Juan, abre el armario,
Y á sus piés cae al abrirlo,
De un caballero el cadáver
Con ricas ropas vestido.
Queda helado, queda mudo,
Queda trasformado en risco,
En tan espantoso objeto
Los ojos clavados, fijos.
Cuando oyó la voz tremenda
De la monja, que el rugido
Le parece de una tigre,
O de voraz hiena el grito,
Que de este modo le explica
Hallazgo tan imprevisto,
Alumbrando con un rayo
Aquel ciego laberinto.

«Ese objeto que os asombra
Una víctima es, don Juan,
De su infame alevosía,
De sn perfidia falaz.
»Un ejemplo de que nunca
Hembras de mi calidad
Los engaños y traiciones
Sin venganza sufrirán.
»Con sus fingidas palabras,
Ese, que no es nada ya,
Logró rendir mi altiveza,
Logró oprimir mi beldad,
»Logró encender en mi pecho
Un infierno, no un volcan;
Y un gran pecho no se inflama
Impunemente jamás.
»Mi amor, que era inapreciable,
Pagó con iniqnidad,
Y mis grandes sacrificios
Con un engaño infernal.
»Ante Dios, en los altares,
Con otra (que no es mi igual
En sangre ni en hermosura,
Pero que en ventura es mas)
»Ligó su suerte; poniendo
Entre él y yo por su mal,
Un insuperable monte,
Un embravecido mar.
»Lloré, maldije, encontréme
De la muerte en el umbral,
Que la violencia del golpe
Me hundió en una enfermedad.
»Y por no ser el objeto
De la burla general,
De los sarcasmos del mundo,
De la charla popular,
»Me encerré en estas paredes;
Donde he sabido pasar,
Preparando mi venganza,
Tres largos años en paz.

»Y la he logrado.—El alevo
Vino por casualidad
De esta asoladora guerra
Abrigo en Parma á buscar.
»Lo supe, todos sus pasos
Hice perseguir sagaz,
El señuelo de un billete
Atrajo su liviandad;
»Y por esa tapia misma
Que os abrió paso, don Juan,
Y por el mismo camino
Que os ha conducido acá.
»Cenó, cual vos, á esa mesa,
Y á mi ruego pertinaz
Brindó con vino de Chipre,
Como acabais de brindar;
»Y en ese lecho una muerte
Al instante tuvo, tan
Espantosa, que aun me gozo
Con su agonía final.
»Encerrado en ese sitio
Hace dos dias está,
Que falta de fuerza, en vano
Lo he pretendido sacar.
»En este terrible apuro
Llegásteis, os vi galan,
Enamorado, valiente,
Al bien dispuesto y al mal;
»Y sabiendo que á mi hermana
Habeis osado burlar
(Asunto que para luego
Suspendido quedará);
»De todos mis planes juntos
Ví cerca la realidad,
Y hasta os trajo mi fortuna
Tan cerca de aquí á morar.
»Y os he llamado á mi celda
(Cuando juzgabais quizás,
Que á ser dichoso en mis brazos),
Un cadáver á enterrar.

»Sús, al punto en vuestros hombros
Esa carga colocad;
Y si osais mover la lengua
O hacer de no el ademan;
»Vive Dios que esta pistola,
Aspid fiero de metal,
Con su ponzoña ó su fuego,
Ceniza, nada os hará;
»Y en vez de uno habrá dos muertos,
Que otro menguado á sacar,
Enredado con mis artes,
Cual ese y cual vos, vendrá.»

Aterrorizado Lara,
Viendo á la furia ó vestiglo
Que le apunta una pistola,
Pronta á vomitar el tiro,
Y sintiendo por instantes
Un fuego lento en sí mismo
Que le abrasa las entrañas,
Que le turba los sentidos,
Por salir al aire libre
De aquella celda ó abismo,
Donde del infierno juzga
Escuchar los roncos gritos,
Obedece; y en sus hombros
Coloca el cadáver frio,
Y sigue tras de la monja
Acobardado y sumiso.

ROMANCE SEXTO.

ALGO MAS.

Allá en un bajo terreno
De la huerta, hácia una punta
Que tapias y matorrales,
Y espesos troncos ocultan;
Envuelta en su velo y manto
Está la tal monja, ó furia,
Como aterrador fantasma,
De pié y con la boca muda.
En la mano una linterna
Tiene, que en sombras confusas
Deja escondido su cuerpo,
Y con luz de infierno alumbra
A sus piés, delante de ella,
Una zanja ó sepultura,
Que don Juan con una azada
Está haciendo mas profunda.
Se ve en uno de sus bordes
El cadáver; y resulta
Un cuadro raro, espantoso,
De un efecto que espeluzna.
Reina silencio profundo,
Y solamente se escucha
El grave vuelo y los ayes
De una agorera lechuza;
Y los golpes de la azada
Que entre la tiniebla oscura,
A la luz de la linterna
Con vivas chispas relumbra.



Jose Vallejo dib° y lit° | Lit de J. Donon

Que sus fuerzas desfallecen,
Que su helada frente suda
Siente D. Juan, y el trabajo
Harto espantoso apresura.
Cuando la monja bastante
El hoyo á su intento juzga,
La linterna levantando
Sus luces derrama astuta
De don Juan en el semblante,
Para examinar si alguna
Señal da ya del efecto,
Que por momentos calcula.
Y algo vió, pues presurosa
Dijo: «Ya es harto profunda
La huesa: echad el cadáver,
Y que esa tierra lo cubra.»
Y la linterna dejando
Sobre la yerba, le ayuda
Con los piés y con las manos
A llenar la sepultura.
Y así que quedó el terreno
Igual, sobre él acumula
Hojas, ramajes y piedras
Que el fresco trabajo encubran.

Encarando nuevamente
La luz á la faz adusta
De don Juan, lo que esperaba
Advirtió en ella sin duda.
Pues con satánica risa,
«¿Estais cansado?» (pregunta).
Lara contestarla quiere,
Mas la lengua se le anuda.
La monja reconociendo
Que el habla le dificulta
Ya el estertor, que lo ahoga,
Urgir los momentos juzga.

Ya ve sus planes cumplidos,
Y que ya nada aventura
Con quien está que no puede
Revelar cosa ninguna.
Y la linterna soltando,
Saca, amartilla y apunta
A don Juan nna pistola,
Y estas palabras pronuncia:
«Cumplisteis con vnestro empeño,
Yo con mi venganza justa,
Pues al alevoso encierra
El secreto de esta tumba.
»Y tambien está vengada
Mi hermana infeliz, qne nunca
Sin venganza se han quedado
Las hembras de nuestra alcurnia.
»Ahora marchad; salid lnego
Por do entrasteis en mi bnsca.
Salid, á tener descanso
De tan laboriosa angustia.»
En tanto que aquesto dice
A que se mueva le ayuda,
Que ya es llegado el momento
Y la detencion la asusta.
Lara, de qnien los sentidos
Se confunden y se tnrban,
De quien se traba la lengua,
De quien los oidos zumban,
Anhela tan solamente
Alejarse de tal furia,
Y salir de aquel infierno
En donde un monte lo abruma.
De una horrenda pesadilla
Ser presa se le figura,
Y por despertarse de ella
El desventurado lucha.

Tropezando on cada mata,
Y por mas que lo procura,
Sin que en gritar !e obedezca
La lengua helada y convulsa;
Mas qne ayudado, arrastrado
Por la monja furibunda,
Hácia el lugar consabido,
Entre las sombras oscuras,
Llega al ciprés. La escalera
Está en la tapia. Con suma
Fatiga sube; sn guia
Con brazos y hombros le ayuda.
Y al verlo sobre la barda
Así en ronca voz lo insulta,
Retirando la escalera
Con la que á D. Juan empuja:
«Sabed, menguado, que el vino
De Chipre, que tanto os gusta,
Con el agua de Tofana
Se confecciona y se endulza.»

Lara á la parte de afuera
Por la tapia se derrumba,
Cae á la calle, arrastrando
Andar por ella procnra.
Tardamente lo consigue,
Entre visiones confusas,
Devorado de dolores
Que el cuerpo le descoyuntan;
Abrasadas las entrañas,
Porqne ya solo circula
Fnego en sus venas.—Al cabo
Llega con fatiga mucha
Do el soñoliento asistente
Lo espera, sin qne presnma
Do dónde viene su amo,
Ni qué es lo que le atribula.

Que de alguna francachela
Ebrio sale, se figura,
Como suele, y lo levanta,
Sin susto, por darle ayuda.
Alzó un cadáver..... La monja
En calcular era ducha
La maldita agua Tofana,
Invencion que Dios confunda.

Gibraltar 1837.

BAILÉN.

Al Excmo. Sr. D. Francisco Javier Castaños,

DUQUE DE BAILEN.

ROMANCE PRIMERO.

SEVILLA.

A la capital risueña
De la andaluza comarca,
Que Hércules fundó de Bétis
Sobre las fecundas aguas,
La que cercó Julio César
De muros y torres altas,
La que ganó San Fernando
Con Garci-Perez de Vargas;
A la opulenta Sevilla,
La del encantado alcázar,
La del magnífico templo,
La de la torre gallarda.
Emporio de la riqueza,
De claros ingénios patria,
Y que en los brazos dormia
De la paz y la abuudancia;
Llega de cálido polvo
Dejando en pos nube blanca,
Que los caños de Carmona
A la vista borra y tapa,

Un anhelante correo
En una sudosa jaca,
Cuyo hijar la espuela rompe,
Y á quien da un látigo alas.
El rostro como de azufre,
Los ojos como de brasa,
Demuestran que es mensagero
De peligros y desgracias.

En corto momento esparce
Nuevas de tal importancia,
Vértigo tan repentino,
Y tan mágicas palabras,
Que la ciudad toda altera,
Que la ciudad toda alarma;
Y la dormida laguna
En mar horrascoso cambia.
Súbito clamor confunde
Las antes tranquilas auras,
Y agitado el pueblo inmenso
Hierve en las calles y plazas.
Plebeyos, nobles y Grandes,
Canónigos, hombres de armas,
Frailes, doctores, artistas,
Traficantes y garnachas,
Solo un cuerpo humano forman
Donde solo vive un alma,
Que un solo afan precipita,
Y que un solo grito lanza.
No hay ya opuestos intereses,
No hay ya clases encontradas,
No hay ya distintos deseos,
No hay ya opiniones contrarias,
Ni mas pasion que la ira,
Ni mas amor que la patria,
Ni mas anhelo que guerra,
Ni mas grito que ¡*venganza*!

Palacios, talleres, templos,
Conventos, humildes casas,
Academias, tribunales,
Lonjas, oficinas, aulas,
Tórnanse en cuartel inmenso
Donde solo crujen armas,
Solo retumban tambores,
Solo se alistan escuadras.
Plumas, estevas, ciriales,
Pesos, báculos y varas,
Y hasta abanicos y agujas
Se convierten en espadas.
En *guerra y muerte* terminan
De los templos las plegarias.
Terminan en *guerra y muerte*
Los procesos y contratas.
En *guerra y muerte* concluyen
De amor las dulces palabras,
Y desde el sabio discurso
Hasta las vulgares charlas.
¡*Vamos á matar franceses*!
Prorumpe con fiera audacia
Turba de inocentes niños,
Que hace fusiles de caña.
¡*Vamos á matar franceses*!
Dice el anciano, que arrastra,
Del báculo con la ayuda,
De un siglo entero la carga.
¡*Vamos á matar franceses*!
Grita el jóven, que la espalda
Del potro indómito oprime
Blandiendo una antigua lanza.

De la gran ciudad cabeza,
La gigantesca giralda,
Con lengua de eterno bronce,
Cuya voz seis leguas anda,

Al huracan ensordece,
Sobrepuja á las borrascas,
Conmueve la baja tierra,
Y el firmamento traspasa.
Guerra pregonando al mundo,
A *guerra* convoca y llama
A toda la Andalucia,
A toda la extensa España.
Y ciñe la erguida frente,
Al llegar la noche opaca,
De una corona de hogueras,
Que viento y lluvias no apagan:
Bandera del fuego santo
Que se ha encendido á sus plantas,
Cráter del volcan tremendo,
Que en la gran Sevilla estalla.

ROMANCE SEGUNDO.

LA AGRESION.

De oro, de hierro, de barro
Inmensurable coloso,
La frente en las altas nubes,
El pié en los abismos hondos;
De infierno, de cielo y tierra,
Un incomprensible aborto,
Un prodigioso compuesto
De ángel, de hombre y de demonio,
Alzó de Francia perdida,
Con su brazo portentoso,
Para en él tomar asiento
El despedazado trono.
Idolo de doce siglos,
Y de cien Monarcas sólio,
Que desparecer vió el mundo
Terrorizado y absorto,

Cuando crímenes, virtudes,
Pasiones, furias, enconos,
Saber, ignorancia, errores,
Héroes, gigantes y monstruos,
De sangre en un mar lo ahogaron,
Y bajo un monte de escombros
Lo sepultaron y hundieron,
Con universal trastorno.
Alzóle pues (para tanto
Dios le dió fuerzas á él solo)
Y aun juzgó para su mole
Pedestal tan grande poco.
Y desde él mandaba el mundo,
Llevando de polo á polo
De tempestades armada
La fuerte mano, á su antojo;
Con un millon de soldados
A quienes él daba el soplo
De vida, y con su gran nombre
Un talisman prodigioso:
Con un ceño de su frente,
Con un volver de su rostro,
Desaparecian imperios
Y se trastornaba el globo.

Este portento, este númen
De bien, de mal, de uno y otro,
Tornó al tranquilo Occidente
Los asoladores ojos.
Y vió á la fecunda España,
La cosechera del oro,
Quemando en su altar inciensos,
Por su gloria haciendo votos:
En actitud tan humilde,
De entusiasmo en tal arrobo,
Que era poderosa ayuda,
Sin poder ser nunca estorbo;

Y de amiga bajo el nombre
Tan adoradora en todo,
Que sangre, riqueza, fama
Juzgaba holocausto corto.
Mas prevaleciendo acaso
En el pecho del coloso
La parte aquella de infierno,
Y la maldad de demonio,
Gritó: «Yo no quiero amigos,
Porque esclavos quiero solo,
¿Cómo aun está enhiesta España?...
Póngase ante mí de hinojos.
»Bese mi soberbia planta,
Hunda la frente en el polvo,
Y el palacio de sus reyes
De escabel sirva á mi trono.»
Dijo, y de armas y guerreros,
Por el Pirene fragoso,
Torrente tremendo baja
Al hispano territorio.

Tal vez la celeste parte
Le dió á conocer de pronto
Que iba á despertar leones
Con armígero alboroto.
Y la otra parte mezquina
De hombre, tierra, fango y lodo
Le decidió á usar del fraude,
De la perfidia y del dolo.
Enmascaró sus legiones,
Dió mentido aspecto al rostro,
Vistió de oliva las armas,
Llamó tierno amor al ódio;
Y cuando en abrazo inicuo
Ahogó traidor y alevoso
A los príncipes incautos,
Que en él buscaron apoyo,

Y del régio Manzanares
En el coronado emporio
En exterminio el halago,
La oliva tornó en abrojos;
Hospitalidad, caricias,
Bendiciones y tesoros
Pagando con hierro, muerte,
Incendios, estupros, robos;
Se derramaron sus huestes
A asegurar el despojo,
A encadenar toda España,
Juzgando vencido todo.
Y ya de Sierra-Morena
Humillan con fiero gozo
La alta cerviz, y registran
Con desvanecidos ojos
De Guadalquivir fecundo
Los encantados contornos,
A que preparan insanos
La esclavitud y el oprobio.
Y aparecen á lo lejos
Tan aterradoras, como
La encapotada tormenta,
Que en alas del viento ronco,
De ardientes rayos preñada
Anuncia con truenos sordos
Que á asolar viene los campos,
Y las riquezas de Agosto.
He aquí la angustiosa nueva,
Y el conjuro que de pronto
Causó en la noble Sevilla
Tan impensado trastorno.

ROMANCE TERCERO.

LA VICTORIA.

¡ Bailén !... ¡ Oh mágico nombre !
¿ Qué español al pronunciarlo
No siente arder en su pecho
El volcan del entusiasmo?
¡ Bailén !... la mas pura gloria
Que ve la historia en sus fastos,
Y el siglo presente admira,
Sentó su trono en tus campos.
¡ Bailén !... en tus olivares
Tranquilos y solitarios,
En tus calladas colinas,
En tu arroyo y en tus prados
Su tribunal inflexible
Puso el Dios tres veces santo,
Y de independencia eterna
Dió á favor de España el fallo.

Incline la tierra
Su mísera frente
Al omnipotente
De Francia señor.
¡ Viva el Emperador !
Es Dios de la guerra,
Y de polo á polo
Su brazo tan solo
Será el vencedor.
¡ Viva el Emperador !
Segura tenemos
Aquí la victoria,
Sin riesgo, sin gloria,
Pero rica asaz.

Marchemos, gocemos
Las grandes riquezas,
E insignes bellezas
De España feraz.
¿A Francia gloriosa
Quién hay que lo estorbe?
Rendido está el orbe
A su alto valor.
¡Viva el Emperador!
Su ley poderosa
La España reciba.
Avancemos, ¡viva
De Francia el Señor!
¡Viva el Emperador!

Así en infernales voces
Los invencibles, que hollaron,
Sembrando exterminio y muerte,
La Europa del Neva al Tajo,
Las silenciosas cañadas,
Y los fecundos collados
De Bailén, al sol naciente
Con gozo infernal turbaron,
De clarines y tambores
De armas, cañones y carros,
Relinchos y roncos gritos
Tormenta horrenda formando;
Mas sin saber que una tumba
Era el espacioso campo
Por donde tan orgullosos
Osaban tender el paso.

De repente de la parte
Del Sur el viento les trajo
Rumor de armas y de hombres,
Y los ecos de este canto.

«Ya despertó de su letargo
De las Españas el Leon,
Antes morir que ser esclavos
Del infernal Napoleon.

»Viva el Rey, viva la patria
Y viva la religion.»

Y aparecen los guerreros
Del Guadalquivir preclaro,
Sin pomposos atavíos,
Sin voladores penachos.

La justicia de su parte
Y la razon de su bando,
Con Dios en los corazones
Y con el hierro en las manos;

Y aunque en la guerra bisoños,
Y aunque con órden escaso,
Llevan resuelto á su frente
Al valeroso CASTAÑOS.

Los fieros debeladores
De la Europa asombro y pasmo,
Los fuertes, los invencibles
De mil triunfos coronados,

De limpio acero vestidos,
Con oriental aparato,
De oro y dominio sedientos,
De orgullo bélico hinchados,

Y teniendo á su cabeza
La sien ceñida de lauros
A Dupont, caudillo experto,
Duro azote del germano,

Ven con desden y desprecio
Como á inocente rebaño,
Que al matadero camina
Y piensa que va á los prados,

Una turba que há dos meses
En el taller y el arado,
Ni cargar una escopeta
Era posible á sus manos.

Y en carcajadas de infierno
Y en burladores sarcasmos
Prorumpen, y furibundos
Al fácil triunfo volaron.

¡No tan fácil! bramadoras
Las ondas del Oceáno
Del huracan empujadas
Tienden el inmenso paso.
Raen las arenas profundas
De los abismos, al alto
Firmamento, entumecidas,
Van á encontrar á los astros.
Tragan voraces y rompen
Y aniquilan todo cuanto
Pone á su furor estorbo,
Pone á su curso embarazo.
Y en la humilde y blanda arena,
O en el informe peñasco
Donde el dedo del Eterno
Escribe *hasta aquí*, pedazos
Se hace su furia espantosa,
Se estrella su orgullo insano,
Y en espuma roto vuela
Su poder, del orbe espanto.
«*El español ardimiento*,
Su fé viva, su entusiasmo
Sean la meta del coloso;»
Pronunció de Dios el labio.
Y lo fueron.—Los valientes
De luciente acero armados,
Los granaderos invictos,
Los belígeros caballos,
Los atronadores bronces
Y los caudillos bizarros,
Que las elevadas crestas
De Mont-Cení y San Bernardo

Camino fácil hicieron,
Que las ondas humillaron
Del Vístula, y del Danubio,
Del Mosa, del Rhin y el Arno,
No pueden la mansa cuesta
Trepar del collado manso
De Bailén, ni al pobre arroyo
Del Herrumbral hallar vado.
Y los que mares de fuego
Intrépidos apagaron,
Y muros de bayonetas
Hundieron con un amago,
Del español patriotismo
A los encendidos rayos,
Al hierro de los visoños,
Al tiro de los paisanos
No osan resistir. Desmayan
Y se fatigan en vano;
Retroceden, se revuelcan
En tierra hombres y caballos:
Y las águilas altivas
Humillan el vuelo raudo
Ensangrentadas sus plumas,
Hasta perderse en el fango.
Y rendidas las legiones,
Que al universo humillaron,
Encadenadas desfilan,
Vuelta su gloria en escarnio,
Ante turba que há dos meses
En el taller y el arado,
Ni cargar una escopeta
Era posible á sus manos.

¡Viva España!!! gritó el mundo,
Que despertó de un letargo.
Al grande estruendo apagóse
En el firmamento un astro.

Y al tiempo que, ante las plantas
Del noble caudillo hispano,
Dupont su espada rendia,
Y de sus sienes el lauro,
Desde el trono del Eterno
Dos Arcángeles volaron.
Uno á dar la nueva al polo
Su nieve en fuego tornando;
Otro á cabar un sepulcro
En Santa Elena, peñasco
Que allá en la abrazada zona
Descuella en el Océano.

Sevilla 1839.

LA VUELTA DESEADA.

ROMANCE PRIMERO.

Entre aquellos olivares
Que Torreblanca domina,
Y ciñen de un lado y otro
El camino de Sevilla,
Por un atajo atraviesa,
Para llegar mas de prisa,
Una carretela verde
Con una gran vaca encima;
Toda cubierta de barro,
Tableros, muelles y viga,
De barro seco y reciente,
Y de tierras muy distintas.
Cuatro andaluces caballos,
Que en torno lodo salpican,
En humo y sudor envueltos
De ella presurosos tiran.
Y del postillon las voces
Con que los nombra y anima;
Del látigo los chasquidos,
Que los acosan y ostigan;
El son de los cascabeles,
Y el de las ruedas que giran
Rápidas, tras sí dejando
Dos huellas no interrumpidas;
Forman estruendo confuso,
Y que viene posta avisan
A los carros y arrieros,
Que hácia un lado se desvian.

Dentro de la carretela
Un hombre aun jóven camina,
Que revuelve á todos lados
La desencajada vista.
Es Vargas: alegre torna
De su patria á las delicias
Despues de vagar seis años
Emigrado en otros climas.
Antiguos amigos halla
En cuantos objetos mira,
Y en árboles, tapias, lindes
Dulces memorias antiguas:
Lo pasado y lo presente
Anudando va, y delira
Entre esperanzas risueñas
Y entre ya pasadas dichas.

Trastornos, persecuciones,
Desventuras, injusticias,
En sus mas floridos años
Lo arrancaron de Sevilla,
Abandonando riquezas,
Honores, nombre y familia,
Y dejándose allí el alma
En el pecho de Jacinta.
Jacinta, encanto y adorno
De toda la Andalucía;
Y por sus luengas pestañas,
Por sn apacible sonrisa,
Por los graciosos hoyuelos
Que avaloran sus mejillas,
Por su cuerpo primoroso
Y por sus formas divinas,
Por su gracia y su talento
Y su modestia expresiva;
El hechizo de los hombres,
De las mujeres la envidia.

Diez y seis años contaba,
Cuando Vargas, ¡alta dicha!
Logró conmover su pecho
Y agitar su alma sencilla;
Al par que el amablo jóven
Ardió en la pasion mas viva,
Al mirar á una doncella
Tan inocente y tan linda.
En sus puros corazones
Creció desde la hora misma,
Y el trato y correspondencia
Acrecentó en pocos dias,
Un primer amor de aquellos
Que las estrellas combinan,
Amor que de dos personas
El destino eterno fija.
En los lazos de himeneo
A unirse dichosos iban,
Con el aplauso felice
De sus contentas familias;
Cuando se alzó tronadora
La borrasca embravecida,
Que, ¡infelices! confundiólos
Del infortunio en la sima

Seis años, ¡oh cuán eternos!
Vargas por tierras distintas
Huyó infelice, luchando
Del Destino con las iras,
Sin encontrar de consuelo
Ni de esperanza mezquina,
Un solo sueño de noche,
Un solo rayo de dia.
Las extranjeras beldades
Estatuas le parecian,
Las ciudades opulentas
Que el orbe orgulloso admira,

Desiertos... ¡Ay! pero puede
Feliz llamarse en sus cuitas,
Venturoso en su destierro,
Fortunado en sus desdichas.
Creció el amor con la ausencia
En el pecho de Jacinta,
Que la distancia y el tiempo
Al que es verdadero, afirman.
De cuando en cuando se cruzan
Papeles que lo acreditan,
Cartas trazadas con llanto,
Cartas con el alma escritas.

ROMANCE SEGUNDO.

Todo en el mundo es mudable,
Ni el bien ni el mal son eternos:
La apacible primavera
Sigue al rigoroso invierno;
A la oscura noche el dia,
Y á la borrasca, que al cielo
Empañó con densas nubes
Y asustó con rudos truenos,
La calma serena y pura.
Asi suelen á los tiempos
De desventuras y llantos
Seguir de paz y consuelo.
Del Rhin en la orilla helada,
Abrumado de si mesmo,
Vargas proscripto gemia
Su fortuna maldiciendo;
Cuando noticias recibe
De que la patria le ha abierto
Las puertas... Júzgalo absorto
Ilusion de su deseo;

Mas Jacinta se lo escribe,
Y cuanto ella dice, es cierto.
Otra carta... de la madre
De Jacinta... que al momento
Vuele á Sevilla, le ruega,
En donde dará Himeneo,
El dia de su llegada,
A tan constante amor premio.

No la paloma, que presa
Llora en doloroso encierro,
Si acaso un resquicio mira,
Tiende apresurado el vuelo
Hácia el palomar y nido,
En donde vió el sol primero;
Ni el torrente, á quien contuvo
El malecon interpuesto,
En cuanto lo encuentra roto,
Se arroja á su antiguo lecho,
Y por él se precipita
Hácia la mar, que es su centro;
Tan veloces como Vargas
Corre, sin tomar resuello,
A Sevilla: los instantes
Son para él siglos eternos.
Montes, llanuras, ciudades,
Rios, Estados diversos
Atrás deja, y los caballos
De tardos acusa y lentos.
Ya salva las altas cumbres
Del nevado Pirineo;
Entra en España, ya escucha
La lengua de sus abuelos...
¿Qué importa? ni un solo instante
Retarda su raudo vuelo.
Halla á cada paso amigos,
Halla intereses y deudos:

No se para, corre, corre,
Que tiene en Sevilla puesto
Su afan, y hasta que descubra
La Giralda, no hay sosiego.

Apenas há quince dias
Que en las márgenes del Reno
De su Jacinta la carta
Leyó, juzgándolo sueño;
Y los caños de Carmona
Ve á su siniestra creciendo,
Y al frente la antigua puerta,
Para él la puerta del cielo.
Cualquiera mujer que mira
En mantilla y de paseo,
Que es Jacinta que le espera,
Juzga, y le palpita el pecho.
Al llegar se desengaña,
Y en otra que ve mas lejos.....
Jacinta fuera de casa
Está, sí, sale á su encuentro.
Era en punto medio dia:
Entra por fin, y molestos
Los guardas el carruaje
Detienen corto momento.
Los maldice y les da oro,
Porque le detengan menos:
Corre, al postillon le grita,
Y torna á marchar de nuevo.
Por las retorcidas calles
Echa pestes y reniegos
A cada lenta carreta,
A cada corro interpuesto,
Que á templar el paso obliga
De los caballos lijeros,
Y anheloso á verse llega
De la ciudad en el centro.

Oye de fúnebres cantos
El triste son desde lejos,
Se aproxima, y por la calle
Que va á tomar, un entierro
   Pasa. Con hachas de cera,
Pobres, vestidos de negro,
Van de dos en dos; los siguen
Las cofradías; á lento
   Paso un féretro se acerca,
De un blanco paño cubierto,
Con una palma y corona
De blancas flores..... Agüero
   Terrible! que es de doncella
Principal y de respeto
El funeral le parece.....
Hierve taciturno el pueblo
   En derredor. Manda Vargas,
Turbado con tal encuentro
Que tome por otra calle,
Al postillon. Revolviendo
   Este los caballos, torna
Por un callejon estrecho,
Y á la calle ansiada llega
Despues de corto rodeo.
   Mucha gente en los balcones
Está, mostrando en sus gestos
Sorpresa de que en tal dia
Llegue á la casa un viajero.

Párase la carretela;
La puerta está abierta, yermos
El ancho portal y el patio;
Reina en la casa el silencio.
   De un salto Vargas se apea,
Corre á la escalera presto,
De ella por un lado y otro
De cera advierte un reguero

Rcciente. Veloz la sube,
Abre la mampara..... Cielos!
Colgada está la antesala
En reedor con paños negros.
Enlutada una gran mesa
Mira colocada en medio,
Y en sus cuatro ángulos arden,
Sobre cuatro candeleros
De plata, cándidas velas
Consumidas casi: el suelo
Cubren deshojadas flores,
Siemprevivas y romero.
Dios!... pobre Vargas! absorto,
Sin voz, sin alma, y en hielo
Convertido, ni respira.
Ojos cual los de un espectro
Gira en derredor; se ahoga
Sin respiracion su pecho.
Volviendo en sí un corto instante,
Oye llorar allá dentro;
Cuando se abre lentamente
Una puerta que al momento
Se cierra, y un sacerdote
Que por ella sale, lleno
De lágrimas el semblante
(De dar en vano consuelo
Viene á una madre infelice),
Queda inmoble á Vargas viendo
Vargas lo mira, y no alienta;
Mas tras de breve silencio
Rompe al cabo, y le pregunta
Con un angustiado esfuerzo,
«¿Dónde está?»..... Quedóse helada
Su lengua. Fáltale aliento
Al turbado sacerdote,
Y con agitado aspecto
Alza el rostro, y levantando
La diestra, señala al cielo.
Vargas le comprende; arroja
Un alarido de infierno;

Huye veloz, la escalera
Baja delirante, ciego,
Nada ve, corre cual loco
Por las calles, y muy presto
Desaparece.—En Sevilla
La noticia cunde luego
De su llegada: le buscan
Sus amigos y sus deudos.
Todo, todo en vano: algunos
Dan señas de que le vieron
Junto á la Torre del Oro,
Cuando el sol ya estaba puesto.

En un remanso, que forma
El Guadalquivir, no lejos
De Gélves, á las dos noches
Unos pescadores vieron,
A la luz de escasa luna,
De un jóven ahogado el cuerpo
Vestido aun. Procuraron
Compasivos recogerlo;
Pero al llegar con la barca,
Y al agitar con los remos
El agua, veloz corriente
Llevó el cadáver. Suspensos
Siguiéronlo un corto rato
Con los ojos, y muy presto
Fué leve punto eu las aguas,
Y de vista lo perdieron.

EL SOMBRERO.

ROMANCE PRIMERO.

LA TARDE.

Entre Estepona y Marbella,
Una torre fulminada,
Hoy nido de aves marinas,
Y en otro tiempo atalaya,
Corona con sus escombros
Una roca solitaria,
Que se entapiza de espumas,
Cuando las olas la bañan.
A la derecha se extiende
Una humilde y lisa playa,
Cuyas menudas arenas
Humedece la resaca;
Y oculta entre dos ribazos
Forma nna escondida cala,
Abrigo de pescadoras
O contrabandistas barcas.
A este temeroso sitio,
Mientras lento declinaba
A ponerse un sol de otoño
Entre celajes de nácar,
Estando el viento adormido,
La mar blanquecina en calma,
Y sin turbar el silencio
De las voladoras auras,

Sino el grito de un milano
Que los espacios cruzaba,
Y los de dos gaviotas,
Cuyo tálamo era el agua;
La divina Rosalía,
La hermosa de la comarca,
Fugitiva y anhelante
Llegó, sudosa y turbada.

Su gentil cabeza y hombros
Cubre un pañolon de grana,
Dejando ver negras trenzas,
Que un peine de concha enlaza;
Y de seda un toquilla,
Azul, rosa, verde y blanca,
Que las formas virginales
Del seno dibuja y guarda.
Su gallardo cuerpo adorna
De muselina enramada
Un vestido; con la diestra
Recoge la undosa falda,
Y el pié primoroso y breve,
Que apenas su huella estampa
En la movediza arena,
Mas limpio desembaraza.
Bajo el brazo izquierdo tiene
Un envoltorio de nada,
Cubierto con un pañuelo,
Do el jalde y rojo resaltan.
¡Inocente Rosalía!
¿Qué busca allí?... ¡Temeraria!
¡Cuál su semblante divino,
Lleno de vida y de gracia,
Desencajado se muestra!...
¡Qué palidez!... ¡Qué miradas!...
Está haciendo, bien se advierte,
Un grande esfuerzo su alma.

Sí, los ojos brilladores,
Los ojos que tienen fama
En toda la Andalucía,
Por su fuego y sus pestañas,
En el peñon, que lejano
Apenas se dibujaba
Entre la neblina (seña
De mudarse el tiempo) clava.
Dos lágrimas relucientes
Sus mejillas deslustradas
Queman, un hondo suspiro
Del pecho oprimido arranca.
Queda suspensa un momento:
Luego de pronto la cara
Vuelve á Estepona, temblando:
Juzga que una voz la llama.
Y la llama, es cierto... ¡Ay triste!
¿Mas qué importa? Otra, mas alta,
Mas fuerte, mas poderosa,
Desde Gibraltar la arrastra.

En el peñasco asentóse,
De la hundida torre basa;
Miró en torno, y de su seno
Sacó y repasó esta carta:
«Sí, mi bien; sin tí la vida
Me es insoportable carga;
Resuélvete, y no abandones
A quien ciego te idolatra.
»Contigo nada me asusta,
Sin tí todo me acobarda;
Mi destino está en tus manos:
Ten resolucion, y basta.
»Resolucion, Rosalía,
Cúmpleme, pues, tus palabras:
No tendrás que arrepentirte,
Te lo juro con el alma.

»En cuanto venga la noche,
Volveré sin mas tardanza
Al sitio aquel que tú sabes,
En una segura lancha.
»Espérame, vida mia:
Si no te encuentro, si faltas,
Ten como cierta mi muerte.
Corro al momento á la plaza
»De Estepona, allí pregono
Mi proscripto nombre, y paga
De mi amor será un cadalso
Delante de tus ventanas.»—
Se extremeció Rosalía,
No leyó mas, y borraban
Sus lágrimas abundantes
Las letras de aquella carta.
Llévala á los labios frios,
La estrecha al seno con ánsia,
Mira al cielo, *Estoy resuelta*,
Dice, y se consterna y calla.

Torna al peñon (que parece
Una colosal fantasma
Con un turbante de nubes,
De nieblas con una faja)
La vista otra vez. La extiende
Por la mar, que muerta y llana,
Fundido oro se diria
Del sol poniente en la fragua.
Juzga ver un negro punto
Que se mueve á gran distancia:
Ya se muestra, ya se esconde.
Será?... ¡oh Dios!... Será?... La escasa
Luz del crepúsculo todo
Lo confunde, borra y tapa.
Con los ojos Rosalía
Los resplandores, que aun marcan

La línea del horizonte,
Sigue. Una nube la espanta,
Que por el Sur aparece,
Oscura y encapotada;
Y aun mas el ver acercarse
Por allí dos velas blancas,
Cuyas puntas ilumina
Del sol ya puesto la llama.

ROMANCE SEGUNDO.

LA NOCHE.

Entró la noche; con ella
Despertándose fué el viento,
Y el mar empezó á moverse
Con un mugidor estruendo.
Las nubes entapizando
El oscuro y alto cielo,
La débil luz ocultaban
De estrellas y de luceros.
No habia luna; densas sombras
En corto rato envolvieron
Tierra y mar. De Rosalía
Ya desfallece el esfuerzo.
Arrepentida, asombrada,
Intenta..... No, no hay remedio.
Cierra los ojos, é inclina
La cabeza sobre el pecho.
La humedad la hiela toda,
Corto abrigo es el pañuelo;
Tiembla de terror su alma,
Tiembla de frio su cuerpo.
Si cualquier rumor la asusta,
Mas sus mismos pensamientos;
Pues ni uno solo le ocurre
De esperanza ó de consuelo.

Las velas que ha divisado
Cuando el sol ya estaba puesto,
La atormentan, la confunden.
Las ha conocido: cielos!
Son, sí, las del guarda-costa,
Jabeque armado y velero,
Terror de los emigrados,
De contrabandistas miedo.

¡Infelice Rosalía!...
A las ánimas de lejos
Tocar las campanas oye
De la torre de su pueblo.
¡Oh cuánto la sobresaltan
Aquellos amigos ecos!
Parécele que son voces
Que la nombran.—Gran silencio
Reinó despues largo espacio.
Las olas, que van creciendo,
Llegan á besar la peña,
De Rosalía los tiernos
Piés mojan... y no lo advierte:
Clavada está. Los destellos
De la espuma que se rompe,
Secas algas revolviendo,
La deslumbran. De contínuo
La reventazon inciertos,
Fugitivos grupos blancos
Le ofrecen del mar en medio,
Cual pálidas llamaradas.
Ella piensa que los remos
Y la proa de un esquife
Las causan... ¡Vanos deseos!

Así pasó largas boras,
Cuando un lampo ve de fuego
En alta mar, y en seguida
Oye al cabo de un momento
¡Poumb!... y retumbar en torno
Como un pavoroso trueno,
Que se repite y se pierde
De aquella costa en los huecos.
Ve pronto hácia el lado mismo
Otros dos ó tres pequeños
Fogonazos; mas no llega
El sordo estampido de ellos.
Otra roja llamarada...
¡Poumb! otra vez... ¡Dios! ¿qué es esto?
Repitiéndose perdióse
Este son como el primero.
No hubo mas: creció furioso
El temporal, y mas recio
Sopló el sudoeste; las olas
De Rosalía el asiento
Embisten, de agua salobre
La bañan; estar mas tiempo
No puede allí: busca abrigo
De la torre entre los restos.
La lluvia cae á torrentes,
Parece que tiembla el suelo;
Dijérase ser llegada
Ya la fin del universo.

ROMANCE TERCERO.

LA MAÑANA.

Raya en el remoto oriente
Una luz parda y siniestra;
A mostrarse en vagas formas
Ya los objetos empiezan.

Espectáculo espantoso
Ofrece naturaleza,
Las olas como montañas,
Movibles y verdinegras
Se combaten, crecen, corren
Para tragarse la tierra,
Ya los abismos descubren,
Ya en las nubes se rebientan.
Rómpense en las altas rocas
Alzando salobre niebla,
Y la playa arriba suben,
Y luego á su centro ruedan
Con un asordante estruendo:
Silba el huracan, espesa
Lluvia el horizonte borra,
Y lo confunde y lo mezcla.

La infelice Rosalía,
Toda empapada, cubierta
Con el pañolon mojado,
Que ó bien la ciñe y aprieta,
O agitado por el viento,
Le azota el rostro y flamea,
Volando ya desparcidas
Fuera de él las negras trenzas;
Falta de aliento, de vida,
El alma rota y deshecha,
Asida de los sillares
Se aguanta inmóvil y yerta.
Aparicion de otro mnndo,
Sílfida, á quien maga artera
Cortó las ligeras alas,
La juzgáran si la vieran.
Tiende espantados los ojos
Por el cáos: nada encuentra
Que socorro ó que consuelo
En tal apuro la ofrezca.

Descubre que una gran ola,
Que tronadora se acerca,
Entre las blancas espumas
Envuelve una cosa negra:
De ella no aparta los ojos,
Ve que en la playa se estrella,
Que al huir deja un sombrero
Rodando sobre la arena,
Y una tabla.—Rosalía
Salta de las ruinas fuera,
Corre allá, mientras las olas
Se retiran. No la aterra
Otra mayor, que se avanza
Mas hinchada, mas soberbia.
Ve en el madero lavado
Los restos de sangre fresca...
Coge el sombrero... ¡infelice!
Lo reconoce... Las fuerzas
Le faltan, cae, y al momento
Precipítase sobre ella
Una salobre montaña
Que la playa arriba entra,
Y rápida retrocede,
No dejando nada en ella.

Cual si dar, tan solo objeto
De la borrasca tremenda,
Lecho nupcial en los mares
A dos infelices, fuera;
A templar su furia ronca
Los huracanes empiezan,
Bajan las olas, la lluvia
Se disminuye, y aun cesa.
Rómpese el cielo de plomo,
Y por pedazos se muestra
El azul, que ardientes rayos
De claro sol atraviesan.

Ya se aclara el horizonte;
Por el lado de la tierra
Fórmanlo azules colinas,
Que aun en parte ocultan nieblas.
Una línea verde, oscura,
Movible, la forma y cierra
Del lado del mar, y asoma
La claridad detrás de ella.
Aunque silba duro el viento,
Aunque es la resaca recia,
Torna al mundo la esperanza
De prolongar su existencia.

En esto una triste madre
Y un tierno hermanillo llegan,
Buscando á su Rosalía,
A aquella playa funesta.
Llenos de lodo, empapados,
Muertos de cansancio y pena,
Tienden en reedor los ojos,
Y nada ¡oh martirio! encuentran.
Al retroceder las aguas,
Unas femeniles huellas
De pié breve reconocen
Estampadas en la arena...
«¡Rosalla!... ¡Rosalía!!»
Gritan, y no oyen respuesta.
Van á la arruinada torre,
Y hállanse sobre una piedra
Un envoltorio deshecho
Entre fango, espuma y tierra,
Y nn pañuelo rojo y jalde,
Que le sirve de cubierta.

LEYENDAS.

PROLOGO.

Las tres siguientes composiciones son las últimas que hasta ahora ha producido el fecundo ingénio poético del Duque de Rivas: una de ellas, la titulada *El Aniversario*, lleva la fecha de este mismo mes de Mayo, en que escribimos estas breves líneas para el tomo III de sus obras que ya se está imprimiendo. Son, pues, estas leyendas la verdadera expresion, ó en otros términos, la medida exacta de lo que representa y vale *hoy* su autor, considerado como poeta; y el lector, que en los dos tomos anteriores ha ido siguiendo el sucesivo desarrollo de las facultades poéticas, del gusto y de las ideas del Duque de Rivas, puede ya abarcar de una ojeada el camino entero que han recorrido y las trasformaciones todas que han experimentado aquellas facultades, aquel gusto y aquellas ideas desde los clásicos ensayos líricos de 1806, hasta las atrevidas concepciones de 1854. En este período de casi medio siglo, la diferencia entre las primeras y las úl-

timas, literaria y filosóficamente consideradas, es todavía mayor que la distancia material que las separa en el órden de primojenitura: en nada, absolutamente en nada se parecen unas á otras. La inspiracion del poeta ha tomado formas enteramente nuevas, desde que sacudiendo el yugo de la rutina y de las tradiciones de escuela, empieza á campear libre, altiva y ufana por los espacios de la fantasía, dirigida ya solo en su rápido vuelo por el estudio directo de la naturaleza y por el conocimiento práctico de la vida; pero en esta trasformacion, tan evidente que ni aun necesidad hay de hacerla notar, pues salta á la vista, y tan natural en sí misma, además, que de igual manera se observa en la mayor parte de los poetas de su tiempo, por lo cual no podemos considerarla como un rasgo caracteristico en nuesto autor, hay sin embargo una circunstancia especialísima que debemos advertir; circunstancia tan marcada en él, que acaso en ningun otro poeta antiguo ni moderno aparece visible en tan alto grado. Hablamos de aquella facultad extremadamente rara en los dominios de la inteligencia, que nosotros llamariamos de buena gana la *longevidad del ingénio*, y de la cual es el Duque de Rivas un ejemplo extraordinario. Por nuestra parte, y somos de los mas sinceros aficionados de su talento poético, lo que sin embargo de todo nos parece mas digno de admiracion cuando consideramos el conjunto de sus producciones, es esa arrogante pompa, esa lozanía eminentemente juvenil que las caracteriza á todas de igual manera, lo mismo á las que datan de sus mas verdes años, que á las qne hoy, ya en edad por lo comun cansada y estéril de flores literarias, brotan de su imaginacion con abundancia y espontaneidad verdaderamente pasmosas. La imaginacion del Duque de Rivas tiene siempre veinte años: la misma savia circula hoy por sus venas y con el mismo vigor que hace cincuenta años; el invierno de su vida es una feracísima primavera. No conocemos organizacion poética mas completa, mas rica y exuberante que la suya: su númen, en vez de decaer con el roce de los años, parece como que va adquiriendo de cada vez nuevos brios y juventud nueva. El Duque de Rivas es el Ticiano de la poesía. Así en las tres leyendas que, como hemos dicho, son hasta el presente sus últimas producciones, hay en nuestro sentir mas calor de imaginacion, mas gala en el lenguaje, mas sentimiento de la belleza, y en suma, mas *poesía*, mas *inspiracion* que en sus primeras obras, incluso el *Moro expósito*, que compuso

siendo jóven, inclusa la *Florinda*, fruto aun mas temprano de su fecundo estro.

La *leyenda*, en la acepcion inmediatamente tomada del francés que hoy se da entre nosotros á está palabra, cuyo significado en castellano no corresponde, segun la Academia, al que en ella tiene, es un género de composicion nuevo en España, ó, mejor dicho, es una forma poética recien importada, un *nombre* nuevo y nada mas; pues en cuanto á la índole de las composiciones hoy designadas con él, no solo fué conocida de nuestros poetas desde la formacion del habla vulgar, mas constituyó en todo tiempo nuestra verdadera poesía nacional bajo el dictado de *romance*. ¿Qué otra cosa son, sino, nuestros romances, mas que verdaderas leyendas? ¿Qué son estas, tales cuales hoy se usan, sino verdaderas novelas en verso, históricas ó fantásticas? Salvo la variedad de metros, no vemos la menor diferencia entre cualquiera de las antiguas historias ó de las tradiciones celebradas en los Romanceros, y la que con el título de *Maldonado* nos cuenta en preciosos versos el Duque de Rivas. El mismo dió el título de *leyenda* á su célebre novela en romances del *Moro expósito;* siendo, si no estamos engañados, el primero que introdujo entre nosotros esta palabra en la acepcion que hoy ha venido á ser de uso corriente. Sin vituperar la adopcion del nuevo vocablo, porque á mas do expresivo y hermoso, es de buena formacion, hagamos solo constar que no era de necesidad absoluta, y que al cabo se ha abusado de él, como de todo, bautizando con este nombre insulsas y desatinadas consejas; y como sea muy cierto el proverbio francés que dice: *le nom ne fait rien á la chose*, pasemos en buen hora por el dictado exótico de *leyendas*, y convengamos en que, llámense como se quiera, son estas composiciones, en manos del Duque de Rivas, una de las mas sabrosas lecturas con que puede recrear sus ocios un aficionado á la poesía. Interés grande en su argumento; escenas dramáticas preparadas con rara habilidad; descripciones llenas de vida; diálogos rápidos, discretos, apasionados; en suma, *todos* los atractivos juntos de *todos* los géneros de poesía, coadyuvan á la sensacion deleitosa que producen estas privilegiadas composiciones; privilegiadas, en verdad, porque, semejantes á los ramilletes, se forman reuniendo para ellas lo mejor de cada una de las distintas especies de flores que crecen en los vergeles de la poesía. Si se nos preguntase cuál de estas tres *leyendas* nos parece la mejor, nos

miraríamos mucho en ello antes de contestar, por cuanto las bellezas que respectivamente las avaloran en diferentes conceptos, están bastante eqnilibradas para que sea lícita la duda: mas si la pregunta fuese ¿cuál de ellas nos gusta mas? responderíamos sin titubear: *El Maldonado*. En esta composicion hay todo lo que puede y debe exigirse de las de su clase, en lo cual contamos por primeras condiciones, como en los dramas, el interés de la accion, y como en las novelas, la verdad de los caractéres. La accion de este poemita, nos parece la mejor ideada de las tres: todo allí es natural y verdadero, lo que de ningun modo excluye el que todo sea poético; muy al contrario. El almirante Perez de Aldana es una noble y hermosa figura, tipo excelente de la antigua caballerosidad española.

La Azucena milagrosa y *El Aniversario*, son dos acabados modelos en el género fantástico, hábilmente mezclado con la vida real, á la manera que se ve en los poemitas de Walter Scott, donde reviven llenas de interés y de verdad las tradiciones popnlares de la edad media con todo su maravilloso aparato de fantasmas, duendes y aparecidos. Hablando de la primera, á los pocos dias de pnblicada, deciamos en *La España* del 10 de Julio de 1851, al concluir una breve reseña de su asunto y de sus principales bellezas: «*La Azucena milagrosa*, por su »interesante y bien desarrollado argumento, como por las galas y pure»za de su diccion, descubre la mano de un maestro consumado. Cree»mos que sobrevivirá, entre otros méritos, por su elevado estilo y no»ble entonacion, dotes preciosas y hoy harto olvidadas, como nna de »las mas bellas flores que adornan la corona poética del Duque de »Rivas.»

La tradicion en que se funda la tercera de estas leyendas, la menos esmerada en su forma, es una de las mas admirablemente bellas que conocemos: sacada de una antigua crónica de Badajoz, lleva en sí nn carácter tal de grandeza y terror al mismo tiempo, que no es posible pensar en ella sin sentirse profundamente sobrecogido. Aquel templo lleno de improviso con las sombras de los antiguos conquistadores de la ciudad; aquel celebrante que, cumplida su misteriosa mision, cae muerto cual si le hubiera herido un invisible rayo, son imágenes cnya grandiosa novedad pasma y aterra: no tiene la edad media, tan rica de tradiciones poéticas, otra que lo sea mas que esta, ni acaso tanto. El contraste entre la última escena de este tremendo drama y las dos an-

teriores que preparan su desenlace, da á este un realce indecible: desde el alcalde cogido y volteado por un novillo de cuerda, hasta el sacerdote que

> «En la desierta catedral en donde
> Ni aun ornan el altar lucientes cirios,
> Y cuya soledad lo asombra y pasma,
> Entra despavorido,»

hay toda la distancia que separa á la materia del espíritu, á la tierra del cielo. Y hé aquí condensado, digámoslo así, en una breve composicion, el carácter esencial de la poesía del Duque de Rivas, desde que empezó á campear libre de trabas y á vivir con su vida propia: esa poesía lo recorre, lo abarca todo; no reconoce límites convencionales ó de escuela, antes parece como que se complace en los *contrastes*, copiando en esto á su gran maestra la naturaleza, tan rica de ellos! Así le vemos mezclar en uno todos los géneros, emplear alternativamente todos los tonos: cuando pudiera creerse que de puro llano va á caer en prosáico, da un salto y se remonta al mas delicado idealismo. Sus obras dramáticas, testimonio insigne de esta verdad, la atestiguan todavía menos que sus *leyendas*. Recórralas el lector y juzgue: de seguro nos dará la razon.

Mayo de 1854.

EUGENIO DE OCHOA.

LEYENDA PRIMERA.

LA AZUCENA MILAGROSA.

DEDICADA

A D. José Zorrilla.

INTRODUCCION.

Si envolviste mi nombre en el perfume
De tu *silvestre*, mágica *azucena* (1),
En donde se compéndia y se resume
Toda la gala de tu rica vena;
De agradecida mi amistad presume,
Y mi voz, aunque ya cascada suena,
El don te ofrece de sabroso cuento,
A quien da otra azucena el argumento.
No es contender ni competir contigo,
En quien de Calderon arde la llama;
Que solamente admiracion abrigo
Por tu renombre y brilladora fama:
Pues raros hay que desde tiempo antigo
Merezcan como tú la verde rama,
Que corona tu sien, claro Zorrilla,
Lumbrera del Parnaso de Castilla.

(1) Zorrilla habia dedicado pocos meses antes al autor su leyenda titulada *La Azucena Silvestre.*

¿Ni cómo competir númen helado,
Que al occidente rápido declina,
Con el que jóven en zenit sentado,
Bebe del sol la inspiracion divina?...
Oiga tu acento el orbe entusiasmado,
Las nubes cruza, entre los astros trina;
Mientras tocando el fin de mi viaje,
Doy tibia luz á un pálido celaje.

Fé santa y verdadero patriotismo
Dieron voz á los bélicos clarines,
Despertando el valor y el heroismo
De los nobles hispanos paladines,
Para lanzar el torpe mahometismo,
Que aun del reino asombraba los confines,
Y plantar de Granada en el turbante
La bandera del Gólgota triunfante.

Resonó por los ámbitos de España,
Que el mar circunda y el Pirene cierra,
Conmovido hasta la última cabaña,
El santo grito de tan justa guerra.
Y llegó pronto á una feraz campaña,
Que en torno abriga de Leon la sierra,
De Nuño Garceran antiguo estado,
Por sus mayores con valor fundado.

Sobre gigante loma que domina
Oscuro el bosque, fértil la llanura,
Y un hondo y ancho valle, en que camina
Torrente fugitivo de la altura,
El almenage carcomido empina,
Y timbres y follajes de escultura,
Como solo señor de aquel espacio,
Presumiendo de alcázar, un palacio.

Toscos los muros son, pero en su seno
Ofrecen comodísima vivienda,
Con jardin á su espalda tan ameno,
Como huerto de mágica leyenda.
Pues de arbustos y várias flores lleno,
Y cortado por una y otra senda,
Ostentaba á la vista y al olfato
Brillantes tintas y perfume grato.

Y el sabroso rumor de la sonrisa
De una fuente de mármol que chispea,
Y el murmullo apacible de la brisa,
Y el de las verdes ramas que menea;
Y Eco, que los repite en voz sumisa,
Y el ave que en los álamos gorgea,
Formaban deliciosa consonancia
Con selvas y torrentes á distancia.

Larga cadena de empinados riscos,
O mas cerca ó mas lejos del palacio,
Coronados de encinas y lentiscos,
Circundan de su término el espacio.
Y desnudas de chozas y de apriscos,
Mas no de nieves del invierno reacio,
Cierran en derredor los horizontes
Rudas cervices de gigantes montes.

Que ofrecen en sus quiebras y recuestos
Ejercicio á los perros y neblíes;
Garzas y aves diversas para aquestos,
Para aquellos cerdosos javalíes.
Y para el cazador ocultos puestos
Do á palomas selváticas turquíes,
Y á tórtolas, amor de las florestas,
Redes tender, ó disparar ballestas.

La llana y ancha vega parecia
Eu Marzo campo inmenso de esmeraldas,
Y cuando Abril en ella sonreia,
Alfombra de amapolas y de gualdas,
Que el rojo sol de Julio convertia,
Inundándolo todo hasta las faldas
De los montes, en mar de espigas de oro,
Cual no lo ven ni el Sículo ni el Moro.

Del otoño feraz frutos opimos
Ostentaban los huertos y cañadas,
Almíbares brotando los racimos
Entre pámpanos y hojas coloradas,
No inferiores en pompa á los que oimos
Que hallaron en las tierras fortunadas
De promision las tribus israelitas,
Por la alta diestra de Jehová benditas.

Robustas vacas y lozanos cbotos,
Blando trébol y pálida retama
Despuntan libres en los frescos sotos,
Que no agosta jamás del sol la llama.
Y allá por los ribazos mas remotos,
Entre peñas buscando verde grama,
De ovejas un sinnúmero se mueve,
Sin lo que fueran reputadas nieve.

Dos ó tres mil vasallos, que anhelosos
A su Señor y amparo bendecían,
Ricos, felices, prósperos, dichosos,
En tan fecundo suelo enriquecian.
Sin que entre ellos hidalgos de pomposos
Timbres faltáran, que guardar sabian
La comarca de injustas agresiones,
Armas vestir y domeñar bridones.

Pero de aquella tierra ventnrosa
Era el mayor encanto y maravilla,
Una imágen antigua y milagrosa
De la madre del Verbo sin mancilla,
Que con ardiente celo y fe piadosa,
Del excelso palacio en la capilla,
Veneraban aquellos naturales,
Implorando las gracias celestiales.

Tal era el pingüe y decoroso estado
De Nuño Garceran. En él moraba
Del mundo y de la córte retirado,
Y una dicha sin límites gozaba.
Cinco lustros su edad era, y casado
Con Blanca de Agramunt feliz estaba,
Amándola con vida y alma toda,
Aun muy reciente su anhelada boda.

De don Fortun Señor de Berindano,
Rico-home de Navarra exclarecido,
Por los reveses del destino insano
A desdichada suerte reducido,
Y por civil discordia en el cercano
Reino francés oculto y retraido,
Era hija Blanca, y su consuelo todo
Tenerla establecida de tal modo.

Pues ella, y un mancebo de edad tierna,
Que lo sigue, consuela, y acompaña
En peregrinacion, que juzga eterna,
Seguridad buscando en tierra extraña
(Tal del astro indignado que gobierna
Sus contrarias fortunas es la saña),
Eran las solas prendas, que tenia
De union dichosa cuando Dios queria.

Blanca, mujer de Nuño, era un portento
De gracia, de beldad, y gentileza,
De candor, de virtud, y de talento,
Sin lo que vale poco la belleza.
Y en tierna edad sin otro pensamiento
Que amar y ser amada con terneza
Por su esposo feliz, le procuraba
Dichas que el mismo cielo le envidiaba.

¡Cuántas veces vagando entre las flores
Del ameno jardin la siesta ardiente,
De sus amantes labios los amores
Dieron regalo al sosegado ambiente:
Y de la hermosa Blanca los colores,
Y el fuego de los ojos refuljente
De Nuño deslumbraban los encantos
De rosas, azucenas y amarantos!

Cuando al primer albor de la mañana
Al esmaltar el llano y la floresta
Los reverberos de carmin y grana
De nube junto al sol que nace puesta,
Si ella con un azor iba lozana,
Y él armando gallardo la ballesta
A recorrer el soto, por deidades
Los tuviera el error de otras edades.

Y á los tibios y pálidos reflejos
De la luna en las noches del estío,
Quienes á ambos esposos á lo lejos
Vieran vagando por el bosque umbrio,
Y oyeran de su hablar los suaves dejos
Atravesar las alas del rocio,
Por almas venturosas los tendrian,
Que el suelo aquel á bendecir venian.

En un mundo de amor dichoso y tierno,
Amor que concertaron las estrellas,
Y que se juzga durador, eterno,
Tan dursdor y eterno como ellas;
De los que solo un monstruo del infierno
Puede intentar romper, ya las centellas
De los celos lanzándole, ó la nieve
De infames dudas esparciendo aleve;

Blanca y Nuño gozaban dulces dias,
Teniendo de sus dichas por testigo,
Que á solas no hay completas alegrias,
Discreto confidente y franco amigo.
De un labrador de aquellas alquerías,
Cuando Nuño nació, nació Rodrigo,
Sin separarse de él desde la cuna,
Asegurando asl mejor fortnna.

Pues desde el primer paso de la infancia,
De su Señor asíduo compañero,
Entre los dos borrando la distancia
El poder de un cariño verdadero,
A conseguir llegó tal importancia,
Que era administrador y consejero
Y confidente y necesario amigo
De Nuño Garceran el tal Rodrigo.

¡Dicboso aquel que encuentra de la vida
En la difícil y áspera carrera,
Una existencia con la suya unida
Por firmes lazos de amistad sincera:
De amistad perdurable, no nacida
De interés vil, ó cálculo cualquiera;
Sino de inclinacion mutua, en los años,
Que de ficcion no saben ni de engaños!

Blanca, tan tierna, candorosa y pura,
Tal vez al buen Rodrigo miraria
Con prevencion pueril, que amor procura
Ser exclusivo en cuanto alumbra el dia.
Mas del de Nuño hallándose segura,
Y que el tal confidente lo aplaudia,
Tratándola sagaz con tacto sumo,
Que al fin venciera su desden presumo.

Con tal amigo, con tan tierna esposa,
Con alto nombro y con el rico estado,
La vida mas feliz y deliciosa
Gozaba Nuño que al mortal es dado.
Cuando el son de la trompa belicosa,
Cual ráfaga de viento inesperado
Nubla el cristal de plácida laguna,
Vino á nublar tan plácida fortuna.

De Garceran la noble sangre enciende
El llamamiento á tan cristiana guerra.
La obligacion con que nació comprende
Como ilustre Señor de aquella tierra:
La voz del Rey que lo convoca entiende,
Levanta su pendon, y de la sierra
Llamando á los hidalgos y pecheros,
Forma gallarda hueste de guerreros.

Ya el caballo que snelto la llanura
Tras las liebres y gamos recorria,
Bajo el bruñido arnés y la armadura
Generoso relincho al aire envia.
El arcabnz que al ciervo en la espesura
Fulminó, y la ballesta que solia
Un ánade matar, ó nna paloma,
Van ya á extinguir la raza de Mahoma.

El hidalgo, que solo de la caza
Se daba al ejercicio en ocio blando,
Ya vestida sobre ante la coraza
Se ejercita de escuadras en el mando.
Y el labrador plebeyo olvida el haza,
Que fecundó con su sudor, y ansiando
Moros matar, embraza la rodela,
Ciñe la espada, y alta gloria anhela.

Entusiasmado Nuño, alegre, activo,
De ocasion tal para mostrar contento
El noble esfuerzo y el valor altivo,
Propios de su encumbrado nacimiento;
Manifiesta que el cielo no fué esquivo,
En darle el alto militar talento,
Y aquel que á pocos hombres les concede,
Sin el que gobernar ninguno puede.

Tambien instinto bélico demuestra
Rodrigo en los aprestos diligente,
Ora pasando á las escuadras muestra,
Ora instruyendo la bisoña gente,
Ora con mano previsora y diestra
Mirando por su dueño cual prudente,
Tiendas, víveres, armas, municiones,
Procurando á los nuevos escuadrones. —
Blanca solo, si bien ufana mira
Bajo el bruñido arnés aun mas gallardo
Al esposo gentil por quien delira,
Que vestido del rústico tabardo;
Con mil sutiles medios, que le inspira
Su anhelante pasion, busca el retardo
De ausencia, que la aterra y la confunde,
Y en un desconocido mar la hunde.
Viendo afanado siempre á su marido,
Sin pensar mas que en la gloriosa guerra,
Teme que su ternura dé al olvido,
Y tal recelo sin cesar la aterra;
Que amor es siempre de recelos nido
(En serlo sin cesar tal vez no yerra)
Y exclusivo, absoluto, aislado, solo,
Quiere en las almas ser de polo á polo.
Mas ¡ah! Blanca se engaña, pues su amante
Firme como del norte está la estrella,
Jamás la amó tan ciego y delirante
Como al tener que separarse de ella.
Y, cual siempre acontece, en el instante,
De irla á perder hallábala mas bella,
Por no afligirla su dolor infando
En semblante y palabras ocultando.
Viendo al fin terminados los aprestos
Blanca, y cercano de la marcha el dia,
Infantes y caballos ya dispuestos
A saludar la hermosa Andalucía;
Y agotados al cabo los pretextos
Con que aquella jornada suspendia,
Ruega á Nuño con lágrimas y abrazos
Que el corazon hiciéronle pedazos:

Que espere á que perfile y que concluya
De bordar con sus manos una banda,
Que le prepara como prenda suya,
Y en que hace tiempo trabajando anda:
Para que este recuerdo disminuya,
Y ayude á hacer, si puede serlo, blanda
De ausencia tan atroz la amarga pena,
A que el Destino infausto los condena.

Y que logre tambien ser el escudo,
De amor que la labró por la influencia,
Do flecha enberbolada y plomo rudo
Estrellen su diabólica violencia;
Si se mostrase el cielo tan sañudo,
Y á sus ruegos con tanta indiferencia,
Que del maldito infiel no ponga estorbo
Al tronante arcabuz y al arco corvo.

Nuño consiente, que es lo que desea,
Y Blanca en su labor no se apresura;
Pero toca el final de su tarea
Por mas que dilatarla ¡ay Dios! procura.
Y coronando su amorosa idea
Una cifra, prolija bordadura,
De perlas traza con los nombres juntos
De Nuño y Blanca en combinados puntos.

Pero ¡ay! al terminar labor tan rica,
Al dar temblando la última puntada,
La aguja aleve se resbala y pica,
¡Mal presagio! la mano delicada,
Y de encendida sangre se salpica
La banda del amor... horrorizada
Lanza un grito la linda bordadora,
Y no el dolor, mas el agüero llora.

No estaba lejos el amado esposo,
Que vuelve de adiestrar los escuadrones,
Y herido del acento doloroso
Atraviesa anhelante los salones,
Y en alas del amor llega afanoso
Do sumida en funestas reflexiones
Halla á su encanto, y con el labio amante
Las lágrimas le enjuga del semblante.

Y aprecia mas el don, porque el tesoro
De aquellas de su sangre gotas puras
Le dan valor, que por las perlas, y oro,
Que forman sus labores y figuras;
Y talisman seguro contra el moro
Lo estima, y prenda cierta de venturas;
Explicando entendido aquel agüero
De un modo para Blanca lisonjero.

Ella en los brazos del esposo ataja,
El raudal de sus ojos, dichas sueña
Corto momento, y cíñele la faja,
Lazo que mas y mas su amor empeña.
Mas ¡ ay ! pronto su sangre toda cuaja
De las escuadras la última reseña,
Y de las trompas roncas la llamada
Para emprender ¡ oh cielos ! la jornada.

Es ya urgente. Ni lágrimas, ni abrazos
La pueden retardar. Noticia llega
De que los Reyes de la fe en los brazos
Se acercan de Granada á la ancha vega;
Y que ya en sus recuestos y ribazos
El cristiano estandarte se despliega;
Y mengua fuera ya de los leoneses
Llegar tarde á los triunfos ó revéses.

Los áfanes, las ánsias, las ternezas
De ambos esposos, al adios postrero,
Los encargos, palabras y finezas,
Que son de amor tesoro verdadero.
El trastorno comun de ambas cabezas,
Y de ambos corazones el esmero,
Quede en su punto aquí: pintarlo excede
Del poder que al ingénio se concede.

Formados en gallardos escuadrones
Los, ha poco labriegos y villanos,
Desplegados al aire los blasones
De Nuño Garceran en fieles manos,
Dando atabal y trompa con sus sones
Vida y voz á los ecos mas lejanos,
La hueste al cabo rumorosa marcha,
Un pardo amanecer, hollando escarcha.

Viejos, niños, mujeres, que formaban
Diversos grupos, con los ojos fijos
En las tropas que lentas caminaban
De esposos, y de padres, y de bijos,
Rostros y manos al Señor alzaban,
Con los fervientes ruegos mas prolijos,
Para que salvos de la cruda guerra
Los restituya á su nativa tierra.

En la eminente torre del palacio
Blanca, convulsa, muda, helada, yerta,
Ve el escuadron marchar por largo espacio,
Y ni aun á respirar su labio acierta.
Y Nuño Garceran confuso y lacio,
Que el peso del dolor lo desconcierta,
Torna, y mil veces repitió el saludo
Con penacho, con lanza y con escudo.

El bosque al fin y una importuna loma
Cubren el escuadron... un parasismo
A la infelice doña Blanca toma,
Y húndese del dolor en el abismo.
Nuño aun vuelve á mirar... mas ya no asoma
Ni la alta torre; y fuera de sí mismo
Se torna en hielo, un alarido exhala,
Y la visera hasta los pechos cala.

Consuélale con cuerdas reflexiones
Y lágrimas tambien el fiel Rodrigo;
¡Gran cosa es escuchar en ocasiones
El dulce acento de afanoso amigo!
Pero para calmar sus aflicciones,
¡Ay! no lo lleva Garceran consigo,
Pues en la ausencia déjale el cuidado
De su adorada esposa, y de su estado.

Y ¡oh gran dolor! en la inmediata aldea,
Despues de arreglos vários preventivos,
Uno al otro los brazos le rodea,
Empinados los dos en los estribos.
Y vuelve atrás Rodrigo, y espolea,
Y Nuño con mil gestos expresivos
Le grita ahogado: *Cuídame á mi Blanca*,
Y á las lágrimas da salida franca.

PRIMERA PARTE.

Los pendones triunfantes
De la cruz soberana
Ya respetoso desplegaba el viento,
En las torres gigantes
De esmalte y filigrana,
Con que Granada toca al firmamento;
Torres eternas, cuyos altos muros
Labrados entre mágicos conjuros,
Presagios, influencias, profecías,
Y consultas de signos, y de estrellas,
Lograban ya los venturosos dias
Para que tal poder les dieron ellas.
El sol desde el oriente
Al perfilar de grana y de topacio
Celajes que bordó la blanca Aurora;
Y al ocupar el trono refulgente
Del zenit en la cumbre del espacio,
Derramando á raudales
Vida, riqueza y luz á los mortales;
Y al declinar tras nube que trasflora
De morado, y de jalde al occidente;
Saluda los católicos pendones,
Y en ellos los castillos y leones
Y aragonesas barras ondeando,
Y la fe pregonando
De Alhambra, y de Albaicin en las almenas,
Do antes volaban lunas sarracenas.

Genil entusiasmado
Del triunfo de las armas españolas,
No cuvidiaba del mar las crespas olas,
Despues de baber tal gloria presenciado.
Y al través de la vega apresurado,
Dejando atras sus bosques y repechos,
Gozoso á relatar tan altos hecbos
Iba al Guadalquivir, cuya memoria
Conserva otros tan grandes de su bistoria.
De la Sierra nevada
Sonreia la cumbre
Porque en su hija Granada
Brillaba ya la bienhcchora lumbre,
Del lucero del Gólgota, y veia
A la grande Isabel, y al gran Fernando
La garganta pisando
Del islamismo con tan firme planta,
Que jamás volveria
El brillo á oscurecer de la fe santa,
Ni á profanar la bermosa Andalucía.—
Segura, eu fin, España
De la estirpe agarena, tanta bazaña
Famosa y nunca vista,
Con que sus héroes la feliz conquista
Lograron del imperio granadino,
Celebraba gozosa:
Aun sin saber que Dios iba el camino
Con mano poderosa
A abrirle de otro mundo,
Por favor de su gracia sin segundo.
Y ya la fama con su trompa de oro,
Eterna voz, y cántico sonoro,
Cruzaba mares, taladraba nnbes,
Prestándole sus alas los querubes;
Y la insigne victoria difundia,
Por cuanto alumbra el sol, y el mar enfria.
Y el español denuedo
Sembraba en los paganos
Terror, y helado miedo,
Y gozo, y nuevo aliento en los cristianos.

Pasmando al orbe todo
El triunfo audaz, con que el linaje godo
La lucha de ocho siglos coronaba;
Y con que aseguraba
La fé de Cristo, y su blason triunfante
Desde el tirreno mar, al mar de Atlante.
Sí: de doña Isabel, de don Fernando
Católicos monarcas españoles,
De alta prudencia y de denuedo soles,
Que hoy en gloria sin fin están brillando,
Despojo era Granada.
Mas dije mal, porque despojo no era;
Sino la mas preciada,
Y la joya mas rica, y la primera
De la diadema esplóndida española,
Entre cuantas respeta el orbe, sola
De otras muchas formada por el cielo,
Con incesante anhelo,
Para en la augusta frente colocarla
De tan egregios Reyes;
Y en ella asegurarla
Por las humanas y divinas leyes.
Magnífico diamante,
Rico joyel de la diadema augusta
Del imperio español era Granada;
Con su cielo radiante
Que rara vez el huracan asusta,
Con su sierra de pirámide de nieve,
A qnien, ni el cancro abrasador se atreve;
Con su vega encantada,
De deleites tesoro;
Con su Darro y Genil, que arrastran oro
En los raudales frios;
Con sns cármenes verdes y sombríos;
Con sus palacios mágicos de encajes,
Y frágil filigrana;
Con sus torres ligeras cual plnmajes,
Que el soplo de la cándida mañana
Entre vapores húmedos parece,
Que blando agita, y que risueño mece.

Si Urí inmortal, si reina de Odaliscas
De alas de leve niebla, y pié de espuma,
Con las galas expléndidas moriscas
Fué la hechicera juvenil Granada;
Ya por la gracia de los cielos suma
Se mira transformada
En augusta matrona,
Orgullosa, triunfante,
Y con la frente de real corona
Ceñida en vez del bárbaro turbante:
Viéndola con profundo
Respeto absorto el admirado mundo,
Ya con la fe católica en el seno,
Antes manchado del inmundo cieno
De torpes ceremonias y de ritos
Por el cielo malditos;
Y oyendo en sus mezquitas,
Del báratro tremendo con espanto,
Las palabras benditas
Del Evangelio santo,
Que alienta al siervo, y al tirano doma,
En vez de las blasfemias de Mahoma.
Y admirando en sus cármenes y Alhambras,
Y plácidos jardines
Las danzas castellanas y festines,
Mucho mas nobles que agarenas zambras;
Y en vez de Abencerrajes,
Y Zegríes traidores,
Poblada de linajes
Mas altos y mejores,
Mas bravos, y hazañosos,
Y mucho mas antiguos y gloriosos.

Todo era, pues, contento y alegria,
Justas, banquetes, y vistoso alarde,
Desde el primer albor del nuevo dia,
Hasta espirar los plazos de la tarde.

Y de danzas y orquestas,
Regios convites y costosas fiestas
El plácido rumor y los concentos
Daban vida á los vientos,
Las sombras de la noche regalaban,
Y el sueño de los astros arrullaban:
Y alboradas risueñas
Felicitaban á la blanca aurora,
Cuando las altas peñas
De excelsos montes con su luz colora.
Tan solo Nuño Garceran hundido
En afan melancólico se esconde,
Y ni al aplauso universal responde
A su valor egregio conferido.
Pues su esfuerzo bizarro
A la vega encantó, y admiró al Darro:
Siendo sus estandartes,
Y sus bravos leonéses
Nuncios de la victoria en todas partes,
Sin temer de fortuna los revéses.
Y él, en el duro asalto
Del regio alcázar colocó tan alto
Su nombre, que la fama,
La flor de los guerreros le proclama.
Mas ¡ay! que de su patria, de su estado,
Y de su tierna esposa separado,
No puede tanta ausencia
Soportar de su pecho la vehemencia.
Y ni ostenta su gala en los salones
De los reyes, ni asiste á sus funciones,
Ni luce en los jardines,
Ni brilla en los festines,
Ni en Vivarrambla en pisador ligero
Ensangrentando el acicate de oro,
Justa, ostentando su saber guerrero,
Lidia, mostrando su destreza, un toro.
Y lejos del bullicio, y los festejos,
Como está de placer y calma lejos,
Solitario pasea
Entre los altos olmos que menea

El céfiro en la orilla
Del Genil. Y en la noche triste vaga,
Cuando la luna entre celajes brilla,
Y la corriente cristalina halaga,
Por los campos desiertos
De tibia luz y de vapor cubiertos:
Y allí repite el nombre de su Blanca,
Y hondos suspiros de su pecho arranca.
Há tiempo que carece
De nuevas de ella, y cuando no hay noticias,
Ya infaustas, ya propicias,
La ausencia se parece
Al sueño eterno de la tumba helada:
Pues ó malas, ó buenas, son sustento
De un alma enamorada,
Y dan vida á la ausencia y movimiento.
A su tierra ha enviado
Uno y otro criado,
Que no tornan jamas, cual si un conjuro
Allá los detuviera,
O cual si á su regreso se opusiera
Un encantado impenetrable muro.
Confuso entre afanosos pensamientos
El triste se perdia,
Amante firme, y tierno enamorado,
Creciendo los tormentos
De su angustiado pecho cada dia,
De toda nueva de su bien privado.
Cuando á mirar acierta,
Que llega una mañana ante su puerta
En rocin sudoroso, y anhelante,
Un villano leonés; en el tabardo
De tosco paño pardo
Conoció qne lo era,
Como en las bragas y amarilla cuera.
Un vuelco dióle el corazon, se lanza
A salirle al encuentro sin tardanza,
Y sin preámbulo alguno le pregunta,
Latiente el pecho, la color difunta,
Por carta y nuevas de su esposa amada.

El villano la mano venerada,
Que es aquel su Señor reconociendo,
Le besa, de este modo respondiendo:
«Mi alta señora, vuestra esposa bella,
De las montañas de Leon estrella,
Salud cumplida tiene;
Aunque siempre afligida la mantiene
Vuestra ausencia, Señor, y noche y dia
Pide llorosa, y con ferviente anhelo,
Que os torne salvo á vuestra patria el cielo.
Yo habito la alquería,
Que está de la cañada en los alcores,
Entregado á las rústicas labores:
De allí el señor Rodrigo con gran priesa,
Sin duda porque mucho os interesa,
Partir mandóme, y con premura harta
Poner en vuestras manos esta carta.»
Confuso Nuño Garceran la toma
Con temblorosa mano,
Y aunque lo que le ha dicho aquel villano
De doña Blanca, centro de sus dichas,
Le asegura, tal vez al rostro asoma
Inquieta turbacion: pues que, un arcano
De míseras desdichas
En sí contiene el misterioso pliego,
Le dice el corazon. Se encierra luego,
Abrelo palpitante,
Y estos renglones se encontró delante.
«Don Nuño, tan larga ausencia
Empieza á perjudicaros,
Y es mi obligacion llamaros,
Que importa vuestra presencia.
»Pues se alcanzó la victoria,
Y se conquistó Granada,
Donde veis acrecentada
De vuestra casa la gloria;
»A librar á ella y á vos
De un abismo, que está abierto,
Y que yo á evitar no acierto,
Venid, y pronto por Dios.

»Venid, que os llama un amigo...
¡Quiera el cielo no sea tarde!...
El os ayude y os guarde,
Vuestro servidor, *Rodrigo.*»

En tormentoso mar de coufusiones,
Que envuelve noche ciega,
Leyendo estos renglones
El desdichado Garceran se aniega.
Dice poco, es verdad aquella carta;
Mas tambien, harto dice,
Para que hienda, y parta
El alma, y corazon á un infelice.
Y en el conjunto vago y sin colores
Del oscuro compendio
Se ven los resplandores
De un infernal, aterrador incendio:
Cual se ven en el fondo de los mares
En confusion las rocas,
Y sin forma, á millares
Cruzar los tiburones y las focas.
O cual tras negro tronador nublado
Se ve, que arde, y que gira
Meteoro encapotado,
Nuncio fatal de la celeste ira.
Doquiera que el discurso vacilante,
Buscando conjeturas,
De Nuño, acude errante,
Ve un piélago sin fin de desventuras
Y espectros y fantasmas espantables
Le revuelan en torno,
Mucho mas formidables
Por no tener ni forma, ni contoruo.
Y de aquellos fatídicos renglones
De tan infausto arcano,
Consuelo en las razones,
Quiere eucontrar su mente, del villano.

Sí, nuevas favorables de su Blanca
Le ha dado cual testigo;
Mas el alma le arranca
Notar que ni aun nombrarla osa Rodrigo.
Aquel le dijo que constante llora
Su ausencia; y este calla—
¿Será que el uno ignora,
Lo que otro el modo de decir no halla?...
¡Ay! este pensamiento le horroriza,
Y arde en un fuego interno,
Que envenena y atiza
Una mano invisible del infierno,
Y destrozado y roto en el combate
De temor y de duda,
Se anonada, se abate,
Sin luz los ojos y la boca muda.
Mas una pronta decision estalla
En su cabeza ardiente,
Cuando en la cruel batalla
Iba á doblar exánime la frente.
La de volar en busca de Rodrigo
A la nativa sierra,
Y ver cual enemigo
Allá le mueve tan extraña guerra—
Y las alas envidia voladoras
Del águila altanera,
Que cruza en pocas horas
Todo el cóncavo espacio de la esfera.
Escondiendo á los suyos el viaje,
Veloz caballo ensilla
Y con humilde traje,
Y con solo su afan vuela á Castilla.
Ya deja atrás las torres de Granada,
Y la encantada vega,
Y la Sierra nevada,
Y al confin andaluz rápido llega.
Y lo ve galopar sin un respiro
El sol desde el Oriente,
Hasta acabar su giro,
Apagando en el mar la crencha ardiente.

Y la luna y las trémnlas estrellas
Alumbran sn viaje,
Luciendo sus centellas
Al través del vapor y del celaje.—
Atraviesa á Castilla, montes, rios,
Valles profuudos, nada
Disminuye sus brios,
Ni detiene la rápida jornada.
Y al rojo esclarecer de hermoso dia,
Principio del verano,
Cuando la aurora abria
La puerta de oro al astro soberano.
Vió Nuño aparecer azul un monte
Aun de nieve vestido
Allá en el horizonte,
Y dióle el corazon hondo latido.
La sierra es de Leon, donde su estado
Tiene, y su dicha asiento;
Y hácia ella arrebatado
Lanza el corcel mas rápido que el viento.
A cada nueva, y conocida loma,
Que descuella de lejos,
Y cuando un punto asoma,
Que blanquea del sol á los reflejos,
Sensaciones tan fuertes é indecibles
El corazon le agitan,
Y tan indefinibles
Pensamientos le bielan ó le irritan;
Que ya para sufrir tanto martirio
Sin fuerzas, espolea
En insano delirio
El alazan, que sin vigor jadea.
¡Oh cuán breve, y cuán largo es el camino
Que corre un desdichado,
Si va donde el destino
Le tiene algun desastre preparado!—
Al cabo Nuño en férvidos vapores,
Que del valle se elevan,
Descubre los alcores
De los estados que su nombre llevan.

Y al fin del sol, que baja lentamente
Al confin del espacio,
No lejos ve á su frente
La mole desigual de su palacio.
Y le parece aterrador coloso
Que lo amenaza y mira;
Y crespon doloroso
La leve niebla que en sus torres gira,
Y detiene de pronto la carrera
Con toque tan forzudo,
Que el caballo cayera,
A no sentir el acicate agudo,
Y lanza un grito, ó pavoroso trueno,
Que el corazon hinchado
Le da un vuelco en el seno,
Como si en él hubiera reventado.
Una encendida bomba es su cabeza
Que á estallar va al instante,
Y en toda su grandeza
La boca del infierno ve delante.
¡Mísero...! las fantásticas visiones
Le cercan de su mente,
Piérdese en ilusiones,
Y no ve la verdad que está presente.
No ve á su encuentro por la misma senda
Un hombre y un caballo
Venir á toda rienda,
Ni oye el recio pisar del duro callo.
Ni sale del delirio hondo, morboso,
Hasta que el brazo amigo
Le estrecha cariñoso
De su buen servidor, del fiel Rodrigo.
Reconócelo, abrázalo, suspira,
Y la color difunta,
Con hondo afan lo mira,
Sin osar producir una pregunta.
Y Rodrigo tambien mudo, turbado,
Y la color de cera,
La mirada, espantado,
De aquellos ojos evitar quisiera.

Descabalgan entrambos, y Rodrigo
Estrechando la mano
De su Señor y amigo,
Lo asienta al pié de un álamo lozano:
Cuando en un mar de fuego en Occidente
Pálido el sol se hundia,
Su faz velando ardiente
Sangriento nubarron, tumba del dia.
A la luz del crepúsculo borrosa,
Mientras la suya daba
La luna candorosa,
Que entre cumbres oscuras asomaba;
Tras de silencio breve, pero horrendo,
Solos, y sin testigos,
Tal diálogo tremendo
Tuvieron entre sí los dos amigos.—

DON NUÑO.

A tu carta obedeciendo
En Leon me tienes ya,
¿Qué males, pues, me amenazan?...
Dilos, dilos, sin tardar.
Dilos, porque el alma tengo
En tan angustioso afan,
Que de tus palabras pende
Mi ansiosa vida quizás.

RODRIGO.

Señor, mi confuso labio
No sabe cómo empezar;
Pues hay cosas cuyos nombres
No acierta el bueno jamás,
Y acaso es mas infelice,
En mayor angustia está,
Que el que infortunios aguarda,
Quien los debe revelar.
. . . .
. . . .

Don Nuño.

Apresura mi tormento,
Ten de tu amigo piedad.
¿Vive Blanca?... Si ella vive,
¿Qué me importa lo demás?

Rodrigo.

¡Ay, que has pronunciado el nombre
Que no osaba pronunciar!
Vive Doña Blanca, vive...
Vive, sí, vive... ¡ojalá
Que nunca vivido hubiera
Para tu nombre afrentar!!!

Don Nuño (*furioso*).

¿Qué supones, miserable?...
¿Qué alientas, furia infernal?...
Prueba, prueba lo que dices,
O mi furia probarás.
Mi Blanca es como el sol pura,
Es un Angel celestial.

Rodrigo (*turbado*).

Doña Blanca... es...

Don Nuño.

¿Qué es?... acaba
... ¿te se pega al paladar
la lengua?... ¿Qué es, dí, mi esposa?

Rodrigo.

¡Infiel!

Don Nuño (*poniéndose de pié*).

¡Mentira!

RODRIGO (*resuelto*).

¡Verdad!

DON NUÑO (*cayendo convulso*).

¡Abrete, tierra, á mis plantas
y sepúltame voraz!

Como de rayo tronador herido
Cayó convulso en tierra,
Y lanzó un alarido
Que extremeció los riscos de la sierra.
Y el confidente mudo y aterrado,
Hecho estatua de hielo,
Inmóvil quedó á un lado,
Fijos los turbios ojos en el suelo.
Don Nuño destrozándose furioso
La túnica y el pecho,
Revuélcase auheloso
Sobre la yerba, de dolor deshecho.
Rodrigo al cabo á su socorro viene,
Levanta al infelice,
Lo anima, lo sostiene,
Y con voz balbuciente así le dice:

RODRIGO.

Volved en vos, Señor mio,
¿Dónde vuestro esfuerzo está?
¿Quereis morir sin venganza?

DON NUÑO (*reanimándose*).

¡No, Rodrigo, no, jamás!
Cuéntame, cuéntame todo,
Tranquilo te escucho ya.

RODRIGO.

¡Y qué puedo yo contaros?...
Vuestros ojos mismos van
A decíroslo al momento.
Y pues nadie sospechar
Puede, Señor, vuestra vuelta,
Y la noche, y el disfraz
Esconden vuestra persona,
Venid tras de mí y callad.

Como al conjuro de potente mago
Un cadáver camina,
Así con paso vago
Va Nuño entre la niebla blanquecina.
Atravesando el bosque con su amigo
En silencio profundo,
Mas llevando consigo
Todo un infierno aterrador del mundo.
Y su planta vacila á cada instante,
Y no mas firme acaso
Es la que de él delante
Tiende Rodrigo con incierto paso.
Y no se escucha mas que el rumor leve
De espesos matorrales,
Que su marcha remueve,
Al través de barrancos y deheriales.
Y la respiracion de ambos viajeros
Estertor parecia,
Del que ya en los postreros
Afanes juzga escasa el aura fria.
Iban como al través de honda cañada
Entre encinas y pobos,
Buscando la manada
De ovejas, van dos carniceros lobos.

Y los ojos de Nuño relumbraban
Cual brasas encendidas,
Y acaso espanto daban
A las aves del todo aun no dormidas.
Y lumbre azul, cual arde sobre un muerto,
Los ojos de Rodrigo
Daban en el desierto,
Sin osar revolvarlos á su amigo.
A poco tiempo llegan á una puerta
Del jardin del palacio,
Que sin rumor abiarta
Da entrada franca al ancantado espacio.
Y enfrente allí de un cenador de hiedra,
Do una lámpara ardia,
Y una mesa de piadra
Refrigerios, y frutas ofrecia;
Entra las murtas, troncos y follaje
Qnedan entrambos bultos,
Por fin de su viaje,
En gran silencio, sin moverse, ocultos.
Tal se esconde alevoso en la enramada
El cazador, y espera
La cierva descuidada
Que baja por la noche á la ribera.
¡Ah bnen Rodrigo!... tu amistad constante,
Tu gratitud ardiente
Te arrastran tan distante,
Que no hallarán disculpa en el prudente.
De honradez y lealtad tan alta prueba,
¿No ves, oh fiel Rodrigo,
Que al precipicio lleva
Al que proclamas protector y amigo?
¡Cuánto mejor te fuera, ó tú vengarlo,
Si impedir no pudiste
El mal, ó que ignorarlo
Por largo tiempo consiguiera el triste?
¡Ay, hasta la virtud, hija del cielo,
Los míseros mortales,
Por imprudente anhelo,
Pueden mina fecunda hacer de males!

¡Cuán clara y refulgente,
Espléndido topacio,
En el celeste espacio
Ostentaba la luna su explendor!
Con sonrisa inocente
Dormida entre celajes,
Delicados encajes
De leve niebla y cándido vapor.
Y su luz argentina
Por lomas y collados,
Y silenciosos prados
Se gozaba apacible en resbalar;
Y la pomposa encina,
Y el contorno del monte
En el vago horizonte,
De nácar sobre nnbe, en dibujar.
Dejando al valle hondo
Tiniebla misteriosa,
Que nadie mirar osa
Temiendo algun fantasma descubrir;
Y solo allá en el fondo
Dejaba en la corriente
Del rápido torrente
Breve y fugaz destello relucir.
En calma estaba el viento,
Y el aura revolando,
Y en silencio besando
Las soñolientas flores del jardin,
Robábalas su aliento,
Y con él perfumaba
Y en bálsamo tornaba
El ambiente hasta el último confin.
El silencio profundo
Tan solo interrumpia,
La fuente que corria,
Y el acento de un tierno ruiseñor:
Dijérase que el mundo
En sueño regalado,
Dormia reclinado
En el inmen o seno del Criador.

¡Ah! noche tan hermosa
Tranquila y apacible
Que encubra no es posible
Perfidia, engaño, crímen y traicion.
Si alma hay tan horrorosa,
Que á turbarla se atreva
Sobre su frente llueva,
El fuego de la eterna maldicion.
Mas ¡ay! que la influencia
De su apacible calma
No tranquiliza el alma
Del furibundo Nuño Garceran.
Y cuando su impaciencia
A atropellar por todo
Iba, y de cualquier modo
A dar un fin á su angustioso afan;
Y apenas ya podia
La mano de su amigo
El ejemplar Rodrigo,
Contener su impaciencia y su altivez;
En lejana abadía
El reló resonando,
Que el tiempo iba ajustando,
Dió con gran pausa campanadas diez.
Y á la puerta aparece,
Del vecino palacio,
En el oscuro espacio
De pronto una hermosísima mujer.
Mujer que resplandece,
Aparicion divina,
De aquellas que imagina
La inocencia en ensueños de placer.
Talle esbelto, elegante,
Y formas delicadas,
Que lucen adornadas
Con veste de blancura virginal.
Y un pálido semblante
Sobre el cuello flexible,
Tan bello y apacible,
Y de expresion tan noble y celestial,

Cual rara vez el suelo
Vo, cuando de belleza
Quiere naturaleza
Darle un tipo ostentando su primor;
Y que tau solo el cielo
Reveló al soberano
Ingénio, y á la mano
Del grande Urbino, el inmortal pintor.
Toda ella ilnminada,
Sobre aquel fondo oscuro
Encuadrado en el muro,
Por la luz de la lnna vertical
Con el claror mezclada,
De la llama, que brilla
Oscilante, amarilla,
Dentro del cenador en uu fanal;
Parece la figura
De la divina maga,
Apariciou tan vaga
De misterioso y singular color;
Que no humana criatura
Del mundo se creeria,
Sino una fantasía,
Un conjunto de luz y de vapor.
Don Nuño arrebatado
Por tal vision divina
Casi la frente inclina,
Casi olvida su furia y su ansiedad;
Cuando ponerse al lado
Ve de aquella belleza,
Con familiar franqueza,
Un mancebo gentil de corta edad.
De risueño semblante,
De noble corpulencia,
De gallarda presencia
Brotando actividad, vida, expresion:
Y con traje elegante
De rojo terciopelo,
Y sobre el rubio pelo
Una toca adornada de un airon.

Lanzó Nuño un rugido
Profundo, ahogado, interno,
Que se oyó en el infierno,
Aunque apenas se oyera en derredor.
Y ciego, enfurecido,
Con el hierro desnudo,
Iba... Pero forzudo
Sujetó el fiel Rodrigo su furor.

El jóven, y la hermosa,
Alegres, descuidados,
Y del brazo enlazados
Discurren un momento en el jardin.
Y su charla amorosa,
Esparciendo un murmullo
Como apacible arrullo,
Dentro del cenador entran al fin.
Ella en rica almohada
De brocado se sienta,
Y de pié le presenta
Frutas y flores el gentil garzon.
Quien viendo preparada
Arpa sonora á un lado,
Púlsala arrebatado,
Y entona esta dulcísima cancion.

«En noche tétrica
De desventura
Y de amargura
Me iba ya á hundir;
»Cuando la fúlgida
Luz de una estrella
Benigna y bella
Ví relucir:
»Y eras tú, Blanca mia,
La estrella de consuelo y de alegría.

»En negro vértigo
Agonizaba,
Mi pié tocaba
Ya el ataud,
»Y un dulce bálsamo
Bebí anhelante,
Y hallé al instante
Vida y salud:
»Y eras tú, Blanca mia,
El bálsamo que tanto conseguia.

»Blanca, sí,
Todo á tí
De polo á polo
Lo debo solo.
»Sin tu amor,
Y favor
Fuera mi suerte
Mísera muerte:
»Porque eres, Blanca mia,
Bálsamo de salud, sol de alegría.»

Aquí llegaba en su cancion, mirando
Con arrasados ojos y semblante
A la dama el doncel; cuando anhelante
Ella, el rico almohadon abandonando,
Se acercó á él con cariñoso exceso,
Y en la mejilla juvenil y hermosa,
Con la emocion del canto ardiente rosa,
Le imprimió un blando y delicioso beso.
Rodrigo suelta entonces á don Nuño,
Que como flecha despedida arranca,
Y en el seno infeliz de doña Blanca,
Hundió la daga hasta el dorado puño.
El mancebo de pronto en su defensa,
Tarde era ya, sacrificarse quiere,
Y el mismo acero lo recibe, y hiere
Y abre en su tierno pecho herida inmensa.

Al desplomarse en brazos de la muerte
Blanca infeliz, y en el postrer desmayo,
Cuando juzgó que la mataba un rayo,
Quien es su matador ¡mísera! advierte.
Y ¡oh Nuño!!! exclama en el postrer aliento,
Y Nuño redoblando con oirla,
Su furor infernal, torna á embestirla,
Que solo de su muerte está sediento.
Y cébase cual hiena furibunda,
En el cadáver con horrible estrago;
Bañándose frenético en el lago
De sangre, que el jardin, cálida inunda.
Cuando huracan horrísono rugiente
Baja de pronto desde la alta sierra,
Los árboles altísimos aterra,
Y el cenador y lámpara eminente.
Embiste silbador con recio empuje
El palacio, y lo mece, y lo fulmina,
Las gigantescas torres arruina,
Y el muro roto se desploma y cruje.
Y la luna purísima envolviendo
En borrascosas nubes espantables,
Con espesas tinieblas impalpables
Cubrió aquel espectáculo tremendo.
Nuño, de un trueno al espantoso grito,
De sí mismo medroso y aterrado,
Y creyendo que el orbe ha caducado,
Del Sumo Ser, que lo formó, maldito;
Por el áspero monte huye cobarde,
De cuando en cuando deslumbrado y ciego
De súbitos relámpagos al fuego,
En que juzga que el globo todo arde.
Así recien formado, con profundo
Terror, vagar por anchas soledades,
Envuelto en espantosas tempestades,
Al primer homicida miró el mundo.

SEGUNDA PARTE.

¡Sevilla! ¡Oh nombre mágico, que encanta
Con su apacible son mi mente toda,
Y de recuerdos plácidos circunda
Mi helado corazon y mi memoria!
Sevilla, Reina del ameno clima
En que Guadalquivir su régia pompa
Ostenta, caminando hácia los mares
Do el sol se esconde al desdeñar á Europa.
Sevilla, que gallarda señoreas
De olivo y de laurel con la corona,
La parte mas risueña de este mundo,
Y do ingenio y valor la tierra brota:
Mientras mas lejos de tus altos muros,
De tu inmensa basílica grandiosa,
Y de tus odoríferos verjeles,
Mas te tengo presente á todas horas.
En tí pasé mi juventud florida,
Y el balsámico ambiente de que gozas
Me restauró la sangre, que en los campos
Por mi patria y mi rey vertí con honra.
Y en tí gocé de deliciosos dias,
Y del amor los bienes y zozobras,
Y recogiendo aplausos y laureles,
De la felicidad bebí en la copa.
Qué entusiasmado viendo de Murillo
Y Zurbaran las encantadas obras,
Admirando tu alcázar y tu templo,
Y oyendo hablar á Herrera y á Rioja,

Me elevé de las brisas en las alas,
Cual del jazmin y azahares los aromas,
Y el fuego celestial de la poesía
Ardió en mi mente, y aspiré á sus glorias.
Jamás, jamás te olvido, insigne emporio
De ingénio y gracia, y de beldad; y ahora
Mientras de tí tan separado escribo
En alto verso esta olvidada historia;
A la orilla de un mar que de esmeralda
Revuelve alegre las risueñas olas,
Inmediato al flamígero Vesubio,
Y admirando su cumbre tronadora,
Que humo y ceniza lanza contra el cielo,
Y forma espesa nube, que el sol dora;
Cercándome de flores coronadas
De Posílipo y Vómero las lomas;
Y en Nápoles, en fin, la que en el mundo
Tanto renombre exclarecido goza:
A tí, y tan solo á tí tengo delante,
Y en tí, ¡grata ilusion! mi mente mora.
Y miro alzarse tu Giralda esbelta
Entre vapores de color de rosa,
Y oigo la voz de sus sonoros bronces,
Que retumba en los montes de Carmona.
Y que estrecho á mi seno me figuro
Las dulces prendas, que de mí remotas
Allá anhelan tan solo mis noticias,
Y sin cesar me llaman y me nombran.
Y escenas ocurridas en tus campos
Voy á contar, para aclarar la historia,
Que de la tumba de la edad pasada
El sacro númen, que me inspira, evoca.

Poco despues que en la morisca Alhambra
La cruz de Cristo derrocó á la luna,
Triunfó de la espantosa idolatría
En el bárbaro haren de Motezuma.

Pues el Reparador del universo
Dió de extender su nombre, y la fe suya
La alta mision á los esposos Reyes,
Que á Aragon y Castilla unen y juntan.
Y abriendo las barreras de los mares
A las osadas españolas fustas,
Regidas por un hombre extraordinario,
Domador de huracanes y de furias;
Ofreció un nuevo mundo á su grandeza;
Do la gloria aumentar que los circunda,
Y do la santa luz del Evangelio
su influjo bienhechor muestre cual nunca:
Disipando las bárbaras tinieblas
De las espesas infernales brumas,
En que el rebelde Arcángel envolvia
Las regiones del globo mas fecundas.
Allí pocos valientes humillando,
A fuerza de constancia y de bravura,
El poder de cien bárbaras naciones,
Y del tenaz infierno las astucias;
Dieron á los católicos Monarcas
Cien coronas riquísimas, que ocultas
Para España guardó siglos y siglos
En tal region la Omnipotencia suma.
Mas de tantas conquistas milagrosas,
Que aun la envidia por fábulas reputa,
Como hicieron los bravos españoles
Allá en ocaso en incesante lucha;
La mas alta, admirable y portentosa,
La colmada de gloria, cual ninguna,
Fué el imponer Hernan-Cortés, el grande,
Al mejicano imperio la coyunda.
¡Hernan-Cortés!... Coloso que descuella
Entre los héroes que la fama adula,
Como gigante pino en los jardines
Se alza soberbio entre la humilde murta.
¡Hernan-Cortés!... cuyo glorioso nombre
El primer puesto de la historia ocupa,
Entre cuantos alzarse ha visto el mundo,
En brazos de la bélica fortuna.

El que llevó la cruz de su estandarte
De triunfo en triunfo, vencedora, augusta,
Desde la fértil vega de Tabasco,
Hasta las altas torres de Cholula;
Tan solo con seiscientos españoles,
De guerreros cien mil domó la furia,
A fuerza de constancia y de denuedo,
En los valles hondísimos de Otumba.
Y plantó audaz el pabellon hispano
Con gloria eterna de la patria suya,
En la opulenta Méjico, que el orbe
Del Occidente Emperatriz titula.
¡Ay!... al trazar estos sonoros versos
Con noble orgullo la entusiasta pluma,
De tanta gloria mis ardientes ojos
En aquella region el templo buscan.
Y la ven ¡oh dolor! presa infelice
De raza infiel, advenediza, oscura,
Que á la fe del glorioso Recaredo
Con sus dogmas heréticos insulta.
Raza de mercaderes..... ¿Y no queda,
Y allí no queda ya gota ninguna
De castellana sangre, que valiente
Tan horrenda agresion pasme y confunda?
......Queda, sí, y se derrama valerosa,
Mas sin fuerza y poder. La desvirtúan
Rebeliones, discordias, impiedades,
Delirios, ambiciones y disputas,
Que pérfida Albion con larga mano,
Hundiéndolos en mar de desventuras,
Sembró en aquellos pueblos infelices,
Que niños son, y adultos se figuran.
¿Y por qué, España, la ofendida España,
No alza la frente, y sus valientes junta,
Y á la venganza y al socorro vuela,
Perdonando cual madre las injurias?
¿Mas qué pronuncio? ¡oh Dios! basta, y un velo
Impenetrable las miserias cubra,
Que el poder roban á la patria mia,
Y que la gloria de su nombre anublan.

Y volvamos la mente á aquellos siglos,
Para consuelo de tan grande angustia,
En que su fe y lealtad la colocaron
Mas alta que ese sol que nos alumbra.

Triunfantes los castillos y leones
En la régia mansion de Motezuma,
Y la Insignia del Gólgota humillando
Del Idolo infernal la frente inmunda;
Ya recibia el mejicano imperio
Sumiso, reposado, y con fe pura
Las suaves leyes y los santos ritos,
Que paz y eternas dichas aseguran.
Y el grande Hernan-Cortés, modelo insigne
De lealtad española cual ninguna,
A poner de su Rey ante las plantas
Aquella gran conquista se apresura.
Y cargada de bálsamos y aromas,
Perlas, tejidos y esmaltadas plumas,
Oro, alimañas de pintadas pieles,
Indios guerreros, y exquisitas frutas;
Mandó partir una lijera nave
Desde las playas de San Juan de Ulúa,
Que lleve á España, y al Monarca ofrezca
De aquel imperio la diadema augusta.
Mar bonancible, y favorable viento
Halagan al bajel, que la fortuna
Conduce hácia el Oriente, y que gallardo
Las crespas olas, sin peligro sulca.
Ya mira desde lejos coronadas
De olivos las montañas andaluzas,
Y sin temer escollos ni bajíos,
Y humillando la barra de Sanlúcar,
Del gran Guadalquivir las dulces aguas
Riza y encrespa de argentada espuma,
Y entre olorosos, verdes naranjales
Pomposa pasa y presurosa cruza.—

Ya ve de la Giralda desde lejos
Alzarse altiva la delgada aguja,
Y del coloso, que en su cumbre gira
Los fúlgidos destellos la deslumbran.
De Sevilla las torres y atalayas
Que nave llega de Occidente anuncian,
Y á muelles, y riberas acudian
A saludarla las curiosas turbas.
La nave magestosa, cuyas velas
Las frescas brisas de la tarde empujan,
Con flámulas jugando y gallardetes,
Que en los ingentes mástiles ondulan,
De la torre del Oro á los piés llega,
Las pardas lonas en la verga anuda,
Y rompe con las áncoras el rio,
Que fondo en que cebar el diente buscan.
Y con alegre salva, que un momento
En blanco humo la envuelve, y que retumba
De los lejanos montes en los valles,
A la ciudad clarísima saluda.
El sol en el ocaso se escondia
Entre vapores férvidos, que ofuscan
Su deslustrada faz, y en el oriente
Se alzaba rica de esplendor la luna.
Del principio dichoso del verano
Una noche tranqnila, hermosa y pura
Empezando á lucir, de calma llena,
Anunciado reposo, y faz profunda;
Ríndese al sueño la cansada gente
De la nave, ya inmóvil y segura,
Y la gente de tierra se retira
Ansiando solo que la aurora luzca.
Rayó por fin en el remoto oriente,
Aun de celajes y vapor desnuda,
Y el sueño desterrando de Sevilla
A la Giralda con su luz saluda.
Cuando enjambre de lanchas y bateles,
De barcazas, de botes y falúas,
Cercan la gruesa nave, y las riquezas
Ansian de que preñada la reputan.

Y entre el comun estruendo y algazara,
Y voces diferentes y confusas,
A la radiante luz del nuevo dia
El desembarque ansiado se apresura.
Y ya van á los muelles y riberas
Pesados fardos de riqueza suma,
Aves, que nunca el cielo aquel cruzaron,
De verdes, rojas y amarillas plumas,
Maderas exquisitas, que la cara
De los bruñidos mármoles ofuscan;
Especias del sabor mas delicado,
Que olfato y paladar á un tiempo adulan.
Barras de oro y de plata refulgentes,
Armas de pedernal, y de tortuga,
Coseletes y escudos con labores
Que á las del gran Celini sobrepujan.
Tejidos de algodon cual blanca nieve,
O teñidos de grana que deslumbra;
Plantas de pomposísimos follajes,
Con prodigiosas, odorantes frutas.
Gruesas perlas, espléndidos penachos,
Copal, y aromas, y con rara industria
Cueros, búcaros, cobres, filigranas
Labrados en fantásticas figuras.
Gomas medicinales, y hasta yerba,
Cuyo humo el marinero aspira y chupa,
Lanzándolo despues en blanca nube,
Que el ambiente en redor llena y perfuma.
Y hombres de otro color, y de un lenguaje,
Que ahullido de las fieras se reputa,
Y aunque lampiños sus feroces rostros,
Audacia y furia bárbara denuncian.
Eu fin, las producciones exquisitas
De un clima remotísimo, que ocultan
Hinchados mares; producciones raras
Que hasta entonces la Europa no vió nunca.
Tanta extraña riqueza y tanto objeto
Admirable y magnífico deslumbran
A los entusiasmados sevillanos,
Y su imaginacion rica, y fecunda

Ve aun mucho mas de lo que ve delante:
Y pondera, engrandece, aumenta, encumbra
El bajel, y la carga, y la conquista,
Y alto portento cuanto mira juzga.
La ribera tocar los pasajeros,
Entre tan grande confusion procuran,
Y en los lijeros botes, y en las lanchas
Saltan, y se acomodan y se agrupan.
Y en llegando á los muelles, de rodillas
Con gran fervor, y con las manos juntas,
Dan gracias al Señor Omnipotente,
Que en tan extenso mar les dió su ayuda.
Y abrazan de la infancia á los amigos,
Y noticias solícitos escuchan
De la córte, y las grandes novedades
En su ausencia ocurridas los conturban.
Y luego satisfacen como pueden,
Oyendo atenta una curiosa turba,
A mil necias cuestiones inconexas,
Y á disparatadísimas preguntas.
Unos cuentan hazañas portentosas,
Otros riquezas sin reparo abultan,
Otros muestran horrendas cicatrices,
Y todo es confusion y barahunda.

Tan solo un pasajero no demuestra
Para desembarcar priesa ninguna,
Y á todo aquel bullicio indiferente,
Se apoya á un mástil con la boca muda.
Y ya entrada la noche, por la escala,
Desciende y toma asiento en la falúa,
Y manda que á la orilla mas distante,
No al bullicioso muelle, lo conduzcan.
En sitio solitario en tierra salta,
Nadie repara en él, y no tributa
Gracias al cielo hincada la rodilla,
De que en la tierra firme el pié asegura.

Vaga un momento de uno al otro lado,
Y párase despues. Los brazos cruza,
Con horror la ciudad cercana mira,
Y torna el rostro á la creciente luna.
Parece que al poner el pié en España,
Y al mirarse en su tierra le atribula
Algun grave recuerdo, ó que le espera
Alguna miserable desventura.
Sesenta años de edad manifestaba,
Era su complexion árida y dura,
Que peregrinaciones y trabajos
Hicieron aun mas fuerte y mas robusta.
Su calva frente erguida y altanera
Sulcaban profundísimas arrugas,
Huellas de violentísimas pasiones,
Dando á su faz una expresion adusta.
De los ardientes soles tropicales
Mostraba en el semblante las injurias,
Y en los brazos y pechos cicatrices,
Que de bravo guerrero lo gradúan.
Era su porte majestuoso y noble,
Aunque pobre y vulgar su vestidura,
Y su aspecto total era de aquellos
Que miedo y compasion á un tiempo inculcan.
Sin nombre, oscuro, aventurero y pobre,
Con Cristóbal Colon se lanzó en busca
Del ignorado mundo: acaso, acaso
Anhelando que el mar fuera su tumba.
Mas no lo consiguió, sí los portentos
Ver, y en las prodigiosas aventuras
De aquel descubrimiento y gran conquista
Parte tomar con importancia suma.
Y tal vez por su arrojo y fortaleza
La frágil carabela logró alguna
Borrasca superar, y de bajíos
Y escollos salva continuar su ruta.
Y le vieron tambien la isla española,
Y los manglares ásperos de Cuba,
Romper con duro pecho las corrientes,
Y de saetas despreciar la lluvia.

Y mas tarde en el rio de Grijalva
De aquel caudillo la infeliz fortuna
Corrió, y con riesgo, á nado y mal herido,
Pudo al cabo salvarse en las falúas.
Y despues las macanas de Tabasco
Le abollaron el yelmo, y la armadura,
Y de las flechas de Tlascala luego
Pudo probar la envenenada punta.
Y combatió á los rudos Totonaques,
Y venció las traiciones de Cholula,
Y regó con su sangre las calzadas,
Y lidió con despecho en las lagunas.
Y al lado de Cortés el estandarte,
De oro tejido, y de rizadas plumas,
Del imperio de ocaso vió rendirse
En la victoria espléndida de Otumba.
Y por fin posternarse el señorío
De la estirpe feroz de Motezuma,
Por favor especial del cielo santo,
A los piés de la hispánica fortuna.
Pero siempre escondido guardó el nombre,
Y envuelta de misterio en noche oscura
Su condicion. Hablaba raras veces,
Y jamás recompensa admitió alguna.
Ni se sabe por qué regresa á España,
Y se ignora tambien si es patria suya,
Pues en treinta y dos años á su boca
No se ha escuchado recordarla nunca.
Y no faltó tampoco quien tuviera
De si era el tal ó no cristiano, duda,
Pues blasfemias, y horribles maldiciones
Lanzaba en los momentos de gran furia.
Y en los grandes apuros y desastres
Jamás pidió devoto al cielo ayuda;
Antes bien con sonrisa del infierno
De los que la impetraban hizo burla.
Mas por el alto esfuerzo y bizarría
Con que arrollaba las indianas turbas,
Y porque acaso se debió á su arrojo
Glorioso triunfo en ocasiones muchas;

Y porque desdeñaba generoso
Tomar de los despojos parte alguna,
Ni tener tierras, ni adquirir esclavos,
Y en juego, y embriaguez no se halló nunca;
Tuvo en los capitanes indulgencia,
Y sin horror la soldadesca ruda
Le miraba, cual flor de los valientes,
Llamando estravagancia á su locura.
Personaje tan raro y misterioso
Es el que mira á la argentada luna
Del gran Guadalquivir en la ribera,
Y que acercarse á la ciudad repugna;
Pues la espalda volviéndole, camina
A buscar de Tablada la llanura,
Y sin senda la fresca yerba hollando,
Ni fija direccion, lento la cruza.

Era una noche serena
Del principio del verano,
Cuando tan rico y lozano
Se muestra el suelo andaluz.
Y de encanto y plata llena
El cielo señoreaba,
Y en la tierra derramaba
La luna su blanca luz.
El puro ambiente dormia
En el sueño delicioso,
Que da el bálsamo oloroso
Del jazmin y del azahar.
Y Tablada parecia,
Sin árbol, casa, ni sombra,
Una inmensa, verde alfombra
Tendida de mar á mar.
Y en ella sola y aislada
Aquella extraña figura,
Que se dibujaba oscura
De la luna al resplandor;

Alguna sombra evocada
Parecia, por un mago,
O fantasma incierto y vago
De congelado vapor.
Hondo silencio reinaba
Do solo, como un arrullo,
El apacible murmullo
Del manso Guadalquivir;
O algun rumor que llegaba
Confuso, incierto, lejano,
Del gran pueblo sevillano,
Se dejaba percibir.
Cuando la torre eminente
De lejos, con diez pausadas
Y sonoras campanadas,
Las tinieblas conmovió.
Y oyéndolas aquel ente
Misterioso, cual si oyera
Rugidos de oculta fiera,
Sus pasos aceleró.—
Y la yerba larga hollando
Empapada de rocío,
En su seno húmedo y frio
Algo tocó con el pié.
Algo que salió rodando...
Redonda piedra sería,
Pues que tanto se movia,
Y corto el impulso fué.
Mas torna á hallar el estorbo,
Que otra vez rueda delante,
Y que un ruido semejante
A cosa hueca formó.
A tropezar vuelve, y torvo
Quiere ver que le importuna,
Y al resplandor de la luna
Blanca calavera vió.—
Obsérvala horrorizado,
Y en las órbitas desiertas,
Y de carne no cubiertas
Ve dos chispas relucir:

Dos ojos ¡ desventurado !
Que lo miran y confunden,
Y tal desmayo le infunden,
Que no puede el triste huir.
Y crece su angustia fiera
Cuando en sepulcral acento
A la boca sin aliento
Oyó ¡ *Nuño-Garceran* !!!
Su nombre de tal manera
Pronunciado lo anonada,
Y con la sangre cuajada
Faltándole fuerzas van.
Pero en mármol convertido,
Inmoble, insensible, yerto,
Para escuchar á aquel muerto
Allí plantado quedó;
Y tras lúgubre gemido
La ya monda calavera,
De esta terrible manera
Desde la yerba, le habló:

«Escúchame atentamente,
Oye, Nuño Garceran,
Que te está hablando Rodrigo,
Aquel tu amigo leal.
Y este triste resto suyo
Veinte años hace que está,
Esperando tu regreso,
En aquesta soledad;
Conservando, como notas,
Por decreto celestial,
Ojos con luz para verte,
Lengua fresca para hablar,
Y revelarte un misterio
De tanta importancia, y tan
Interesante á tu alma,
Como tú mismo verás.—
»A diez horas de la noche
Hoy treinta y tres años há
Que á tu esposa doña Blanca

Diste muerte sin piedad,
Juzgando que te ofendia,
Y hasta viéndolo, que es mas.
›Pero es falso muchas veces
Lo que se ve, Garceran.
Pues te amaba delirante,
Con pasion y con lealtad,
Y era tan santo y tan puro
Su pecho como un altar.—
›Cuanto vistes fué mentira,
Fué trama vil y falaz,
Que me sugirió el infierno,
Que me inspiró Satanás,
Para vengar rencoroso
El desden y el ademan
Con que desdeñó orgullosa
Mi seduccion pertinaz.—
Y temiendo de una parte
Que os revelára quizá
Los atrevidos intentos
De mi inicua deslealtad;
Y por otra de venganza
Ardiendo en la ánsia voraz
Solo, solo su exterminio
Fué ya mi anhelo y mi afan.—
›Yo detuve los correos,
Yo astuto nunca tornar
Dejé, Nuño, á los criados,
Que tú mandastes allá.
Y poco despues viniendo
De Provenza y Perpiñan,
De doña Blanca el hermano
Su tierno amparo á buscar,
Porque del padre de entrambos
Iban los negocios mal;
Intercepté yo las cartas
En que de esta novedad
Cariñosa te dió parte,
Y tracé el horrendo plan.—
›Te llamé, volaste ciego

Donde te esperaba ya,
Y hasta el jardin te conduje
Como puedes recordar.—
»Allí á tu esposa miraste,
Sol puro, Angel celestial.
Con su hermano don García
En inocente solaz;
Y creyendo ofensa tuya
El cariño fraternal,
De tus celos furibundos
Reventó el hondo volcan.—
»Yo la maldicion oyendo
Sobre mi frente tronar
De los cielos, por el monte,
Del horrendo temporal
Envuelto en las densas sombras,
Y huyendo de mi maldad,
Perdíme; y diez años luego
Vagué por el mundo, tan
Perseguido de fantasmas,
De despecho, de ansiedad,
Que anhelaba del sepulcro
El hondo sueño y la paz.—
»Al cabo vine á Sevilla,
Sin propósito y sin plan,
Y en su muelle una mañana
Ví un hombre, cuyo ademan
Me ofreció vagos recuerdos
De otro tiempo y de otra edad.
Y clavando en mí los ojos,
Y nombrándome además,
Con irresistible fuerza
Me arrastró hasta este lugar,
En donde nuestras espadas
Lucha trabaron mortal.—
»Era el mismo don García,
Tu cuñado, que escapar
Logró, bien que mal herido,
De tu cólera infernal.
Y no aquel tierno mancebo

Lindo, y débil era ya,
Sino hombre de fortaleza,
Valiente, orgulloso, audaz.
»Muy poco duró el combate,
Pues su espada atravesar
Logró mi pecho; y al punto
Que en este mismo lugar
Cayó sin vida mi cuerpo,
En el báratro infernal
Se precipitó mi alma
Por toda la eternidad.—
Mas Dios en su Omnipotencia
Dejándome para hablar
Lengua, y ojos para verte,
Porque así te convendrá;
Mandóme en aqueste sitio
Firme tu vuelta esperar,
Y descubrirte el misterio
Como lo he cumplido ya.»

Dijo, y la lengua en polvo convirtióse,
Los fosfóricos ojos se apagaron,
A don Nuño las fuerzas le faltaron,
Y en tierra como muerto desplomóse.

Bañó la fresca aurora
En púrpura el oriente,
Y en pos el sol ardiente,
Entre celajes que perfila y dora,
Alzó con majestad la augusta frente.
Del soñoliento rio
Tornó el raudal en oro,
Y nítido tesoro
En los prados las gotas de rocío,
Y saludó á la torre obra del moro.

Y vió solo y desierto
El campo de Tablada,
De la noche pasada
Con el vapor levísimo aun cubierto,
Y su abundante yerba aljofarada.
Y de través derrama
Por la inmensa Sevilla,
Del orbe maravilla,
La pura lumbre de su hermosa llama,
Que en altas torres y en palacios brilla.
E hiriendo de soslayo
Una alta vidriera,
Do ardiente reverbera,
En una pobre celda metió un rayo,
De un monasterio de los muros fuera.
Y dentro de ella, hundido,
Casi fuera del mundo
En letargo profundo,
Alumbró á Nnño Garceran, tendido,
En pobre lecho inmóvil, moribundo.
Y á un monje venerable
De rodillas al lado,
Que el rostro al cielo alzado
Ruega por aquel ente miserable
Al Supremo Señor que lo ha criado.
Volviendo el religioso
De lejana alquería,
Donde auxiliado habia
A otro infeliz, cruzaba presuroso
El campo de Tablada antes del dia;
Y aquel hombre tendido,
Sin herida, en el suelo
Halló, y con santo celo,
De que aun no estaba muerto convencido,
En salvarlo cifró todo su anhelo.
Y de temor desnudo,
Y tan solo ayudado
De su fervor sagrado,
Lo trasportó á su celda como pudo,
Mas ya reputa inútil su cuidado;

Cuando el rayo amoroso
Del sol bañó el semblante
Del enfermo, y triunfante
De aquel febril letargo soporoso,
Tornó la vida al seno palpitante.
Que el calor es la vida,
Y el del sol reanimando
A Garceran, y dando
Movimiento á su sangre detenida,
Fué sns inertes miembros restaurando.
Y al que lloraba muerto
Viendo de pronto vivo,
El monje compasivo,
Y que torna á mover el cuerpo yerto,
Prodígale el socorro mas activo.
Abre Nuño los ojos,
Sus mejillas de nieve
Toman color, y mueve
Los labios, de la parca antes despojos;
Y á raudales respira el aura leve.
Hondamente suspira,
Al cabo se incorpora,
Donde se encuentra ignora,
Asombrado en redor los ojos gira,
Y del benigno Dios la ayuda implora.
El religioso en tanto
Su caridad duplica;
En dónde está le explica,
Y con santo fervor y celo santo
El mas vivo interés le testifica.
Y Nuño, compulsado
Acaso del tremendo
Espectáculo horrendo,
Que Dios en el letargo le ha mostrado,
Y en lágrimas amargas prorumpiendo,
Confesion con ferviente
Voz demanda anheloso,
Y viendo el religioso
Que ya el menor retardo no consiente,
En confesion le escucha silencioso.

Con nueva vida, y restaurado aliento,
Y revolviendo Nuño la memoria,
De tantos años la terrible historia
Al santo cenobita reveló.
Al cenobita, que escuchóla atento,
Y que el nombre al oir del penitente,
Cubrió de horrenda palidez la frente,
Y cual de mármol gélido quedó.
Y de la confesion en el discurso,
Ya las lágrimas queman su semblante,
Ya el corazon del pecho palpitante
Parece va á salir con ansiedad,
Ya da á suspiros dolorosos curso...
Mas tranquiliza la virtud su alma
Y en su rostro renuévase la calma
Que dan la abnegacion y caridad.
Nuño convulso, ronco, anonadado,
De aquellos largos años, que pasára
Blasfemando de Dios con furia rara,
Cual pudiera un espíritu infernal:
En la incredulidad precipitado,
Abiertamente con el cielo en guerra,
Maldiciendo frenético á la tierra,
Y ansiando ver su destruccion final;
Como si el santo cielo bondadoso
Para el acto solemne le volviera
De su antiguo vigor la fuerza entera,
Hizo la mas completa confesion.
Demostrando al prudente religioso,
Que Dios su corazon tocado habia,
Y que en él á raudales difundia
El bálsamo de humilde contricion.
Y cuando al concluir la penitencia
Esperaba en la tierra prosternado,
De su pasada vida horrorizado,
Dispuesto á renunciar al mundo atroz;
De pié el monje mostrando en su presencia
Noble, que el cielo santo le ilumina,
Que arde en su mente inspiracion divina,
Así prorumpe con solemne voz:

«¡Oh admirable, oh magnífica
Omnipotencia suma!...
...¿Hay mortal que presuma,
Tus ocultos arcanos penetrar?
—»¡Oh adorable, oh santísima
Misericordia!.., ¡Cuánto
Es inmenso tu manto!
¿Quién no debe en tu amparo confiar?—
»La gloria mas espléndida,
Oh, Garceran, te aguarda,
Si es que no te acobarda
La penitencia que te impone Dios.
»Corre, corre solícito
De Leon á la sierra,
A tu patria, á tu tierra
De bienaventuranza eterna en pos.
»Allí del hondo báratro
Todo el poder confunde,
Sus asechanzas hunde,
Y gánate la palma angelical.—
»Con penitencias ásperas,
Con oracion constante,
Con fe perseverante,
Implora la clemencia celestial.
»Y señal segurísima
Será de que la obtienes,
Y que tu gracia tienes,
Del cielo santo singular favor.
»De una joya riquísima
El hallazgo impensado,
Joya que de tu estado
Restaurará la fama y esplendor.
»En cuanto brille fúlgida,
El cielo serenarse,
Y el suelo engalanarse
De hermosos dones súbdito verás.
»Y luego una flor cándida
A tus plantas nacida,
Te anunciará otra vida,
Y con ella á la gloria volarás,

»Porvenir tan magnífico
El Señor te reserva,
Si en penitencia acerba
Persistes, largos años de expiacion.
»Y en el nombre santísimo
Del Dios Omnipotente
Doy á tu humilde frente
De tu pasada vida absolucion.
»Y ahora en tu seno estréchame
Y al cielo bendigamos,
Porque aquí nos juntamos,
Desventurado Nuño Garceran.
»Llega, sí, reconóceme,
Soy de Blanca el hermano,
Y de tu hierro insano
Aun las señales en mi pecho están.
»¡Oh juicios del Altísimo!...
Yo soy, yo, don García,
Que de tu saña impía
Logré salvarme en noche tan fatal;
»Porque Dios piadosísimo
Me eligió en el momento,
Para humilde instrumento,
Que te abriera el camino celestial.»
Diciendo así aquel monje venerable,
En cuyo labio Dios hablado habia,
El macilento pecho descubria
Con cicatriz en él honda, espantable:
Y Nuño en llanto de dolor deshecho,
En su seno se lanza confundido,
¡Perdon!!!... perdon!!!... gritando arrepentido,
Y quedan mudos en abrazo estrecho.



TERCERA PARTE.

¡Ay que aspecto tan triste y desolado
Presenta el sitio un tiempo delicioso
Do Nuño Garceran tuvo su estado!
Desde el momento aciago y espantoso
En que de sangre pura fué inundada,
Por la trama infernal de un alevoso,
Y por la injusta mano emponzoñada
De un mortal fascinado y delirante,
¡Cuánto la tierra aquella está mudada!
Del sañudo huracan, que en el instante
De perpetrarse el crímen, repentino
Descendió de los montes resonante,
En el confuso y raudo remolino
Huertas, mieses, jardines, perecieron,
Y la alta encina y el robusto pino.
Y las nubes tronantes, que envolvieron
En ciega oscuridad toda la sierra,
Con rayos el palacio confundieron.
Y con hondo bramar tembló la tierra,
Y el torrente del valle á los alcores,
Tornado turbio ponto, movió guerra,
Sorprendidos labriegos y pastores
Con tanta confusion y tal trastorno,
Abandonaron chozas y labores.
Y huyeron á los montes del contorno,
De aquella noche en el horror tremendo
Muerte y desolacion mirando en torno.

Tal vez que era llegada ya, creyendo,
De este mundo la fin profetizada,
Y el cataclismo universal y horrendo.

Despues cuando la cólera apiadada
De Dios, encadenó los Aquilones,
Y su faz mostró el cielo sosegada;
Los cimientos no mas de sus mansiones
Encontraron aquellos desdichados,
Rotos puentes, hundidos murallones,
En lodazal mefítico los prados,
O en arenal estéril convertidos,
Riscos deshechos, límites borrados.
Rasos los bosques, yermos los egidos,
Y de volcados troncos, y maleza
Los hondos barrancales invadidos.
Del soberbio palacio la firmeza
Quebrantada, y ruina amenazando
Los restos de su gloria, y su grandeza.
Y aunque los infelices trabajando,
Tentaron restaurar su patrio suelo,
Contra desdichas tantas peleando;
Tenaz se opuso el indignado cielo,
Por miras escondidas y profundas,
A que lográran su afanoso anhelo.
Pues sin vida las tierras infecundas
Al asiduo labrar no respondian,
Marismas sin verdor, charcas inmundas.
Con frecuente terror se repetian
Los temblores de tierra, y del torrente
A su lecho las aguas no volvian.
Y mortífero el aire, y pestilente
Con las muertas laguuas y pantanos,
Era á hombres y ganados inclemente.
Y en las desnudas cumbres y en los llanos,
Y en torno á las ruinas temerosas,
Cruzaban lentas por los aires vanos,

Hendiendo las tinieblas silenciosas,
Blanquecinos fantasmas; y se oyeron
Ayes, gemidos, voces lastimosas.
Y ya en aquel distrito no se vieron
Pájaros, ni alimañas, que desnndo,
Selvas donde esconderse no tuvieron.
En fin, su estado miserable y rndo
Triste horror á los propios naturales,
Y amargo desaliento inspirar pudo.
Y abandonando aquellos cenagales,
De las ruinas y escombros retiraron
Utensilios, maderas y metales.
Pero por mas que ansiosos procnraron
Hallar la imágen de la Vírgen Santa,
Que en la hundida capilla veneraron,
Y revolvieron de ella hasta la planta,
Nególes misterioso el alto cielo
Alivio tal en desventura tanta.
Y con este dolor y desconsuelo,
En afligidas turbas de la tierra
Emigraron, buscándose otro suelo.
Dejando de su patria y de su sierra,
Tal fama en los contornos, que hesta el nombre
De aqnel estado como infausto, aterra.
Y no hay á qnien de lejos no le asombre,
Y nadie osa acercarse á su distrito,
Do en treinta años el pié no estampó nn hombre
Del Señor reputándolo maldito.

Volviendo de Compostela
A donde se fné don Nuño,
Antes de empezar la vida,
Que su confesor le impuso,
A orar del patron de España
En el sagrado sepnlcro,
Y á pedir al cielo ayuda
Con tan poderoso influjo;

Peregrino, penitente,
Escuálido y taciturno,
De tosco sayal vestido,
Con nombre vulgar y oscuro;
Despues de fatigas grandes,
Despues de trabajos muchos,
Despues de treinta y tres años
Que ha vagado por el mundo;
Cuando de él nadie se acuerda
Ni de él habla mas el vulgo,
De su estado en los linderos
El pié descarnado puso.
Y reconociendo apenas
De aquellas lomas los bultos,
Y los sitios do la infancia
Feliz y tranquila tuvo,
Extiende la ansiosa vista
Buscando recuerdo alguno:
Y no le hallaron sus ojos
De amargas lágrimas turbios.
Detiénese horrorizado,
Acobárdase confuso,
Y echa menos los desiertos
De la otra parte del mundo.
Y casi, casi espantado
Del deber que allí le trujo,
Vaciló, dudó, y la planta
A volver atrás dispuso.
Mas ayudado y repuesto
Por la mano del Ser Sumo,
Empezó su penitencia
Avanzando resoluto.
Cruza borrendos pedregales
Donde antes bosques robustos,
Y cenagosos pantanos
Donde productores sulcos.—
Y en vez de risueños riscos
Vestidos de biedra y musgo,
Ve montes de tosca arena
Y barrancales profundos.

Ni reconoce el torrente,
Que ha trastornado su curso,
Y turbio se rompe y salta
Entre peñascos desnudos.
Y cuando al valle desciende
El asombrado don Nuño,
La gran soledad le aterra,
Le da el gran silencio susto.
En el lugar do el antiguo
Palacio alzaba sus muros,
De almenaje coronados,
Y de pomposos escudos,
Ve horrendo monton de escombros,
Que forman informe bulto,
Sin dejar de lo que han sido
Rastro ni indicio ninguno.
Pero ¡ay triste! reconoce,
Por un misterioso impulso,
El funesto sitio, donde
De la virtud fué verdugo.
Ni sombra del jardin queda,
Pero el sitio donde estuvo
El cenador reconoce
En medio del campo inculto.
Pues hay un breve cuadrado,
Donde solo de fecundo
Da señal aquel terreno
Tan árido, y tan desnudo.
Está cubierto de césped
Aljofarado, y no mustio,
Do silvestres florecillas
Ostentan frescos capullos.
Juzgárase algun tapete
De caprichoso dibujo,
Que allí se dejó olvidado
Perdido viajero turco.
O un Oasis en miniatura,
Invisible, y breve punto,
Que el gérmen de vida guarda
De aquel inmenso sepulcro.

Nuño Garceran presume,
Por alto celeste influjo,
Que allí descansan los restos
De aquel Angel, que fué suyo.
Y la faz contra la tierra,
Horrorizado, convulso,
Lanzando del hondo pecho
Gemidos, y ayes profundos,
Llora, reza, pide, espera,
Teme, duda, y en agudos
Gritos prorumpe, que el eco
Repite en sones confusos.
Y al cabo exánime, yerto,
Tendido, sin voz, sin pulsos,
Allí pasó largas horas,
Aun mas que vivo difunto.

En una profunda cueva,
Que los trastornos pasados,
Al desplomarse dos riscos
Entre uno y otro dejaron,
Halló el nuevo penitente
Para las noches reparo;
Y de ella hizo la morada
Donde pasó luengos años.
Trazó una rústica cerca
En torno del breve espacio,
Que depósito juzgaba
De los restos adorados.
Y una cruz rústica en medio
Hecha de dos secos ramos
Levantó, y allí de hinojos
Deshacíase llorando.
Referir las privaciones,
Los tormentos, los quebrantos,
Los temores, las vigilias,
Los sustos, los sobresaltos,

Que en aquel inculto yermo,
Que en aquel desierto campo,
Padeció constante y firme
El arrepentido anciano,,
Fuera no acabar. Las noches
Las pasaba circundado
De espectros y de fantasmas,
De visiones y de trasgos.
Y si con fervientes rezos
Conseguia disiparlos,
Y dar á su cuerpo débil
Un momento de descanso;
Ya los ecos del torrente,
Ya el rumor del viento vago,
Ya de las aves nocturnas
Los alaridos infaustos,
Llegaban á sus oidos
Como clamores humanos,
Su breve y lijero sueño
Interrumpiendo y quebrando.
La mayor parte del dia
La pasaba prosternado
De doña Blanca en la tumba,
Hecho el corazon pedazos.
Y si acaso recorria
Valle y monte solitarios,
Los recuerdos de su infancia,
Y las dichas de otros años,
Y de sus tiernos amores
Las delicias y los lazos,
Eran tormento espantoso
De su pecho destrozado.
Ni dejó de perseguirlo
El infierno, separarlo
Queriendo de aquella senda
De penitencia y de llanto;
Presentándole á la vista
Ya temores, y ya halagos,
Ya memorias importunas
De orgullo, poder y mando.

Cuántas veces al lúgubre
Morir de hermoso dia,
Cuando en vapores férvidos
Su melena onvolvia,
Como cadáver pálido
El moribundo sol,

Y de celajes lívidos
De grana perfilados
Adornaba la atmósfera,
Tiñendo los nublados
Al ocaso mas próximos
De nítido arrebol;

El penitente tétrico,
Sobre un risco eminente,
El rostro melancólico,
Inclinada la frente,
Por un inmenso cúmulo
De recuerdos vagó.

Y girando su espíritu
De la memoria en brazos,
Por las pasadas épocas,
Cual pudiera en los lazos
De ensueño profundísimo,
Presentes las miró.

En la niebla que alzábase
La llauura borrando,
Y en las sombras fantásticas,
Que iban los montes dando,
Vió con ojos atónitos
Trasformaciones mil.

Ya los ricos alcázares
De la gentil Granada,
Y cual su hueste intrépida
Triunfaba, entusiasmada
Con el pendon católico,
Orillas del Genil.

Del combate el estrépito
Y el gran rimbombe oia,
Y las banderas árabes
A sus plantas veia,
Y su celada fúlgida
Ornada de laurel.

Se hinchaba su alma mísera
Con la antigua victoria,
Anhelaba frenético
Nuevos dias de gloria:
Y las artes diabólicas
Casi triunfaban de él.

Ya mudándose rápida
Aquella vista extensa
Del borrascoso Atlántico
Ve la llanura inmensa,
Y alzar sus ondas túrgidas
Bramando el Aquilon;

Y cruzar impertérrita
Una nave española
Aquel airado piélago,
Frágil, cascada, sola,
Pero firme, que anímala
El alma de Colon.

El, dentro de ella júzgase,
Y que miran sus ojos
Del nuevo mundo incógnito,
Entre celajes rojos
La tierra feracísima,
Cual él la descubrió.

Y luego ve las hórridas
Batallas fabulosas,
De bárbaros sin número
Las huestes espantosas,
Y oye los terroríficos
Atabales, que oyó.

Y al fin ve á la gran Méjico,
La reina de Occidente,
La orgullosa, la expléndida,
Humillar la alta frente
Del General hispánico,
Que él ayudó, á los piés.

Y vese en tan magnificos
Combates el primero,
Y goteando cálida
Sangre su noble acero,
Y aplaudirle los héroes,
Y el mismo Hernan-Cortés.

Y la espada fulmínea
Y la lanza echa menos,
De cañones horrísonos
Ansia escuchar los truenos
Otra vez, y avergüénzase
De su humilde sayal;

Pues su alma ensoberbécese
Y casi triunfa de ella,
Y sus santos propósitos
Confunde y atropella
El aliento satánico
De espíritu infernal.

Mas el celeste espíritu,
Que en torno de él volando
Lo defiende solícito
Del diabólico bando,
Con sus alas angélicas
Le tocaba la faz.

Y en sí tornando, trémulo
Al Señor invocaba,
Y con acerbas lágrimas
Su piedad imploraba
Contra las artes pérfidas
Del infierno tenaz.

Y armándose con ásperos
Cilicios, y oraciones,
Tales escenas mágicas,
Y tales tentaciones,
Y visiones maléficas
Al cabo disipó.

Y persistiendo impávido
En santa penitencia,
El perdon de sus crímenes
Y limpiar su conciencia
De tantas nubes lóbregas
Venturoso logró.

Mas no desiste el espantoso infierno
De combatir las almas que el Eterno
Elige para sí.

Y torna furibnndo á la pelea,
Aunque mil veces destrozado sea,
Como ya lo fué allí.

En Garceran con nnevas tentacionus
Y falaces recuerdos, y visiones
Tornó mano á probar.

De la Misericordia soberana,
Que es tan inmensa con la raza humana,
Haciéndole dudar.

Y en las noches silenciosas
Turbaba con espantosas
Voces á aquel desdichado,
Dejándole en el estado
Que no es velar ni dormir.
Y el infelice creia
Que un mar de sangre veia,
Que la caverna inundaba,
Y que *venganza* sonaba
En su espantoso rugir.

Y que una mujer hermosa
En él nadaba angustiosa,
Con el postrimer anhelo
Venganza pidiendo al cielo
Del monstruo que allí la hundió.
Y reconocia en aquella
Infeliz á Blanca bella,
Y en sí mismo al monstruo insano,
Que en el sangriento Oceáno
Brutal la precipitó.
Al grito de la cuitada,
Con horrenda carcajada
El infierno respondia,
Y *venganza* repetia
Con aplausos de furor.
Y él entonce imaginaba,
Que al cielo humilde invocaba;
Pero que el cielo indignado,
A sus plegarias cerrado,
Desechaba su clamor.

Otras veces á Rodrigo,
A su falso y vil amigo,
Delante de sí veia,
Que riendo le decia:
«¿Qué haces aquí, Garceran?
»Todas estas penitencias,
Son inútiles demencias,
Y no tienen eficacia;
Pues las fuentes de la gracia
Para tí, secas están.»
«Ven, amigo,
Ven conmigo
A blasfemar
De ese cielo,
Que es de hielo
A tu llorar.

»Ven conmigo al infierno
A hacer eterna guerra al Ser eterno.»
Y luego con risa horrenda
Le mostraba la tremenda
Escena, que aparecia
Entre niebla vaga y fria,
Del funesto cenador.
Y Nuño otra vez miraba
A su esposa, que estampaba
De un jóven en el hermoso
Rostro, aquel beso amoroso,
Principio de su furor.

A doña Blanca indignada,
Otras veces, asomada
Por rotos nublados llenos
De relámpagos y truenos,
Juzgaba ver ante sí.
Que á puñados de la herida
Sacando sangre encendida,
Y arrojándola inclemente
Sobre su confusa frente,
Feroz gritábale así:
«No, maldito,
A tu delito
No hay perdon.
Dios airado
Ha pronunciado
Maldicion.
Húndete con Rodrigo,
Que á ninguno perdono, á ambos maldigo!»—

Y era tan fuerte y tremenda
En la pesadilla horrenda,
De las falaces visiones
Y de aquellas expresiones
La bien fingida verdad;
Y del dormido en la mente
Obraban tan hondamente,
Que al mísero confundian
Y en un abismo lo hundian
No esperando ya piedad.
Y en tan horrible despecho,
El árido hinchado pecho
Con las uñas destrozaba,
Y en tierra se revolcaba
Con horrenda convulsion.
Pero el Angel, que constante
Lo guardaba vigilante,
Con las alas en la frente
Le tocaba, y de repente
Le calmaba el corazon,
Despertando, pronunciaba,
De Dios el nombre, y lograba
Desvanecer los ensueños,
Y triunfar de los empeños
Del espíritu infernal.
Y aumentando cada dia
Con mas fe, y santa porfia,
Y en Dios con mas confianza
Sus penitencias, alcanza
Gracia y perdon celestial.

Sí, que despues de lucha prolongada
Por mas de cinco años
Con las artes diabólicas y engaños,
Vida Nuño logró mas sosegada.

Y ya las tiernas lágrimas copiosas,
Que en la tierra vertia,
Donde su amada víctima yacia,
Le eran refrigerantes y sabrosas.
Y cuando oraba con fervor vehemente
Descendia del cielo
Un rayo de esperanza y de consuelo,
Que iluminaba su arrugada frente.
Y empezó en el terreno á ver señales
De que Dios apiadado,
Iba á volverlo á su primer estado,
Y á terminar sus angustiosos males.
Y en el vigor, y celestial consuelo,
Que sentia en el alma,
Gozoso conoció que ya la palma
Le preparaba de su triunfo el cielo.

Una noche sosegada
De apacible primavera,
Despues de orar fervoroso
El penitente en su cueva,
Salió á gozar de la luna,
Que entre nácares risueña,
De aquel campo iluminaba
El llano, y las eminencias.
Y en santas meditaciones
Absorto sus pasos lleva,
Sin direccion, distraido,
Del torrente á la ribera.
Allí otra vez de rodillas
Por un largo espacio reza,
Y despues asiento toma
En una desnuda piedra.
Y respirando en sosiego
Las auras mansas y frescas,
Que con alas invisibles
Revolaban placenteras,

Levanta hácia el firmamento
La venerable cabeza,
Y los ya apagados ojos
Clava en la bóveda inmensa.
Y del Criador adorando
El poder, y la grandeza,
Aquel espacio magnífico
Que lo cobija, contempla.
Y ve entre vagos vapores
Como giran los planetas,
Y dan sus trémulas luces
Las rutilantes estrellas,
Y ve los leves celajes,
Que clara luna platea,
Volar, cambiando sus formas,
Caprichosas y lijeras.—
Despues revuelve la vista
Con desden sobre la tierra.
Notando entre ella y el cielo
La distancia y diferencia.
Y ve aquellos arenales,
Y aquellas peladas quiebras,
Y aquellas muertas lagunas,
Y se extremece, y se hiela.
Y por la llanura luego,
Tan silenciosa y desierta,
Tiende medroso la vista,
Que se pierde en las tinieblas.
Cuando sorprendido advierte
Por una rambla de arena,
Venir sin susto y tranquila
Una hermosa, blanca cierva.
Teme que del hondo infierno
Escondida trama sea,
Con que acaso le prepara
Alguna asechanza nueva.
Fervoroso se santigua,
El santo rosario besa,
Y preparado á la pugna
Cruza las manos y espera.

La gallarda cierva en tanto
Siguiendo la misma senda,
Sin mostrar recelo alguno
Hasta el solitario llega.
Y como si acostumbrada
Al trato humano estuviera,
Y por la mano del hombre
A vivir desde pequeña;
Tan sin recelo se avanza,
Tan cariñosa se acerca,
Tal candor muestra en los ojos,
En su balar tal terneza;
Y atenciones y caricias
Parece demanda y ruega,
Con expresion tan sencilla,
Y con humildad tan tierna;
Que resistirse no pudo
El prudente anacoreta
(Tal vez impulso secreto
Que no comprende, le alienta)
Y la seca mano extiende
Sobre la erguida cabeza,
Y halaga la hirsuta espalda
De la cariñosa cierva.
La cual con mil ademanes
Inteligibles, y nuevas
Miradas, y otros balidos,
Y acciones á su manera,
Indícale que la siga,
Y que se vaya tras ella,
Y aun le tira con la boca
Del sayal y la correa.
Otra vez el penitente
Algun engaño sospecha,
Y con fervoroso labio
A la Virgen se encomienda.
Mas de espíritu invisible
Distinta y clara resuena
Una voz en sus oidos,
Que le dice: «*Nada temas.*»

Levántase decidido,
Y en Dios su confianza puesta,
Sigue con incierto paso
Del manso animal las huellas.—
Déjase atrás el torrente,
La ancha llanura atraviesa,
Y no lejos do aquel sitio
Que tumba de Blanca era,
Tras de su graciosa guia
Un manso collado trepa,
Que tiene en su fácil cumbre
Un grupo de toscas peñas.
Ante él la cierva se para,
Otra vez revuelve atenta
Al penitente los ojos,
Cual rutilantes centellas,
Lanza un agudo balido,
Que voz humana asemeja,
Que dice: ¡AQUI!—y de repente
Por los peñascos penetra,
Metiéndose en sus entrañas,
Sin dejar rastro ni puerta,
Cual si atravesára solo
Delgada impalpable niebla.
Pasmado queda don Nuño,
Y su pasmo se acrecienta
Oyendo en aquellos riscos
Como una celeste orquesta.
Y viendo que se deshacen
Como si humo leve fueran,
Descubriendo allá en su centro
Una capilla pequeña,
De blancas congelaciones,
Que cristal parecen, hecha,
Y de luces alumbrada,
Que son pedazos de estrellas.
Y sobre un altar de césped
Divisa la imágen bella
De la Vírgen soberana,
Que es de los ángeles reina.

La misma sagrada imágen
Que en la derrocada iglesia
Del palacio hundido, culto
Luengos años recibiera:
Protectora de su estado,
Y de su familia egregia,
De sus vasallos consuelo,
Y amparo de aquellas tierras:
Y la que afable le anuncia
Que logró gracia completa,
Y perdon el mas cumplido
De la santa Omnipotencia;
Segun le anunciára el labio
De su confesor profeta,
Cuando inspirado le impuso
La cumplida penitencia.—
Deslumbrado el penitente
Cae de hinojos en la yerba,
Y entona solemne salve
Con el alma y con la lengua.
Salve, que de querubines
Un coro que le rodea
Repite, y hasta los cielos
Sus puros acentos lleva.
Referir lo que en el alma
Pasó del anacoreta,
Los consuelos y los gozos,
Los confortes, las ternezas,
Que á raudales en su pecho
Derramó la Providencia,
Dando á sus maceraciones
La mas ámplia recompensa;
No puede mi humilde labio,
Ni hay voz mortal que lo pueda,
Pues son cosas que se esconden
A la humana inteligencia.

Tras noche tan solemne, á la mañana
Cuando el fúlgido sol en el oriente
Sobre celajes nítidos de grana
Alzó con magestad la augusta frente,
De luz la inmensa bóveda del cielo
Inundando, y de luz el bajo suelo;

Qnedó admirado de Leon la sierra
Al penetrar, y al ver eu sus entrañas
Aquella antes maldita árida tierra
Tornada en feracísimas campañas;
Y que no era la misma juzgó acaso,
Que la tarde anterior vió desde ocaso.—

Pues en el punto en que la imágen santa
De la Virgen, amparo y protectora
De aquel terreno, tras de ausencia tanta
A aparecer volvió de paz aurora,
La sonrisa de Dios omnipotente
Fecundó aquellos campos de repente.

Y mncho mas feraces que lo fueron
En un instante solo germinaron,
Y á las nubes los árboles subieron
En el momento mismo en que brotaron.
En praderas viciosas cual ningunas
Tornándose arenales, y lagunas.

Matorrales espesos, frescas flores,
Cubrieron las laderas y las lomas,
Y los antes mefíticos vapores
Eran ya salutíferos aromas;
Pues humilde el torrente entre juncales
Derramaba purísimos cristales.

Y de aves no nacidas los acentos,
En bosque improvisado y en floresta,
Los antes mudos y callados vientos,
Tornaron suaves en alegre orquesta,
Que al santo simulacro, no á la aurora,
Saludaban con música sonora.

Y hasta de aquellas fúnebres ruinas,
Que parecian huesos insepultos
De algun Titan, con yerbas repentinas
Se revistieron los informes bultos,
Y hiedras expontáneas en festones
Las ornaron con frescos pabellones.

Que tanto en solo un punto alcanza y puede,
Para aliviar al pecador contrito,
A quien su gracia y su perdon concede
La piedad del Señor, sumo, infinito,
Despues de una constante penitencia,
De la Vírgen sin mancha la influencia.

Del suelo el felicísimo trastorno
Pronto advierten las gentes convecinas,
Y de las altas cumbres del contorno
Observan sus llanuras y colinas:
Y un nuevo Eden advierten de concierto,
Do antes horrorizados un desierto.

Y del rico terreno y grato clima
Llevados, ya se acercan cazadores,
Ya algun rebaño retozon se arrima,
Ya una choza levantan los pastores,
Ya diestro agricultor osa avanzarse,
Y poco á poco, así tornó á poblarse.

Y de la Vírgen pura la capilla
Se vió adornada de votiva ofrenda,
Y en ella la quemada cera brilla,
Sin faltar quien la lleve y quien la encienda:
Que de la santa imágen los favores
Cundieron por los nuevos pobladores.

Dándole gracias fervientes
A Dios por tantas bondades,
El tranquilo penitente
Gozaba del bien presente,
Tras tantas calamidades.
Mientras que duraba el dia
Al culto lo consagraba
De la imágen de María,
Y mas afan no tenía,
Ni mas amor le animaba.
Y cuando á hundirse en ocaso
Bajaba cansado el sol,
Y con resplandor escaso
Las nubes que hallaba al paso
Esmaltaba de arrebol;
A la tumba el venerable,
Que guarda á su esposa bella,
Llevaba la tarda huella;
Y con consuelo inefable
De hinojos rezaba en ella.
Y allí la luna veia
Aparecer tras los montes,
Y como lenta subia
Por la bóveda vacía,
A ilustrar los horizontes.
Y cuando ya de luceros
La inmensidad se adornaba
Con brillantes reverberos,
Porque los rayos postreros
Del sol, la noche borraba;
En éxtasis delicioso
Se levantaba su mente,
Y vagaba libremente
Por un mundo misterioso
Del nuestro muy diferente;
Como el águila caudal,
Que en un mar de luz navega,
Sobre las nubes despliega
Las alas, y hasta el umbral
Del palacio del sol llega.

Pues conseguida la palma
Del soberano perdon,
Sin que infernal tentacion
Pueda ya turbarle el alma,
Ni entibiar su devocion;
Su espíritu se elevaba
Como el humo del incienso,
La fé ardiente le guiaba,
Y las dichas columbraba
De su porvenir inmenso.
Abrazado de una cruz
Al firmamento subia,
Y en piélagos de alegría,
Y en campos de eterna luz
Venturoso se perdia:
Los aromas respirando
De celestiales jardines,
Y aquel perfume gozando
Del aliento puro y blando
De los santos serafines:
Y oyendo aquella armonía,
Que soles sin cuento dan
Cuando tan seguros van,
Como que es Dios quien los guia,
Por la alta esfera en que están.
En ensueño vaporoso
Otras veces embebido,
Figurábase dormido
En un prado delicioso
Sobre el herbaje mullido.
Que eran guirnaldas de rosa
Sus cilicios, su sayal
Glorioso manto real,
Y su ancianidad rugosa
La juventud mas cabal:
Porque miraba á su alma
Sin la corteza exterior,
Cercada de resplandor,
Coronada con la palma
De la gracia del Señor.

Envuelto se imaginaba
En balsámicos vapores
De las mas fragantes flores
Que el manso viento halagaba
Robándoles sus olores.
Y que al través, tras de aquellos,
Notaba de cuando en cuando
Cruzar fúlgidos destellos:
Y eran los Angeles bellos
En torno de él revolando.
Y luego abrirse veia
El cielo, gran resplandor
Derramando en derredor,
Y que en medio de él venía
La imágen del casto amor.
La de su esposa adorada
De pié sobre niebla leve,
De albas rosas coronada,
Y de túnica velada
Muy mas blanca que la nieve.
Y en el pecho, do la herida
Le hizo la daga homicida,
Mostraba un claro rubí
Como estrella carmesí,
Con luces de eterna vida.
Y Garceran venturoso
La dulce vision miraba,
Que hasta junto de él llegaba
Con rostro tan amoroso,
Que el corazon le robaba.
Y una plática emprendian
Tan tierna, sabrosa y pura,
De tanto amor y dulzura,
Y de cosas discurrian
De tan sublime ventura;
Y con tan santos extremos
Y con expresiones tales,
Que apenas las comprendemos,
Y que explicar no podemos
Los infelices mortales.

Cuando la vision aquella
Celestial desparecia,
El penitente creia
Que al retirarse la bella
Doña Blanca le decia:
«Ven, Garceran. ¿Por qué tarda
En venir á mí tu amor?...
Sube á otra vida mejor.
¿Qué te arredra y te acobarda?...
Ven, que te espera el Señor.»
Así en gratas ilusiones
Dichosas horas pasaba,
Y su viaje preparaba
A las eternas mansiones,
A donde Dios lo llamaba.

Vino tras de hermoso dia
Una tarde deliciosa,
En que de morado y rosa
La atmósfera se vistió.
Y á la tumba cual solia,
Ya de aliento y vida escaso,
Con lento y con débil paso
Nuño Garceran llegó.
Cual nunca las florecillas
Y aquella abundante yerba,
Que el breve espacio conserva,
Lozanas juzgó encontrar.
Y sobre ellas de rodillas
En dulce y celeste calma,
No con la voz, con el alma
Comenzó devoto á orar.
El sol desde el Occidente
Entre nubes, de soslayo
Moribundo metió un rayo
Hasta aquel sitio de paz:

Como si del penitente
Despedirse pretendiera,
Y el último beso diera
A su venerable faz.

A su luz roja, espirante,
Ve don Nuño un tallo hermoso
Del suelo brotar frondoso,
Y alzarse con rapidez;

Pues en brevísimo instante
Se desarrolla, florece,
Y una azucena aparece
De celeste candidez.

La admira cual milagrosa,
Y á un impulso soberano
Lleva la trémula mano,
Y la arranca de raiz.

Y con ella venturosa,
Dejando en el mismo punto
En tierra el cuerpo difunto,
Voló á Dios su alma feliz.

Y aquella pura azucena
Fué la vencedora palma,
Con que engrandecida el alma
De Nuño en el cielo entró.

Y de nuevas gracias llena
Aquella flor, desde el cielo,
A la tierra en raudo vuelo
Un Angel restituyó.

Pues la hallaron colocada
A la mañana siguiente,
Lozana, resplandeciente,
Consuelo de todo afan,

Ante la imágen sagrada
De la Vírgen sin mancilla,
En la rústica capilla,
Que descubrió Garceran.» —

FINAL.

—

En el instante en que de Nuño el alma
Voló al palacio de la eterna gloria,
La azucena sirviéndole de palma
De su glorioso triunfo y su victoria:
De la virtud con la tranquila calma,
Olvidando esta vida transitoria,
En su celda, de hinojos don García
Oraba humilde al espirar el dia.
Y de celeste espíritu el acento
El tránsito del bienaventurado
Le reveló, mandándole al momento
Marchar al sitio aquel donde ha espirado:
Y en él fundar magnífico convento
A la Madre del Verbo consagrado,
Y á aquella imágen de virtudes llena,
Bajo la advocacion de la *Azucena*.
Pasó la noche en oracion ferviente
El religioso. Al despuntar el dia
Dejó á Guadalquivir y diligente
Atravesó la hermosa Andalucía;
Y pobre, peregrino, penitente,
Del reino de Leon siguió la via,
Saludando sus sierras empinadas
Despues de penosísimas jornadas.

Y en el valle, otra vez rico y frondoso,
Y ya no despoblado, con gran celo,
Protegido del brazo poderoso
Del soberano Dios de tierra y cielo,
A cumplir su mandato, sin reposo
Constante dedicó todo su anhelo,
Edificando á aquella imágen bella
Una rica morada digna de ella.

El fervor excitando de los fieles,
Y de otros religiosos ayudado,
Pronto logró elevar los chapiteles
De un gran templo á la Vírgen consagrado;
En cuyas cimbrias mágicos pinceles,
Y en cuyos frisos mármol cincelado,
De Garceran la penitencia y gloria
Consignaron, trazándonos su historia.

En magnífico altar de jaspes y oro,
En que de cien blandones la luz brilla,
Fué colocada con real decoro
La efigie de la Vírgen sin mancilla:
Sus himnos entonando el alto coro
Al compás de la armónica capilla,
Siempre verde á sus piés, de encantos llena,
Perfumando el ambiente la azucena.

En sepulcro magnífico durmieron
El sueño de la paz ambos esposos,
Y los votos de plata enriquecieron
Del camarin los muros primorosos,
Y con grandes ofrendas acudieron
Al culto los magnates poderosos;
Siendo de tan insigne santuario
Todo el reino de España tributario.

Gobernólo gran tiempo don García,
En opinion do santo: otros varones
Despues, de ardiente celo y de fe pia,
De la casa aumentaron los blasones.
Y su nombre y su fama se extendia
Por todas las católicas regiones,
Conservándose siempre allí lozana
Y fresca la azucena soberana.

Hasta que cuando quiso en cautiverio
Poner la Francia audaz toda la tierra,
Y trastornando el español imperio
Metió en sus lindes destructora guerra;
Despareció aquel santo monasterio,
Con gran dolor de la leonesa sierra,
De hoguera voracísima en la llama,
Que no nos dejó de él mas que la fama.

Y cuentan los piadosos naturales,
Que cuando un mar de fuego era el convento,
En que los chapiteles colosales
Se desplomaban con fragor violento;
Vieron á las mansiones celestiales,
Volar, atravesando el firmamento,
De resplandor cercada y luz hermosa,
Triunfante *la Azucena milagrosa.*

Nápoles, Diciembre 1847.

NOTA DEL EDITOR.

El Dnqne de Rivas inventó, compuso y escribió esta leyenda en Nápoles á fines del año 1847, y la conservó manuscrita hasta el año 1851, que la publicó en Madrid D. Angel Fernandez de los Rios en su *Biblioteca universal* con otras poesías del antor, titnladas *El Crepúsculo de la tarde.* A pocos meses se apoderaron de *La Azucena milagrosa* los copleros de los ciegos, y apareció por las esquinas de Madrid, y se esparció en las provincias un romance ramplon, mny largo y desmayado, titulado *La Guirnalda misteriosa*, con el mismo asnnto de *La Azucena*, y con los mismos lances, bien que desnndos de toda gala y de toda poesía; pero adornados, sí, con nnas malas copias de las preciosas viñetas con que ilustró el Sr. Fernandez de los Rios sn publicacion.

Annqne el plagio era despreciable, lo denunció el Editor de *La Biblioteca universal* al Jnez de primera instancia del distrito de Lavapiés, Sr. Sanchez Ocaña; y despues de las actuaciones convenientes por la escribanía de Mendoza, se reconoció la originalidad de *La Azucena*, y fueron condenados los autores de *La Guirnalda.*

Como andando el tiempo pnede aparecer algun ejemplar de esta, y creerse anterior á la otra, y sospecharse qne de ella tomó el Duque su argumento, consignamos aquí esta noticia, para que jamás se dude de la originalidad de esta leyenda, creacion completa de nuestro antor, y no tomada de crónica, novela ni tradicion algnna española ó extranjera.

LEYENDA SEGUNDA. (1)

MALDONADO. (2)

A la Excma. Sra. Marquesa de Molins.

I.

LA BORRASCA Y EL VOTO.

Prestat componere fletus.
VIRGILIO.

Al puerto de la insigne Barcelona
Dirígense triunfantes las galeras,
Que de Aragon la gloria y poderío
De asegurar acaban en Becerta.
Donde tornando el mar lago de sangre,
Y las líbicas playas en hogueras
En las playas y el mar desbarataron
Del Sarraceno aterrador las fuerzas.

(1) Esta leyenda y la siguiente son inéditas.
(2) El asunto de esta leyenda lo debió el autor á su íntimo amigo el Sr. D. Juan José Bueno, abogado sevillano, erudito bibliógrafo, quien lo encontró en un antiguo y raro nobiliario de Aragon.

Libre á Sicilia, á Nápoles, á Malta
Del yugo y de las bárbaras cadenas,
Y seguros el Púnico y Tirreno
Con la victoria de sus armas dejan.
Y tornan á la patria. Ya descubren
Del altivo Monjuich la frente excelsa,
Y lo saludan con fervientes gritos
De flámulos ornando las entenas.
Cuando de pronto el favorable viento,
Que empujaba benéfico las velas,
Dejando en ocio las cautivas chusmas
Y en reposo las rojas palamentas,
Su favor les retira. Desmayando
Ni el ancho seno de las lonas llena,
Ni silba entre los mástiles robustos,
Ni aun con el fácil gallardete ondea.
El mar dormido en repentina calma
Laguna ó claro espejo se dijera,
Y como en la llanura están los pinos
Inmóviles en él las naves quedan.
Lento el sol á Occidente descendia,
Su faz velando en vaporosas nieblas,
Que el remoto horizonte confundiendo,
Borró á la vista las cercanas tierras.
Despues entre enlutados nubarrones,
Que desde el sur á sepultarlo vuelan,
Cómo cadáver que húndese en la tumba,
Se hundió, dejando claridad siniestra.
Y al trasmontar las cumbres del Ocaso
En una faja líbida y sangrienta
Un instante mostróse enrojecido,
Lanzando al orbe una mirada horrenda.
Los pilotos y prácticos temiendo
Que aquella calma repentina fuera
Presagio de durísima borrasca,
Nuncio fatal de horrísona tormenta,
Las jarcias y los mástiles requieren,
El velámen solícitos aferran,
Y despertando á las ociosas chusmas
Bogar, bogar, con alto grito ordenan.

Pues á fuerza de brazos y de remos
Burlar el golfo engañador intentan,
Y conseguir tal vez á la mañana
Saludar de Barcino las almenas.
Murió en breve un crepúsculo dudoso
Sin color y sin luz, y muerto apenas,
Cielos y mares la espantable noche
Envolvió en oscurísimas tinieblas.
Nada, nada se ve. Y en el silencio,
Tan hondo y pavoroso cual si muerta
Y hundida del Criador en el olvido
Ya se encontrára la creacion inmensa,
Solo el compás de los movibles remos,
Y el silbido del cómitre resuenan,
Y el rumor sordo de la leve espuma,
Y el agrio rechinar de las maderas.
A poco nace el Abrego, y en breve
Crece, y gigante los espacios llena,
Y zumba entre las nubes, y sañudo
Se arroja al mar y por sus llanos vuela.
Y lo azota, y lo empuja, y lo entumece,
Y revuelve y confunde sus arenas,
Y en fantásticos montes lo levanta,
Que se alzan y hunden, chocan y rebientan.
Roncos retumban formidables truenos,
Rasgan rayos trisulcos las esferas,
Y á la luz de relámpagos horrendos
Del espantoso cáos se ve la escena.
¡Oh naves de Aragon desventuradas!...
¿Por qué los cielos su favor os niegan
En las iras del mar, si tan propicios
Os lo acordaron en las crudas guerras?...
¡Cuál las empuja el huracan violento!
Ora al profundo abismo las despeña,
Ora á las altas nubes las levanta,
Las arrastra, y empuja, y hunde, y vuelca.
Ya las envuelven las bramantes olas,
Ya en sus costados con fragor se estrellan,
De espuma levantando blanca nube,
Que luego las inunda en lluvia espesa.

Mas no desmaya el generoso aliento
De los valientes de Aragon. Pelean
Con el viento y la mar, cual pelearon
Con la indómita furia sarracena.
Firmes en el timon los capitanes,
De pericia y valor dan larga muestra,
En roncas voces á la chusma animan,
Con roncas voces lo que cumple ordenan.
Y obedecidos son, crujen los cables,
Los mástiles se encorvan, las entenas
Gimen, los remos címbranse, y las proras
La espuma encienden y resurten sesgas.
Mas ¡ay!... Cuando el Señor Omnipotente
Rompe con brazo airado las barreras,
Cárcel de los furios elementos,
¿Qué es el valor humano, qué es la ciencia?
Cada momento furibundo crece
El temporal, el huracan arrecia,
La mar sube á las nubes rebramando,
Las sombras de la noche son mas densas,
Ya resistir no pueden la constancia,
Ni el valor, ni el saber. Rotas, dispersas
Las naves, anegadas, sin gobierno,
Solo descanso en el abismo esperan.
Cuando Perez de Aldana el Almirante,
Que mal herido en la batalla fiera
Que acaba de ganar á los infieles,
Yace en un lecho, donde vive apenas,
En brazos de abatidos marineros,
Que en él sus esperanzas tienen puestas,
Sube al alcázar de su rota nave,
Despreciando el turbion y la tormenta.
De un fúlgido relámpago á la lumbre
Ve el estado infeliz de sus galeras,
Reconoce que no hay mas esperanza
Que del Omnipotente en la clemencia:
Y cayendo en la tabla de rodillas,
Los mustios brazos trémulos eleva,
Y en los golpes de mar todo empapado,
Y dando al huracan la cabellera,

Dice, en fe viva ardiendo: «Vírgen santa,
Lucero de la mar, del cielo Reina,
Madre del Redentor, salva á tu pueblo,
Salva las naves de Aragon, que llevan
»Tu excelso nombre á los remotos mares,
Tu santo culto á las remotas tierras,
Y que la santa ley del hijo tuyo
Es el principio y fin de sus empresas.
»Hago voto solemne, oh Virgen pura,
Si nos concedes tu piedad inmensa,
De ir en humilde y santa romería,
De Monserrate á la enriscada sierra.
»Y colocar ante tu altar sagrado
Y rendir á tu imágen como ofrenda,
De estas nuevas victorias los despojos,
Del infiel debelado las banderas.»
Y esforzándose mas la salve entona,
Que repiten mil voces. Y resuenan
Entre el bramar del huracan sañudo,
El hórrido fragor de la tormenta,
El ronco hervir de la agitada espuma,
El rugir de las olas que rebientan,
De la Madre del Verbo los loores,
Que al cielo encantan y al infierno aterran.
Y perdidas no fueron las plegarias.
Jamás se pierden, porque al cielo llegan,
Las que á la santa Vírgen se encaminan,
Del afligido por la fe sincera.
Pues de pronto rompiéndose las nubes,
Lucero bienhechor la faz demuestra,
Que aunque al punto se eclipsa y se confunde,
Los pechos todos de esperanza llena.
Y no fué vana. El huracan violento
Siente una mano firme, que encadena
Sus negras alas, y la mar sañuda
Un poder superior que su ira enfrena.
Y aunque soberbios braman y reluchan,
Y en su despecho con furor forcejan,
El mar humilla sus movibles montes,
Y el huracan se esconde en sus cavernas.

El negro manto de la noche horrible
Rasgado y roto por la mano excelsa,
Que de Aragon ampara los bajeles,
Deja á trechos brillar vagas estrellas.
Al fin marca en oriente albor confuso
Una línea undulosa verdinegra,
Tras la que empieza la anhelada aurora
A dar de vida y paz al mundo señas.
Los negros fugitivos nubarrones,
Que aun el espacio tormentoso llenan,
A su pesar se ven engalanados
De púrpura y de gualda con cenefas.
Y aunque el sol no descubre su semblante,
Su benéfica luz los aires llena,
Y da al revuelto mar variados visos,
Y las espumas férvidas blanquea.
Rota la inmensa bóveda de plomo
Ver la del cielo azul á trechos deja,
Y todo anuncia próxima bonanza,
Y que la ira de Dios se calma y templa.
Mas ¡ ay en cuál estado el nuevo dia
Ve de Aragon las míseras galeras!
... Dos desparecieron. Las restantes,
Que perdidas andaban y dispersas
Sin mástiles las unas, sin timones
Otras, y todas á la mar abiertas,
Por llegar donde ven la capitana
Con los remos trabajan y forcejan.
Al cabo lo consiguen, animosas
Siguen el rumbo á los costados de ella,
Con constancia y con arte dirigidas
Por los hombres de mar que las gobiernan.
Y despues de correr nuevos peligros
Por el mísero estado en que navegan,
Y porque el mar aun crespo y borrascoso
No ofrece á su anhelar segura senda.
Al esconderse el sol en el ocaso
Al puerto ansiado de la patria llegan,
Y bendiciendo al Dios omnipotente
Con las pesadas áncoras se aferran.

II.

LA ROMERIA.—EL DESAFIO.

¡Ay de ti si al Carpio voy!
¡Ay de ti si al Carpio vas!
Antigua comedia.

Entre colosos de piedra,
Que con las nubes combaten,
Y desde lejos parecen
Los fulminados Titanes
Está un templo de María
Con su milagrosa imágen,
En las elevadas crestas
Del fragoso Monserrate.
Conságranse fervorosos
A su culto en los altares
Cenobitas, que renunciau
Del mundo á las vanidades.
Y con duras penitencias,
Y con místicos cantares
La alta proteccion imploran
En favor de los mortales.
Y no en vano. En la capilla
Labrada de hermosos jaspes,
Los votos de plata y cera
Milagros afirman grandes.
Veinte lámparas de azofar
Tiene el retablo delante,
Y cien cándidos blandones,
Que siempre fúlgidos arden.

Allí humildes van los Reyes
A pedir que los ampare
En sus bélicas empresas
Del Verbo eterno la madre.
Y allí tornan victoriosos
A rendirle el homenaje
De tesoros y cautivos,
De pendones y estandartes.
De todo el orbe cristiano
Acuden á Monserrate
Los dolientes y afligidos,
Y nunca acuden en balde.
Pues parece que la Virgen
En derramar se complace
De sus gracias los tesoros
Desde aquellos peñascales.
Mas nunca la concurrencia
Es tan bulliciosa y grande
Como en el solemne dia
De su fiesta memorable.

Era, pues, llegado, y vénse
(Al esmaltar los celages
Del Oriente hermosa Aurora,
Que del mar vecino sale)
Por los senderos del monte
Estrechos y desiguales
Subir apiñadas turbas
De los pueblos mas distantes.
Y no solo allí concurren
Los devotos catalanes
Y los fieles españoles
A venerar á la imágen;
Que vienen de todo el mundo
Peregrinos á millares,
Y hasta herejes y paganos,
Buscando alivio á sus males.

Ya suben en sus literas
Princesas de régia sangre,
Y en poderosos corceles
Príncipes de alto linaje.
Señores de grande alcurnia
Con escuderos y pajes,
Y en sus mulas los Prelados
Seguidos de Capellanes.
Y valerosos guerreros
Por los riscos y jarales
Trepan, ostentando altivos
Armaduras rutilantes.
Y en gallardas hacaneas
Doncellas de lindo talle
Con repulgos y melindres
Haciéndose interesantes.
Y las siguen y custodian,
Escabechadas las carnes,
Sus dueñas, que medrosicas
Van temiendo despeñarse.
Y caballeros machuchos,
Y perfilados galanes,
Y un pueblo inmenso que hierve
Y rebulle en todas partes.
De condiciones distintas
Personas chicas y grandes,
De todo sexo y estado,
De todas trazas y edades;
Suben la sierra anhelosas
Juzgando que llegan tarde;
Y se empujan y atropellan
Por dar un paso adelante.
Ricos, pobres, peregrinos,
Marineros, mozas, frailes,
Niños, viejos, y mujeres,
Soldados y capitanes,
Ciegos, mudos, y tullidos,
Leprosos, febricitantes,
Endemoniados, convulsos,
Paralíticos y orates;

Gentes de todas naciones
Con diferencia de trajes,
Con diversidad de idiomas,
Con distintos ademanes.
Y la confusion de lenguas,
Que se difunde en los aires,
Otra Babel la montaña
Con extraño rumor hace.
Como en jardin la convierten
De mil colores brillantes
Los penachos, y las cintas,
Y los vistosos ropajes.
Contemplados desde lejos
Los senderos undulantes
Atestados del gentío
Que desde el profundo valle
Con movimiento conforme
Sube á las cumbres distantes,
Ser dijéranse serpientes
Birragadas, colosales,
Que girando entre los riscos,
Se encaramaban voraces
A devorar en las nubes
A las águilas caudales.

En medio de aquellas turbas,
Entre confusion tan grande,
En una humilde camilla
Sube enfermo y anhelante,
A cumplimentar el voto
Con que libertó sus naves,
El noble Perez Aldana,
Aragonés almirante.
Mal curadas sus heridas
Escaso de vida y sangre,
Y con la horrenda borrasca
Acrecentados sus males,

Disfrazado de romero,
Y tan otro su semblante
Con la enfermedad prolija,
Que no le conoce nadie,
Va en hombros de marineros
Sin séquito y sin bagaje,
Como cumple á un penitente,
Y al voto que hizo en los mares.
Llega á la puerta del templo
Donde le acogen los frailes,
Y colocan la camilla,
De la que no puede alzarse,
Tras de un pilar del crucero,
Desde do el enfermo alcance
A cubierto del bullicio
A ver las solemnidades.
Pues tan postrado y doliente
Está, que así solo es dable
El que asista á los oficios,
Y á Dios pueda encomendarse.

Ya un sol naciente de Mayo
Atravesaba brillante
De las altas vidrieras
Los trasparentes esmaltes.
Y en el alto campanario
Sonoras voces al aire
Daban los cóncavos bronces,
Nuncios de festividades;
Y ya el inmenso gentío
Llenábalas anchas naves.
Del gran templo, do la misa
Va solemne á celebrarse;
Cuando un francés Caballero
De escuderos y de pages
Servido, arriba, y penetra
Con desenfado notable

La apiñada muchedumbre,
Hasta lograr colocarse
Junto al pilar, do en su lecho
Está el herido Almirante.
Comiénzanse los oficios,
Con la cruz y los ciriales
Y su séquito y su mitra
Revestido el Abad sale.
Con torrentes de armonía,
Con sonoras tempestades
El órgano estrepitoso
Retumbar lss cimbrios hace.
Vuelan las nubes de iucienso,
Embalsamando los aires,
Y escondiendo del retablo
Las molduras y follajes.
Y el tal francés caballero
Sin que respeto le ataje,
Y por ver mas á su gusto,
Cansado ya de empinarse,
De pié atrevido se pone
Insultador y arrogante,
Sobre la humilde camilla
Do Perez de Aldana yace.
Este lo sufre un momento,
Aunque le hierve la sangre;
Mas cuando el otro le pisa
Ya no tolera el ultraje.
Y entre los dos en voz baja,
Descompuestos los semblantes,
Pasó el diálogo siguiente,
Sin que lo advirtiese nadie.

ALDANA.

Cuidad vos, el Caballero,
Lo que haceis por distraccion.
Guardad consideracion
A un impedido romero.

FRANCES.

Basta, buen hombre: Si vos
Que pié excelso os ha pisado
Conocieseis, muy honrado
Os creyerais, vive Dios.

ALDANA.

Pues si á vos adivinar
Os fuera dado quien es
Este en quien poneis los piés,
Por Dios que habiais de temblar.

FRANCES.

¿Temblar yo?... ¡temblar!... Insano,
Soy duque de Normandía,
Y á no estar aquí pondria
El pié en tu rostro villano.

ALDANA.

Yo desprecio tu blason
Y tu estirpe soberana,
Porque soy Perez de Aldana,
Almirante de Aragón.
Y porque fuera gran mengua
Profanar el templo santo,
Vive Dios, no me levanto
Para arrancaros la lengua.
Mas juro de insulto tal
Si cobro mi muerto brio
Pediros en desafío
La reparacion cabal.

FRANCES.

Os esperaré en Paris
Y dispuesto á todo estoy.

ALDANA.

¡Ay de vos si á Francia voy!

FRANCES.

¡Ay de vos si allá venis!

No hablaron mas, porque acaso
La gente empezó á alterarse,
Y era forzoso mesura
En lugar tan respetable.
El Francés entre la turba
Juzgó oportuno borrarse
Y al hacerlo con enojo
Le tiró á Aldana su guante.

III.

LAS CHARLAS.

Tot homines quot sentenciæ

La moderna Babilonia,
Ese Paris turbulento,
Que de espectáculos, farsas,
Chistes, riñas y festejos,
Francachelas y bullicios,
Novedades, burlas, juegos,
De caprichos veleidosos
Y de arrebatos funestos,
De virtudes las mas altas,
De vicios los mas horrendos,
Fué siempre constante escena,
Es, ha sido y será centro;
Lo era ya el siglo remoto,
Que hoy reproducen mis versos,
Aunque reducido entonces
A límites harto estrechos,
Sin ni aun soñar la grandeza
Que le destinaba el cielo,
Y la moral importancia
Con que hoy rije al universo,

Y en agitacion y pasmo,
Y en confuso movimiento
Lo tenía la llegada
De un español Caballero,
Que á retar viene animoso,
Por ultrajes que le ha hecho,
El Duque de Normandía,
Y á empeñar á muerte un duelo.
En las calles y en las plazas
En pórticos y en paseos,
En salones y talleres,
En las tabernas y templos,
Mezquinos, lóbregos, rudos,
Que no daba mas el tiempo,
Formando un París distinto
Del magnífico que hoy vemos;
Solo se habla del combate
Y se discurre del duelo,
Circulando mil patrañas,
Ponderaciones y cuentos.
Várias son las conjeturas
Sobre el motivo secreto,
Y el ultraje que ha lanzado
A tal paso á un extranjero.
Y se susurran amores
Allá en muy remotos reinos
En que los dos personajes
Rivales ardientes fueron.
Y aun hay fementidas lenguas
Que hacen correr sin respeto
De ciertas Princesas moras
Los nombres y devaneos.
Quién se admira de que pueda
Hombre haber de tal denuedo,
Que medir quiera su lanza
Con Príncipe tan excelso.
Quién lo juzga desacato
A toda la Francia hecho,
Y para aquel orgulloso
Pide cumplido escarmiento.

Quién, que ofendido está acaso
Por el Duque ó por sus deudos,
De modo distinto piensa,
Y alégrase en sus adentros;
Celebrando que haya un hombre
Destinado por el cielo
A castigar los desmanes
De Principe tan soberbio.
Unos recuerdan del Duque
Las hazañas y el esfuerzo,
Su valor en las batallas,
Su destreza en los torneos;
Y miran como seguro
Y cantan ya como cierto
Su triunfo en aquel combate,
Como lo ha logrado en ciento.
Del Duque exajeran otros
Juveniles desaciertos,
Ponderando sus violencias,
Abultando sus excesos.
Y en agrandar se complacen,
Exagerando los riesgos,
Las ventajas sobre el Duque
Con que cuenta el extranjero.
Dicen que el recien llegado
Es un hombre de provecho,
Alto, robusto, fornido,
Muy gallardo, y muy resuelto.
Que trae corceles de guerra
De gran belleza y gran precio,
Armas de exquisito temple,
Y muchísimo dinero.
Y los que dudan de todo,
Por hacerse los discretos,
Dicen, mostrando malicia,
Que suele llamarse ingénio,
Que acaso sea el desafio
Mera farsa y embeleco,
Embrollo de cortesanos
Y burlas de palaciegos.

Que el tal retador pudiera
Ser un francés embustero
Que venga á buscar la vida
Con patrañas y coo cueotos.
Los que quieren ver en todo
Alguo prodigio ó portento
Diceo, arqueando las cejas
Y con aire de misterio,
Que el lance estaba previsto,
Y que debe ser funesto
Seguo una profecía
De un gran astrólogo armeoio.
Que ha asegurado un Obispo
Que el retador extranjero
Vieoe armado de indulgencias,
Y ya por el Papa absuelto.
Que sus armas son morunas,
Sospechosas en extremo,
Como lo es tambien uo paje
Que trae vestido de negro.—

Los que siempre se divierten
Con cuanto ocurre de nuevo,
Importáodoles un pito,
Que sea malo, que sea bueno;
Y que nuoca indagan causas
Ni predicen nunca efectos,
Y en todo hallan ocasiones
De gresca, broma y bureo;
Gente feliz y beata,
O envidiable por lo menos,
Para la cual es la vida
Agradable pasatiempo;
Solo del palenque hablan
Que en San Dionís se ha dispuesto,
Y de meriendas y bailes,
Ceremonias y festejos;

Y de las damas gallardas,
Y de los trajes diversos,
Y de cómo procurarse
En la estacada un bueno puesto.
Y alégranse, vários chistes
Y equívocos repitiendo,
Que recojen en corrillos
Donde se trata del reto.
Y cuentan, con risotadas
De un envidiable contento,
Mil historietas picantes,
Que circulan por el pueblo.
Todo es, pues, contradicciones,
Ponderaciones, extremos,
Y hasta se duda y discute
El orígen del guerrero.
Asegúrase en un corro
Que no es español, que es griego;
Mientras en otro se afirma
Que es lombardo, ó que es bohemio.
Y sobre el nombre contienden,
Aunque van todos de acuerdo
En pronunciarlo de modo
Que nadie puede entenderlo.
Se acaloraron disputas,
Apuestas se propusieron,
Y aun resultaron camorras,
Y otros desafíos nuevos.
Mas para pintar al vivo
Lo que el París de aquel tiempo
Del tal combate pensaba,
Y charlaba del suceso,
Referiré dos coloquios
De carácter muy diverso,
Que sobre estas ocurrencias
Hubo casi al mismo tiempo:
Uno en un salon ilustre
Entre gente de alto vuelo;
Otro en una vil taberna
Entre gentuza del pueblo.

IV.

EL SALON.

—Buenas noches: ¿qué hay de nuevo?
—Hay ocurrencias notables.
Versos de una comedia.

En un salon no muy grande,
Cuadrado, y con alto techo,
Do rudo ensamble mostraba
Oscuro arteson de cedro,
Dos ojivas sobre el rio,
Adornadas de arabescos,
Por sus turbias vidrieras
Hechas de vidrios pequeños,
Dejaban difícil paso
A los rayos postrimeros
De un sol poniente de otoño
Con celajes encubierto.
Por las extensas paredes
De guerra y caza trofeos
De altas escarpias pendian,
O de armaduras de ciervos.
De mármol la chimenea
Llenaba todo un testero,
Timbres mostrando y follajes,
Y bizantinos brutescos.
Y á otro lado campeaba
Un oratorio pequeño,
De nácar, de concha y bronce,
Primoroso por extremo.
Do á la imágen de la Vírgen,
De un arte perdida esfuerzo,
Una lámpara de plata
Daba amarillos reflejos.

De nogal duros escaños
Muy pulidos y muy tersos,
Y unos sitiales enormes
Ornaban el aposento.
Un gran bufete ochavado
Estaba plantado enmedio,
Con un tapete de Persia
Con borlones y con flecos.
En el bufete jugaban
A las tablas con sosiego
Dos maduros personajes
De muy diferente aspecto.
Era el uno un Conde ilustre,
De la casa amigo y deudo,
Que en la Turena tenía
Sus castillos y sus feudos.
El otro un Abad notable
Por su astucia y su talento;
Predicador de gran nombre
Y en la córte de gran peso.

Mientras estos dos jugaban,
Allí cerca y en silencio
En un gran sillon forrado
Con un recamado cuero,
La Señora de la casa,
De rostro grave y sereno,
De edad dudosa, y de porte
Aristocrático y serio,
Con las tocas de viuda
Y mongil rico, aunque negro,
Que daban mayor realce
A su distinguido aspecto,
Atentamente ojeaba
Un librito muy pequeño,
Con manecillas de oro,
Y tapas de mucho precio;

Manuscrito lindo y raro,
Adornado con esmero
De brillantes miniaturas
Y dorados arabescos,
Que á la devocion brindaba,
Y facilitaba el rezo
De las horas de la Virgen
Y los Santos Evangelios.
Y si la dama apartaba
De él los ojos un momento,
O era para dar al Conde
De una jugada el consejo;
O para en las controversias
Propias de lances de juego
Irse siempre de su bando,
Y con teson defenderlo:
Lo que tal vez producia
De malicia un fino gesto,
En el Abad, que cortaba
De la fresca viuda el vuelo...

En el hueco de una ojiva,
Donde le daba de lleno
La última luz de la tarde,
Que espiraba por momentos,
Ante un bastidor, sentada
Sobre un cojin en el suelo,
Estaba una linda niña
De veinte años no completos.
Delicada, blanca, pura,
De oro acendrado el cabello,
Que en bucles y en anchas trenzas
Bajaba á adornar el seno,
Boca de perlas y rosas,
Ojos del color del cielo,
Y el total mas expresivo,
Y el conjunto mas modesto.

Era Matilde, la hija
De la casa, el embeleso
De su madre, y el encanto
De los amigos y deudos.
Bordando estaba un tapete
Con emblemas y misterios
De la pasion, recamados
No sin destreza y acierto.
Y viendo borrados casi
Del sol los últimos dejos,
Y que la luz le faltaba,
Fué su labor recojiendo.

A poco en la erguida torre
Del contiguo monasterio
El *Angelus* anunciaron
De las campanas los ecos.
Y aquellas cuatro personas
Ante el oratorio fueron,
Do hincándose de rodillas
Entonaron breve rezo,
De que dijo los latines
El noble Abad, á quien luego
Todos besaron la msno
Con ceremonial respeto.

Dos pajes, ambos vestidos
De jalde, de rojo, y negro
Entraron. Y mientras uno
Puso del bufete enmedio
Enorme belon de plata,
Que iluminó el aposento;
Cerró el otro las maderas,
Los cortinajes corriendo.

El Conde, el Abad, la dama
A sus sillones volvieron,
Y esta á su devocionario
Y los otros dos al juego:
Y quedando en pié Matilde
Apoyó el cándido seno
De la madre en el respaldo
Inclinado el rostro bello.



De afuera de la mampara
Anunció una voz en esto,
Al señor Baron, que alzando
El tapiz entró resuelto.
Era muy gallardo jóven,
Alto, delgado y bien hecho,
Y quitándose la toca,
Y el bigote retorciendo,
Y sonando las espuelas
Contra las losas del suelo,
Con finísima elegancia
Y porte de caballero,
A la Señora viuda
Saludó con gran respeto,
Besóle al Abad la mano,
Dió la suya al Condo viejo;
Y con sonrisa graciosa,
Y particular afecto,
A la divina Matilde
Hizo reverencia luego.
Ella de púrpura ardiente
Dió esmaltes al rostro y pecho,
Correspondiendo al saludo
Con ademan muy modesto.
Mas tal vez un malicioso
Pudiera haber descubierto
En las tímidas miradas
Algun futuro himeneo.

Despues de las cortesías
Y forzosos cumplimientos,
Aquellas cinco personas
Este coloquio emprendieron.

SEÑORA.

Decidme, noble sobrino,
¿Cómo tan tarde venís?

BARON.

Vengo ahora de San Dionís,
Y está muy malo el camino.

CONDE.

¿Va el palenque adelantado?

BARON.

Lo está bastante.

ABAD.

¿Y qué tal?

BARON.

No me ha parecido mal.

MATILDE.

¿Y está con gusto adornado?

BARON.

Magnífico es el dosel
Y los palcos y antepechos,
Aunque parecen estrechos,
No desdicen nada de él.
Y pondrán, á lo que creo,
En los ángulos banderas,
Tapetes en las barreras,
Y en cada entrada un trofeo.

MATILDE.

¿Y es muy grande?

BARON.

Grande asaz
...No sé los pasos que cuenta...
Pero segun aparenta
De media Francia es capaz.

ABAD.

¡Y se llenará!!!

BARON.

No hay duda.
A ver un lance de honor,
Y de gloria y de valor
No habrá francés que no acuda.

ABAD.

Yo siempre deploraré
Tales lances: Los cristianos
Tan solo con los paganos
Deben lidiar por la fe.

SEÑORA.

¿Conque sale á pelear
Un duque de Normandía?...

CONDE.

¿Y juzgais, señora mia,
Que lo pudiera evitar?

SEÑORA.

¡Un Príncipe!!!

CONDE.

Es caballero,
Y precisa obligacion
El darle satisfaccion
A un ofendido extranjero.

SEÑORA.

Sí, á cualquiera...

CONDE.

No á cualquiera.
Ese español campeon
Almirante es de Aragon
Y de la sangre primera.

SEÑORA.

¿Y será ese caballero
De veras tal personaje,
O mintiendo nombre y traje
Un vulgar aventurero?

CONDE.

Señora, trae de su Rey
Cartas y autorizacion.
Es Rico-home de Aragon,
Caballero de alta ley.

BARON.

Probarme con él quisiera,
Que al cabo es un extranjero,
Que viene insolente y fiero
A insultar á Francia entera.

ABAD.

Pues yo no juzgo que Francia
Tenga aquí nada que ver.

BARON.

¿No es insultar su poder
Esa extranjera arrogancia?

ABAD.

Es lance particular,
Que ya los cristianos reyes,
Aboliendo absurdas leyes,
Debieran no autorizar.

BARON.

Cuando se toca al honor
Ni el Papa mismo es capaz...

ABAD.

Yo soy Ministro de paz,
Vos..... Un jóven lidiador.

SEÑORA.

¡Válgame Dios, buen sobrino!

BARON.

Perdon pido si hubo exceso.
En tal cuestion, lo confieso,
Me acaloro y pierdo el tino.

CONDE.

Yo aplaudo este honroso medio,
Y el que el español gallardo
En él busque sin retardo
De su honra herida el remedio,

BARON.

Pues no me gustára á fe
Encontrarme en su lugar.
Temo que le ha de pesar.

CONDE.

Señor Baron, ¿y por qué?

BARON.

Porque el Duque es muy valiente,
Nadie en destreza le alcanza,
Y querer medir su lanza
Es pretension de demente.

CONDE.

Yo de su valor no dudo:
Así mas juicio tuviera,
Y así su comporte fuera
Mas hidalgo y mas sesudo.

BARON.

No deis crédito á rumores
De sus viles adversarios.

ABAD.

¿Vos sois de sus partidarios?

BARON.

Le debo muchos favores.

CONDE.

Bien, no niego su valor,
Mas tambien el Almirante
Goza fama relevante
De bravo y de justador.

BARON.

Le envidio solo un corcel
Que ha traido de su tierra.
¡Qué gran caballo de guerra!
No he visto otro mejor que él.

MATILDE.

¿Es muy lindo?..... ¿De qué pelo?.....

BARON.

Es tordo rodado obscuro,
Y las crines, de seguro
Le descienden hasta el suelo.

MATILDE.

¿Y viene al uso de España
Vestido ese personaje?

BARON.

No le he visto; mas su traje
Cosa debe ser extraña.

MATILDE.

¿Trae mucho séquito?

BARON.

Sí.
Trae salvajes, y trae moros
Y un paje negro.

SEÑORA.

¡Qué horror!...

MATILDE.

¿Y es muy rico ese Señor?...

BARON.

Cuentan que tiene tesoros.

SEÑORA.

Vuelvo á mi tema, este lance
Me tiene en gran desconcierto,
Pues si es lo que afirman cierto,
Me recelo algun percance.

ABAD.

¿Qué afirman?

CONDE.

Un desatino.

SEÑORA.

Cuentan que estando en la cuna,
Le anunció escasa fortuna
En un duelo, un peregrino.

ABAD.

¿A quién?...

SEÑORA.

Al de Normandía.
Y corre en todo Paris
Que le dijo: «*En San Dionis*
Vereis vuestro último dia.»

ABAD.

¿Es posible?...

SEÑORA.

¿Por qué no?

CONDE.

Señora, eso es delirar,
Y enrodado debe estar
Quien tal patraña inventó.

SEÑORA.

¡Pues qué?... ¿Acaso no pudiera?....
Dígalo el señor Abad.

ABAD.

Don profético, en verdad,
Puede dar Dios á quien quiera.

SEÑORA.

Hay quien afirma tambien
Que ese Español atrevido,
Con yerbas que ha recogido
En el campo de Belen,

Logra hacerse invulnerable;
Y que grabó en su armadura
Palabra de la escritura
Un Rabino detestable.
Y que ese negro bozal,
Que dicen que trae consigo,
Si no es el mismo enemigo
Puede ser otro que tal.

ABAD.

Entre guerreros cristianos
Yo no admito tales cosas,
Porque son pecaminosas
Y propias de los paganos.

CONDE.

Ni un Rico-home aragonés
Usára supercherías.
Esas son habladurías
Del vulgacho descortés.

BARON.

Si son ciertas nada importa,
Porque del Duque la espada,
Con su valor manejada,
Hasta los encantos corta.

SEÑORA.

¿Y cuándo es el duelo?... Dí.

BARON.

En la semana que viene.
Ya el Duque padrino tiene...

CONDE.

¿Y quién es?

BARON.

Montmorency.

MATILDE.

¡Ay que viejo!...

SEÑORA.

Viejo es.
Pero ha sido muy valiente,
Muy galan, y muy prudente,
Y honra del nombre francés.

ABAD.

Y del señor Almirante?

BARON.

Segun dicen eligió,
Y nuestro Rey lo aprobó,
Al buen Duque de Brabante.

MATILDE.

Mamá: ¿Nosotras iremos
A ver ese desafio?

SEÑORA.

Sin duda, aunque á pesar mio,
Convidadas estaremos.

BARON.

Si Matilde alli faltára
Faltára la mejor flor.

SEÑORA.

Que muriera de terror
Si sangre se derramára.

BARON.

Sangre, y mucha, debe haber,
Que el desafio es á muerte.

ABAD.

¿Pero el agravio es tan fuerte
Que tal fin deba tener?

BARON.

Un pisoton... bofetadas...
Una Señora... No sé.

ABAD.

Cuentan que en la iglesia fué...

CONDE.

Se dicen mil badajadas.

MATILDE.

Ojalá sea hermoso el dia,
Y esté despejado el sol
...¿Quién vencerá, el español,
O el duque de Normandía?

BARON.

¿Pues qué, prima, lo dudais?

MATILDE.

Yo imagino que el francés.

BARON.

Eso lo seguro es.

CONDE.

¿Y si acaso os engañais?

BARON.

¿Quereis pues, de amigo á amigo,
Aquel arnés de Milan
En contra de mi alazan
Apostar aqui conmigo?

ABAD.

Ociosas apuestas son:
Lo que nos cumple averiguar,
Para poder presagiar,
Es quien tiene la razon.

Al llegar aquí el coloquio
Los pajes lo interrumpieron
Presentándose en la sala
Seguidos de un escudero.
Y en sendas grandes salvillas
Circularon y sirvieron,
Lucientes tazas de plata,
Dorados fondos y cercos,

Llenas de caliente vino
Sabrosamente compuesto
Con mil y finas especias,
Que era el usado refresco.
El Baron alegre y jóven,
Y el Conde sesudo y viejo,
Continuando la disputa
Sendas tazas se sorbieron.
Tambien el Abad las suyas
Se echó sin chistar á pechos
Y á la dama y á Matilde
Agua sirvió el escudero.
En tanto sonó la queda,
Y el toque de *cubre fuegos*
Y haciendo galan saludo
Los tres tertulios se fueron.

V.

LA TABERNA.

Hubo mientes como el puño,
Hubo puños como el mientes,
Diluvio de sombrerazos,
Granizada de cachetes.
Quevedo.

Mientras esto sucedia
En el salon susodicho,
Donde opiniones diversas
Mis lectores han oido;
En un sitio retirado,
Parte de aquel laberinto,
Que aun visitan los viajeros,
Como el París primitivo;

Un sótano oscuro habia
Muy miserable y mezquino,
De que la puerta era puerta,
Y ventana á un tiempo mismo.
De la calle estrecha y sucia
Una rampa ó precipicio
Al tal sótano bajaba,
Por tener mas hondo el piso.
Sus abolladas paredes
De verdin húmedo y frio,
De manchas, de enormes grietas
Y de hollin nuevo y antiguo
Estaban entapizados,
Aumentando lo sombrío,
Lo triste y lo cavernoso
De tan repugnante sitio.
Amueblaban aquel antro
Cuatro ó seis mesas de pino,
Dos toneles en el fondo,
Y un mostrador de ladrillo.
Y jarros de cobre, y tazas
De peltre, y vasos de vidrio
Colgaban de gruesos clavos
Por los postes y macizos.
Alumbraban todo aquello,
Que el sol sol jamás habia visto,
De una resinosa tea
Los resplandores rojizos;
Que ora envueltos en el humo,
Ora espléndidos y vivos,
Ora azulados y muertos
Siempre en unduloso giro;
Luz mudable, incierta daban,
Raros fantásticos visos,
Y aparente movimiento
A paredes y á utensilios.
Un hombre de faz siniestra
Y de muy pobre atavío,
Pero atlético, robusto,
Callado, astuto y ladino

De la taberna era el dueño,
Y hombre de pocos amigos;
Bandolero cuando mozo,
Y ratero cuando niño.
Y que se pasó diez años
Hácia atrás, entretenido
En ser suplente del viento
Y en hacerle á la mar chirlos.
De pechos echado estaba
Soñoliento ó discursivo
En el mostrador, cuidando
Su palacio y sus dominios.

En derredor de una mesa,
Con un gran jarro de vino,
Y con tres tazas de peltre,
Tres hombres tomaron sitio.
Era el uno un carnicero,
El otro un maton de oficio,
Y el tercero era un lacayo
De un Baron ó de un Obispo.
En otra mesa inmediata,
A poco hicieron lo mismo,
Un hombre de armas machucho,
Y un lego de San Francisco;
Y en la mesa mas distante,
Como huyendo del bullicio,
Dos mujeres del mercado,
Un muchacho y un esbirro.
Y entre estas nueve personas
Se entabló, no sin ruido,
Entre un trago y otro trago
El coloquio que trascribo.

CARNICERO.

Carne larga, vive Dios,
En San Dionís ha de haber.

LACAYO.

Fuera curioso de ver
El que murieran los dos.

CARNICERO.

¡Ojalá!

MATON.

Gran tonto es
El Duque de Normandía,
Pues de su empeño saldria
Fácilmente.

LACAYO.

¿Cómo, pues?

MATON.

Encargándomelo á mí,
Que he sacado á otros Señores
De empeños harto mayores,
Como es notorio.

HOMBRE DE ARMAS.

¿Tú?...

MATON.

Sí.

HOMBRE DE ARMAS.

¿Qué has de haber sacado tú?

MATON.

Como al Duque lo sacára,
Si el Duque me lo pagára.

LACAYO.

Lléveselo Belcebú.
No importára á nadie un pito,
Pues no hay en el mundo entero
Un Señor mas altanero,
Mas tacaño y mas maldito.

Dos meses que lo serví
Pasé muy amargos dias,
Y solo bellaquerías
En aquel palacio ví.

MUJER 1.ª

Mientes, pícaro ladron.

LACAYO.

Gracias.

MUJER 1.ª

Borracho, alevoso:
El Duque es bueno y rumboso.

LACAYO.

¿Contigo acaso, pendon?

MATON.

¿Si querrá hacernos creer
Que el Duque es su enamorado?

MUJER 1.ª

¿Y por qué no, desalmado,
Si él es hombre y yo mujer?

LACAYO.

Esta una hermanilla tiene
Guapita y de buen despacho...

MUJER 1.ª

Calla, pícaro borracho.

LACAYO.

Callo, porque te conviene.

MATON.

Eso no es del caso, yo
Solo repito qne el Dnque
Prevenir debiera el truque
Buscando un hombre de pró,

HOMBRE DE ARMAS.

El Duque no necesita
Que ningun bravo le ayude;
Pues como nadie sacude
Al cuitado qne lo irrita,
Y ese español arrogante...

CARNICERO.

No es español.

ESBIRRO.

Sí lo es.

HOMBRE DE ARMAS.

Lo verémos á sus piés
Destrozado y palpitante.

MUJER 2.ª

Se ve que no lo habeis visto,
Como yo. Es nn hombreton
Mas fornido que un Sanson,
Y buen mozo, vive Cristo.

MUJER 1.ª

¡Buen mozo, y español? ¡Bah!!!
Un judío... un Sarraceno...
Muy belludo, muy moreno...
Buen mamarracho será.

MUJER 2.ª

¿Mamarracho?... Ya te dieras
En el pecho con un canto
Si te mirára.

MUJER 1.ª

¡Qué espanto!

MUJER 2.ª

En esa que tú te vieras.
Y muchísimo dinero
Y joyas que trae consigo.

MATON.

¡Joyas! ¡Dineros!... Amigo
Me haré de su posadero.

ESBIRRO.

¿Para qué?

MATON.

Para guipar
Con alguna sutil treta
Donde pone la maleta...

ESBIRRO (*poniéndose de pié*).

No lo puedo tolerar.
Soy ministro de justicia,
Y al punto debo prender
A quien osa cometer
Robo con tanta malicia.

HOMBRE DE ARMAS.

Déjalo.

MATON.

¿Y quién ha robado?

LAS DOS MUJERES.

Dejadlo, que esto es hablar.

ESBIRRO.

Me va un cuartillo á pagar,
O va á la cárcel atado.

LEGO.

Mi hábito lo ampare; basta.

ESBIRRO.

¿Y la multa?

LEGO.

Basta, amigo.

ESBIRRO (*sentándose*).

Siempre quedan sin castigo
Los pájaros de esa casta.

CARNICERO.

Basta, y unidos bebamos,
Y renazca la alegría,
Que por una niñería
No es bien que nos desunamos.

MUJER 1.ª (*brindante á todos*).

Viva el Duque.

LEGO.

Viva.

HOMBRE DE ARMAS.

Viva.

MUJER 2.ª

Quien vivirá es el guerrero
Que viene gallardo y fiero
A domar su furia altiva.

LEGO.

Será lo que quiera Dios.

CARNICERO.

Por mí que haya sangre y mucha,
Que sea terrible la lucha,
Y que allí queden los dos.

LEGO.

Del Duque es gran protector
Mi buen padre San Antonio.

HOMBRE DE ARMAS.

Y puede lo sea el demonio
Del osado retador.

ESBIRRO.

Puede ser.

MUJER 1.ª

Lo es de seguro.
¿No habeis visto aquel lacayo
Que trae con un negro sayo,
Y el semblante tan obscuro?

Pues es... es...

LEGO.

¿Un familiar?

MUJER 2.ª

Eso.—Y dicen que allá un moro
Le vendió á peso de oro
El peto y el espaldar.
Y que un sabio encantador
La lanza le ha regalado.

LEGO.

Y cuentan que endemoniado
Estuvo el año anterior.

CARNICERO.

¡Jesus!... ¿Y no le sacaron
Los espíritus?

LEGO.

Sí, allá
En su tierra, mas quizá
Dentro alguno le dejaron.
Por eso tiene tal brio,
Y es así tan quimerista.

MUJER 2.ª

Y no habrá quien le resista.

CARNICERO.

Mas ¿por qué es el desafío?

MUJER 1.ª

Por una Princesa mora.

MUJER 2.ª

¿Qué mora?... Si era judía.

LACAYO.

Mi amo dijo el otro dia
Que era por una señora,

De allá... de allá... muy distante,
Que encantada, ó cosa tal,
En una urna de cristal
La tiene un gran nigromante.

MATON.

Fué una disputa de juego:
Al Español cogió el Duque
Haciéndole un falso truque,
Y se puso de ira ciego.

HOMBRE DE ARMAS.

¿Piensas que el Duque, cual tú,
Va á meterse en los garitos?

MATON.

Disfrazado en infinitos
Lo he visto por mi salú.

HOMBRE DE ARMAS.

¡Lo que ve el vino!

MATON.

Capaz
Con vino y sin vino soy.

HOMBRE DE ARMAS.

Que ya amoscándome voy.

TODOS.

Caballeros, haya paz.

MUJER. 1.ª

Pues yo al tramposo bribon,
Sin andarme en desafios,
Cortado hubiera los brios
Plantándole un bofeton.

CARNICERO.

Los retos son tonterías,
Invencion de cortesanos,
Por no venir á las manos
Y arreglarlo en cortesías.

No así la gente villana,
Tras el insulto el castigo,
Sin dejar al enemigo
Que lo piense hasta mañana.

MUJER 1.ª

A ver el combate irémos.

MUJER 2.ª

De seguro.

LACAYO.

Y aunque arda
Cada golpe de alabarda,
Aguantarlo, y entrarémos.

LEGO.

Guardas y arqueros burlar
Sé yo con destreza mucha.
Llego, calo la capucha,
Digo: *Deo gratias*, y á entrar.

MATON.

¿A que impido yo la fiesta,
Y todo el gran aparato
Aniquilo y desbarato?
¿Quién formaliza una apuesta?...

MUJER 1.ª

No lo hagas, no.

HOMBRE DE ARMAS.

No lo hará.

MUJER 2.ª

No nos agües la funcion.

MATON.

Vaya, me dais compasion,
La fiesta no faltará.

Esbirro.

¿Y qué pensabas hacer
Para la fiesta impedir?

Maton.

Os lo voy á descubrir,
Pues que apuesta no ha de haber.
Cuando marchára á la liza
Ese retador ufano,
Le metiera yo la mano,
Y le diera una paliza.

Lacayo.

¿Y sus pajes y escuderos?

Maton.

Esgrimiendo yo el montante
No me quedaba un tunante
De esos viles extranjeros.

Mujer 2.ª

Mira que diz son salvajes,
Y unos moros muy feroces
Que dan bocados y coces,
Y que hacen muchos visajes.

Lego.

Y allá en las tierras de España
Ha visto mi guardian
Gigantes bárbaros tan
Altos como una montaña.

Maton.

Pues quisiera verlos yo.

Esbirro.

Pues yo no quisiera verlos.

Carnicero.

Ni yo, amigos, mantenerlos.

(*Al* Hombre de armas).

¿Los habeis vos visto?

Hombre de armas.

No.

Y eso que he corrido tierras
Y regiones muy distantes,
Mas nunca he visto gigantes,
Ni en las paces, ni en las guerras.

MUCHACHO.

Pues aquí están ya. Y no deja
A mi hermana la abuelita
Salir, porque ¡ pobrecita !
No se la coman.

HOMBRE DE ARMAS.

¿La vieja
Los ha visto?

MUCHACHO.

Los ha visto.
La otra noche, ya muy tarde.

MUJER 1.ª

De ellos el cielo nos guarde.

LEGO.

Ampárenos Jesucristo.

MUCHACHO.

Dice mi abuela que son
Como torres, y que un niño
Se manducan sin aliño,
Cual si fuera un chicharron.

MUJER 2.ª

¡Jesus! ¡Jesus!

MATON.

Yo una vez
Uno maté en Berbería,
Que unas cien varas tendria,
Y negro como la pez.

HOMBRE DE ARMAS.

¿Y era de veras gigante,
O era un tonel de buen vino?

MATON.

Poniéndome voy mobino
Al veros tan insultante.

Y con el vigote cano
Y esa reserva, tambien
Se achispa el hombre de bien
Como otro cualquier cristiano.
Y si él gigantes no vió,
No le fué posible verlos,
Porque tan solo de olerlos,
De puro miedo cegó.

HOMBRE DE ARMAS *(de pié).*

Infame, ¿qué es lo que dices?

TODOS *(levantándose).*

Haya paz.

HOMBRE DE ARMAS.

No me alborotes.

MATON *(de pié).*

Ya me queman los vigotes,
Y me pican las narices.
Y á cuatro pasos de aquí
No me dijera...

HOMBRE DE ARMAS.

Gran tuno,
¿Te atreves?...

MATON.

Es que ninguno
Me moja la oreja á mí.

HOMBRE DE ARMAS.

Pues á mojártela va
Este jarro en nombre mio.

MATON.

Y ese tu caduco brio
Esta mesa aplastará.

Y diciendo de este modo
Y casi al instante mismo,
El jarro y la mesa andaban
Por el aire dando brincos.
Tras el mostrador metióse
El muchacho, mas que asilo,
Buscando alguna cosuela
Que meterse en el bolsillo,
El carnicero furioso
Le dió al fanfarron auxilio,
Con una enorme cuchilla,
Que llevaba atada al cinto.
Al lado del hombre de armas
Entró en la lucha el esbirro,
Formándose una trinchera
Con las mesas y banquillos.
El buen lego y el lacayo
Se fueron mas advertidos
A retozar con las mozas,
Que en un rincon daban gritos.
Mas hallaron con sorpresa,
Que en lugar de recibirlos
Como á guardas de sus honras,
Y de sus prendas padrinos;
Con las uñas afiladas,
Y con feroces mordiscos
Los recibieron, pues eran,
No mujeres, sino grifos.
El tabernero furioso
De ver armado tal cisco,
A pescozones en vano
Calmar la contienda quiso.
Vuelan las mesas y tazas,
Suenan voces, danse ahullidos,
Maldiciones y blasfemias
Ensordecen el recinto.
Se hieren, y se magullan,
Se desgarran los vestidos,
Se contunden, se martillan,
Con sangre riegan el piso.

Y era aquel antro asqueroso
Una cueva del coceto,
Un horrendo pandemonium,
Un retrato del abismo.
Cuando apareció la ronda,
Se bebió de balde el vino,
Sacó una multa en dinero
Al dueño del domicilio,
Y repartiendo moquetes
Se llevó á aquellos mosquitos
A que durmiesen la mona
Al arrullo de los grillos.

VI.

LA LID.

Ya los caballos relinchan,
Ya rompen por todo el campo,
Ya las lanzas son hastillas
Ya los arnéses bollados.
Romancero general.

Era una hermosa y plácida mañana
De fresco Otoño, que ubertoso y grato
Del Sena los contornos engalana,
Con parda pompa, y con vistoso ornato;
Y el Sol desde celages de oro y grana,
De su imperial dosel rico aparato,
Torrentes derramó de lumbre pura
De San Dionís por la feraz llanura.

Y exclareció con ricos resplandores
El cerrado palenque y ancha liza,
Donde van á probar los justadores
El temple que sus nombres eterniza.
Repartando cambiantes y colores
Sobre el trono potente, que autoriza
El campo, circundado de banderas,
Gradas, trofeos, palcos y barreras.
Se agita en torno la apiñada gente,
Burlando del arquero la amenaza,
Pues que la turba indómita y creciente
Inunda pronto la extendida plaza.
Y vase acomodando inobediente
Do puesto encuentra, ó de adquirirlo traza,
Y llega sin cesar nuevo geutio
Anhelando encontrar pnesto vacío.
Mas ya lo encuentra apisonado todo,
Y del retardo con despecho brama.
Ni oro ni fuerza logran acomodo,
Ni aun miramiento seductora dama.
Por fuerza tiene que avenirse á todo,
Si alguno en los pilares se encarama,
Los mas en grupos apretados quedan
Do el rumor escuchar al menos puedan.
Ya en los palcos Señoras y Señores,
Con ropages explendidos de gala,
Forman como un jardin de várias flores,
Que el amoroso céfiro regala:
Y relámpagos dan y resplandores
Las ricas joyas donde el Sol revela,
En pechos, puños, talles y cabezas,
Ostentando á la par gusto y riquezas.
Las barreras, las gradas, los tablados,
Una masa uniforme presentaban
De cabezas y cuerpos apiñados,
Donde algunas bellezas resaltaban.
De trecho en trecho arqueros apostados
El mas leve desórden atajaban:
Y confuso rumor y gritería
Por el espacio cóncavo cundia.

Cuando de trompa bélica el aliento
La atmósfera purísima asordando,
Dándole voz al sosegado viento
Y en los vecinos montes retumbando,
Que llega el Rey para ocupar su asiento
Al gran concurso anuncia, que anhelando
De su lealtad manifestar la llama
Con mil *vivas* y mil su nombre aclama.

Entra el Rey con el manto y la corona
El cetro augusto en su derecha brilla,
Y apoyado en el Conde de Narbona,
Grave se asienta en la elevada silla.
En derredor acatan su persona,
Doblando al acercarse la rodilla,
Los Príncipes, los Condes, y los Pares,
Con ricas vestes, cotas y collares.

Treinta armígeros fórmanse delante
Del Real balcon, para decoro y guarda.
El Sol refleja puro y rutilante
En una y otra fúlgida alabarda.
Y un heraldo publica en voz tonante,
Que el bullicio y confusa zalagarda
Vence, las contratadas condiciones
Y de entrambos guerreros los blasones.

Mas cuando queda mudo el gran gentío,
Fué al ver bajar pausados á la arena
A los jueces del campo y desafío,
Por ver si está de oculto engaño agena.
Es el de mas edad y menos brio
El respetable Conde de Turena.
El otro el duque de Nemur sesudo,
Que aun puede manejar lanza y escudo.

Y despues que el terreno aseguraron
Con público solemne juramento,
Reverenciando al Rey, se retiraron
Para ocupar su distinguido asiento.
Y trompas y timbales anunciaron,
Y pónese el concurso en movimiento,
Que á esperar, cual retado, ya venía
El Duque y poseedor de Normandía.

El pecho pálpito del Soberano,
Era padre tambien, y dió al semblante
Lijera palidez, que quiso en vano
Tiranizar la magestad radiante:
El portillo que estaba á diestra mano
Abrese, y el concurso palpitante
Clava la vista en él, y espera ansioso
La llegada del Duque valeroso.

Entran en la estacada dos maceros
De la Casa Real, y en pos venian
Doce antiguos y nobles caballeros
Con arnéses que al sol resplandecian;
Con caballos altísimos y fieros
Que gualdrapa y penacho embellecian,
Siguen los ecos de nn clarin sonoro,
Y arbolan nn pendon con lises de oro.

De dos en dos y en órden ocho pajes
En seguida pasaron la barrera,
Todos de nobles casas y linajes,
Brillando en todos juventnd primera;
En sus pintadas plumas y en sus trajes
Pudiera hallar la vária Primavera
Nuevos matices, tintas, y colores,
Con que esmaltar sus predilectas flores.

En dos negros corceles de pelea,
De cuerpo esbelto, sí, pero membrudo,
Dos escuderos con azul librea
Llevan uno la lanza, otro el escudo.
Aquella en cuyo hierro el sol chispea,
Prenda es de brazo guerreador forzudo,
Y cinco lises de relieve en oro
Son del escudo aznl noble tesoro.

Y llevando á sn diestra en nn overo
Al gran Montmorency (que se titula
De Barones cristianos el primero,
Y con tal mote su blason rotula);
En un normando pisador lijero,
Cnya tendida crin al viento undula,
Y á cuya planta el snelo se extremece,
El Duque altivo armado resplandece.

Leva en oro listada la armadura,
Y encima ostenta de color celeste,
Con armiños y rica bordadura,
Una elegante y suelta sobreveste.
Péndele del arzon ó la cintura,
Para que ayuda en la ocasion le preste,
Al lado opuesto de la espada noble,
Ferrada maza ponderosa y doble.

Un soberbio penacho, que se mece
Orgulloso en la altísima cimera,
Azul y jalde, matorral parece,
Que es de un gigante risco cabellera.
Abierta la celada comparece
La faz adusta, desdeñosa y fiera,
Boca anhelante, los vigotes rojos,
Y con brillo satánico en los ojos.

Porque del Rey es hijo lo saludan
Mezquinos lisonjeros cortesanos,
Y algunos demostrando que no dudan
De su triunfo lo aplauden con las manos.
Las mejillas de nuevo se demudan
Del Rey, y aun tiemblan sus cabellos canos,
La caterva silencio guarda esquivo,
Que no era popular el Duque altivo.

Este, despues que reverente acata
A su padre y Señor, manda despeje
La pomposa y lucida cabalgata,
Y que la liza desocupe y deje.
Tranquilo la visera cierra y ata,
Pide á Montmorency que no se aleje.
La lanza empuña y címbrala forzudo.
Toma y embraza el rutilante escudo.

A la parte siniestra se oye en esto
Bullicio popular, que da el alerta
A cuantos tienen en el circo puesto,
Y tornan sus miradas á la puerta.
Sonoras trompas anunciaron presto
Que el retador á la estacada abierta
Llega: el concurso en inquietud lo aguarda
E impaciente imagínase que tarda.

Entran *viva Aragon* roncos gritando,
Sin que entenderlos sepa el gran gentío,
Catorce Almogábares, ostentando
Continente feroz y extraño brio,
Y el estandarte de Aragon alzando,
De quien el orbe acata el poderío.
Pasman á todos su apostura y gesto,
Su raro traje y su marcial apresto.
Cubren sus cnerpos recios y membrudos,
En vez de floja malla ó armadura,
Pieles hirsutas de animales rudos,
Que ciñe tosco hierro á la cintura.
A mengua tienen el usar de escudos.
Liso casco sin cresta ni moldnra
Llevan en la cabeza relevada:
Sus armas son tres dardos y una espada.
Despues en seis corceles andaluces
Entran seis nobles Jegues agarenos,
Con plumas de africanos avestruces
En los turbantes de joyeles llenos.
Terciados los gallardos albornuzes,
Rijen con gracia tal los blandos frenos,
Que arrebataron á la turba inmensa,
Pues aplauso sonoro les dispensa.
Del Almirante Aldana eran vasallos,
Pagándole tributo como á dueño.
Y él por hacer alarde, ó por honrallos,
Los trae de escolta al peligroso empeño.
En dos fuertes bellísimos caballos,
El uno flor de lino, otro peceño,
La lanza un paje trae, de hierro agudo,
Y el otro, sin blason un liso escudo.
De un paje es escarlata la librea,
Del otro es toda negra, y es el mismo
Que ha dado márgen á la extraña idea
De ser un mensajero del abismo.
Y no falta en la turba alguien que crea
Que fnera conveniente un exorcismo.
Y cunden conjeturas y temores
No solo entre la plebe, entre Señores.

Llega por fin, y á su derecha mano
Como padrino el duque de Brabante,
Que el freno rije de un corcel germano,
El noble retador el Almirante.
Un tordo cordobés, fino, lozano,
Fogoso, lijerísimo, arrogante,
Y cuya crin al casco descendia,
Rije y gobierna con marcial maestría.

Sobre un sayo de cuero un coselete
Lleva, y todo el arnés empavonado.
Con un bilbilitano capacete,
De rojas plumas el cresten ornado.
Demuéstrase destrísimo ginete,
Y con banda de púrpura va honrado,
Que indica entre los cargos militares
La dignidad suprema de los mares.

Tambien sacaba en alto la visera,
Y tostado del sol muestra el semblante,
Pardos los ojos, negra cabellera,
La mirada segura y centellante,
Negros vigotes, la expresion severa,
Mas no descomedida ni arrogante:
Toma el escudo y la fornida lanza
Y á saludar al Rey piafando avanza.

Cálase la visera, y se retira
Su séquito, quedándose el padrino.
A su contrario sin desprecio mira.
Todo lo espera del favor divino.
Respeto su presencia noble inspira,
Y á sn pesar la multitud convino
Eu que era el español fuerte guerrero,
Y gallardo y cumplido Caballero.

De nuevo á la estacada descendieron
Los respetables jueces, las corazas
Y las lanzas y espadas recorrieron,
Frenos, escudos y temibles mazas.
Diligentes despues el sol partieron,
Y ambos contrarios sus distintas plazas
Ocupan, donde esperan que la trompa
Tocando á arremeter los aires rompa.

En belado silencio el circo queda.
Ni respirar en rededor se escucha,
No hay quien disimular el pasmo pueda,
La duda es grande, la ansiedad es mucha.
El Rey, sin que al temor de padre ceda,
Al cabo manda comenzar la lucha:
Mas al tender el cetro soberano,
Temblor lijero se advirtió en su mano.

Al grito del clarin los combatieutes
Vuelan al centro de la extensa plaza,
Pues de entrambos caballos los latientes
Hijares, ruda espuela despedaza.
Embístense feroces los valientes,
Y en una y otra fúlgida coraza
Los fulminantes hierros resvalaron,
Y de nuevo veloces se alejaron.

Revuélvense los dos ardiendo en ira,
El cordobés tordillo es mas lijero,
Con mas presteza el Almirante gira,
Y encuentra de soslayo al Duque fiero,
Y crudo bote con su lanza tira
Tan firme, tan seguro, tan certero,
Que un lirio de oro le arrancó sañudo
De los cinco que ostenta en el escudo.

Debió quedar del golpe satisfecho,
Pues aunque el Duque en el gorjal le biere,
Otra vez á su escudo va derecho,
Y otra lis, de su lanza al golpe, muere.
Brama el Francés de cólera y despecho,
Y por mas que vengar la afrenta quiere,
Dos lises mas dió á Aldana la fortuna,
Y en el broquel no queda mas que una.

Del Rey de Francia abochornado el hijo
Al mirar su blason tan mal parado,
La suerte adversa con furor maldijo
Y venganza juró desconcertado.
Ronco, probemos las espadas, dijo:
Y tirando la pica con enfado,
Dió fulgentes relámpagos desnuda
En su diestra la espada puntiaguda.

El duro Aragonés tiró su lanza
Tambien á largo trecho, empuña y brande
El acero con garbo y con pujanza,
Sin impedirle que el caballo mande.
En la espada gran nombre el Duque alcanza,
Pues su destreza en esgrimirla es grande.
Sobre Aldana se arroja de repente,
Amenazando aterrador fendiente.

Pararlo el Español apenas pudo,
Por mas que amenazando una estocada,
Cubrirse quiso con el ancho escudo,
Y soslayar un tanto la celada.
Del Príncipe francés el golpe rudo
Partió la altiva cresta empenachada,
Y en el aire esparció las plumas rojas
Como el otoño las marchitas hojas.

El corazon francés bañóse en gozo
Con orgullo y francesa vanagloria.
Cundió por el palenque el alborozo,
Juzgándolo presagio de victoria.
Y mientras contemplaba aquel destrozo
El Duque, ufano de su esfuerzo y gloria,
Repuesto Aldana, airado le acomete
De punta entre la gola y el almete.

Del Príncipe acudió la lijereza,
Y la espada diestrísima interpola.
Entonces amenaza á la cabeza
El Almirante, que apuntó á la gola,
Y cambiando la accion con gran destreza,
Aquella flor de lis, que aislada y sola
Quedaba en el escudo, á tierra vino;
Fuese casualidad, ó fuese tino.

No brama tan feroz el jarameño
Que siente en la cerviz alta el estoque,
Como el Duque francés, viendo el empeño
De ultrajar su blason en cada choque.
Del furor que lo abrasa no es ya dueño,
Y antes que infernal fuego le sofoque,
Anhela furibundo dar remate
Vencido ó vencedor á aquel combate.

Y tirando la espada cortadora,
Que, serpiente de acero, rueda un rato
En el polvo, la maza aterradora
Alza en un vehementísimo arrebato.
Y acomete con rabia vengadora
Al que á su escudo le robó el ornato.
Mas como anima al brazo ciego brio,
El furibundo golpe dió en vacío.

El normando corcel blanco de espuma,
Rendido á la durísima fatiga,
Ya el grave peso del arnés le abruma
Y el acicate en vano lo castiga.
Mientras el cordobés leve cual pluma,
Obediente á la mano que lo obliga,
Girando burla el golpe, y luego torna
Y al inmovible guerreador trastorna.

Pero el bizarro Aragonés queriendo
No deber al caballo la ventaja,
Tambien la maza bárbara esgrimiendo
Por derribar á su ofensor trabaja.
Y pretal con pretal se arma tremendo
Golpear, que las piezas desencaja
De ambos arneses, retumbante suena
Y de mortal pavor el circo llena.

De la maza del Duque un resonante
Golpe de lleno el alto capacete
Abolló del hispánico Almirante,
Que cayera á no ser tan buen ginete,
Aturdido vacila un corto instante.
Pero volviendo en sí fiero arremete,
Y la maza esgrimió con tal acierto,
Que herido cayó el Duque como muerto.

Resonó la armadura quebrantada
Al dar en tierra el guerreador robusto.
La muchedumbre del asombro helada
Lanza un gemido de dolor y susto.
Al ver la arena en sangre salpicada
Temblando en pié se pone el Rey augusto.
No hay rostro que el espanto no marchite,
Ni un solo corazon que no palpite.

Y crece aquel terror y desosiego
Cuando descabalgar al Almirante
Ven, y arrojarse vengativo y ciego
A su contrario en tierra palpitante;
Y que el almete le desata luego,
Y que con un cuchillo relumbrante,
Que el paje negro le alargó, se apresta
A hacer la escena horrible aun mas funesta.

Pero afligido, pálido, afanoso,
Veloz arroja el cetro soberano
En la mitad del circo polvoroso,
Y así trémulo grita el Rey anciano:
«Basta, basta. Mi cetro poderoso
A nadie escuda ni defiende en vano.
Yo ofrezco hasta mi vida por rescate
Del infeliz rendido en el combate.

»Afortunado triunfador, yo empeño
Mi palabra real, mi nombre augusto,
Ya que del hijo, que idolatro, dueño
Os hizo en esta lid el cielo justo,
De daros de su vida en desempeño
Cuanto anhelar pudiere vuestro gusto.
Pedid, pedid, satisfaceros fio:
Y guardad como prenda el cetro mio.»

Oyéndolo, suspende la venganza
El Almirante noble, y el cuchillo
Tirando, el cetro con respeto alcanza
Del polvo, que ofuscaba su alto brillo.
Saluda al Rey con plena confianza,
Monta gallardo y grave en el tordillo,
Y deja del estadio los confines
Saludándole trompas y clarines.

VII.

EL RESCATE.

—

Rey que palabra non cumple
Non debia de reinare
Ni cabalgar en caballo
Ni espuela de oro calzare.
Cancionero.

El Rey de Francia en su trono
Servido está y circundado
De Príncipes, Duques, Pares
De su reino dignatarios.
Y con ellos gravemente
Trata sobre el grave caso
De la vida y del rescate
Del Príncipe desdichado.
Del Duque de Normandía
Que aun convaleciente y flaco
De la herida peligrosa
Y del golpe del caballo,
Del dolor del vencimiento
Y de haber visto rodando
Por el polvo sus blasones
Y su noble escudo en blanco;
Melancólico silencio
Guardó en el debate largo
En que opiniones distintas
Con calor se ventilaron.
Perdiendo un tiempo precioso
En discursos muy peinados
Y en digresiones pomposas,
Que nada determinaron.

Y en el instante en que ardia
Mas tenaz el altercado
Al aragonés Aldana
Los maceros anunciaron.
Con el Duque de Brabante
Entra el español bizarro,
A los nobles Consejeros
Justo respeto inspirando;
Y al Duque de Normandía
Tal horror y sobresalto
Que de azufre se dijera
Su rostro desencajado.
Serio, grave, y comedido
Entra en el salon despacio,
Y con dignidad saluda
Al augusto Soberano.
Lleva la espada en la cinta
Y el cetro puesto á su lado,
Prenda de la real palabra
Que el Rey empeñó en el campo.
Ruégale el Rey que se cubra,
Y en un taburete alto
Con su cojin y tapete
Que tome asiento y descanso.
Hízolo por cortesía,
Y por no ceder ni un paso
En las altas preeminencias
De su sangre y de su cargo.
Y tras de corto silencio,
Muestra de mutuo embarazo,
De este modo el Almirante
Y el Monarca egregio hablaron.

REY.

Almirante de Aragon,
De vos no estoy olvidado
Y habeis á verme llegado
En oportuna ocasion.

Tratábamos justamente
Yo y mis fieles consejeros
La manera de ofreceros
Un rescate competente.

ALMIRANTE.

Nunca lo dudé, Señor.
Cuando se da una palabra,
Hasta que se cumple, labra
El pecho donde hay honor.

REY.

Pues voy á cumplir la mia.
¿Admitís un noble estado
Fecundo, rico, y poblado
Con castillo en Normandía?

ALMIRANTE.

Señor, cuando deseamos
Los españoles tener
Estado que poseer,
Al moro lo conquistamos.
Cuanta tierra el cielo abarca
No admitimos, vive Dios,
Sin ganarla, ni de vos
Ni de otro extraño Monarca.

REY.

¿Quereis, pues, que os pague en oro
El peso de mi hijo armado,
Aunque empobrezca mi estado
Y consuma mi tesoro?

ALMIRANTE.

Guardad, Rey, tanta riqueza
Para algun aventurero;
No se gana con dinero
A la española nobleza.

REY.

¿Alto nombre, dignidad,
Mando, gloria, honra quereis?...

ALMIRANTE.

Cuanto vos me proponeis
Lo tengo con saciedad.

REY.

Si pudiera mi corona
Daros, con ella os brindára.

ALMIRANTE.

Puede que no la aceptára,
Aunque el ser vuestra la abona.

REY.

Con que cuanto digo es vano,
Y me confundo y me aflijo
Al ver que esté de mi hijo
La existencia en vuestra mano.
Pedid, ¿por qué os deteneis?...
Pedid sin tino y medida,
Y pedidme hasta mi vida,
Pues mi palabra teneis.

ALMIRANTE.

Pido que su escudo quede
Blanco y liso cual está,
Y recuerdo le será
De que á nadie pisar puede.
Y yo en el escudo mio
Las cinco flores de lis,
Que le arranqué en San Dionís
Y gané en el desafío,
Por blason he de llevar;
Para perpétua memoria
En que asegure la historia
Que no me dejé pisar.

REY.

Almirante de Aragon,
Mi poder no alcanza á tal,
¿Sabeis que escudo real
Esas flores de lis son?

ALMIRANTE.

Eso ¿quién lo duda?... ¿Quién?
Y debeis agradecido
Estarme de quo no os pido
Vuestras tres lises tambien.
Las cinco que arranqué, vos,
Rey de Francia, me dareis,
O al vencido entregareis
Sin remedio, voto á Dios.

Herido el francés orgullo,
En altos gritos tronando,
Impidió al Rey dar respuesta
En un momento tan arduo.
El Duque de Normandía
Brama ronco y despechado,
Y con el pié duro rompe
Las tersas losas de mármol.
Y no falta en el consejo
Quien cometa el desacato
De llevar hacia la espada
Con ciego furor la mano.
Aldana de pié so puso,
Cruzó en el pecho los brazos,
Y con semblante tranquilo
Desprecia aquel arrebato:
Como desprecia el escollo
El furor del Oceano,
Del huracan el empuje,
Y el embate de los años.

Confnsion horrible reina
En el consejo de Estado,
Todos hablan, nadie escucha,
Perplejo está el Soberano;
Hasta que con gran reposo,
Pero en acento tan alto,
Que impuso á todos silencio,
Y qne retumbó en palacio,
Por el Duque de Brabante
Sostenido y apoyado,
Dijo decidido y firme
El aragonés gallardo:

ALMIRANTE.

Pues la palabra, Señor,
Que me disteis, no cumplís,
Guardad las flores de lis,
Pero perded el honor.
Este cetro es prenda mia,
Y me lo llevo, y con él,
Aunque lo escude el dosel,
Al Duque de Normandía.

Dijo, y tornó las espaldas,
A marchar determinado,
Pero el Dnque de Brabante
Le detuvo por el brazo.

Nuevo rencor se levanta
Contra el Almirante bravo,
Y restablecer el órden
No consigue el Rey anciano.
Mas como eran caballeros
Los que allí estaban, al cabo
A los gritos de la honra
En despertar no tardaron.

Y la voz del Condestable,
Cuya ciencia y pelo cano
Y gloriosas cicatrices
Daba gran fuerza á sus labios,
Manifiesta brevemente
Que habiendo el Rey empeñado
Una palabra, cumplirla
Era justo y necesario.
Que estaba el potente cetro
Al cumplimiento empeñado,
Y que no habia de perderse
En las extranjeras manos,
Que la honra, no eran las lises,
Fuesen veinte ó fuesen cuatro,
Sino cumplir las palabras
Y atenerse á los contratos.
Estas razones sesudas
Del esclarecido anciano
El tumulto y alboroto
Mudo silencio tornaron.
Silencio que al punto rompe
El Rey, el rostro bañado
De lágrimas de despecho
Que sus mejillas quemaron.
Y prorumpe de este modo,
Hecho el corazon pedazos,
Y con voz trémula y honda,
Que era doloroso el paso.

Rey.

Almirante de Aragon,
Las cinco flores de lis
Ganadas en San Dionís,
Os concedo por blason.
Y liso quede el escudo
Del Duque de Normandía,
Ya que por su estrella impía,
Guardarlo de vos no pudo.

De dolor mal comprimido
Resonó murmurio infausto,
Y de púrpura y de azufre
Los semblantes se bañaron.
El Almirante impertérrito
Subió con desembarazo
Las cuatro gradas del trono,
Y le dijo al Soberano.

ALMIRANTE.

Os vuelvo el cetro, Señor,
Y sabed que no ha perdido
El tiempo que lo he tenido,
Su gloria ni su esplendor.
El Duque, irritado y fiero,
Dijo entre los cortesanos,
Que su padre no podia
Inferirle tal agravio.
Y *c'est mal donné*, gritaba,
C'est mal donné, despechado,
Y oyéndolo el Almirante
Contestóle sin mirarlo.

ALMIRANTE.

Para que mas satisfecho
Mi honor hoy pueda quedar,
Tambien quiero perpetuar
Ese imprudente despecho.
Y aunque el de *Aldana* acatado
En toda la tierra ha sido,
Desde hoy será el apellido
De mi estirpe MALDONADO.

Madrid, 1852.

LEYENDA TERCERA.

EL ANIVERSARIO.

A mi hijo Enrique.

Ossa arida, audite verbum Domini.
EZECHIEL, *prof.*

I.

LA VELADA.

Hundiéndose en los mares de Occidente
Tras de las lomas áridas y adustas,
Lindes de Lusitania y de Castilla,
Un sol de otoño, entre rosadas brumas,
Recortó con sus últimos destellos
Las altas frentes y herizadas puntas
De las torres y montes convecinos,
Que á Badajoz defienden y circundan.
Y en cuya catedral los sacros bronces,
Que en la region de las tormentas zumban,
Para el sol venidero le anunciaron
Festividad solemne y pompa augusta.
Las del aniversario de aquel dia
En que el séptimo Alfonso, de la furia
Y del poder triunfando sarraceno
Expugnó á Badajoz tras larga lucha.

Y en que purificando su mezquita
Del falso rito y prácticas inmundas,
Del Gólgota á la enseña triunfadora
Maldita se humilló la media luna.
De la insigne ciudad voto solemne
Aquel festejo popular, que aun dura,
Fundó de gratitud en homenaje,
Sin que dejára de cumplirlo nunca.
Y desde la conquista memoranda
Tendido habian al paso dos centurias,
Hasta el suceso grande y misterioso,
Que hoy quiere recordar mi humilde pluma.

Del alto campanario el gran rimbombe
De gozo la ciudad mísera inunda,
Que bien ha menester de regocijos
Despues de un año de dolor y angustias.
De un año de ansiedad y de miseria
En que la tuvo la enconada pugna
De dos linajes nobles y ambiciosos,
De Badajoz azote y amargura:
Portugaleses, lusitana estirpe,
Y *Bejaranos*, extremeña alcurnia:
Rivales poderosos, que el dominio
De la infeliz ciudad fieros disputan;
Y que poner en paz don Sancho el Bravo
Logró hace poco con prudencia suma,
Gozando el pueblo, aunque por breves horas,
De tal Monarca la presencia augusta.
¡Quiera el cielo que dure aquella calma,
Y que no quede en la ceniza oculta
Pequeña chispa, que, tomando cuerpo,
Los pasados incendios reproduzca!

Por las calles y plazas la nobleza
Mézclase afable á la plebeya turba,
Y unidos los hidalgos y pecheros
La velada alegrar todos procuran.
Del alguacil ó arquero nadie teme
En tal noche insolencia inoportuna,
Ni que el toque obligado de la queda
Venga á dar fin á la funcion nocturna.
Con matizadas telas los balcones
Y luminarias á la noche insultan,
Y suenan por doquiera tamboriles,
Rabeles, pitos, flautas y bandurrias.
Mas el centro comun de aquella fiesta,
Donde la gente principal se agrupa,
Es de la catedral la extensa plaza,
Que adornan arcos de ramaje y murta.
Arde en su centro rutilante hoguera,
Y sobre su pirámide, que ondula,
De fácil llama, saltan los muchachos
Con tal audacia, que mirarlo asusta.
Aquel rojo explendor la plaza llena,
Refleja del gran templo en las columnas,
En las lejanas torres, en las casas,
En los humanos rostros que circulan;
Y si con viva luz perfila y corta
Cuanto alcanza en reedor, sombras oscuras
Causa tambien, tan vagas, tan movibles,
Que con formas fantásticas lo abulta.
Allá en los soportales se establecen
Puestos mezquinos de confites, frutas,
Licor, torrados, nueces, chucherías,
Y aun tiempo gritos mil su venta anuncian.
El aceite en que hierven los buñuelos
Infesta el aire mas que lo perfuma,
Los populares cánticos lo aturden,
Con voces discordantes y confusas.

Avanza ya la noche, á paso lento
Entre celajes al zenit la luna,
Pero aun no es el concurso numeroso,
Ni aun reinan confusion y baraltunda:
Pues va á salir enmaromado un toro,
Y la gente juiciosa, y la machucha,
Y las damas no quieren un tropiezo
Con quien no acata canas ni hermosura.
Solo la gente jóven y los guapos,
Con algazara por las calles cruzan,
Mientras quo los balcones y las rejas
Las mujeres solícitas ocupan.—

Que el feroz animal ya sale avisan
Gritos, carreras, luminarias, bulla,
Y muchos, que en las calles y las plazas
De valientes la echaban, se atribulan.
Y algun portal, ó pilaron, ó verja
Para esconderse demudados buscan:
Que es una cosa el esperar al toro,
Y otra quedarse cuando asoma y bufa.
Con una luenga soga, en que se ensartan
Chulos, pillos, borrachos y granuja,
Y al animal por el testuz sujeta
Para impedirle que se ponga en fuga,
Un guadianeño buey enorme, blanco,
De inmensa y reforzada cornadura,
Corre, atropella, embiste, retrocede,
Retemblando la tierra á sus pezuñas.
Unos huyendo súbense á las rejas,
Mas las damas de adentro, si son chuscas,
Para obligarlos á volver al riesgo,
Los vejan, los pellizcan, los empujan.
Otros al paso al fiero buey recortan
Con garbo y gentileza, y con que alguna
Flor ó cinta se ganan, como en premio
De su serenidad, arte y bravura.

Tambien hay quien con gracia y gentileza
Manejando la capa á la andaluza,
Y consiguiendo estrepitoso aplauso,
Al feroz animal engaña y burla.
Pero tal vez algunos por el aire
Vuelan á impulso de las corvas puntas,
O por tierra revuélcanse, las ropas
Y las carnes tambien rotas y sucias.

Tal sucedió al Alcalde. ¡Desdichado!
Cou vara, con linterna, y con la chusma
De alguaciles detrás, la ronda hacia,
Lejos del toro, y lejos de trifulcas,
Cuando el vil auimal volvió de pronto,
De un rebilete huyendo que le punza,
Atropello de pilloa la gran sarta
Que dejan la maroma por la fuga,
Y tomando una oscura callejuela,
Tal vez del campo y de reposo en busca,
Tropezó con la ronda de improviso,
Y fué justo que hiciera de las suyas.
Llevó buen revolcon el pobre Alcalde,
Y alta grita además, que la gentuza
¡Villana propension! aplaude siempre
Que al que manda le espetan una tunda.
Afortunadamente no fué cosa,
Y salió sin lesion de tanta angustia,
Con vários desgarrones en la capa
Y maldiciendo tan pesadas burlas.
Este incidente, y que la media noche
Ya la campana de la vela anuncia,
Volver al toro hicieron á su establo,
Dando al demonio la ovacion nocturna.

Entonces, sí, que calles y que plazas
Honradas fueron por la gente culta,
Y por damas gallardas y galanes,
Con ricas vestes y pintadas plumas.
Empezó la funcion á ser mas noble,
Sino tan bulliciosa, y las bandurrias,
Vihuelas, menestriles y panderos
Sones de danza armónicos modulan.
Doncellas de alto fuste entonces salen,
Y del contento general disfrutan,
Luciendo ricas y elegantes galas,
Que su beldad y su linaje ilustran.
Mas entre todas ellas descollando,
Como erguido ciprés entre las murtas,
Como azucena en medio de las flores,
Como entre las estrellas la alma luna;
Y la atencion universal llamando,
Y calle abriendo respetosa turba,
Doña Leonor de Bejarano llega,
Preconizada Sol de Extremadura.
Son sus ojos luceros rutilantes,
Que á los del cielo con su lumbre ofuscan,
Ebano son las trenzas y los rizos
Que por su cuello de marfil undulan,
Soberana su altiva gentileza,
Y su rostro el compendio en que se juntan
Gracia, beldad, modestia, altanería,
Alto talento, y discrecion profunda.
Tendió con inquietud la vista en torno,
Como quien algo que le importa busca,
Y en un sillon que colocára un paje
Sobre una alfombra de labor moruna,
Sentóse, de sus dueñas circundada,
Con modestia y con noble compostura.
El concurso la admira y la contempla,
Y damas y galanes la saludan.
Y los *Portugaleses* en su obsequio
Mas asiduos mostrándose que nunca
Cercáronla corteses elogiando
Sus gracias, joyas, talle y hermosura.

Sus extremos y el ver que en el concurso
Las Señoras no están de aquella alcurnia,
Y que á doña Leonor le dejan sola
Ser reina del festejo, inspira alguna
Sospecha en los astutos y medrosos
De que la enemistad aun arda oculta
De ambos linajes y que aun pueda un dia
La paz romper que Badajoz disfruta.

II.

EL EMBOZADO.—LA DAMA.—El RAPTO.

En un rincon de la plaza
Detrás de unos pilarones,
Que cortaban de la boguera
El paso á los resplandores,
Un siniestro grupo forman,
Bañado en sombra, tres hombres,
Envueltos en capas negras
Que ocultan luengos estoqnes
Con el embozo el semblante
Hasta las cejas esconden,
Y calados los birretes,
En silencio están inmoble.

El uno de cuando en cuando
Con gran recato se pone
A observar cuanto en la plaza
Acontece aquella noche.
Y cuando sn rostro asoma
Y á la roja luz lo expone,
Brillanle en dos ojos negros
Dos relámpagos atroces.

Al ver llegar tan gallarda
A Doña Leonor, quedóse
Como encantado un momento,
Y en temblor convulso rompe.
Retírase, y en voz baja,
Pero en la cual se conoce
Gran turbacion, de este modo
Dice á los dos que le oyen:
«Ya está en la plaza... ¡Oh cuán bella!...
... Sus ojos como dos soles
Ha girado en busca mia.
... Me lo dice el alma á voces.»
Uno de los dos, del brazo
Lo sacude y le interrompe,
Con acento que parece
Satánico acento: «Jóven,
»Si ella te ama y tú lo sabes,
Y te la niegan feroces
El padre y hermanos, solo
Por los antiguos rencores,—
»Con tu espada y con tu esfuerzo
Tu amor ardiente se logre.
Y queden los *Bejaranos*
Hundidos de un solo golpe.»
Tiembla el mancebo un instante,
Que la importancia conoce
Del consejo, y decidido
De esta manera responde.
«Si ese desdeñado novio
Que su familia le impone,
Porque es del Rey favorito,
Baila con ella esta noche,
»Será, os juro por mi sangre,
Rayo abrasador mi estoque;
Y de los *Portugaleses*
Restablecido el renombre.»
El otro que hondo silencio
Guardó tenaz hasta entonces,
Y que de los tres mostraba
Ser el mas viejo en su porte,

«Hablas (le dijo), cual debe
Hablar en tu caso un noble.
Bailará, sí, no lo dudes,
Haz lo que te cumple entonces.
»Pues preparado está todo
Con tal secreto y tal órden
Que Doña Leonor tu esposa
Será, aunque lo impida el orbe.»
Tornan á hundirse en silencio
Los tres, y á quedarse inmobles.
Y atento la plaza observa
Con grande ansiedad el jóven.

Aquel grosero bullicio
Y atronadora alegría,
Que en las fiestas populares
Nos aturde y nos fastidia;
Y la confusion de gentes
Incultas y poco limpias,
Que nos sofoca y estrecha
La diverson nos quita,
Ya de la alegre velada
Desaparecido habian,
Para aparecer de nuevo
Al celebrarse la misa.
Y aquel tropel de borrachos
Y de chicos y de chicas,
Que disgustos causan solo
Y desazones y riñas,
Tambien rendido ó disperso
En hondo sueño yacía,
Dejando la extensa plaza
Mas desahogada y tranquila.
No incomodaba la hoguera,
Ya leve llama y ceniza,
Y solo de los balcones
Las luminarias ardian;

Cuyo fulgor combinado
Con el que argentada y limpia
En zenit daba la luna
Entre blancas nubecillas.
Tomaba una luz tan grata,
Ya plateada, ya rojiza,
Y una claridad tan dulce,
Tan templada, tan benigna,
Que de mágica apariencia
La extensa plaza vestia,
Dando mas realce á la gala,
Y mas encanto á las lindas.
Los sonoros instrumentos
Armonizaban las brisas
Y el baile duraba alegre
Entre las personas finas.
¡Qué matizados ropajes,
Cuánta pluma, cuánta cinta
La plaza, como las flores
El verjel risueño, pintan!
¡En cuántas lucientes joyas,
De las estrellas envidia,
Las antorchas y la luna
Relampaguean y brillan!
¡Cuántos ojos hechiceros
Abrasan á los que miran
Con los ardientes vislumbres
De sus aleves pupilas!
¡Cuánto delicado talle,
Que al laurel gallardo imita,
Cuando el zéfiro halagüeño
En el jardin lo acaricia,
Arrebata corazones,
Y voluntades cautiva!
¡Qué atmósfera deliciosa
En Badajoz se respira!—

Ninguna dama desdeña
Por encumbrada y altiva
Tomar ya parte en la danza,
Mostrando su gallardía,
Con los nobles caballeros
Que obsequiosos las convidan,
Para que luzcan su garbo,
Y ostenten sus galas ricas.
Y á respetuosa distancia,
Si aun quedan, pobres familias
Cariñosas las aplauden,
Envidiosas las admiran.
Doña Leonor solamente
Aun no ha dejado su silla,
Y algo tiene su semblante,
Que inquietud interna indica;
Por mas que afable en sus labios
Brille apacible sonrisa,
Que á los saludos y obsequios
Corresponde agradecida;
Y que ni un punto deponga
La reserva noble y digna,
Que corresponde al orgullo
De su encumbrada familia.

Ya en Oriente albo destello,
Y una nube purpurina
Anunciaban que la Aurora
Del mar tirreno salia;
Cuando el padre y los hermanos
De Doña Leonor divina,
Acompañando á un mancebo
De cortesana hidalguía,
Y del mas vistoso traje,
Y de figura expresiva,
Se acercaron gravemente
A la hermana y á la hija;

Y pídenle cariñosos,
Mas con voz imperativa,
Que con aquel caballero,
Que para suyo destinan,
Salga á animar con su garbo,
Su beldad y bizarría,
El fin de la alegre danza,
Pues que ya la noche espira.
Ella, aunque el alma le parte
Y el pecho le martiriza
Tal mandato, disimula
Discreta, sagaz y lista.
Y aunque alguna excusa intenta
Balbucir, la llama altiva
Que en los ojos de su padre,
Anunciando enojo, brilla,
Le aterra; y cubriendo astuta
El disgusto que la agita,
En pié se pone gallarda
Entre universales vivas.

Apenas en pié se puso,
Al lado del caballero,
Doña Leonor Bejarano
Con noble y turbado aspecto,
Y en torno un circo formaba
El regocijado pueblo,
Para darles el tributo
De aplausos y acatamientos;
En el rincon de la plaza
Donde estaban en silencio
Los tres hombres embozados,
Tronó alarido tremendo.
Y los tres hombres las capas
Arrojando á un mismo tiempo,
Y mostrándose vestidos
De coseletes de hierro,

Con la presteza del rayo,
Confusion sembrando y miedo,
En la mano los estoques
Vuelan de la plaza al centro.
El desórden, la sorpresa,
Turban el concurso inmenso;
Huyen niños y mujeres
Con pavorosos lamentos.
Unos á otros se atropellan,
Sin saber donde está el riesgo.
Los hombres se arremolinan
Ignorando que es aquello.
Se oyen gritos espantosos,
Desnúdanse mil aceros,
Puertas ciérranse y balcones
Con presteza y con estruendo.
Doña Leonor se desmaya
En brazos del caballero;
Cuando los tres agresores
Llegan, y el mas jóven de ellos
Al dichoso le traspasa
De horrenda estocada el pecho.
Y mientras de ardiente sangre
Inunda la tierra el muerto,
Los otros dos animosos
Asen con feroz denuedo
A la exánime doncella
Y arrebátanla violentos.
A darle tardo socorro
Llegan su padre y sus deudos;
Y pasmados reconocen
En el osado mancebo,
De la estirpe *Bejarana*
Al enemigo mas fiero,
Y de los *Portugaleses*
Al mas gallardo y soberbio.
Arrójanse á la venganza.....
¿Mas qué pueden sus esfuerzos,
Desarmados, sorprendidos
Y con sayos de festejo;

Si los del contrario bando,
Traidores llevan cubiertos
Con las galas los arneses,
Para combate dispuestos!
¡ *Traicion* !!! ¡ *Traicion y venganza* !!!
Gritan furiosos aquellos.
¡ *Muerte* !!! ¡ *Sangre y exterminio* !!!
Con altivas voces estos...
Del gran rey don Sancho el Bravo,
Rotos quedan los conciertos,
Y de la civil discordia
Reanimados los incendios.

III.

LA BATALLA.—LA MISA.

¡ Infeliz Badajoz!... Oh sol, detente.
Niega hoy tu luz al turbio Guadiana,
Y en nubes de oro y grana
Quédate reclinado en el Oriente.
No vengan á alumbrar tus resplandores,
De sangre y muerte y exterminio llenas
Sus márgenes amenas:
Cubra noche eternal tantos horrores.
Mas ¡ ah! no llega á tí mi voz, y tiendes,
Inmutable siguiendo tu carrera,
El paso por la esfera,
Y sobre Badajoz tu lumbre extiendes.
Mírala arder en espantable guerra,
De la discordia al hórrido alarido,
Y otra vez encendido
El fuego del infierno en esta tierra.

Mira de los incendios el espanto,
Y como el bumo en sofocante nube
Hasta tu trono sube,
A ennegrecer tu rutilante manto.
Mira arroyos de sangre en Guadiana
Perderse enrogeciendo sus cristales.
Mira las infernales
Furias triunfando de la raza bumana.
¡ Maldicion ! ¡ Maldicion á los primeros
Que rompieron la paz tan santo dia,
Y que en batalla impía
Desnudaron los bárbaros aceros!

Si inermes los altivos *Bejaranos*
Por la traidora saña sorprendidos,
Pudieron ser vencidos,
Ya empuñan hierro sus feroces manos.
Y arden en ira y en atroz venganza,
Y vestidos los bélicos arneses,
De los *Portugaleses*
Cébanse sin piedad en la matanza.
Y los *Portugaleses* defendiendo
La presa, que les dió su alevosía,
Sacian la saña impía,
Lago de sangre á Badajoz haciendo.
Cunde voraz la formidable llama,
Las casas y palacios devorando
Del uno y otro bando,
Y por altas techumbres se derrama.
Calles y casas, plazas y jardines,
Campo son horroroso de pelea;
Y la muerte pasea
De la ciudad los últimos confines.
Blasfemias, gritos, voces y lamentos,
Y el crugir de las armas atronante,
Y polvo sofocante
Llenan y enciende los delgados vientos.

No es entre hombres la lucha, es entre fieras,
O mas bien entre monstruos del infierno...
¿Y nadie, oh Dios eterno,
Teme el rayo, terror de las esferas?
¡Nadie recuerda, ¡oh ceguedad impia!
El santo aniversario en que rendido
Un pueblo agradecido
Debe ante tí postrarse en este dia?...
Alguien lo recordó... Sobrepujando
Una campana del combate horrendo
El tormentoso estruendo,
Al templo está los fieles convocando.....
Mas ¡ay! que no la escuchan los feroces,
Y aquella voz del cielo se ahoga y hunde,
Y el rumor la confunde
De ardientes armas y tremendas voces.
Y si el enfermo, el niño y el anciano
Y la doncella tímidos la escuchan,
El terror con que luchan
Torna su afan de obedecerla vano.
Nadie, oh sacro metal, obedecerte
Puede, aunque quiera, en tan infausto dia.
¿Quién cruzar osaria
Calles do reinan exterminio y muerte?

Uno solo, obediente á aquel mandato
Y de alta obligacion al santo grito,
Se alza, sale, las calles atraviesa,
Desprecia los peligros.
El santo Sacerdote que aquel dia
Celebrar de la iglesia los oficios
Debe en la catedral: Su santo celo
Le da santo heroismo.
Armas, furias, estragos atraviesa
Incólume, y del cielo protegido
Del sacro templo la cerrada puerta,
Abrese y le da asilo.

En la desierta catedral, en donde
Ni aun ornan el altar lucientes cirios,
Y cuya soledad lo asombra y pasma,
Entra despavorido.

Solo halla á un jóven sacristan temblando,
Mas que por el combate y exterminio,
Cuyo rumor duplícase en las bóvedas
Del lóbrego edificio;

Porque nadie ha tocado la campana,
Que dió á los fieles el sonoro aviso,
Sonando por sí sola ó compelida
Por impulso divino.

Al saberlo pasmado el Sacerdote
Advierte lo que manda aquel prodigio,
Siente algo en su interior que lo engrandece
Y le da extraño brio.

Y aunque desiertos mire iglesia y coro
Y presbiterio, y en aquel recinto
No mas viviente que el cuitado jóven
Trémulo y semivivo;

«No quede, exclama, en tan infausto dia
Sin culto el templo del Señor bendito,
Y pues tú y yo bastamos, celebremos
El santo sacrificio.

»Que aunque desnudo de aparato y pompa
Subirá al trono del Señor lo mismo.
Logre hoy del Sacramento la presencia
Este olvidado sitio.»

Se anima el sacristan (á ambos esfuerza
Impulso superior), corre al proviso
Y prepara el altar, al altar sube
El preste revestido.

La misa empieza con fervor devoto,
En la tierra y altar los ojos fijos.
Antes de leer la epístola se vuelve,
Siguiendo el sacro rito,

A decir, *el Señor sea con vosotros*,
Y no encuentra ¡oh pavor! á quien decirlo:
Que están desiertas naves y capillas
Y su ámbito vacío.

Anonádase, tiembla, se confunde,
Y oyendo resonar lejanos gritos
Y el rumor del combate que arde fuera,
En el santo recinto;
Trémulo torna, y á la imágen santa
De nuestro Redentor, hondos gemidos
Lanzando que de el alma le salian,
Entre lágrimas dijo:
«Señor, Señor, piedad... ¿cómo consientes
Que así te ofendan tus feroces hijos;
Y que cuando debieran prosternados
Adorarte sumisos,
»Recordando el favor con que libraste
Esta infeliz ciudad de los impíos,
Se estén cual torvas fieras devorando,
Ofendiéndote inicuos?
»¿Cómo, Señor, permites que tu templo
En tal festividad quede vacío,
Y que tu cuerpo y sangre nadie adore,
Mas que tu siervo indigno?»
La epístola leyó, y *el Señor sea*
Con vosotros, tornó á decir, y frio
Quedó cual mármol, de concurso inmenso
El templo viendo henchido.
¡Mas qué concurso! ¡Oh Dios! Concurso helado,
Que ni alienta, ni muévese, ni brillo
Muestra en los ojos... Turba de esqueletos...
Vivientes de otro siglo.
¡Esqueletos!... Envueltos en sudarios
Los mas: Algunos con ropajes ricos
Deslustrados y rotos: Muchos visten
Sayal de San Francisco:
Vários, armas mohosas y abolladas,
Algunos, los mas altos distintivos;
Y hay de todas edades, sexos, temples,
Sin órden confundidos.
Abiertas de la iglesia en suelo y muros
Estaban de sepulcros y lucillos
Las losas, el silencio era espantoso,
Y el ambiente mas frio.

Sí.—Los conquistadores denodados,
Que á Badajoz ganaron para Cristo,
Salieron con los suyos de las tumbas
A adorar á Dios vivo;
Y á celebrar el santo aniversario,
Asistiendo del culto á los oficios,
Ya que sus descendientes infernales
Los tienen en olvido.
Tiembla el jóven sirviente. El Sacerdote
Aterrado prosigue el sacrificio.
Consagra, alza, consume, vuelve luego
Y halla el concurso mismo.
Marchad, la misa concluyó, pronuncia,
Y al punto desparece aquel gentío.
Tórnase en nada, y ciérranse las losas
De tumbas y lucillos.
No tenian que esperar los bienhadados
La bendicion humana; ya benditos
Estaban del Señor.—Fuera del templo
Prosigue el exterminio.—
No pudo mas el santo Sacerdote,
Una mision terrible habia cumplido.
Fué á recoger de su fervor el premio,
Y muerto á tierra vino.

Madrid, Mayo de 1854.

FIN DEL TOMO TERCERO.



INDICE

DE LAS COMPOSICIONES QUE CONTIENE ESTE TOMO.

ROMANCES HISTORICOS.

	Pág.
Prólogo.	VII.
Una antigualla de Sevilla.	1
El alcázar de Sevilla.	13
El parricidio.	33
D. Alvaro de Luna.	47
Recuerdos de un grande hombre.	65
Un embajador español.	105
La buena ventura.	111
La muerte de un caballero.	129
Amor, honor y valor.	133
La victoria de Pavía.	149
Un castellano leal.	175
El solemne desengaño.	185
Una noche de Madrid en 1578.	219
El conde de Villamediana.	237
El cuento de un veterano.	265
Bailén.	297
La vuelta deseada.	311
El sombrero.	321

LEYENDAS.

Prólogo.	333
Leyenda primera.—La azucena milagrosa.	339
Leyenda segunda.—Maldonado.	425
Leyenda tercera.—El aniversario.	491

INDICE

DE LOS ROMANCES Y PARTES DE CADA COMPOSICION.

UNA ANTIGUALLA DE SEVILLA.

	Pág.
Romance I.—El candil.	1
Romance II.—El juez.	4
Romance III.—La cabeza.	8

EL ALCAZAR DE SEVILLA.

Romance I.	15
Romance II.	18
Romance III.	23
Romance IV.	26

EL FRATRICIDIO.

Romance I.—El español y el francés.	33
Romance II.—El castillo.	35
Romance III.—El dormido.	39
Romance IV.—Los dos hermanos.	43

D. ALVARO DE LUNA.

Romance I.—La venta.	47
Romance II.—El camino.	50
Romance III.—Las calles.—La capilla.—El palacio.	54
Romance IV.—La plaza.	59

RECUERDOS DE UN GRANDE HOMBRE.

Romance I.—El niño hambriento.	65
Romance II.—El almuerzo.	69
Romance III.—La dama.	77
Romance IV.—Tiempo perdido.	88
Romance V.—La reina.	95
Romance VI.—Conclusion.	100

UN EMBAJADOR ESPAÑOL.

Romance I. 105
Romance II. 108

LA BUENA VENTURA.

Romance I.—La cita. 111
Romance II.—Las cuchilladas. 114
Romance III.—El embarco. 119
Romance IV.—Conclusion. 127

LA MUERTE DE UN CABALLERO.

Romance. 129

AMOR, HONOR Y VALOR.

Romance I.—El ejército. 133
Romance II.—La tienda. 140
Romance III.—El caballero. 145

LA VICTORIA DE PAVIA.

Romance I.—Pescara y los españoles. 149
Romance II.—El estandarte ante todo. 158
Romance III.—Un rey prisionero. 163
Romance IV.—Un andaluz. 168
Romance V.—Conclusion. 172

UN CASTELLANO LEAL.

Romance I. 175
Romance II. 176
Romance III. 179
Romance IV. 182

EL SOLEMNE DESENGAÑO.

Romance I.—El galan.—La enfermedad. 185
Romance II.—La ausencia. 192
Romance III.—Un sol apagado. 197
Romance IV.—Viaje fúnebre. 207
Romance V.—Lo que es el mundo. 211

UNA NOCHE DE MADRID EN 1578.

Romance I.—Tres galanes. 219
Romance II.—La meditacion 224
Romance III.—El secreto. 227
Romance IV.—La cartera verde. 230
Romance V.—El cadáver.—El fugitivo.—El muerto. 234

EL CONDE DE VILLAMEDIANA.

Romance I.—Los toros. 237
Romance II.—Las máscaras y cañas. 243
Romance III.—El sarao. 249
Romance IV.—Final. 255

EL CUENTO DE UN VETERANO.

Introduccion. 263
Romance I.—El ayudante. 265
Romance II.—El alojamiento. 268
Romance III.—El refresco. 272
Romance IV.—Un compromiso. 279
Romance V.—La monja. 283
Romance VI.—Algo mas. 292

BAILEN.

Romance I.—Sevilla. 297
Romance II.—La agresion. 300
Romance III.—La victoria. 304

LA VUELTA DESEADA.

Romance I. 311
Romance II. 314

EL SOMBRERO.

Romance I.—La tarde. 321
Romance II.—La noche. 325
Romance III.—La mañana. 327

LEYENDAS.

Prólogo. 333

LEYENDA PRIMERA.

LA AZUCENA MILAGROSA.

Introduccion. 339
Primera parte. 351
Segunda parte. 373
Tercera parte. 395
Final. 421

LEYENDA SEGUNDA.

MALDONADO.

I.—La borrasca y el voto. 425
II.—La romería.—El desafío. 431
III.—Las charlas. 438
IV.—El salon. 443
V.—La taberna. 457
VI.—La lid. 472
VII.—El rescate. 483

LEYENDA TERCERA.

EL ANIVERSARIO.

I.—La velada. 491
II.—El embozado.—La dama.—El rapto. 497
III.—La batalla.—La misa. 504

ERRATAS.

Página.	*Linea.*	*Dice.*	*Debe decir.*
XII	30	á drede.	adrede
10	23	unos.	unas
15	15	á aquel.	al
35	25	concejas.	consejas
89	32	convenido..	convencido
111	8	tronco.	trono
122	28	cocicia.	codicia
123	6	hombre..	hombres
195	20	promiso	proviso
197	16	rodado.	rodando
234	8	das.	mas
340	19	conmovido.	conmoviendo
353	28	de pirámide.. . . .	, pirámide
378	id.	faz.	paz
405	19	tentacionus.	tentaciones
430	23	desparecieron. . . .	desaparecieron
433	30	Llenábalas	Llenaba las
438	26	sol sol.	sol

